

ROMULO GALLEGOS

CANTACLARO

NOVENA EDICION



COLECCION AUSTRAL

ESPASA - CALPE ARGENTINA, S. A.
BUENOS AIRES

VOLUMEN
EXTRA

Rómulo Gallegos

CANTACLARO

1943

eldienteroto.org

INDICE

PRIMERA PARTE

I La Copla Errante	4
II. Al Abrigo de las Matas	12
III. Juan El Veguero	24
IV. El Blanco de Hato Viejo	29
V. Las Suertes Trocadas	33
VI. El Corrido del Ahorcado	39
VII. Juan Parao	48
VIII. El Diablo del Cunaviche	59
IX. Aquella Mirada	78

SEGUNDA PARTE

I. Corridos y Contrapuntos	90
II. Corno ante el Paisaje	101
III. Las Humaredas	106
IV. El Profeta	115
V. El Rucio Mosqueado	128
VI. El Repudio de las Potrancas	134
VII. El Desván de los Sueños	139
VIII. Una Sombra entre las Sombras	144
IX. Recogiendo los Pasos	147

TERCERA PARTE

I. La Sombra de Doña Nico	155
II. Trueno Abajo	163
III. La Entrada de Aguas	167
IV. Alegría en "El Aposento"	173
V. Momento Sentimental	177
VI. Juegos de Palabras	181
VII. Cuentos de Vaquerías	187
VIII. Un Zarpazo de Buitrago	198
IX. Una Cacería de Tigres	203
X. Al Azar de los Caminos	208
XI. El Menudo por la Morocota	214

PRIMERA PARTE

I

LA COPLA ERRANTE

La sabana arranca del pie de la cordillera andina, se extiende anchurosa, en silencio acompaña el curso pausado de los grandes ríos solitarios que se deslizan hacia el Orinoco, salta al otro lado de éste y en tristes planicies sembradas de rocas errátiles languidece y se entrega a la selva, Pero quien dice la sabana, dice el caballo y la copia. La copla errante.

Todos los caminos la oyeron pasar. ¡Y mire que hay caminos en el llano!... Allá va por delante de la punta de ganado, a través de la muda soledad de los bancos y a veces se quita las palabras y le queda en cueros de to nada, silbido lánguido y tendido. Allá viene, compañera del caminante solitario con varios soles a cuesta. Allí entona galerones y corridos al son del arpa y las maracas. Aquí llega, rasgueando el cuatro, a la porfía de los cantadores alardosos:

*Desde el llano adentro vengo
tramoliando este cantar.
Cantaclaro me han llamado.
¿Quién se atreve a replicar?*

Desde las galeras del Guárico hasta el fondo del Apure, desde el pie de los Andes hasta el Orinoco ¡y más allá!, por todos esos llanos de bancos y palmares, mesas y mochales, cuando se oye cantar una copla que exprese bien los sentimientos llaneros, inmediatamente se afirma:

—Esa es de Cantaclaro.

Pero son tantas las coplas que se entonan por allí, todas con el alma llanera extendida entre los cuatro versos, como el cuero estacado- por las cuatro puntas. Si en oyendo estas trovas, alguien preguntase:

—Dónde nació Cantaclaro?

Sin vacilar le responderían:

—Aquí en el llano.

Pero el llano es ancho, inmenso... y de los Cantaclaros ya se ha perdido la cuenta.

* * *

Esta vez se llamaba Florentino y él se añadía Quitapesares.

Espíritu errabundo, naturaleza fantaseadora, desmedido amor a la libertad, la suerte siempre en la mano, dispuesto a jugársela, lo de andar siempre a caballo y de querer decirlo todo con los cuatro versos de una copla, eso era Florentino, el tarambana de los Coronados de la Concepción de Arauca, que siempre fueron hombres de asiento fijo y cabeza bien puesta en lo positivo del negocio de criar y vender ganados.

Eso y lo de andar siempre con una muchacha enredada en sus coplas, que sólo para tales cargas de amores y no para descanso de su retinto parecía llevar remonta.

Pero así como las tomaba, así las iba dejando, cuando el amor que le pusieran amenazara maniatar su albedrío, porque:

*Hoy te quiero y hoy te olvido
pa recordarte mañana.
Que si me quedo contigo
yo pierdo y tú nada ganas.*

Quizás todo proviniese de que Manuel Coronado, cuando los recogió a su amparo, a él y a su hermano José Luis, ya huérfanos de padre, al querer educarlos como lo habían sido todos los hombres de la familia, mientras que a José Luis, ya zagaletón, pudo darle un caballo y un chaparro y decirle, mostrándole la sabana:

—Ahí tienes la escuela donde se forman los hombres y éstos son los instrumentos. Arrea y que Dios te ayude.

A Florentino, que sólo para becerrero podía entonces servir, tuvo que enseñarle:

—Este es el corral de las vacas y ése el de los becerros. Tú te encaramas en el tranquero y te fijas en la copla que cante el ordeñador. Si, por ejemplo, mienta algo de luceros, es porque va a ordeñar la vaca de ese nombre, que es aquella de la mancha blanca en la frente, y te está pidiendo el becerro, que es éste. Tu trabajo es abrirle la puerta al mamantón. .

Y su aprendizaje fueron las coplas, que bien pronto supo completarlas, pues si el ordeñador decía:

*¡Ah, madrugada más fría,
cuajadita de luceros!...*

El no tardaba en agregar:

*¿Quién vendrá por allá arriba,
levantando ese polvo?*

José Luis se maravillaba de aquel don extraordinario y él le explicaba:

—Es muy fácil, hermano. Los versos están en las cosas de la sabana; tú te la quedas mirando y ella te los va diciendo.

—No me venga con eso, hermano —replicaba el otro—. Háblame en positivo. ¡Qué va a decirle a uno nada la sabana!

—Ah, caramba, chico! Tú estás perdiendo la mitad de tu tiempo. Eso es lo mismo que los caminos, que también cuentan cosas y son más de los que se miran, pues si uno se fija en la yerba descubre que por debajo de ella van muchos otros.

—Los caminos del año pasado, que les nació arestín —replicaba el positivista—. Porque el ganado los abrió por otras partes, a la bajada de las aguas.

—¿No te digo, hermano? Tú no conoces bien la sabana. Yo, que la miro y la escucho desde el tranquero de la corraleja, podría enseñarte muchas cosas que todavía no has aprendido. Y ahora que hablamos de eso, escúchame esta copla, que es todita mía, a ver qué te parece:

*La mañana está saliendo,
los caminos van andando
y Florentino está oyendo
sin que le estén conversando.*

Ya estaban formadas la propensión fantaseosa y la inquietud aventurera. Lo demás lo harían los viajes, que comenzaron bien pronto.

Del primero que hizo en compañía del tío, fue cuento de nunca acabar el que- hubo de oírle José Luis.

—Déjame empezar por el principio, como la semana por el lunes y el corrido por el jah, caramba! Tú recuerdas que tío Manuel me puso entre los punteros para que fuera aprendiendo a cabrestear, y ya debes de saber que en los viajes de ganado el que va delante camina más y menos.

—¿Cómo es eso, hermano? Ya le he dicho que me hable en positivo, O es más o es menos.

—Aguárdate. Ya te lo voy a explicar. Más, porque va mirando lo que después caminará y son como dos viajes; menos, porque quien sabe lo que falta para llegar al sesteadero no se lo anda preguntando, que es lo que cansa más y porque como lleva el canto y el silbido con ellos les va quitando a las jornadas los pedazos fastidiosos.

Que les dicen así! Porque de mí te aseguro que no hay cosa más sabrosa que un camino largo por delante y en la sabana silencio, jese canto del cabrestero que se acuesta y se estira!

*¡Despide tu comedero...
Que te llevan pa Caracas
a cambiarte por dinero!
¡Juy jillo!*

_¡Ah, cosa buena, hermano!

—No te digo que no lo sea; pero eso ya lo he visto yo, aunque no haya sido sino hasta el paso del Apure. Echame más bien el pasaje de Corozo Pando, que ya me ha dicho el tío que fue famoso.

—¡Que si lo fue! Nosotros que estamos dentro de la pulpería, cuando de pronto sentimos que en el corredor se forma un alboroto de los llaneros. Guariqueños de oriente y de occidente y apureños de todas partes que allí se iban reuniendo. —“¿Qué pasa?”— pregunta tío Manuel, creyendo que fuera caso de algún barajuste del ganado encorralado. Y le contestan: —“Nada, don. Rochelas de los muchachos. Un viejito, que acababa de llegar, dando lástima de puro parecer que no podía con su alma, y como los muchachos quisieron divertirse con él y le tiraron una punta de garrote, de la barajustada que se dió tramoliando el suyo, abrió un claro en el corredor”. —Así había sido y el viejito decía plantado en guardia y buscando pelea: —“A mí no me falten al respeto ustedes, llaneros aguachinaos, porque yo soy llanero de antes y ustedes lo vienen a sé de ahora. Sálgame uno a uno para que aprendan a jugar garrote, que ¡ah, mal haya fuera lanza encabá!, como mi taita me enseñó a manejarla, lo mismo que él lo aprendió del suyo aquel a quien todavía se le está escuchando el grito de Queseras del Medio. Yo a nadie le ando diciendo quién fue mi abuelo cuando no me dan motivo, más para que otra vuelta no se equivoquen conmigo, aquí les voy a dejar mi apelativo: yo soy José Antonio Páez. Asma, pata en el suelo y arriando ganado, como me aguaitan”. —No había terminado de decirlo cuando yo me abría paso entre los llaneros que lo rodeaban y me le plantaba por delante, con mi garrotico en la mano y diciéndole: —“Yo no vengo a faltarle al respeto, don; pero quiero aprender a taparme una punta de las de su abuelo de usted”. —Se quedó mirándome de arriba abajo y me preguntó:

—¿Y tú quién eres, muchacho?

—Florentino Coronado, para servirle.

—¿De los Coronados de la Concepción de Arauca?

—De allá mismo, don.

—Pues sí mereces que te enseñe, porque ya se de quién eres hijo. Tápate esta punta.

—Ya está —le dije, quitándome de encima la que me había zumbado, muy suavcita, como para muchacho.

—Y esta otra?

—Tampoco me alcanzó —le respondí— Zúmbeme otra más difícil.

—Allá va. Vamos a ver si te la tapas.

—Esa sí me tocó —tuve que decirle.

—¿Muy duro? —me preguntó. Y yo, contestándole:

—No se preocupe, don, que así es como se aprende.

Así había sucedido, y aquella noche, ya en su chinchorro, pero sin poder conciliar el sueño con los deseos de continuar despierto para disfrutar de sus fantasías, Florentino le preguntó al tío:

- ¿Será verdad que ese viejito de esta tarde es nieto del general Páez?
- Así dicen y él lo afirma. Nada tiene de imposible.
- ¿Quiere decir que yo me he tapado dos puntas de la primera lanza del mundo? Porque si el general Páez se las enseñó a su hijo y éste al viejito, desde allá vienen.

A lo que respondió el tío, llanamente:

- Pero tal vez mermando por el camino, como ganado en viaje.
- El ganado vuelve a su peso en cuanto lo empotreran donde haya buen pasto.
- ¿Qué quieres decir con eso, muchacho? ¿Es que te imaginas que tú vas a repetir la historia?
- Nada, tío, Cosas que se me van ocurriendo cuando me voy quedando dormido.

Fuese o no de tan heroico abolengo aquella lección, de mucho le valió a Florentino haberla aprendido, pues varias veces, a consecuencia de las porfías con los cantados celosos de su fama o en represalias de novias quitadas y hermanas burladas, fueron de lanza las puntas que no pudieron alcanzarlo.

Por ello vivía en zozobras la madre, y el hermano le decía:

- Algún día menguado te clavan.
- Pero él replicaba, fatalista:

*De lanza o cacho e ganao
según y como barruntas,
o de puntá de costao,
siempre se muere de puntas.*

Y continuaba su vida errante en busca de aventuras.

Allá va, esguazando los esteros del Guárico, con el agua a la coraza de la silla, levantando el bullicioso revuelo de las bandadas de patos y de garzas, adormecido por el chapoteo interminable de la bestia en las bombas de fango. Allá cabalga hacia el Alto Apure a través de la verde inmensidad de los bancos, Salió con la sombra por delante, larga sobre el camino, le pasó por encima y ya la lleva a la espalda, larga sobre el camino. Pero él siempre está en el centro del llano, círculo de espejismos donde se funde la sabana caldeada por el sol antes de convertirse en cielo. Allá atraviesa los palmares profundos, los verdes morichales, cuyas claras aguas duplican el alba de oro y el crepúsculo de púrpura. Allá cruza las mesas de las desolaciones, páramos de hierbas raquílicas que el sol

retuesta y consume... Un grito melancólico, de encaminador de ganados imaginarios, se le convierte en copla, y la copla vuelve al grito y éste se tiende y se extingue en el ancho silencio y así va distrayendo su soledad bajo la obsesión del panorama, siempre igual y siempre interesante.

Por allá viene el viento peinando el pajonal. Pasa de largo junto al viajero y le arrebató el sol que lleva encima.

— Gracias, compañero!

Y el viento sigue su carrera, peinando el pajonal.

Por allá van huyendo las tolvaneras, como duendes medrosos.

—Pero, ¿dónde está el ganado? ¿Cuándo se verá uña casa? ¡Qué sólo te vas quedando, viejo Llano! ¿Qué te pasa?

Y como le han resultado versos, tiende el canto como un lazo:

*¡Ah, caramba, compañero!
No le puedo remediar,
que acabe diciendo en versos
lo que empiece a conversar.*

Y así, con la comezón del canto en los labios llegaba a un hato, aunque también con la sogá a los tientos para arrimarla al trabajo que allí se estuviere haciendo, y eran corridos y galerones hasta el hilo de medianoche, los tiempos de vaquerías.

Pasaba por un pueblo, y eran parrandas y joropos, hasta que las autoridades, a quienes satirizaba en sus coplas, optaban por decirle:

—Sigue tu marcha, Florentino. No me alborotes el: avispero.

Se acercaba a un caserío y ya no tenían sosiego las muchachas. Una manotada de agua a la cara, otra al tiesto para prenderse la flor en el moño, otra al clavo para descolgar el traje más presentable.

El se metía de casa en casa, preguntando:

—¿Dónde está Rosa? ¿Por dónde anda Romanita?

—Ya te van a salir —respondíanle las madres—. Se están vistiendo.

Y empezaban las malicias, alcahuetas de sus amores:

—Dícales que mucho más me gustan entre el quitarse por los pies el camisón de los días de trabajo y el ponerse por la cabeza el dominguero. Pues no vengo a ver trapos, que para eso están las tiendas.

—Y para carne fresca las pesas, relambío —replicábanle por allá adentro, con protestas que reventaban en risas.

—Ese es mi oficio, precisamente.

Carnicero me llaman por ahí, de tanta carne bonita como me han visto

cargando en peso. Sólo que yo no mato para pesar. Ni nadie se muere de penas conmigo, pues por algo me llaman también: Florentino Quitapesares.

A lo que replicaba una:

—Que le pregunten a Ermelinda si mereces que asina te mienten. Y a María de la O, la del Mal Paso, que fue la última... ¡Qué se sepa!...

A tiempo que otra protestaba:

—No hables de oficio, ¡hombre de Dios! Que el tuyo es quitarla a una del que esté haciendo en su casa.

—Con no salirme tienes, que ya entraré a saludarte cuando estés sola en el cuarto.

Y haciendo suya la copla de todos:

*¡Ah, mal haya si me viera
contigo en el aposento,
que se perdiera la llave
y el herrero hubiera muerto!*

Y a las enojadas, si le salían con amenazas de rompimiento de amores, las desbravaba cantándoles:

*Ahí te mando tus sortijas,
tus cartas y tus pañuelos.
Espérame en los chaparros
pa devolverte tus besas.*

Pues si estas coplas no eran suyas, también se las atribuían, por ser de aquellas de alma llanera extendida, como cuero estacado.

Para ganarse la vida que así de continuo arriesgaba, dejando al hermano todo el producto de El Aposento, prefería el trabajo errante del revendedor de ganados.

Mulas del Caura para las haciendas de los valles de Aragua y del Tuy; caballos del Guárico para los hatos del Arauca donde el ganado bravío malograba el bestiaje; reses del Apure para los pueblos de la Cordillera, por la montaña de San Camilo... Madrinas y puntas de ganado conducidas de un extremo a otro de la vasta región de sus andanzas, producíanle el placer de las jornadas lentas a través de la desierta inmensidad de la sabana, de los pacientes reposos en los sesteaderos, de las noches a la intemperie de las majadas, con coplas y contrapunteos de cuentos inverosímiles entre los peones que lo acompañaban. En cuanto al dinero que le producía su comercio ambulante, apenas lo cobraba cuando ya estaba derrochándolo, jugador temerario, parrandero espléndido, amigo generoso, porque:

*Dos cosas hay en el mundo
que no sirven pa viajar:
la plata, por lo que pesa,
y el no quererla gastar.*

Y varias veces, como le saliera al paso alguna aventura amorosa, se dio el caso de que dijese a sus peones:

—Sigán ustedes, muchachos. Yo me quedo aquí. Ven dan el ganado a como se lo paguen y cójense la plata para ustedes.

Por temporadas complacía a la madre quedándose en casa -y compartía con el hermano las recias faenas del hato, no habiendo entonces dificultades que no se allanasen pronto, pues ninguno más empeñoso en el trabajo cuando estaba en vena de meterle el hombro, ni nadie como él para bregar, a pecho de caballo cimarronero, con el ganado bravío, ni había por todo aquello quien se atreviese a tanto cuando fuere menester hacerle frente a un enemigo.

Pero así como le venían ganas de asentarse, así se le iban de pronto y por cualquier cosa. Porque oyó decir que en tal parte había una muchacha bonita que no atendía a requiebros de amores. Porque le oyó cantar a un va quero una copla de otros lados, obra de un cantador que se reputaba invencible...

Ensilaba su retinto, rabiataba la remonta, por si acaso de aventuras, metía el cuatro en la funda y lo amarraba a los tientos junto con las maracas y la soga, y se ponía en camino, después de decirle a la madre: -

—Bendígame, vieja. Que la sabana me llama otra vuelta.

Y al hermano:

—Hasta la vista, José Luis. Que si no vuelvo es porque en alguna parte una mala punta me ha clavado para siempre.

*De lanza o cuerno de toro
en alevosas derrotas.
Que para puntas de amores
Cantaclaro tiene contras.*

* * *

Porque una tarde, encaramado en el tranquero de la corraleja como en sus tiempos de becerro, se quedó con templando la sabana, camino de largas jornadas y raros encuentros y se sorprendió a sí mismo murmurando, con un sentimiento que por primera vez lo visitaba:

*¡Ah, malhaya un trotecito
que no terminara nunca!
¡Ah, malhaya quién hallara
aquello que nadie busca!*

II

AL ABRIGO DE LAS MATAS

Esguaza un río, vadea un caño y otro y otro, atraviesa las duras terroneras de los rebalses ya secos, cruza un banco de sabana y en llegando a una mata, ya al caer de la tarde; rompe el hondo silencio del paraje con su canto solitario:

*Mata del Anima Sola,
boquerón de Banco Largo,
ya podrás decir ahora:
aquí durmió Cantaclaro.*

Era un bosque de samanes centenarios cuyas amplias copas entrelazadas, no dejando pasar los rayos del sol, no consentían matorrales rastreros, y por entre cuyos troncos se extendían umbrosas naves de soledad y silencio, propicias a la conseja del ánima en pena que por allí vagara. No obstante lo cual y apenas concluida su copla, a poco de haberse internado, oyó que le decían:

—Salú, Florentino.

—Salud, amigo —respondió sin saber a quién, deteniendo la bestia y mirando en derredor.

Y como no acertase a descubrir quién le hubiera dirigido la palabra, ya se entregaba a pensar que aquel saludante invisible fuese el propio duende que le daba nombre al sitio, cuando su cabalgadura y su remonta lanzaron trémulos relinchos, a los cuales contestó otro de un caballo arrendado al tronco de un samán, y volvió a escucharse la voz: -

—Aquí, Florentino: entre los palos, como los monos.

Por si acaso el tigre.

Alzó la cabeza y descubrió dos chinchorros colgados entre las ramas del árbol a cuyo tronco estaba sujeto el caballo, uno cubierto por un mosquitero que no permitía distinguir a quien lo ocupase y en el otro un hombre sentado, péndulas las canillas cubiertas de barro seco.

—¿Tan temprano y ya durmiendo? —interrogó, toda vía sin saber quién fuese aquel que parecía conocerlo.

—Al compañero se le atarilló la bestia y además le pegó la calentura —explicó el desconocido, refiriéndose al del mosquitero—. Un caraqueño que no está acostumbrado a estas tierras. .

—Y usted el baquiano que lo está sacando de ellas? —Sí, señor. Crisanto Báez es mi apelativo y en el hato de Las Maporas me tiene a su mandar —respondió, saltando

del chinchorro y acercándosele—. De lejos venimos y pa lejos vamos.

—Pues todavía les falta un trecho.

—Y lo pior es que de aquí palante, planta e pie llaman a mi caballo, porque voy a tener que darle el mío al joven. A menos que usted quiera hacerle el favor, que yo también se lo agradecería por lo que me corresponde, de venderle su remonta, que él se la pagaría bien.

—¡Ah, caramba, compañero! —exclamó Florentino—.

Creí que usted me conocía verdaderamente. Yo no hago negocios con los apuros de otro. Mí caballo está a la orden, pero después que usted y su compañero me hayan oído este pasaje que les voy a echar. Una vez, por causas que no vienen al caso, iba yo muy mal montado y por mi propio camino viajaba un blanco con una remonta que daba gusto verle el paso. Lo 'de siempre, desde que el mundo es mundo: que unos tienen de más y otros de menos. Le puse el ojo al arrebiato y como yo soy de: los que creen que las cosas no son de su amo sino de quien las necesita, me tracé mi plan. Eché por un atajo para salirle adelante al blanco y en llegando a una mata por donde él tenía que pasar, a la hora de éstas, casualmente —dicho sea de paso—, escondí mi matalón, que ya me llevaba trozado, colgué mi chinchorro entre los palos y empecé a temblar de embuste, como ya el paludismo me había enseñado a hacerlo de veras.

—Usted no nos está diciendo perros, Florentino —dijo el baquiano sonriendo—; pero nos está enseñando el tramojo.

—No me chalequee el cuento. Déjeme echárselo hasta el fin. Llegó el blanco, me hizo la pregunta y yo le dí la respuesta que usted se ha imaginado; me creyó que era verdad que se me hubiera atarrillado el caballo y me cedió su remonta, comprometiéndome yo a devolvérsela al día siguiente en Chamariapa, que ahora llaman Cantaura, que era para donde él iba y yo dije que también, sólo que todavía no he llegado.

—Ah, Florentino bellaco!

—Lo del gasto, nada más. Y como ya el pasaje está echado y al que entiende no hay que explicarle, desamarre usted mismo el arrebiato.

Pero en esto intervino el enfermo desde su chinchorro:

—Oiga, baquiano. Muéstrole a su amigo mi bestia que acaba de morir, para que se convenza de que no ha sido un ardid de cuatrero, como él sospecha. Y dígale, para que lo oiga dos veces; que no me agrada recibir favores de personas a quienes no conozca y que si acepto la bestia que me cede, comprometiéndome a devolvérsela en el primer paraje donde pueda comprarme la que necesito, que no será como la Chamariapa de su cuento,

es solamente por el deseo de salir cuanto antes de esta maldita tierra.

—Ah, hombre bravo! —murmuró Florentino,- sonriendo.

Y el baquiano, en voz baja:

—No le haga caso. Ansina viene por todo el camino: maldiciendo de estas tierras.

—Sus razones tendrá.

—Parece que le han sucedido cosas graves. El no las cuenta, pero se le adivina. Ni el nombre le conozco todavía y ya con esta son cinco las jornás que he echao junto con él.

Intrigado y puesto que allí había de pernoctar, Florentino resolvió quedarse en compañía de aquellos hombres; más para dar ocasión a que se lo propusieran, fingió de este modo:

—Dígame, Crisanto. Usted que es baquiano de por aquí. ¿Qué distancia habrá a las casas más cercanas?

—Cantaclaro preguntando dónde se halla? —repuso el baquiano, que a malicioso no se la ganaban fácilmente —. De aquí a las casas más cercanas no eche usted menos de seis horas.' Y camino malo: puro sartenejal. Yo, como usted, pernoctaba aquí. Digo: si no le disgusta la compañía.

—Todo lo contrario.

—Pues desensille y cuelgue y ansina seremos tres palos por si acaso.

—Siempre que lo permita su compañero, a quien todavía no tengo el gusto de conocer — dijo Florentino, con una guiña para el baquiano.

A lo cual repuso el aludido, poniendo una vez más de manifiesto su despacible estado de ánimo:

—No necesita permiso, pues el dormitorio es más suyo que mío.

—Sí. Ya me ha dicho el baquiano que no es usted de por estos lados.

—Afortunadamente.

—Miren qué cosa! Asimismo respondemos los llaneros cuando nos preguntan si somos de por aquí. Pero de :: ±cs modos, salud y con su permiso.

Se apeó del caballo, sacó de la capotera el chinchorro mientras procedía a colgarlo:

—Vamos a ver si nos deja dormir tranquilos el Anima Sola que y que se pardee de noche por aquí. Porque, la verdad sea dicha, de todos los espantos de la sabana, con el que menos ajuste tengo es con esa mujercita rezandera que llaman el Anima Sola.

—¿De verás? Pues yo con la que no me transo es con la Llorona —confesó el baquiano—. Alla por la laguna del Término se aparece una que a diez leguas se le escucha el quejido.

¿Y cree usted que yo me dejo coger con la noche por esos lugares? Porque voy a decirle una cosa, Florentino, que no sé si usted habrá observado: los espantos del agua son piores que los de la tierra. Yo infiero que sea la humedad...

Se interrumpió al oír que el caraqueño reía y luego concluyó en tono zumbón:

—Manque dicen los que han leído que eso de los espantos son cuentos de camino... ¿Qué dice usted a eso Florentino?

Y éste, en el mismo tono y mientras se ocupaba en desensillar su caballo:

—Que yo no sé leer, pero me escriben...

—¡Ah, Florentino resbaloso! Tiempo hace que deseaba toparme con usted. Con el Florentino de carne y hueso, que ya estaba por creer que no existía, de tanto oír mentar a Cantaclaro, en todas partes.

—Pues creí que usted me conociera personalmente.

—¿Porque lo saludé por su nombre de pila cuando entró en la mata? Voy a explicarle. Allá por los lados donde yo vivo, cuando se oye cantar una copla güena, como todas se las endilgan a usted, es costumbre decí:

—Escuchen a Florentino—. ¿Me entiende el sentido?

Además usted mismo se mentó en delante por el apodo que le dan. Que por cierto no es muy bueno eso de ir regando uno su nombre por el camino.

—También es verdad, viejo. Tengo esa mala costumbre.

—Y ahora pa donde va rumbiando? Si no es curiosidá.

—Para los llanos de Barinas.

—Ajá! Por ahí y que se está haciendo famoso un cantador nuevo. ¿Va a emparejarse con él?

—Dicen que el hombre tiene más coplas que palos el monte tupido. Pero la diligencia se hace.

—¡Güena será esa porfía! Ya quisiera escucharla.

—Lo mejor del caso es que, según cuentan, no es propiamente un hombre, sino el mismo Diablo en figura humana, pues y que las maracas con que se acompaña se quedan impregnadas de olor de azufre.

Y guiñándole el ojo al baquiano, concluyo:

—Eso dicen. Por si acaso la risita.. .

Pero ya el enfermo se había incorporado en el chinchorro y asomándose fuera del mosquitero intervino en la conversación, afirmando bruscamente:

—Y usted lo cree.

Era un joven aniquilado por el paludismo, de rostro macilento y ensombrecido por una barba negra y revuelta. El fuego de la fiebre que lo consumía, visible en el fulgor de los ojos cavados, le daba un aspecto delirante.

—Salud, amigo! —díjole Florentino, desatendiendo a lo oído por lo visto, que era verdaderamente deplorable

—. ¿Cómo se siente?

Pero él insistió, sin hacer caso del saludo:

—Usted lo cree y de nada le valdrá convencerse de la realidad humana de ese cantador, porque junto con la explicación natural de los motivos que hayan dado origen a la superchería, puede usted admitir la absurda, sin que una y otra se excluyan ni se estorben. Así como tampoco hay ningún inconveniente para que el baquiano sepa, según me lo ha explicado hace poco, que el murmullo que se oye en esta mata al anochecer es producido por los innumerables enjambres de aricas que en estos árboles forman sus colmenas y crea, al mismo tiempo, que lo produce el ánima en pena que recorre este paraje rezando.

La brusquedad de la intervención y la vehemencia del discurso dejaron perplejo a Florentino. El baquiano murmuró para sí:

—Vuelta el hombre con su tema!

Y el enfermo concluyó:

—Cómo pueden ustedes darse, simultáneamente, las dos explicaciones contrapuestas: saber la verdad y a la vez creer lo absurdo respecto a un hecho cualquiera?

A lo que replicó el baquiano, quitándole la palabra a florentino, con una decisión reveladora de que ya estaba harto de oír aquello:

—Mire, joven. Yo no sé explicarme, pero usted procurará comprenderme. Pa entender eso que a usted le parece tan difícil, hay que ser bruto. Porque eso de hombres inteligentes y brutos tiene su según y cómo. Inteligente es el que comprende unas cosas y bruto el que no entiende sino otras, que puén ser las mismas, aparente mente. Usted se empeña en explicarse lo que no está a su alcance, porque, convéznase: ni el agua corre parriba, ni el inteligente aprende a ser bruto. Usted oye el zumbido de las aricas, ya que las ha mentado y nosotros también, mejorando la compañía; pero usted nunca escuchará el rezo del Anima Sola porque lo supirita su inteligencia.

Florentino celebró la bizarra explicación y el caraqueño repuso sonriendo:

—Esa es, más o menos, la teoría de los sentidos desaparecidos.

Pero al baquiano le supo mal el término sabio y lo devolvió, interrumpiendo:

—Teoría?... ¡Jm! Su boca sea la medida, pero perdóneme que lo deje de ese-tamaño porque las bestias del compañero deben de vení jambrás y voy a cortarles una poca de yerba. .

Dicho lo cual se alejó hacia la sabana. Florentino, al cabo de una pausa y dirigiéndose al enfermo:

—Amigo...

—Si no le interesa mucho saber mi nombre, llámeme Caraqueño, como lo hace el baquiano.

—Como usted guste. Pues iba a decirle...

—Perdón. Reconozco que hice mal al incluirlo a usted en lo que tal vez sólo sea aplicable al baquiano, pues a pesar de sus palabras a propósito del cantador con quien va a medirse, puede que exista una gran diferencia de mentalidad entre usted y Crisanto Báez.

—Quizá no tanta, Caraqueño. Y a eso iba..

—Tampoco se imagine que menosprecio a los hombres de la mentalidad del baquiano: por el! contrario, me inspiran un gran interés.

“¡Vaya, pues!”, ! se dijo Florentino para sus adentros.

“Este Caraqueño como que se cree dueño del hato de la conversadera, porque todo lo quiere arrear para su lado”.

Mientras el otro proseguía:

—Nunca había tenido oportunidad de tratarlos de cerca: pero desde que ando por estas tierras el deseo de conocerlos a fondo no me deja perder ocasión de averiguar cómo sienten y piensan acerca de las cosas que los rodean.

—Y lo ha logrado, Caraqueño? —Interrogó con sorna el cantador—. Mire que eso de conocer a fondo a un llanero como que es difícil.

—Ya sé que en eso fundan ustedes su mayor orgullo.

Todos ustedes, desde el más rudo hasta el más culto, desde Crisanto Báez hasta el doctor Juan Crisóstomo Payara, pongamos por ejemplos. Porque esa tiranía de lo llano que los rodea por todas partes es esencialmente niveladora. Este panorama llanero, esta mezcla absurda de transparencia suma y de misterio —pues lo misterioso, o como ustedes dicen, lo espantoso del llano, reside precisamente en su excesiva luminosidad—, este paisanaje monótono y obsesionante se repite dentro de ustedes con abrumadora uniformidad. Que usted y mi baquiano, aun no perteneciendo a una misma categoría de personas, sientan y piensen de un mismo modo no puede sorprenderme, pues yo conozco el caso de ese doctor Payara a quien acabo de mencionar...

Se interrumpió bruscamente y volviendo a meterse en su chinchorro, concluyó:

—Pero le estoy fastidiando demasiado... Cosas de la fiebre.

—Por el contrario, me agrada mucho su conversación.

Y hasta querría que me echara el caso de ese doctor Payara, de quien yo conozco algunos pasajes. Digo, si es el mismo que es también general y a! quien, por más señas, mientan El Diablo del Cunaviche.

Mas como el Caraqueño ahora la daba por el mutismo, concluyó al cabo de una pausa:

—Aunque verdaderamente es mejor que sude su calentura callado y tranquilo. Ya tendremos tiempo de darle a la sin hueso.

Y para sus dentro:

“¡Qué le habrá pasado a este caraqueño? Porque en eso de no querer dar su nombre debe de haber algún en taparado...”.

* * *

El sol de los araguatos arranca reflejos de bronce nuevo a los troncos de los samanes y completa la ilusión de bosque metálico el pesado reposo de la mata en la tarde sofocante. Un aire sin transparencia flota sobre la sabana, empañando las perspectivas. Hay un silencio macizo que llega hasta el horizonte...

Pero las palabras del baquiano, murmuradas a media voz, le hacen de pronto un hueco de resonancia inquietante:

— ¡Aguaita, compañero!

Florentino mira hacia donde le indica, boquete de la mata sobre la brumosa lejanía de la sabana, donde acaba de suceder una sencilla cosa extraordinaria, como lo es toda aparición viviente en el desierto, y a su vez murmura: !

—Umjú! Ahi viene el perro...

El Caraqueño vuelve a incorporarse fuera del mosquitero y mira hacia el acontecimiento con febril curiosidad.

Pero es un perro vulgar, manso, triste de sarna y de hambre, cuyo aspecto en nada corresponde a la entonación agorera de las palabras que lo han anunciado. Se detiene un momento en la linde de la mata, receloso de la presencia de los hombres y luego se decide a atravesarla, haciendo un rodeo previsorio.

El Caraqueño, defraudada su expectación de lo extraordinario, sigue al can con mirada displicente y murmura, como quien trata de extraerles frases que lo intrigan el sentido enigmático que puedan encerrar:

—“Ahí viene el perro”... “Anoche me salió el tigre”.

¡El perro! ¡El tigre! Y no simplemente un perro o un tigre.

Y dirigiéndose de pronto a sus compañeros, quienes entretanto han estado comentando su monólogo con recíprocas miradas maliciosas, los interpela:

—¿Por qué hablan ustedes así? ¿A qué misteriosa porción del pensamiento acerca de las cosas que los rodean, corresponde esa tendencia a deformar la realidad, empleando las palabras como ustedes acostumbran? No fue un tigre cualquiera el que se apareció anoche al baquiano pues ya me ha confesado que al designarlo “el tigre” le parece haber dicho más y se queda más satisfecho; pero si en el caso de la fiera se explica la forma

enfática como necesidad, muy llanera, de exagerar la aventura, en el de este pobre -perro debe de haber algo más, ¿Qué ha visto usted, Florentino, en ese infeliz animal inofensivo y vulgar? ¿Qué ve, habitualmente, para que lo designe “el perro” y no un perro?

Y como a todo esto sonreía el cantador, mientras lo escuchaba con la extrañeza que tenía que causarle, concluyó, amoscado:

¿O es que ha querido hacerme creer que se trata de uno determinado y misterioso, de un duende que bajo esa forma acostumbre aparecerse por estos sitios y a esta misma hora, tal vez?

—¡Un momento, Caraqueño! —repuso Florentino—.

Eso será lo que usted se habrá figurado por su cuenta y riesgo. Pues por lo que voy viendo, usted como que se espanta de las palabras.

—Porque las palabras son los espantos de la sabana.

Usted lo ha dicho y ya se me venía ocurriendo. No sólo por el sentido enigmático que adquieren de la manera con que, al emplearlas como lo hacen, deforman ustedes la realidad, sino porque ellas mismas y cualesquiera que sean resultan inquietantes por estas soledades. Hace poco le advirtió el baquiano que no es bueno “ir regando uno su nombre por el camino” y estoy seguro de que no se refería solamente al peligro de que por ello pudiese identificarlo algún posible enemigo emboscado. ¿Verdad, Crisanto?

—Usté que lo asegura, Caraqueño, Su boca sea la medida, como ya le dije en delante.

—Sí. Para usted el nombre forma parte de la personalidad y quien lo va dejando por el camino, quien lo pronuncia inútilmente, se convierte en otros tantos fantasmas de sí mismo.

—Si es así —concedió Florentino...., como tengo esa costumbre, ¿cuántos Cantaclaros se estarán apareciendo por todos estos llanos?

— ¡Usted mismo entre ellos!

—Cómo es eso, Caraqueño? ¡Esta sí que es gorda!

¿Quiere decir que yo soy un duende?

—Uno de sus duendes. Pero no solamente el nombre propio, sino todas las palabras que se pronuncian estando a solas, que es como generalmente se halla el hombre por estas tierras, se convierten en fantasmas. En estos sitios callados y desiertos están suspendidas en el aire, o mejor dicho en el silencio, a orillas del camino, todas las palabras frustradas, por no haber sido recogidas por el interlocutor necesario en toda conversación, que se pronunciaron al atravesarlos pensando en alta voz. Están mudas, pero sentimos que nos hablan, porque son palabras y necesitan ser recogidas por oídos inteligentes.

Esas son las almas en pena que, según ustedes, se aparecen por estos

lugares pidiendo oraciones que las saquen del purgatorio.

Por estas tierras vagan en el limbo del silencio todas las palabras que van dejando por el camino los que viajan hablando a solas. Mañana, cuando usted vuelva a pasar por aquí, oírás éstas que estamos pronunciando y dirás que el Anima Sola que recorre esta mata gimiendo y rezando.

—Pero ¿no habíamos quedado en que eso no pasa sino cuando se habla a solas? —inquirió Florentino, ahora entre burlas y veras—. Aquí estamos dos personas recogiendo las tuyas. Que por cierto...

—No. Aquí estamos solos, cada cual oyendo una conversación misteriosa que sostienen unos fantasmas en el Cencio de la mata.

—Ah caramba! —exclamó el baquiano—. ¿No sería mejor, joven, que acabara de pasar su calentura callado y durmiendo?

Pero la peregrina teoría ya le escarabajaba por dentro a Florentino:

—Sin embargo, Caraqueño, esas palabras que usted na inútiles de algo sirven a veces, pues ahora que oigo tuyas me explico ciertas cosas que me han sucedido por estas soledades. Esta, por ejemplo. Una vez que se había mancado el caballo en una bomba de medanal y no llevaba remonta, como iba costeando el monte del Arauca al paso cojitranco de mi bestia, escuché que venía un bongo remontando. Atravesé el monte y caí a la playa junto a una vuelta del río. Era punto de mediodía, estaba la playa silenciosa bajo el reventadero de sol y sólo se escuchaba, detrás de la vuelta, el ruido de los pasos de : palanqueros del bongo: tam... tam... tam...

Sonríe el baquiano, como de cosa sabida y Florentino se irrumpe el relato para contar la conseja:

—Cuentan que un día un bonguero maldiciendo, al separarse de la orilla en aquel sitio, cuando los palanqueros le preguntaron: —Con quién vamos?— y que en vez de responderles: —Con Dios— les contestó: —Con el diablo—. Y dice el cuento que allí mismo empezó a hundirse el bongo, como si llevara un gran peso a bordo, al mismo tiempo que los palanqueros no encontraban fondo y la espadilla no le obedecía a la mano del patrón, que no por eso dejaba de maldecir, hasta que reventó a bordo una gran carcajada de un pasajero invisible, que era el Diablo, con cuyo peso se estaba hundiendo la embarcación, como allí mismo se trambucó y desapareció en el agua, con todo y patrón y palanqueros. Y como esto y que sucedió a punto de mediodía, a esa hora siempre se escuchaba el bongo del Diablo remontando detrás de aquella vuelta. Yo entonces no conocía el pasaje y allí estaría todavía esperando el bongo, si una voz no me dice, cuando ya me disponía a quitarle el apero al caballo: —“No desensille, joven” —.

Volví la cabeza, busqué por todas partes y no vi a nadie por todo aquello, ni en la playa, ni en el monte. A mí no me asustan los espantos cuando se me aparecen de noche, pero si me salen de día todo el cuerpo se me descompone. Sin embargo, haciendo de tripas corazón, comencé a aflojarle la cincha al caballo, para soltarlo allí mismo, ya que para nada me servía y seguir mi viaje en el bongo. No había hecho sino agacharme cuando vuelvo a escuchar entonces ya no como quien aconseja, sino como quien manda: —“No desensille, le digo”.

—¿Ese paraje queda muy distante de Hato Viejo Payareño? —interroga el Caraqueño, que a oído con gran interés el relato, sobre todo desde la parte donde el narrador se refirió a la misteriosa voz escuchada.

—Sí. Algo lejos.

Y como el Caraqueño guarda silencio, agrega:

—Por qué me lo pregunta?

—Por nada. Dejemos esta conversación absurda —responde el enfermo, metiéndose en su cama colgante.

—Es lo mejor —aprueba el baquiano, imitándolo.

El silencio vuelve a adueñarse de la mata. Los troncos de los samanes arden un rato en luz bermeja del sol rasante. Luego se apagan, se quedan como más inmóviles y así los encuentra y los cobija la noche.

Ya no se distinguían cuando Florentino, como oyese que el Caraqueño roncaba, le preguntó al baquiano:

—Dígame, Crisanto: ¿este joven viene de Hato Viejo Payareño?

—Conmigo, desde Las Maporas, como le dije en de nantes... Pero ¿por qué me lo pregunta?

—Porque acaba de mentarlo y antes al dueño.

—No es la primera vez. Ya varias veces lo he escuchado referirse al “Diablo del Cunaviche”.

—Algo grave le habrá sucedido con él.

—No sería el primero tampoco, pues por algo le habrán puesto ese apodo no muy cristiano al doctor y general Juan Crisóstomo Payara. ¿Lo conoce usted, Florentino?

—De fama, como todos los llaneros y ¡le vista un poco; pero no de trato. Hace tres meses más o menos, me tope con él. O mejor dicho: lo saqué de un atolladero donde se había metido. Acababa yo de dejar el caserío de Mal Paso, donde una muchacha se había empeñado en irse conmigo...

—Y como usted no se hace rogar para esos favores...

—Florentino carga la fama... Ibamos desechando caminos reales, por si acaso el padre y los hermanos querían salir a quitármela, era la noche más negra que he visto en mi vida y aunque estaba fusilando era más para encandilarnos que para alumbrarnos la trocha, cuando empezamos a escuchar unos lecos de : —Por aquí va

gente perdida!— Los perdidos íbamos a ser nosotros si z dejábamos encontrar y así contesté entre dientes a los gritos, creyendo que fueran trampas que me pusieran suegro y los cuñados; pero siguieron escuchándose los ecos, cada vez más desesperados! y entonces le dije a mi compañera: —Quédate aquí mientras me acerco a ver qué gente es ésa y si es verdad que andan perdidos—. Sí lo estaban y eran un blanco y su señora. Los saqué al camino, él quiso pagarme el favor con plata y como eso ofendió le di la espalda, dejándolo con su nombre en boca y seguí mi rumbo; la verdad sea dicha, pensando más en la mujer bien encaminada que en la que iba perdiéndose conmigo, con todo y lo baquiano que soy.

—Asma sería de más bonita la mantuana que la malpaseña.

—De eso era la voz, que fue lo único que pude catarle la oscuridad de aquella noche. Pero como yo todavía no me he equivocado al pintarme una mujer en cuanto a escucho hablar, tan clara y tan completa que hasta le podría contar los lunares, me atrevo a asegurar que por lo menos uno y en buen lugar, tiene la señora del Diablo del Cunaviche.

—¿La señora? No he escuchado decir que se haiga casado otra güelta. Pero... ¡Ah, sueño que hace, Florentino!

Este comprende que el baquiano le insinúa abandonar el tema porque el Caraqueño ya no ronca y probablemente esté despierto y guarda silencio, afirmándose en la sospecha de que algo debía de haberle sucedido al forastero con el doctor Juan Crisóstomo Payara, hasta que, volviera a sentirse los ronquidos de aquél, insiste en averiguar:

—Creerá usted, baquiano, que nunca me he corrido hasta Hato Viejo?

—Raro es, verdaderamente. Pero ni falta que le hace, Florentino, porque esa tierra no aguanta forasteros.

—¿En qué sentido?

—En el que usted saque de este pasaje que le voy a echar, porque sé lo que es necesidad.

—Es que no puedo coger el sueño sino escuchando conversar.

—Pues escuche. ¿Conoce a don Manuel Mirabel?

—De referencias.

—Entonces ya habrá oído decir que ese viejo no es amigo de conversar zoquetadas, ni de los que se les enfría el guarapo, así como asma. Sin embargo, yo le he escuchado este pasaje. Venía él de Cunaviche arriba, en bongo, con la señora y dos de sus hijas y en llegando a una vuelta del río donde se veían unas fundaciones que eran las de Hato Viejo Payareño, ya abandonao pa entonces y que le dijo al patrón que atracara pa pernoctar allí.

El patrón y que le respondió, sin darle explicaciones, que mejor era seguir más alantico, pues todavía podían bogar con luz de día, pero él y que se empeñó en quedarse allí. Bueno. Desembarcaron, hicieron su comidita y cuando escureció del todo se acomodaron donde ya habían colgao, que era una casa desocupada y medio en ruinas, en dos piezas paré por medio el matrimonio y las niñas.

Apenas y que estaban pellizcando el sueño cuando y que pegan un leco las muchachas. Corre pa allá don Manuel y ellas le explican que un hombre, alto él, blanco él, de barba negra muy cerrá, bien vestío y. calza y con espuelas de plata, les había sacudido el chinchorro por las cabuyeras.

—Pero ¿no y que estaban dormidas? Seguramente sin luz en la pieza. ¿Cómo pudieron ver tantos detalles?

—Aguárdese ahí. No me chalequee el cuento le digo yo ahora. Don Manuel y que las regañó y les dijo que eso lo habrían soñado porque estando a oscuras no habían podido verlo como lo pintaban, y después de haber registrao el cuarto por si acaso, y de haberse cerciorao de que las puertas estaban atrancás por dentro y no había agujero ni resquicio por donde nadie pudiera meterse, se volvió pa el suyo y se acostó. No había pasao media hora cuando y que fue la señora la que pegó el leco. Vuelta a levantarse don Manuel, vuelta la misma explicación que habían ya dao las muchachas y vuelta a acostarse.

Bueno. Ya estaba cogiendo el sueño cuando y que le tocan a la puerta:

—Tun, tun.

—¿Quién es? —y que preguntó.

—Yo, don Manuel El patrón.

—¿Qué se le ofrece?

—Decirle que ya estamos listos.

—¿Cómo listos? Si le dije que saldríamos de madrugada y no es medianoche siquiera.

—¡Guá, don Manuel! ¿No fue usted mismo a despertarnos para que saliéramos en seguida?

—Yo? .

—Usté, don Manuel. Me jamaquió el bongo y me dijo:

“Alce arriba, patrón, que nos vamos ya!”.

El narrador hace una pausa y luego prosigue:

Dice el mismo don Manuel Mirabel que al oír esto ya no le quedaron ganas de esperar a que amaneciera, sino que allí mismito despertó a la familia y siguió su viaje, Cunaviche abajo.

—No era para menos —observó Florentino, aunque sin haberle hallado mayor interés a la conseja.

Y el baquiano concluye:

—Y como ése, muchos otros pasajes de un blanco que se aparece porfl allí cuando llegan forasteros y los hace seguir su marcha sin dejarlos descansá. Y todos dan las mismas

señas: un blanco, alto él, de buen plantaje, barba negra cerrá, pero no larga, bien vestío y calzaos, con polainas de patente y espuelas de plata. Digo yo que será pa que naiden se entere de algún misterio que debe de habé por allí.

En esto intervino el Caraqueño desde su chinchorro:

—¿Cómo se explica, entonces?

—¿Qué dice, Caraqueño? —inquire Florentino.

Pero el interpelado no responde y el baquiano explica momentos después:

—Habló dormido. Tiene esa costumbre.

—Hum! —hace Florentino. ,

Luego, el silencio, el profundo silencio de las noches del desierto, al abrigo de las matas, posadas de la sabana...

III

JUAN, EL VEGUERO

Por allá se quedaron los caminos que podían llevarlo a los llanos de Barinas; aquí se extienden ahora ante su vista las desiertas llanuras que van a morir en las solitarias riberas del Cunaviche. Más que el deseo de medir sus facultades con el ya legendario cantador a quien iba a desafiar, así fuese el mismo Diablo, como decían, pudo la curiosidad del enigma de Hato Viejo Payareño y hacia allá cabalga escotero, pues la remonta se la cedió al Caraqueño, solo, a través de la muda inmensidad de los bancos.

Humaredas de incendios lejanos que hace días enturbia la atmósfera de la sabana, más densas a medida que at interna hacia el sur, hacen el aire sofocante y penosa marcha bajo el sol sin brisa que lo mitigue. En los matorrales estridulan las chicharras y en los bajíos, donde fueron los bebederos, se resquebrajan las terroneras enjutas. Reina la sequía y los rebaños sedientos caminan hacia el agua ilusoria de los espejismos.

Ya atardecía, en rojo sin brillo, cuando llegó a un rancho solitario, junto a la vega castigada de Una madre- vieja.

—Salud! —dijo, pero no obtuvo respuesta.

Era una choza despatarrada, en parte caney, en parte vivienda con abrigo de techo de palma y paredes de barro. Bajo el cobertizo abierto al viento sabanero, que

aquella tarde no corría: un chinchorro mugriento, negras las cabuyeras de chinches repletas de la sangre sin substancia que le chupaban al dueño de aquella yacija; una tinaja sobre una tabla clavada al tope de un palo enterrado en el suelo y más allá un montoncito de cenizas frías entre unas topias ahumadas detrás del rancho, tres cruces de madera sembradas entre el monte, un topochal en torno a una charca, un rastrojo de yucas raquílicas. Y la sabana por todas partes desierta, inmensa y melancólica bajo la luz espesa con que se desangraba el sol, degollado por el horizonte, entre la bruma de la humareda.

— ¡Salud! —repitió Florentino—. ¿Cómo que no hay gente por aquí?

— ¡Si, señó! —salmodió lentamente, pues aquello no era hablar, una mujer que aún tardó un buen rato en asomarse a la puerta del rancho—. Por aquí anda un piazó.

Pringue de ropas en jirones y miseria vital de un cuerpo sin sangre, hidrópica, abotagado el rostro de color terroso, amarillo el que debiera ser blanco de los ojos, mortecinas las pupilas, bien había dicho que no era una persona, sino un pedazo nada más de un mal resto de ser viviente.

—¿Me permite que cuelgue por aquí, después de obsequiarme con un poco de agua? —le preguntó Florentino.

Y ella tardó en responderle, no porque quisiese negar el hospedaje, sino porque todo vacilaba y se arrastraba penosamente dentro de aquella ruina.

—¡Yo sé, Juan! De seguro que él tampoco tendrá inconveniente.

Y esto, que se refería a su hombre, lo dijo sílaba a sílaba, con una lentitud desesperante y a tiempo que se rascaba el abdomen con movimientos tan calmosos como sus palabras.

—¿Y Juan por dónde anda?

—¿El? _interrogó ella a su vez. Y luego, sílaba a sílaba y rasca que te rasca—: El ahorita ta pa la vega, recogiendo unos topochitos y unas yuquitas pa la camiíta e mañana. Pero ya no debe dilatá, porque, aguaita el perro que ya viene por ahí. ¿Por qué no se apea? Aquí no tenemos na que ofrecerle, pero techo ande colgá tuavía queda un piazó. Digo, si Juan no tiene inconveniente, que a buen seguro que no lo tendrá.

El perro era sarra, y Juan, el veguero, anquilostomiasis y paludismo. Retaco, macilento, canijo, pie en el suelo, nidal de niguas, un mandil de coleta cubriendo las partes pudendas, la piltrafa de un sombrero pelodeguama sobre la greña piojosa. Traía una mochila al hombro y un machete rabón en la diestra, y apenas contestó

con un gruñido al saludo Insinuante de Florentino. Ni una chispa de inteligencia brillaba en aquella mirada que se posaba sobre las cosas y allí permanecía largo rato inmóvil, inexpresiva, echada como una bestia pesante y desesperada.

La acción embrutecedora el desierto, la vida confinada al palmo de tierra de la vega perdida en la inmensidad de la sabana, siervos solitarios de la gleba que sobre aquel mal terrón de ella nacieron y en ella enterrarían sus huesos, el funesto chinchorro siempre colgado encurvando y reblandeciendo las energías, el rudimentario alimento del topocho y de la yuca que degeneraban en la tierra sin cultivo del rastrojo y el agua pútrida de la charca o del jagüey, carato de aquellas larvas que les hinchaban los vientres y les chupaban las fuentes vitales, la miseria sin límites pero sin horizontes, como a llanura en aquella tarde brumosa y la ignorancia absoluta, habían hecho de aquel hombre y su mujer duendes de sí mismos, con cenizas de alma en la mirada.

Florentino no se molestó en repetir la petición de perz.so para colgar su chinchorro, sino que procedió a to zar posesión del caney, y aunque nada de lo que hubiese aquel cubil podría ser apetitoso, luego de mitigar la con el agua turbia y posma de la tinaja, como llevaba hambre de toda una jornada les pidió de comer.

—¿De comer? —repitió la mujer, con esa costumbre if respuestas interrogativas, doble trabajo de la pereza mental.

—¡De comer! —exclamó Juan, a tiempo que su mirada iba a echarse sobre las topias del fogón apagado, donde ya lo estaba el perro sarnoso que les servía de guardián.

Y la primera agregó, con su desesperante manera arrastrada de hablar:

—Si se conforma con un topochito asao y unas yuquitas sin sal, porque la última poca que me quedaba se nos acabó trasantiel, le prendo la candela. Pero si me proporciona una rajita e fósforo.

—Me conformo con una taza de café —dijo Florentino.

—¿Café? ¡Ay, mijito! Eso es lujo por aquí.

—O un trago de aguardiente para engañar al estómago.

—¿Aguardiente? —intervino Juan, que en lo preguntón y en lo calmoso para hablar rivalizaba -con su mujer—. La cosa es que la última poca que me quedaba me la bebí esta mañana, pa sacarme el frío de tripas de una cagantinita que me tiene trabajao.

—Pues está visto que he llegado tarde y no me queda más recurso sino echarme otro tarrayazo de agua, que como está cargadita de tierra, con el peso se me aplomará el estómago.

—Lo único que pueo ofresele es una mordiíta de tabaco e vejija —concluyó Juan, quitándose el sombrero bajo el cual llevaba, sobre la greña piojosa, la inmundicia que ofrecía.

—Gracias. No masco —rechazó Florentino. Y luego a la mujer—: Tome el fósforo, comadre. Me tronso por el topocho y la yuquita.

Y al cabo de un rato, ya metido en su chinchorro y mientras la mujer le aderezaba el mal 'paliativo del hambre:

—Dígame, Juan. ¿Cómo pueden ustedes vivir así?

—¿Cómo?

—¿Y todavía lo pregunta?

—¡Ah!... Pues asma, con el favor de Dios, que es muy grande.

—Ya se ve. Pero ¿no pone usted nada de su parte para ayudarlo a que no le siga haciendo esos favores?

—¿Y pa qué, don?...

—¡Hombre! Para que no pase trabajos su mujer. Y no digo sus hijos, porque con lo jambreados que están ustedes no me parece que puedan tenerlos.

Y Juan, palabra a palabra y sílaba a sílaba, cual si fuese contándolas mientras salmodiaba sus negras miserias:

—Ya los tuve y se me murieron. ¿No aguaita esas cruces que están entre el monte? Ahí mismito los juimos enterrando según y cómo se nos jueron muriendo.

Eran tres que cabían bajo un canasto y el mayorcito se nos malogro de una mordía e culebra, un día que lo puse a j alarme el monte del rastrojo, en salva sea pa usté la parte más noble del hombre. Al del medio se lo llevó la fiebre esa que mientan económica, porque no da tiempo a gastá en medicinas, y a la última, una jembrita de tres meses de nacía, nos le jecharon maldiojo y murió de una novedá del estómago, que no hubo yerba ni raíz que pudiera cortársela. Alcaraván la vido y con tolo facurto que es no pudo sacarle el daño que le habían echao. De mo y manera que ya le he dicho a la mujé mía, que su gracia es Ufemia: vamos a dejá la paridero porque ya le hemos pagao su tributo a la tierra y por ese lao podemos está tranquilos, pues ya tenemos allá arriba tres angelitos que pidan por nosotros.

—Ya se ve que están pidiendo y consiguiendo mucho.

—Además, don, eso de trabajá no remedia ná, porque si bien se mira, desde que el mundo es mundo los que trabajan son los pobres y los que se benefician son los ricos. Yo no me quejo, porque dice la copla:

*hasta los palos del monte
tienen su separación:
unos sirven para leña
y otros para hacer carbón.*

Pero ¿de qué me ha servío a mí está trabajando desde me conozco? Yo siembro las yuquitas y cuando están buenas de comese, vienen del ható y se las llevan toas, que gracias a Dios que no nos dejan las zocatas. Y si es la -poquedá de plata que el amo del ható le paga a uno por cuidale la vega, toa se la llevan los frascos de cholagogue peslas de quinina, que apenas le queda a uno pa un piazo e tabaco e mascá y pa una poca de aguardiente lavagallo pa calentase el cuerpo cuando empieza la llovedera Y de la pulpería del ható viene to eso, porque plata no la mira el veguero, aumentando la palizá de palotes la cuenta, que ya la mía no la brinca un venao.

—¿Y por qué no arrea usted por delante la mujer y se va a trabajar donde lo traten mejor?

—¡Jm! Mejor estaba yo y como dueño en lo mío, allá por los laos del Yagual. Y ésa jue mi perdición. Tenía un piacito e tierra sembrao y unos cuantos animalitos: unas cuatro vacas lecheras y dos potrancas y con eso vivía tranquilo y contento. Pero como en este mundo na es completo, había también por allí na menos que un Jefe civil, más malo que Guardajumo, de apelativo Buitrago.

Se enamoró de lo mío —a ellos siempre les sucede eso con lo ajeno—, y hoy con una multa, porque las vacas y que andaban sueltas por la población, y mañana con un arresto por unos palos de más que me pegué, como yo nunca tenía plata pa pagá las multas, me jue montando una cuenta y un día jue y vino a embargarme dos vacas pa pagársela él mismo. A lo que me dije yo: —Déjame salí de estos animalitos pa que se le quite al hombre la provocación y vamos a ponernos lejos de poblao, porque en esta tierra pa viví tranquilo, contimás distante de las autoridades. Y vendí lo que me quedaba de lo mío y me vine e trabajá en lo ajeno, pa que otro, más solitario, pudiera seguí siendo rico.

Y aquí me tiene, resignao a mi suerte, porque ya lo tiene dicho la copla:

*El que nació para pobre
y su sino es niguatero,
manque le saquen la nigua
siempre le queda el aujero...*

Así concluyó Juan. Sus miradas se posaron al pie de las cruces sembradas entre el monte. Sus últimas palabras se hundieron en el vasto silencio sin transición perceptible y Florentino, recordando la peregrina teoría del Caraqueño, se dijo mentalmente:

—¡Ah espantos feos los que van a salir por aquí! Y la noche se echó sobre el rancho de Juan, el veguero, duende de un hombre que tuvo unas vacas y se las robaron quienes debían protegerlo y tuvo tres/ hijos que se los mataron el brujo, la culebra y las fiebres.

IV

EL BLANCO DE HATO VIEJO

Madrugada llanera, escalofrío de la sabana paludosa precursor de la fiebre del día. Llegó sin canto de gallo ni lumbre encendida.

Y allá iba Florentino:

*Con la cruz sobre el bostezo
me voy santiguando el hambre...*

Ya una sombra destacaba sobre las neblinas albeantes de la chacra:

—Adiós, Juan! Creí que no se había levantado toda vía. Muchas gracias por todo, inclusive por la sangría que me hicieron sus chinchas, por si acaso el tabardillo...

Más como no obtuvo respuesta:

—Como que no es Juan... O no le habrá gustado lo de la sangría.

Y fijándose en que la sombra se había desvanecido:

—¿Qué se hizo?... ¿Sería Juan?...

—Ni falta hace, Florentino —se responde, desdoblándose en el habitual interlocutor de sus monólogos dialogados—. Lo que necesitamos es algo que nos caliente el estómago.

—No se aflija, compañero. Por aquí debemos de encontrar una quesera, según las señas de Crisanto Báez, y por lo menos una camasa de suero podremos echarles a las tripas. . ¡Aguaita! Ahí está el hombre, otra vez...

¡Salud amigo!...

—Tampoco te contestó, Florentino. ¿No será un espanto, más bien?

—Nada tendría de raro. Alguna palabra que se ha quedado penando por aquí, según la teoría del Caraqueño

... ¡Ah cabeza para dolerme!... Déjame seguir sin sombrero a ver si con la fresca se me alivia... ¿Qué se hizo la sombra? ¡Humm! Vamos a callarnos, Florentino, porque esto de ir regando espantos no es muy cristiano, que digamos.

Despierta la sabana con sus caminos ya estirados, por si acaso algún viajero. Todos están listos para ponerlo en marcha y todos son iguales: los que conducen y los que extravían. La sabana los ofrece, como una mano sus rayas al abrirse, pero no indica cuál es el mejor.

Aunque es ancha y llana la tierra que cruzan, casi todos son senderos angostos para un solo viajero. En algunos, que ya nadie recorre porque desapareció la casa adonde llevaban, ya creció el arestín. ¡Y son muchos estos caminos muertos por donde va muriéndose el Llano!... Un garzón solitario que por allí pernoctó parte con tres aletazos majestuosos el arco del vuelo y vuelve a ponerse su manto negro más allá, por donde creció el arestín...

Ya la sombra precede al viajero, provocando el graznido de los alcaravanes. Un piar fugitivo suaviza la aspereza que dejaron en el aire. La yerba está amparamada y al sol que trae sed y viene lamiéndola, le perfuma la lengua de oro con olor de mastranzos. Y con esto con toda la ternura que le consiente a la mañana el verano severo.

A lo lejos, por entre los pastos castigados por la sequía se mueve una mancha de ganado: unos cuantos puntos negros —unas paraparas como dice el llanero— capachos de la alegre maraca de la abundancia que hace tiempo se rompió. Florentino tararea la melancólica tonada de los pastores y toda la tristeza del llano desolado palpita en el ritmo de aquellas notas que hacen gemir el inmenso silencio.

Interrumpe la tonada porque al ponerse el sombrero un trozo colgante del ribete del ala - le hace pensar:

-¿No sería ésta la causa de la sombra de esta madrugada? ... Lo que diría el Caraqueño: así son todos los espantos de la sabana.

Ya el sol se le encaramó en el anca del caballo, pegado a su espalda, sin que venga el viento a quitárselo de encima. La atmósfera, saturada del humo de las quemadas, sofoca y abrasa los pulmones y ya comienzan a espejear los arenales como charcas azules, para engaño y tortura del sediento.

—Allá está la quesera! Tengan paciencia, tripas, que allí debe de haber algo para ustedes. Ya el caballo va forreando, bañado en sudor espumoso el pelo negrísimo. Por momento se va haciendo más densa la niebla de humaredas que invade la llanura.

—Llano, llano, llano, llano!...

*Cuatro veces te he mentado
y a ninguna has respondido...*

—Aguárdate ahí, Florentino, que el caso no es de cantar. ¿Qué se hizo la queserita? ¿Cómo que se la trago la tierra?... Completica vi la casa en piernas y hasta distinguí al quesero y ahora resulta que no hay sino banco de sabana pelada. Y no fue hilacha de sombrero, porque va se la había arrancado... Espejismos los llaman, Florentino... Bueno, tripas, ¿están oyendo? Por el momento no hay nada de lo dicho.

Y apura el paso, retinto... ¡Llano! ¡Llano! ¿Por qué lo hiciste tan grande y tan seco,

¿Dios mío? Y si no fue de propósitos, ya que te salió así, ¿por qué no pusiste una mata en este banco de sabana?

¿Verdad, retinto, que no nos vendrá mal? Seis horas llevamos atravesando este reventadero de sol sin una jacilita de sombra. ¡Llano! ¡Llano!...

*Cuatro veces te he mentado
y a ninguna has respondido.
¿Quién me manda a estar buscando
lo que no se me ha perdido? .*

La bestia sacude la cabeza atormentada por la insolación, el jinete le da unas palmadas en el cuello, la reanima con palabras afectuosas y luego se abandona a la modorra del ardiente mediodía.

Largo rato llevaba en silencio cuando de pronto exclamó:

— ¡Salud, compañero!

Y en seguida, al advertir que todavía iba solo:

—Habría - jurado que alguien se me había puesto al paso... El sol que me lleva ciego.

—Ciego y viendo visiones? —porfió el interlocutor ilusorio que con él acostumbraba dividirse el pensamiento.

—Encandilado, pues, que es lo mismo.

Y al replicar, así, ásperamente, como no solía ser su trato con aquel ayuda de su pensamiento solitario, se sacudió cual para quitarse de encima al que viajara en la grupa, pegado a su espalda, pues no era el escozor de ésta, caldeada por el sol, lo que sentía y lo exasperaba, sino la de un contacto real con cuerpo extraño que lo agobiase y le comunicase su calor.

Un instintivo horror lo hace reintegrarse bruscamente a la total noción de sí mismo, pero aun entonces se le escapa la habitual forma dialogada de su monólogo -mental:

—¿Qué te pasa, Florentino?

Y la pregunta, materializando de nuevo al duende, provoca otra vez la áspera respuesta, con lo primero que a mano le viene:

—Esta barba que me trae fastidiado. Me- parece que no soy yo cuando me siento tan peludo. Si encontrara uno a quién dársela para que se la llevara al barbero...

— Oye una risa socarrona y luego, dando rienda suelta al diálogo, deliberadamente:

—No se aflija, compañero. Por las señas de Crisanto Báez ya debemos de estar cerca... A menos que vayamos perdidos, porque con esta humasera... ¡Qué perdidos vamos a ir! Será la primera vez que yo no llegue a donde me haya propuesto. Este es el camino. ¡Arree y no se aflijal -

—¿Afligirme yo? ¡A caramba, compañero! ¿Usted como que no me conoce? Yo nunca ando preguntando cuánto me falta ni a dónde llevan los caminos, porque cuando tiro un

rumbo para ir a reventar a cualquier parte, lo mismo me dan cien leguas por delante que... ¡Arree y no se aflija! Una brusca interrupción pone fin al diálogo y restablece la completa lucidez de su pensamiento:

—Ahora sí que estoy de cuidado. Se me han revuelto los nombres y no sé cuándo habla Florentino y cuándo Cantaclaro. ¿Quién fue el que mandó arrear y a quién se lo dijo?... Vamos a seguir callados porque ya esto no me está gustando ni un poquito.

Su sombra había desaparecido bajo las patas del retinto. En su cráneo se hundía vertical el barreno de la insolación.

* * *

Declinaba la tarde cuando llegó a un sitio donde se alzaba una cerca con puertas de trancas corredizas.

Era un paraje desolado, de pardas sabanas quebradas cuyos pastos ardidados no buscaban los ganados. Un silbo melancólico de tórtola solitaria subía de los tristes bajíos ya en sombra, hacia las calladas lomas y estaban quietos los caminos bajo el alto silencio.

El suyo también se había detenido de pronto. Y ya se disponía a apearse de la bestia para correr las trancas que le cerraban el paso, cuando oyó que le decían:

—No se moleste, que ya lo hice.

Era un hombre de aspecto distinguido y acomodado. Vestía de blanco, calzaba polainas de charol y espuelas de plata y usaba un sombrero aludo bajo el cual lo único que se le apreciaba del rostro era la barba negra y tupida. Por otra parte, le daba la espalda ocupado en correr los varales de la puerta, y al otro lado de ésta resollaba su fatiga, bañado en sudor y cubierto de espumas, un caballo negro retinto.

¿Como que viene usted de lejos y apurando? —preguntó Florentino.

—De lejos y de cerca, pues un metro de tierra encima es más que mil leguas por el camino.

La voz no le era desconocida y las palabras ya le parecía haberlas oído antes, tanto que habría podido completarlas si las hubiese dejado trancas quien se las dirigía, así como todo lo que en aquel preciso momento sucedía percibíalo doblado con una fugaz noción de cosa pasada. Esto le causaba un malestar intolerable y para desvanecérselo formuló una pregunta cuya respuesta no presintiese:

—¿Por dónde venía usted? Y perdone la curiosidad, pues me llama la atención que no haya catado de verlo acercarse, siendo este paraje tan pelado.

—No pregunte tonterías, que usted no es de los que andan averiguando de dónde traen -y a dónde llevan los caminos —le respondió ásperamente y de manera totalmente

inesperada el misterioso personaje, sin dignarse darle la cara—. Y pase que ya el suyo está expedito.

Y mientras esto decía pasaba de diestro su caballo al otro lado de la puerta agregando
—La va a dejar abierta?

—Que la cierre quien la abrió, porque los favores completos son los que se agradecen. Y gracias que se las dé a sus acciones que son mejores que sus palabras. Pero allá el viento con ellas. Y buen viaje, blanco. Que por mi parte yo procuraré tenerlo, sin que usted me lo desee.

Prosigue su marcha y a solas consigo mismo:

—Altanero es el blanco!... Bien distraído debía yo de venir para no haberme fijado en él. Y en diciendo así vuelve la cabeza.

La sabana estaba sola. Un remolino de polvo al ras del suelo se alejaba por el camino... Se mira la palma de la diestra que acaba de darle una sensación dolorosa y se encuentra una astilla clavada en la carne, Se queda perplejo, detenida la bestia y sus ojos van y vienen por dos veces de la astilla a las trancas de la puerta cerrada. Luego se extrae el pequeño cuerpo extraño que le escuece y suelta la copla al ancho silencio:

*Por ser la primera vez
que yo en estas tierras canto,
me hago la cruz en la frente
por librarme del espanto.*

V

LAS SUERTES TROCADAS

Ya el sol moría en el confín de la sabana, desangrándose en los rojos peladeros de los medanales, cuando llegó a un paraje despacible de la ribera izquierda del Cunaviche, donde había unos corrales abandonados, blanquecinos los tranqueros que aún quedaban en pie, dos caneyes de techumbre raída por el viento y las lluvias, y los escombros de una casa, más allá de la cual, arboleda por medio, se alzaba el negro y tiñoso tejado de otra. Dos bestias aperadas y sudorosas estaban arrendadas a los horcones de los caneyes, y entre éstos, en medio del espacio que los separaba, tres hombres silenciosos sentados en el suelo ; uno, ya viejo, sacando sogas de un cuero, y los otros, que eran los jinetes de aquéllas, callando, cabizbajos, como después de una charla que los dejara pensativos.

Sin ser advertidos por ellos llegó hasta el caney donde descansaban las bestias y bajando de la suya avanzó hacia el patio, saludándolos:

—¡Salud, amigos!

—Salud —respondióle. Y se quedaron mirándolo, con aire receloso.

—Veo que no me conocen y como además parece que ha caído en gracia que los haya cogido por sorpresa sin ser culpa mía pues no venía tapándome, voy a presentármeles yo mismo, como gente de paz. Florentino me llaman y Cantaclaro me dicen, y la Coronadeña de la concepción de Arauca, que también mientan El Aposento, aunque es donde menos paro, deja ver cuál será mi apelativo, para servirles.

A lo que replicó el viejo, en cuya diestra se había quedado inmóvil el cuchillo de cortar sogas:

—Viene usted con muchas palabras, joven. Con el apodo bastaba para que supiéramos quién era.

—Las que me sobraron de la última conversación con cristiano vivo, que ya ni me acuerdo cuándo la eché.

Mas, por lo que acaba de decirme veo que no soy tan desconocido por estas tierras como me lo imaginaba.

—Ya conocíamos algo suyo, sí señor —intervino uno de los jinetes, negro corpulento, cuyos cabellos ya encanecían—. Y la verdad sea dicha: ganas no nos faltaban de ver como era el resto.

Estas palabras no expresaban animosidad, sino por el contrario fueron acompañadas de una sonrisa afable, hasta donde le permitían los duros rasgos de aquel rostro; pero florentino las tomó a mal y en seguida repuso:

—Pues aquí lo tiene a su disposición, porque, casualmente, yo siempre ando resteadado en esta parada de dado corrido que es la vida del llanero errante por la sabana.

Hasta ahora vengo echando suertes...

Quedose el negro mirándolo con placida sonrisa inmovilizada en la faz y terció el viejo, a tiempo que volvía el cuchillo a la tarea:

—Que asina sea por muchos años.

—Y usted lo vea, viejo. Pero ya que he dicho mi nombre y dado mis señas, ¿yo con quién tengo el gusto?

—Hinojoza es mi apelativo, para servirle.

Y soltando el cuchillo, para el ademán amistoso de presentar a los compañeros, comenzando por el negro:

—Aquí el caporal de sabana del ható...

—Juan Parao —dijo el aludido, quitándole la palabra.

—¿Juan Parao? —repitió Florentino, mirándolo, ya no con la hostil predisposición a que lo movieran sus mal interpretadas palabras, sino como a personaje admirado cuyas hazañas había cantado en sus coplas. Y echando mano de éstas:

con el casquillo al revés?

Completó el negro la copla que lo envanecía:

*Pa que lo busquen p'un Lao
cuando po el otro se jue.*

Y agregó sonriente:

—El cuatrero. Sí, señor. Digalo sin reparo, que ya de eso hace tanto tiempo que hasta mentira sería.

—;Juan Parao convertido en caporal de sabana!

—Las vueltas del mundo. .

—Por muerto lo tenía yo hace tiempo.

—Y quién sabe, Florentino.

—Hum! No me salga con eso, negro. Mire que yo vengo viendo visiones desde esta madrugada y voy a creer que todavía no estoy hablando con cristianos vivos.

En esto se puso de pie aquel cuyo nombre aún no conocía Florentino y que se había mantenido ajeno a la conversación, sin levantar la mirada del suelo.

—Aguárdate ahí —díjole Hinojoza—. Que todavía no sabe Cantaclaro si eres cristiano vivo o espanto de la sabana.

—No hace falta —repuso ásperamente, dispuesto a retirarse—. Ya otra vez nos hemos visto las caras el señor y yo.

Del tono nada amistoso de estas palabras, Florentino coligió que se tratase de alguno de los muchos que tenían que cobrarle agravios por novias quitadas o hermanas burladas, y se apresuró a replicar:

—Francamente, amigo, no recuerdo dónde nos hayamos conocido; pero si tenemos alguna cuenta pendiente podemos aprovechar este encuentro para arreglarla de una vez.

—No se sofoque, joven —intervino Hinojoza, conciliadora pero autoritariamente—.. Y vaya diciendo qué lo trae por aquí.

—Pues... Las ganas de buscar lo que no se me ha perdido y la necesidad de pedirles permiso para colgar en estos caneyes, porque vengo con la cabeza que se me revienta del sol que he llevado por esos medanales. ¿Hato Viejo no llaman esto?.

—Sí, señor —respondió Juan Parao, con una sonrisa maliciosa—. Hato Viejo Payareño.

Mientras el viejo Hinojoza se tomaba tiempo para decir:

—Lo primero no está muy bueno que digamos y lo segundo tiene sus peros. Ya se ve que viene usted con la tarantera del sol en la cabeza y que necesita reposarse, mas aunque por aquí no falta dónde colgar, mejor sería que siguiera con los compañeros, que ya se están diendo, hasta el Hato Nuevo, donde hay más comodidad.

Pero, eso sí, siempre que se comprometan usted y El Guariqueño a dejar para otra

oportunidad las cuentas que tengan pendientes, pues el amo no permite esos arreglos en lo suyo. Y es bueno que usted vaya sabiendo desde ahora y El Guariqueño no lo olvide, que el blanco de aquí es muy celoso de que se respete su autoridad, y el que por las malas lo busca, ligerito lo encuentra.

Entretanto EL Guariqueño se retiraba en silencio hacia donde estaba su bestia y como oyese Florentino el apodo que lo designaba, lo reconoció y recordó el lance que con él estuvo a punto de tener, años atrás, en el paradero de Corozo Pando, por causa de unas coplas suyas para las cuales no halló réplica aquél, cuya fama de cantador allí mismo se eclipsó.

Pero en seguida se despreocupó de su antiguo rival para atender a lo que Hinojoza decía respecto del propietario del hato y con repentina ocurrencia repuso:

—No tenga cuidado, viejo. No vengo buscando pelea, si ganado que comprar. ¿Hay mucha hacienda por aquí?

—Alguna —respondió Hinojoza afilando el cuchillo para reanudar su tarea.

—Alguna —repitió Juan Parao, otra vez con la malicia del llanero bellaco en la mirada que no quitaba de Florentino.

Y este, haciéndose el desentendido:

—Me alegro, pues ya estaba temiendo que hubiera perdido mi viaje, por haberme tropezado con un blanco con un blanco que salía de por aquí con cara de comprador que no halló lo que buscaba.

Hinojoza detuvo la mano que trozaba el cuero y levantó la cabeza a tiempo que Juan Parao interrogaba:

—¿Un blanco que salía por aquí? ¿Cuándo jue eso?

—Ahorita. Lo que pueda haberme dilatado de la puerta del medanal hasta acá.

El negro y el viejo cruzaron una mirada de extrañeza y el Guariqueño prestó atención interrumpiendo el arreglo que hacía de los aperos de su bestia.

—Uno, alto él —continuó Florentino—, bien parecido, una barba muy negra, con polaina de patente y espuelas de plata, que monta un caballo negro retinto. Como el mío, por cierto.

¡Hm! —hizo Hinojoza y pasando el cuchillo por la piedra donde lo afilaba volvió a su ocupación.

—Hm! —hizo Juan Parao.

—Digo yo que debe de ser bien parecido, aunque la cara no pude vérsela porque casi toda se la tapaba el ala del sombrero. Pero bien plantado si puedo asegurar que era el blanco. Y altanero, además. Tan altanero que no pude agradecerle el favor que me hizo corriendo las trancas de la puerta para darme paso.

—¡Cómo! ¿Y jue él quien le abrió la puerta? —inquirió Juan Parao.

—Con sus propias manos. Escúcheme el pasaje.

Y refirió el encuentro con el misterioso personaje, cuya viviente realidad parecía estar convencido, omitido cuanto contribuyese a ponerla en duda, tal como perplejidad cuando, al volver la cabeza, se cercioró que nadie se alejaba por el camino.

—Y todo eso con luz de sol —comentó Juan Parao—

Pero... ¿dice usted, catire, que la bestia del blanco era negra?

—Sí. Que por cierto me llama la atención que ha sido del mismo pelo que la mía.

—Más nos extraña a nosotros que no haya sido rucia mosqueada —repuso Juan Parao—. Se conoce que usted es forastero por aquí.

—¿Qué quiere decirme con eso, negro? —inquirió Florentino.

A tiempo que Hinojoza abandonaba definitivamente trabajo que hacía y se incorporaba, interrumpiéndolo

—Vamos a dejar la conversadera y vaya montando de una vez, Florentino, porque ya la hora es nona y de aquí al hato nuevo hay su piazo. ¿No le parece, compae Juan?

—Como usted diga, compae.

—Pues ya está dicho. Y usted, Florentino, si de algo cree que me valgan estas canas para darle un consejo siga éste: mientras se halla por aquí no repita ese pasaje que acaba de echarnos y no me pregunte por qué.

Usted es llanero marrajo, pero...

Un relincho impresionante lo interrumpe, alarido de bestia enloquecida. Es el retinto que ha reventado riendas que lo ataban al horcón del caney y cabecea y se despernanca.

Todos acuden a él, Hinojoza recriminando a Florentino:

—Usted, que es tan llanero, ¿cómo no se había fijado en que el caballo se le estaba atarrillando? ¡Sujétalo

Juan Parao!... ¡Chacá tu cuchillo, Guariqueño, qué corta más que el mío, a ver si tenemos tiempo de sangrarlo!

¡Arrima aquí la mano!

Pero ya era tarde. Allí mismo el retinto se desplomaba, fulminado por la insolación, rígidos los remos, huidos los ojos, dilatados los belfos ardientes de donde manaba una sangre negra y espesa...

¡Caballo negro, retinto de tantas noches trotando por la sabana, la oreja alerta al riesgo de la aventura! Nervio noble que no necesitó el apremio del acicate, ni soporto la injuria del chaparrazo; casco fino que no ablandaron los aguazales de los esteros, ni pudieron hacerle mella las saltanejas empedernidas... Paso llano meciendo coplas por los caminos sin fin, pirueta del corcoveo para que el jinete fanfarrón se conquistase el amor de la hembra,

demostrando que era bueno de a caballo brioso y entero del recio aguante para derribar cimarrones, mitad de la destreza del coleador de entre madrina y madrina mitad del centauro llanero... ¡Caballo del relincho de oro, clarín del alba sabanera, que ya más no sonaría.

Ya se ha ocultado el sol. Es la hora en que las cosas brillan más que la luz envolvente, cual si despidiesen de sí toda la que han absorbido durante el día. La hora en que el árbol solitario proyecta su silueta pensativa y en la serenidad del cielo se pone a contar sus ramas y sus hojas, para saber cuántas le habrá arrebatado el viento de la jornada y con cuántos pimpollos tendrá que reponerlas... La hora en que la sabana empieza a recoger sus caminos para tener tiempo de dormir y madrugar extendiéndolos de nuevo, frescos y descansados, para las marchas posibles.

Pero en Hato Viejo Payareño se había derramado sangre y eran grandes cuajarones los rojizos peladeros de los rojizos peladeros de los medanales y antes de recoger los caminos era necesario borrar aquellas manchas, para que no las vieses los luceros...

Ya tampoco se distingue la que manó de los belfos ardientes ahora fríos...

Florentino contempla en silencio al fiel compañero de sus andanzas que ya lo abandonó. Ahora no es aquel de la brusca arremetida y la copla alardosa. Calla, ceñudo y sombrío y hay un dolor de desgarramiento en su corazón de llanero: mitad de un ser mitad caballo...

—Consuélese, amigo —le ha dicho Juan Parao—

Piense que tal vez se haigan trocao las suertes, porque quizás era para usted ese tarascazo de la Pelona y el retinto le ha sacao prórroga.

Y la copla cae, como una flor en la sabana, sobre la noble bestia exánime:

*¡Caballo ne gro, retinto,
ya están trocadas las suertes,
hasta hoy me cargaste en vida,
desde hoy me cargas en muerte!*

VI

EL CORRIDO DEL AHORCADO

Era un caño, era un río, era un inmenso estero de aguas calientes -que no aplacaban la sed, de aguas pastosas que se pegaban al paladar, espesas y ardientes como sangre que fluye de una vena abierta... Era de pronto, un arenal enjuto en cuya inmensidad resonaba un formidable galope distante y cercano a la vez, que ya no terminaría nunca, carrera del retinto muerto sobre el cual cabalgaba el Blanco de Hato Viejo, quemándole la espalda, dertiéndole los sesos...

—No pregunte tanto, que usted no es de los que andan averiguando a dónde llevan ni de dónde traen los caminos... No forcejee tanto y déjese sangrar... Que éste es el suyo y ya está expedito.

Era el Diablo del Cunaviche ganándole la porfía, acosándolo con sus coplas recién sacadas del infierno, rojas y quemantes, como la sangre del retinto, como los medanales de la sabana, inmensa lengua seca de tanto cantar...

como la sangre que le estaba chupando de las venas abiertas el Blanco' de Hato Viejo, que se iba volviendo negro a medida que chupaba, que se iba poniendo rojo a medida que oscurecía...

—Déjeme tranquilo, doctor... ¿Quién le ha dicho que yo voy a seguir ese camino? ¿No me ve desechando la puerta?

—Por no apearse a correr las trancas; pero este camino es el suyo. No hay otro. .. Si no lo sangro se muere.

Arrima aquí la mano, Juan Parao. Sujétalo, Hinojoza.

Y la sangre corría, como un caño...

* * *

Amanece. En el monte ribereño inician las chenchenas su canto desapacible. Florentino despierta, con conciencia ausente del sitio donde se halla.

—Cómo se - siente, catire? —.pregúntale Juan Parao, que ha velao junto a la hamaca donde él reposaba.

—Sabrosito. Como si me hubieran dado una paliza con todos los palos del, monte.

Juan Parao sonríe del despropósito y comenta:

—Y a eso lo llama usted sentirse sabrosito? Usted como que ni sus males los toma en serio.

E Hinojoza agrega:

Ya puede darle gracias a Dios de poderse burlar de ellos y al doctor Payara, que si no lo sangra tan ligero ya usted sería difunto.

—Es verdad —apoya Juan Parao—. ¡Ah tabardillo feo el que le dió, catire! Si no hubiera sido por el doctor, que Es como quien dice la providencia de estos desiertos, ya Usté le estaría haciendo compañía a su retinto.

¿Y dónde está el doctor? Para darle las gracias de una vez.

_Acaba de irse para su casa; Toda la noche la ha pasado a su cabecera, después de haberlo sangrado y haberle hecho de cuanto Dios crió para salvarle la vida...

Pero siga durmiendo, para que se aliente ligero.

* * *

Otro amanecer y otra voz, preguntándole:

—¿Cómo se siente, amigo?

Era un hombre de cincuenta años bien llevados, con la contextura recia y magra del llanero de mesa sobria y al aire libre, todo el día sobre el caballo. Piel morena al sol, que sin esto sería blanca y fina, muy limpia bien rasurada, frente redonda y amplia nariz de proporciones justas y expresión enérgica, unos ojos duros, de mirada imperiosa. Vestía de dril blanco, pulcramente llevaba sombrero de pelo, negro y aludo, botas altas de charol y espuelas de plata.

Bien doctor —respondió Florentino—. Gracias a sus cuidados.

Ya Hinojoza y Juan Parao me han referido que, después de Dios, a usted le debo la vida. Y vayan adelante las palabras, que a su hora vendrán los hechos; hasta el momento presente a Florentino Coronado nadie ha podido llamarlo malagradecido. De modo que cuente con un amigo.

Habla usted demasiado para decir lo que con una palabra basta. Además yo le debía un favor, el que me prestó en Mal Paso y no he hecho sino retribuírselo.

Dijo esto procediendo a tomarle el pulso. El tono de su voz era seco y-autoritario, como ya lo había sido al dar las gracias. cuando en la ocasión recordada Florentino lo sacó al buen camino; pero lo- interesante de su persona suplía lo afable negado de su trato y el cantador locuaz ya cautivado por lo primero repúsole sonriendo:

—¿Quiere decir que estamos en paz?

Un minuto, reloj en mano, tardó Payara en responder sin mirarlo:

_ Lo importante no es que estemos, sino que nos conservemos en paz.

Y en seguida:

—Puede levantarse para que se vaya conmigo al Hato nuevo. Allí estará más cómodo. Ya no necesita guardar cama, pero por el momento no hay que pensar en seguir camino

porque no le conviene asolearse. De aquí Hato Nuevo es cerca y llegaremos antes de que caliente el sol. Luego, cuando esté completamente restablecido nos ocuparemos en recoger el ganado que desea comprar según me ha dicho Hinojoza. Mientras tanto habrá que arreglarle una bestia. Por hoy mandaré que le ensillen una de las mías.

Florentino malició que además del deseo de procurarle mayor comodidad, en albergue menos sórdido que aquella casa en ruinas donde lo habían alojado, Payara tuviese otros motivos para llevárselo a las fundaciones del Hato Nuevo, como ya se lo hubiese propuesto Hinojoza y repuso:

—Como usted disponga, doctor. Usted es el médico

y además el amo de la casa. En un salto me vestiré para no hacerlo esperar mucho.

—No hay prisa. Levántese y desayúnese con calma mientras le ensillan la bestia. Ya Hinojoza le trae el desayuno.

Dicho esto abandonó la ruinoso vivienda y salió al patio donde dejara su caballo, y como se inclinase para ajustarle la cincha, Florentino, que lo observaba desde chinchorro, ya incorporado y disponiéndose a calzarse, se dijo de pronto:

—¡Ese es el hombre que me abrió la puerta del medanal! Visto así, de espaldas, no deja lugar a dudas. El mismo cuerpo, la misma manera de llevar el sombrero...

¿Pero ¿y la barba?

En esto llegaba Hinojoza con la taza de café del desayuno llanero.

—¡Ajá! ¿Cómo que lo dieron de baja?

—Sí, señor.

—Me alegro, pues, En Hato Nuevo estará más cómodo mientras acaba de alentarse.

—Así me ha dicho el blanco.

Empleó el epíteto con doble intención motivada de la sospecha que acababa de asaltarlo y agregó, insistiendo:

—Y ya van dos veces con ésta que me abre camino expedito.

Hinojoza lo miró de reojo y luego:

—Parece que usted a él le hizo otro tanto.

—Mal Paso llaman el sitio donde me lo topé aquella noche.

—Con tal que no lo sean los de usted de aquí palante.

—Qué quiere decirme con eso, viejo?

—Lo que usted a mí con lo suyo. Tómese el cafecito que se le enfría.

Florentino sonrió, complacido en aquella esgrima de reticencias con que los llaneros se entienden cuando no quieren o no pueden explicarse y se dispuso a tomar el café, vertiéndolo en el plato. Ya Payara había desaparecido del espacio abarcado por la puerta que daba al patio.

De pie en silencio, Hinojoza aguardaba a que concluyese.

—¡Buen café! —exclamó saboreándolo—. ¿Lo coló Usted viejo?

—No, señor. Lo coló la niña, como el de ayer tarde, que si mal no recuerdo, me hizo usted la misma pregunta. Y se lo manda con sus saludos, que ya se me olvidaba dárselos.

—Buena mano tiene la hija de su padre.

—¿Y quién va a ser, pues, sino de su padre?

—Quise decir que así como el doctor tiene buena mano para la medicina, la tiene ella, por herencia, para los quehaceres de la casa. Dígale que le agradezco mucho sus saludos. Buena mano y bonita voz! Las dos cosas que adornan más a una mujer.

—Ganas de oír la de usted también le manda a decir que tiene. Porque ya conoce su fama de cantador y Quiere ver si la merece.

—Y a Usted también se le olvidaba decírmelo.

—Adrede no sería.

—Ni yo lo creo, viejo. No habiendo por qué. .. Pero para cantarle a la hija del doctor hay que prepararse con tiempo.

—No le faltará mientras se repone para seguir su viaje.

Florentino tomó otro sorbo de café y luego:

—La cosa es que es que el tabardillo como que es contagioso y bien puede ser como las viruelas, que en el descascamiento más se pegan y la cuarentena es larga.

—¿Quién le dijo que el tabardillo se contagia?

—Perro no me han dicho, pero sí me han mostrado el Tramojo. Ni en su casa me ha dado alojamiento el doctor, ni me la ha ofrecido siquiera, de donde infiero que tal vez no convenga en que yo me llegue hasta allá con mis coplas.

—Lo primero tiene su explicación —repuso Hinojoza, después de meditarlo un poco—. Para sangrarlo a usted ligero, como era menester cuando cayó revolcándose en el suelo sin sentido, lo más a mano que estaba era esta casa y aquí lo acomodamos entre Juan Parao y yo, mal que bien lo segundo...

—Si lo he dicho no me acuerdo —interrumpió Florentino.

Y el viejo, después de echar una mirada de precaución hacia el patio:

—Pero si he de decirle una cosa, joven. Tabardillo no

Será contagioso pero aserenarlo sí es riesgoso, con lunas claras como la de anoche.

Cantaclaro retiró el plato humeante que se llevaba a los labios y se quedó mirando de hito en hito al peón. Y éste concluyó, al cabo de una breve pausa:

—Anoche lo aguaitaron a usted rondando por la casa grande. -

—A mí? Seré sonámbulo. Usted que durmió en la pieza de al lado, ¿me sintió levantarme? ¿No sería el Blanco, más bien?

—Vuelta con la tema! —replicó Hinojoza—. Acabe -de tomarse el café, que ya el doctor está aguardándolo para dirse.

Salió Hinojoza. Florentino quedó preguntándose:

—,Me habré vuelto sonámbulo?

* * *

Momentos después cabalgaba en compañía del doctor Payara, haciéndose el indiferente a cuanto lo rodeaba, pero fijándose en los caminos que pudiesen llevar a la mesa de familia entre los que serpenteaban por la sabana y no se habían alejado gran trecho cuando su compañero indicándole un montón de tierra recién removida, le dijo:

—Ahí enterramos su caballo.

—;Gracias, doctor! —exclamó conmovido—. No se imagina cuánto le agradezco esa delicadeza, pues me afligiría pensar -que - mi pobre retinto hubiera ido a ser pasto de los zamuros de la sabana.

—Una bestia noble merece sepultura y ésa suya lo parecía.

—Que lo era, doctor. Si yo le contra algunas acciones de ese caballo se quedaría usted sorprendido de que un animal fuera capaz de tanta nobleza.

Y Payara, con su tono seco y autoritario:

—Sin embargo, no supo usted correspondérselas, por culpa suya ha muerto.

—“ ¡Vaya, pues! —se dijo Florentino—. ¡Ah, hombre cerrero! Apenas empieza uno a pasarle la mano y ya le está soltando la patada. ¡Tan parecido al espanto que hasta haciendo favores no se -le pueden agradecer de un todo!”.

Y a Payara, con intención surgida de este pensamiento;

—Yo venía ciego, doctor. Ciego y viendo visiones como dicen. Yo mismo me pregunto ahora al verme aquí, por qué estoy en Hato Viejo Payareño: Porque éste no era el camino que venía siguiendo.

—Claro que sí! —repuso Payara—. Usted venía para acá y por eso llegó, a pesar de todo. ¿No ha oído decir que más sabe el Diablo por viejo que por Diablo?

—¿Qué quiere decirme con eso,- doctor?

Pero Payara dió la callada por respuesta y luego:

—Yo tuve buena amistad con su padre y con su tío de Usted. Tanto el uno como el otro fueron excelentes personas y los estimé como se lo merecían.

—¿De veras? Pues razón de más para que yo sea amigo de usted, como ya se lo ofrecí.

—No ofrezca nunca lo que no le pidan. Además, la amistad no se ofrece; se conquista con merecimientos. Le digo que fui amigo de su padre y de su tío para que se explique por qué no me es usted desconocido. Tendría usted diez años, a lo sumo, cuando, sin humor para ello por cierto, tuve que celebrar una ocurrencia suya que me refirió su tío Manuel. Fue en Corozo Pando y a propósito de una lección de esgrima que quiso usted tomar de un viejo que se decía nieto del general Páez. -

—¡Ahí! Ya recuerdo. Pero no que - estuviera usted allí.

—Llegué cuando usted dormía. Iba para Caracas, en circunstancias bien tristes, por cierto. Su tío me echó el cuento tal vez para distraerme de mi pena que acababa de comunicarle —hacia varios años que no nos veíamos—, y rato estuvo hablándome de las grandes esperanzas que tenía puestas en usted. Pero me temo que se haya equivocado Manuel. Desde pequeñito ha sido usted fantaseador y por lo que lleva andado por tal camino me parece que ya no tendrá remedio. ¿Cuándo recoge usted tantas leyendas necias y tantas coplas ociosas como las que tiene regadas por todo el Llano? - Porque mientras esos productos de su fantasía anden corriendo por ahí, usted no se ocupará en nada provechoso.

—Esa es mi hacienda, doctor —replicó Florentino, concediéndole derecho al reproche—. También la suya anda regada por tierras que no le pertenecen, como toda hacienda llanera y sin embargo usted la cuenta desde aquí como dinero en su bolsillo. A mí no me habrán dejado plata mis coplas, pero no puedo quejarme de ellas, pues si me han proporcionado buenos amigos y algunas mujeres bonitas y como al fin y al cabo para eso es que se necesita plata, me hago el cargo de que he- ganado mucha.

Lo dijo en broma, pero Payara lo tomó en serio y replicó:

Respecto a que mi hacienda ande regada por tierras que no me pertenezcan, se equivoca usted; pero eso no bien al caso, por el momento. En cuanto a lo que pudiéramos llamar filosofía de su vida, puede que estuviere bien para su exclusivo uso personal, puesto que cada cual es dueño de hacer de su capa un sayo. Pero ¿no siente usted alguna vez, necesidad de contraer deberes y obligaciones que le impriman a su vida el sentido y la razón de ser de que carece? Y no hablemos de las grandes obligaciones del hombre ante la humanidad y del ciudadano ante su país, ya que no lo creo a usted capaz de tamañas preocupaciones, sino de los deberes más inmediatos y sencillos: casarse, tener hijos,

labrarles una fortuna. ¿Cree usted que a sus hijos, si es que los tiene o cuando los tenga, van a serles útiles sus coplas, única herencia que usted les dejará?

Florentino se rascó la cabeza, diciéndose para allá adentro:

“Me encontré con la horma de mi zapato”.

Y luego:

—A mis hijos les darán de comer sus madres, que para eso se las escojo de buenos sentimientos, O los padres de ellas, que también tengo cuidado de entresacarlos de los pocos llaneros con plata que todavía quedan.

—Pues es usted un cínico —replicó Payara, demostrando que no era amigo de celebrar desplantes.

—¡Qué siento, doctor Payara, que así se lo parezca!

—repuso Florentino sin perder su natural desenfado.—

Pues ya me estaba haciendo a la idea de que íbamos a ser buenos amigos. Sobre todo después de saber que usted lo fue de mis viejos.

—Ellos eran hombres de bien —concluyó Payara secamente.

Guardaron silencio. Porque Payara había puesto punto final a la charla y porque Florentino acababa de descubrir algo mucho más interesante para su atención: una casa de tejas, espaciosa y de aspecto confortable, surgida detrás de los árboles que circundaban las ruinas del antiguo hato y rodeada de corredores en uno de los cuales estaba una mujer mirando hacia el camino que ellos seguían.

Y como Payara lo sorprendiera en aquella observación:

—¿Esa es su casa, doctor?

—Esa es mi hija. Que es lo que usted quiere averiguar. Pero quítese de la cabeza, desde luego, la idea de que esa muchacha pueda ser una de las madres de sus hijos.

Este ex abrupto que rompía, de manera desagradable aun para Florentino, la impresión de mesura que acababa de producir Payara con sus palabras anteriores, fue dicho en un tono excluyente de toda posibilidad de atribuirlo a una broma; pero como sólo de este modo era aceptable.

Florentino fingió tomarlo así y repuso, sonriendo:

—No es tan fiero el león como lo pintan, doctor Payara.

Y éste, sin dignarse mirarlo acentuando el tono desagradable, casi desafiador:

—Ni yo lo temo tampoco.

Lo primero que le ocurrió a Cantaclaro fue sentirse desconcertado ante aquel hombre que tan pronto daba una impresión de cultura y de superioridad, como asumía una actitud destemplada y derrotaba a lo bárbaro; más para esto último tampoco era tardío

Florentino, tuvo que hacer esfuerzos para contenerse y quedarse con aquellas bruscas palabras, diciéndose, todo muy lógico dentro de su concepto de la hombría y de la gratitud empeñada:

—Ahí tienes, Florentino, lo que se gana con ser salidor. Si no te hubieras precipitado a ofrecer lo que no pidiéndote, ahora estaríamos en otro terreno, remitiéndonos a la prueba. Pero ya hablaste más de la cuenta y ahora tienes que quedarte callado.

En silencio recorrieron buen trecho, y ya al aproximarse a un grupo de árboles, aislado en medio de la sabana, salió Payara de su mutismo con esta pregunta, recuperando su aplomo:

—¿Sabe cómo se denomina esa mata, Florentino?

—¿Cómo quiere que lo sepa sí es la primera vez que ando por estas malditas tierras?

Y Payara, sin la más leve alteración:

—Pues ha sido usted quien le ha puesto nombre, aunque de modo indirecto. Mata del Ahorcado la designan, a espaldas mías, por supuesto, desde que llegó por aquí cierto corrido o romance de ese título compuesto por usted.

“¿Qué se propondrá este hombre? —se preguntó Florentino—. Vamos a salir de dudas, porque con este blanco lo mejor es saber de una vez a qué atenerse”.

Y a Payara, con una calma solapada de resoluciones temerarias:

—¿Ese corrido a que usted se refiere será uno que empieza así?:

*Iban los dos caminando
por la orilla del estero,
llevaba el indio la soga
y el blanco el mal pensamiento.
El blanco que bien sabía
que el indio no era cuatrero,
sino que el hambre le dijo:
“Anda y róbate el becerro”.
Iban los dos caminando
a la luz de los luceros.*

Justamente —repuso Payara con impenetrable naturalidad—. Ganas tenía de oírsele al propio autor.

—¿De veras? —replicó éste socarronamente—. Pues así sigue, ya que es su gusto:

*Llegaron hasta una mata
de un nombre que no recuerdo,
llegaron y se pararon
junto a la pata de un ceibo.
Y el blanco le dijo al indio:*

*“Arrodíllate, cuatrero.
Ya vas a ver lo que cuesta
un mamantón de mi hierro”.
Llegaron y se pararon
bajo la copa de un ceibo.*

Hizo una pausa y luego:

—Esa es la segunda estancia. ¿Le sigue gustando, doctor?

—Me agrada oírsele porque usted lo recita bien.

—Con sus favores. Y escuche cómo sigue, porque Florentino cuando empieza llega hasta el rabo:

*“Encomiéndate a la Virgen
échate la soga al cuello
pues sólo te queda vida
pa rezar un Padrenuestro”.
Así y que le dijo el blanco,
y el indio así, con empeño:
“Que yo no robando maute,
que yo perdón te pidiendo”.
Y esto lo estaban hablando
A la luz de los luceros.*

En esto entraban ya en la mata. El rostro de Payara tenía una expresión nueva y tremenda. Florentino concluyó:

—Y escuche como termina el romance, como usted lo mienta:

*Desde aquel día la mata
del nombre que no recuerdo,
la mientan la del ahorcado,
por el ladrón de un becerro
que aquella noche colgaron
de los copitos de un ceibo,
según lo pone el pasaje:
a la luz de los luceros.
Iban los dos caminando...
Señores, no cuenten esto.*

—Pues lo han contado y a mis oídos ha llegado — dijo Payara—. Pero nunca había logrado oírlo completo, por razones que huelgan explicar y puesto que ha tenido la amabilidad de recitármelo voy a retribuísela mostrándole el árbol del cual fue colgado el infame que hoy da nombre a este paraje. No de un ceibo, como usted pretende, sino de este paraguayán. Vea el cabo de soga que señala el sitio exacto de la horca. Fue aquí donde Juan Crisóstomo Payara se hizo justicia.

Y antes de que Florentino pudiese salir del asombro que tal impavidez le causara:

—En otras y fundamentales inexactitudes incurre su romance sin contar las deformaciones poéticas, tales como la orilla del estero y la luz-de los luceros. Fue a pleno día y no por causa de un becerro. Hace poco le he dicho que mi hacienda no vaga por tierras que no me pertenecen y ya debido observar que mi finca está cercada y por sus justos límites, con una advertencia escrita en cada puerta de que se prohíbe terminantemente el paso a quienes no sean empleados del ható o vengan a tratar – negocios con su dueño. No obstante lo cual no tuvo usted reparos en trasponer la puerta del medanal, dejándola abierta por cierto, y para mayor perjuicio. Aunque ya ha dicho usted que venía en plan de comprar ganado. Pues bien así como mi finca está cercada por sus justos límites, del mismo modo toda mi vida ha estado siempre contenida dentro de los del respeto propio y ajeno, de manera tal que aun nadie puede decir que Juan Crisóstomo Payara atropelló un derecho, ni mancilló una honra, ni faltó a una consideración moral o amistosa, por muy mal defendidos que estuviesen.

Ya se exaltaba, pero recobrándose concluyó:

—Pero me estoy extendiendo en consideraciones que sobrepasan mis propósitos del momento. Sólo quería que el autor de ese romance se cerciorara de que no fue de las ramas de un ceibo, sino de un -paraguatán, donde Juan Crisostomo Payara, haciéndose justicia por sí mismo, como a quien sobradamente merecía muerte infame. Ahora que sabe cuán plagado de inexactitudes está su famoso romance, usted verá si vale la pena modificar los versos respectivos.

Aún no había logrado Florentino salir de su asombro y Payara finalizó:

—Y continuemos nuestro camino, que ya el sol está calentando y a usted no le conviene asolearse mucho.

VII

JUAN PARAO

He aquí la sabana donde fueron las correrías del cuatrero famoso. La envuelve la bruma de las humaredas que hace días se deslizan sobre ella y Juan Parao la contempla desde la tranquera de la majada, con nieblas también en el alma.

La llegada del cantador de sus antiguas hazañas lo ha puesto nostálgico de aquellos bravos tiempos.

Fue una vida recia, hermosa, toda libertad y rebeldía. Se llevaba los ganados y dejaba las leyendas y las consejas.

Las del pasmoso atrevimiento con que, a la cabeza de su banda, paraba un rodeo a la vista de las fundaciones del hatu entrando a saco o se llegaba hasta los mismos corrales, en presencia del peonaje contenido por el asombro; las de las mil mañas que se daba para borrar sus huellas y despistar a sus perseguidores.

Pero todo aquello había terminado hacía muchos años y el Juan Parao que ahora recorría los innumerables caminos del llano era el del corrido que con aquellas leyendas compuso Florentino, mientras el de carne y hueso envejecía sobreviviéndose, degenerado en caporal de sabana que trabajaba para otro, mediante un salario mezquino y reducido a los términos de Hato Viejo, bien delimitados y cercados, tal como lo exigía el riguroso concepto de propiedad del doctor Juan Crisóstomo Payara.

Y allí estaba, encaramado sobre la tranquera, la mirada hundida en las brumosas lejanías de la sabana, reconstruyendo su antigua existencia pero no como realmente fue, sino como la pintaba la leyenda popular a través de los versos de Florentino.

Y así lo sorprendió éste dándole conversación:

¿Qué dice el gran Juan Parao?

—Aquí, catire. Oyendo la gran discusión de los cristofués, que todavía no se han podido poner de acuerdo porque uno asegura que Cristo fue y el otro que no fue, y en eso están mañana y tarde de todos los días del mundo.

—¡No me diga! Si esos pájaros fueron los que me enseñaron a ponerlo todo en duda.

Desde chiquito, cuando era becerrero, escuchando esa gran discusión entre la paja de la sabana, de madrugada y de tarde, aprendí que en esta vida el sí y el no son iguales a propósito de todo, y que si el uno supedita al otro no es porque sea más verdadero, sino porque se le impone a la fuerza. Como sucede con esos pájaros que están discutiendo sin convencerse, hasta que uno se le echa encima al otro y a fuerza de picotazos lo hace repetir lo que él asegura, sea que Cristo fue o que no fue.

—Si, señol catire. Asiria es la cosa y usted lo ha observan bien. ¡Y desde chiquito! Mire, pues ... ¿Y a componé versos, quién lo enseñó, catire?

También lo aprendí de becerrero, cuando pastoreando los mautes me quedaba dormido bajo los palos y mi tío me sorprendía y me despertaba a punta de mandador, diciendo:

Pereza por tu picacho suéltame este muchacho.

—¡Ta güena la cosa! —celebra Juan Parao—. Conque, ¿ésos fueron los primeros versos que usted escuchó?

—Sí. Y tan buena me pareció esa manera de hablar en toletes del mismo tamaño y sacándoles puntas iguales, como decía yo entonces, que me propuse fabricarlos para mi uso y no me salieron del todo malos.

Y en seguida, aprovechando el tema para sus intenciones:

—Aunque eso de componer versos a veces tiene sus inconvenientes, como me acaba de suceder con unos que compuse de un pasaje que escuché andando por esas tierras, y por causa de ellos he estado a punto de tener una cuestión con el personaje del argumento.

—No se referirá usted al corrió de mi nombre, por supuesto —dijo Juan Parao.

—No. Ya sé que a usted no le ha disgustado el suyo. Me refiero a otro que también se me adentaló en este viaje a Hato Viejo, que tan caro me ha salido ya. Al del ahorcado, que seguramente usted conoce y que parece no haberle caído en gracia al doctor Payara.

—¡Umjú! —hizo Juan Parao.

—Versos que uno va componiendo con los cuentos que le van echando.

¿Y han tratao de eso usted y el blanco?

—Por el camino, viniendo para acá me buscó la lengua y me hizo recitarle el corrido y luego, llevándome a la pata del palo que en esos versos se mienta, me demostró que no era un ceibo, como yo decía, sino un paraguatán.

—Conque, ¿él mismo le enseñó el paraguatán jaramillero? ¡Ah doctor Payara y sus cosas!

—También me hizo el reparo de que la causa no había sido el robo de un mamantón.

—¡Umjú! —volvió a hacer el negro, comprendiendo que Florentino quería sacarle explicaciones más precisas y completas que las que le diera Payara—. Lo de los cristofúes, que en todo se repite, conforme usted acaba de decirlo. Escúchelo como están, finitos, en su gran discusión.

Florentino sonrió por la evasiva, y amparándose en ella insistió:

Yo creo que tiene razón el que dice que no fue.

¡Ah caramba, catire! ¿No habíamos quedao en que tanto vale un sí como un no?

Y como esto afirmase a Florentino en la sospecha de que Juan Parao poseyera los secretos de Payara y por consiguiente, la clave del misterio reinante en Hato Viejo:

—¿Sabe cómo me lo imagino? —le preguntó por sorpresa, refiriéndose al ahorcado—. Un blanco, alto él, bien plantado, de barba negra...

¿Cómo el que abrió a usted la puerta de trancas? —repuso el negro ladino, demostrando, con la sonrisa que acompañó a sus palabras, que no era hombre a quien le arrancasen secretos que no quisiese divulgar.

Y luego :

—No nos zumbemos en lo oscuro, catire. Y vamos a barajar la conversación, porque por ahí viene chusiándose El Guariqueño, que desde que usted está por aquí anda con el oído parao. Vamos a hacer más bien como si yo estuviera contando mi historia, pa otros versos que quisiera sacarme.

—Que - también me interesa mucho, por cierto.

—Y a mí contársela de veras. No sé por qué corazonada.

Hizo una pausa y luego :

—Y como la historia de un hombre no es sino el cuento de los modos que haya tenido que inventá pa ganarse la vida, voy a empezar por referirle cómo fue que me proporcioné los primeros centavos que me han caído, en las manos.

Ya El Guariqueño había pasado de largo y sin demostrar interés por lo que hablasen, pero Juan Parao continuaba :

—Eso jue güeno, catire. No por mío sino por verdadero, sin posible discusión de cristo fue y merece ponerse en verso. Eso jue en Calabozo. Antes con antes tengo que advertirle que yo no soy llanero de nación, como usted lo presume en el corrío que me ha endilgado, sino oriundo de la costa de- Coro o de la de Barlovento —no sé cual a ciencia cierta—, pero sí de una de esas tierras de negros. Que el llano y que no los cría, dicen por ahí. De allá me trajeron, tampoco puedo decirle cómo ni por qué motivo, ni es menester que se lo desplique, porque mi verdadera historia empieza cuando un día me jallé a mi mismo solo y parao en medio de las calles de Calabozo y me dije :

"—Güeno, Juan. Lo primero que tienes que hacé es buscarte un apellío, o cosa que se lo parezca, y como aquí estás parao, ponte ése, a falta del que se le olvidó a tu taita decirte cuál debía de ser. Y lo segundo es buscarte un acomodo bajo techo, porque en medio de la calle no puedes seguir.

"—Pues vamos a buscarlo —me respondí, porque como estaba solo en el mundo, conmigo mismo tenía que conversarlo todo.

"Pero yo, que apenas me lo digo, cuando escucho contá que el general Jaramillo, que pa ese entonces era presidente del Guárico, o cosa asma, le había dao por la costumbre de sentarse, de sobretarde, frente a la Casa de

Gobierno, en junto con sus adulantes y con su hijo Carlitos, de la edad mía, más o menos y a cada muchacho pata en el suelo que por allí pasaba lo llamaba y le decía:

"—Mira, muchacho. Aquí está Carlitos esperándote pa agarrarse contigo".

Escupe por el colmillo y prosigue, interrumpiendo el relato para el comentario:

—Ya usted habrá oído habló de los Jaramillos del Guárico, hombres muy machos, de mucha hazaña y mucha otomía. Liberales amarillos, como salíos que jueron de pata en el suelo desde la federación brava del negro Espinoza y por consiguiente enemigos encarnizados de los Payaras, que eran mantuanos viejos y más godos que su sacarrial majestá Fernando sétimo... ¿De qué se réi, catire?

Es costumbre muy llanera valerse de subterfugios para responder a preguntas indiscretas o dar explicaciones comprometedoras, y así entendió Florentino que lo hacía Juan Parao con su cuento, al oírle la alusión a la enemistad entre Payaras y Jaramillos, después de haber denominado jaramillera a la Mata del Ahorcado, y por eso fue la sonrisa y luego esta respuesta:

—De nada, negro. Siga por su atajo.

—¿Qué ya va cáindo al camino? —repuso el narrador suspicaz—. ¡Um! Mire, catire, no olvide que el mejor vivo es el que se hace el pendejo. Dije que los Jaramillos jueron hombres muy machos pa que usted se explicara lo de las peleas que a Carlitos le buscaba el general de mi cuento y pa que se imaginara lo que debió de sufrí cuando descubrió que el muchacho, el cachorro de los tigres de Santa Inés, no tráiba tabaco en la vejiga. Porque la verdá era que Carlitos había nació flojo en tierra de hombres machos. Pero ya vuelvo al camino de donde méiba alejando este atajo.

Otro salivazo por el colmillo, una sonrisa de complacencia por la habilidad con que creía haber despistado a Floren= y a la vez por el picaresco episodio de su infancia que iba a narrar, y:

—Yo, que oigo habló de aquellas peleas y de que el general Jaramillo, así que Carlitos había recibío su conveniente lección diaria de golpes pa que se juera templando, acostumbraba regalarle al máistro unos centavos —a pesar de lo cual ya nadie quería pasá de sobretarde frente a la Casa de Gobierno, y con mucha razón, si bien se mira, porque jefe es jefe, y si un día las paga otro las cobra y muy caras—; yo, que oigo el cuento, me quito de malos ruidos y me digo, echándomelas de vivo, como más adelante verá : "¿Quiere, decí que son peleas pagás por el Gobierno?". "Eso es contigo, Juan Parao. Ahí están tus churupos".

Y haciéndome el mogollón me dejé chusiá hasta la Casa de Gobierno.

¡Je, je, je! ¡Las cosas de los muchachos! Yo les había oído decir a los máistros que las otras tardes que se habían dejao aporreá por Carlitos por miedo al general; pero me dije: "Este lo que quiere es que le enseñen el muchacho y mientras más completa sea la lección, mejor debe ser la paga". Y le mandé de ancho. ¡Je, je, je! Mire catire, en mi vida he ganado yo centavos más sabrosos que los de esa tarde. Dicen que los pobres negros, cuando fueron esclavos, llevaron mucho vergazo mandao a dá por los amos blancos; pero aquella tarde se trocaron las suertes 'y de la cuenta que, pa que la juera cobrando, me legaron mis taitas, en ese entonces me hice efectivo unos cuantos guamazos, bien arrequitaos, que se llevó el patiquín y dos riales, me acuerdo mucho, que me pagó el general.

—Que luego se los cobraría con creces —dijo Florentino.

—El no, pa que vea. Pero sí don Carlitos, andando el tiempo. Las lecciones fueron varias y siempre güena la paga; pero, ¡lo que son las cosas! Dicen que negro si no la hace a la entrá la hace a la salía, y que tan inclinao nace a acatá el blanco, que aun teniéndolo por debajo lo respeta y propende a sometérsele y yo no sé si jue por eso o por lástima, pero lo cierto jue que a medida que léiba pegando, léiba tomando cariño a Carlitos y llegué a quererlo tan de veras que más adelante, ya hombres él y yo —porque he de advertirle que el general me recogió en su casa y nos criamos juntos Carlitos y yo y a la hora de morir el general me dejó, como quien dice, convertío en espaldero del hijo—, ya hombres, como léiba diciendo, me jugué varias veces la vida por defender la dél.

—Pero él no echó en olvido los guamazos aquellos...

—Y me los cobró toiticos juntos y malamente. Sí, señol. El ya había echao por su camino, apartándose del de los Jaramillos que salieron del pueblo sin alejarse dél por mucho que se encumbraron, tirando hacia el camino de los mantuanos, siempre reunido con ellos en sus salones, y mirando con desprecio al pata en el suelo. En una palabra: convirtiéndose en todo y por todo en el primer patiquín que producía la familia Jaramillo. Yo detrás dél, cuando tenía menester de que le guardase la espalda; pero de resto, ¡si te he visto no me acuerdo! Hasta un día en que, habiendo yo tenlo una hora menguá de donde resultó un difunto, tanto se olvidó de mí don Carlitos que, en vez de defenderme, como pudo hacerlo con la influencia que tenía y como debió de hacerlo, porque el lance jue motivan de causa suya, mandó que aplicaran la ley con todo su rigor. Pero yo anduce alante y cogí la sabana, diendo a tené a la frontera, por los laos de El Viento. Y, ¿qué quiere usted que le diga? Me metí a cuatrero, pa ganarme la vida. Jue el segundo modo que tuve que inventá. Como quien dice, la segunda parte de mi historia.

Hace una pausa que Florentino no interrumpe, y luego, a media voz, añorante, recita:

*De por Los Laos de EL Viento
que es tierra de hombres bragaos,
no hay llanero que no llegue
hablando de Juan Parao.
El del caballo jerrao
con el casquillo al revés,
pa que lo busquen po un lao
cuando po el otro se fue.
Yo canto lo que escuché
de este llanero bragao.*

Pero el antiguo cuatrero, que ya no se merece aquellas trovas, concluye de pronto:

—Y por allí sigue... ¡Ah Cantaclaro y sus versos! ... Ahora, aquí me tiene convertido en pión, como si tal cosa. El tercer modo, que tal vez sea el último...

Su rostro se ha puesto más sombrío. Sus miradas van a perderse en el confín de la sabana.

—¿Y cómo fue eso, Juan Parao? —inquire Florentino, al cabo de un buen rato de silencio—. ¿Por qué abandonó la vida libre del cuatrero?

—Por tantas cosas, catire. ¿Libre la llama usted? Ande a vivirla. El cuatrero se coge el ganao ajeno, llámese toro o caballo. Que le dicen ajeno, porque si bien se mira, tanto hace y con los mismos derechos, el llamao cuatrero como el llamao propietario; enlazar y arriar por delante lo que cría la sabana y es de todos. Pero como las leyes las hacen los amos, los cuatreritos son los ladrones y p4 perseguirlos están las autoridades y pa especular con ellos los otros amos, los ricos, a quienes hay que venderles el ganao a como quieran pagarlo. De donde resulta que entre un amo que lo persigue a usted y otro que se aprovecha, el piazito de libertá que a usted le queda no es sino pa andá juyendo, espantao de su propia sombra. Güena es la vida, no digo que no, y muy de macho, pero con sus días de sed, terciados con otros de hambre y otros de comía sin sal...

Además... ¿cómo le diré? ... ¡Güeno! Va a ser usted la primera persona a quien le haga esta confesión. Yo tenía mi idea. Una gran idea, que se me había metido en la cabeza y allí estaba dando vueltas, buscando acomodo, como perro antes de echarse. Pero era una idea grande, muy grande y como el espacio ande tenía que esplayarse era pequeño, todo se jue en dar vueltas. Y la idea era ésta, manque usted se reya, catire. Yo había llegao a reunir veinte hombres que me seguían ande yo quisiera llevarlos y eso me puso tan ufano que voy y me pregunto un día, recordándome de ciertos libros que me había leído el ya mentao Carlitos Jaramillo:

“—¿Ah, Juan Parao? ¿Quién jue el primer libertador de los negros?

"—¡Guá chico! Como que jue el negro Miguel. "—¿Y el segundo?

"—Sería el Negro Primero, que figura entre los libertadores. Pero ninguno logró su orjeto.

"—No estaría de tiempo, como tal vez ahora esté. Por algo dice el dicho que a la tercera va la vencía".

Ríe de sí mismo y luego :

—Porque el general Monagas no lo jue sino de embuste. ¡Y yo con mi gran idea de llegá a serlo de veras! Pero dándole vueltas en la cabeza y buscando cómo_ ponerla en una güena proclama de guerra, de esas que entusiasman al soldao, como no podía escribirla porque entonces era completamente alfabeto, tenía que componerla y grabármela en la memoria y en eso se méiba to el tiempo. De donde vino a resultá que descuidé el negocio de robá ganao, y cuando caté de ver que ya de los veinte hombres no me quedaban sino cuatro, porque los demás se jueron abriendo a trabajá por su cuenta.

—¡Ah caramba, negro! —exclama Florentino—. ¿Qué necesidad había de proclamas? La pelea es peleando.

Sí, catire. Pero yo quería hacé mis cosas con todas las reglas del arte. Como las hacía Napoleón cuando las peleas de las pirámides.

—¡Anjá! ¿Y usted conocía la historia de Napoleón?

De oidas, porque como ya le he dicho yo entonces no sabía leer.

—Pero le escribían —agrega Florentino, completando la expresión popular.

—Sí, señor. Por algo sería, ¿verdá, catire? Yo había escuchao decí que las pirámides eran, como si dijéramos, los méanos de por aquí y ya me veía parao en mi caballo sobre uno de esos meanos, echándole una güena proclama a mi tropa. ¡Je, je, je! ... Más le digo, hasta me subía a los que encontraba por el camino pa ensayá la cosa. Y ésa jue mi perdición, porque los mucha.chos que me seguían pensaron que me estaba volviendo loco y comenzaron a desertárseme.

—¿Hasta que lo dejaron solo?

—Antes con antes sucedió otra cosa. Pa ese entonces yo había plantao mi cuartel general en las propias fundaciones de Hato Viejo, que estaba abandonao de sus dueños hacía mucho tiempo y me hallaba como en lo mío, cuando llegó el doctor, con su señora y con Hinojoza, que le servía de baquiano. Parece que el doctor acababa de casarse y que... ¡Bueno! Que venía a pasarse aquí, como quien dice, la luna de miel. En ese momento yo no estaba en Hato Viejo, pero sí mis muchachos, que como le digo, eran ya na má que

cuatro, y uno de ellos y que le preguntó al doctor, cuando lo vió meterse en las casas sin pedir permiso :

—¿A quién tenemos el gusto?

"—A Juan Crisóstomo Payara, que espera no verlos por aquí cuando amanezca el día de mañana —y que le respondió el blanco".

Los muchachos y que se miraron las caras como preguntándose qué harían, pero luego resolvieron esperarme. Y sucedió que, en medio de la sabana y a la misma hora en que había de estar pasando lo que dejo referí, se me pegó a mí una puntá muy fiera entre pecho y espalda, un dolor como pa matarme, de esos que llaman anginas y así llegué al hato, cimbrao sobre la bestia y digo yo que con la muerte pintó en la cara, porque al verme los muchachos se asustaron tanto que corrieron a llamá al doctor, de quien ya habíamos oído decir que era médico de grandes aciertos. Vino el blanco, me examinó y me dijo estas palabras:

"—Bueno, amigo. Su vida está en mis manos y mi propiedad en las tuyas. ¿Qué trato hacemos?"

"—Sálveme lo mío, que no es sino el resuello que se me está diendo —le respondí—. Sálveme lo mío y disponga de lo suyo".

Me puso unas ventosas, me dió a olé asafétida y al día siguiente estaba yo bueno y sano y ensillando pa dirme de por todo aquello, conforme a lo prometió. Una puntá de viento, que con ná se me hubiera quitao; pero el blanco bellaco había aprovechado las armas que tenía, que eran las de la malicia, porque si se me pone de hombre a hombre me lo hubiera llevao por delante, y con eso me había caído en gracia. Además, yo había dao mi palabra, que es ley, catire. Ensillamos y ya estábamos diéndonos, na más que con las bestias que montábamos, cuando sale el doctor y me dice :

"—¿Va a dejar el ganao que tiene encerrao en los corrales? "

—Ese forma parte del trato que hicimos anoche —le respondí.

"—No —me replicó él a mí—. Su compromiso empieza desde hoy. El ganao que usted ya había cogió es suyo y debe llevárselo".

—Mire, catire. Cuando escuché esas palabras, yo sentí que se me voltiaba todo por dentro. Eran doscientas reses, que en ese entonces representaban una pila é plata. Me lo quedé mirando, porque pocos hombres eran capaces de entendé de esa manera sus compromisos y ya no jue que el blanco me .cayó en gracia, como enantes por su bellaquería, sino que me inspiró respeto.

—¿Y se llevó el ganao? —preguntó Florentino.

—No hubo manera de que el doctor conviniera en quedarse en él. Y además los

muchachos que me acompañaban entendían las cosas de otro modo y me obligaron a arriarlo. Abandonamos Hato Viejo, que había sido nuestra base de operaciones durante cinco años y otra vez nos lanzamos a la ventura de la sabana. He de advertirle antes de seguir mi cuento, que vecino a Hato Viejo estaba El Amparo, propiedad de Carlitos Jaramillo, pero que yo, por respeto a otra palabra, empeñá, la que le dí al difunto su páe, de no alzá nunca la mano ni contra él ni contra suya, jamás ni nunca cachilapié en tierra de El Amparo, ni las pisaba siquiera, a pesar de los pesares. Y asma lo hice aquel día, dando un rodeo pa no pasá por ellas. Cogimos nuestro camino, rumbo a El Viento. Allí vendimos el ganao y como de costumbre hice la partición de la plata con mis muchachos. Esto jue de nohecita y al amanecé me encontré solo. Me abandonaron mis hombres porque mi proceder con el doctor Payara, y que significaba que ya yo iba palo abajo como jefe y hasta como hombre. Lo cual no me lo dijeron en mi cara, por supuesto, sino que lo supe después, por trascorrales. Cuando me di cuenta de la deserción, me dije:

"—Güeno, Juan Parao. Se acabó esto. Te has quedao solo otra güelta, como estabas en Calabozo cuando se te presentó el negocio de las agarrás con Carlitos Jaramillo y como te dejó éste, a mercé de la justicia, cuando aquella hora menguá que por culpa suya tuviste. ¡A volvé a empezá se ha dicho!".

Hace una pausa y prosigue :

—¡Lo que es el hombre, catire! Cuando yo estaba boyante y to me salía bien, jamás ni nunca se me ocurrió cobrarle a Carlitos Jaramillo la mala jugá que me había hecho; pero en cuanto sentí que la suerte me estaba voltiando, me dió de pronto tal coraje contra él que allí mismo cogí rumbo hacia El Amparo, sin ningún propósito pensao, pero diciéndome por to el camino:

"—El tiene la curpa de to lo que me viene pasando".

"Llegué como llegan las cosas cuando Dios las dispone: a la hora y punto. No a las fundaciones de El Amparo, porque sin darme cuenta hice el rodeo de siempre, sino a la mata que ya usted conoce. Llegué en el preciso momento en que el doctor Payara, a caballo y arriando por delante a Carlitos Jaramillo en el suyo, atado codo con codo, llegaba a la pata del paraguatán.

"—„Eso qué es, doctor Payara? —le pregunté.

"—Un escarmiento que voy a hacer con este ladrón cobarde —me contestó, a tiempo que se inclinaba sobre la bestia a desamarrarle la sogá de los tientos.

"Carlitos Jaramillo estaba más jipato que lo que hubiera querío sé pa presumí de mantuano. Pero en vez de pedirme auxilio me dijo, como si entoavía fuera su espaldero:

"—Juan Parao. Cumple tu deber. Acuérdate de lo que le prometiste a mi padre".

Y yo le respondí, preguntándole:

"—¿Cómo te acordaste tú de la promesa que le hiciste de protegerme cuando lo hubiera menester?"

"Y el doctor Payara —me acuerdo como si lo estuviera viendo y oyendo:

"—Cobarde y ladrón y traidor. Bien merece la horca—. Y dicho esto, ya con la sogá de Jaramillo en la diestra, la lanzó por encima de una de las ramas del paraguatán, pasó el cabo por el lazo, la trozó, le hizo otro lazo corredizo en la punta y se lo echó al pescuezo de Carlitos, ya más muerto que vivo, todo esto en presencia mía, pero como si nadie lo estuviera viendo. Mirándolo hacer, yo pensé que todo aquello no era sino una comedia pa arrancarle a don Carlitos, que tal vez se habría metido en lo suyo a cachilapiar, la promesa de respetarle su propiedad, como ya lo había hecho conmigo, aprovechándose de la puntá de viento, y me dije :

—¡Ah doctorcito y lo que inventa pa igualase!". —Luego, lo que usté ha puesto en su corrió. Lo de:

*Encomiéndate a los santos
que sólo te queda vida
pa rezar un Padrenuestro.. .*

—Yo reyéndome por dentro, porque bien se merecía don Carlitos siquiera un buen susto como el que estaba pasando. Pero cuando más seguro estaba de que aquello iba de embuste embuste : ¡Juap! Un chaparrazo del doctor Payara al caballo de Carlitos, la bestia que arranca y... ¡Mire, catire! ... Ya usté lo dice en sus versos :

Señores, no cuenten esto.

—Yo me quedé pásmo, y, la verdad sea dicha, más que por lo que había sucedío en la punta de la sogá, por lo que estaba mirando sobre el caballo del doctor Payara. Aquello no era un hombre, Florentino... Yo no sé cómo explicárselo ... Aquello era una cosa muy grande, como de otro mundo, que de pronto se había metío en el cuerpo de un hombre y desde allí me miraba y me decía :

"—Sepa usté que Juan Crisóstomo Payara hubiera querido morir sin mancha de homicidio."

—Jueron sus palabras, ni una más ni una menos, y en habiéndolas dicho, me dió la espalda, camino de Hato Viejo...

Hace una pausa y luego:

—Y yo me juí detrás de él, como si me arrastrara...

—No era para menos —murmura Florentino, que ya había experimentado la tremenda fascinación de la impavidez con que Payara le mostró el árbol trágico—. Cuando un hombre se presenta así, no hay quien se le resista.

Y Juan Parao continúa:

—A don Carlitos nadie lo cobró, porque era el último de la familia y todos los Jaramillos se habían muerto en sus camas, debiendo muchas quizás más piores, y porque, como ya venía dando señales de no andar muy bueno de la cabeza, a la hora de las averiguaciones hubo quien declarara que le había escuchan decí que el día menos pensao se iba a poné una sogá de corbata. ¿Me entiende el sentío?

—Que tal vez ni lo habría dicho —observa Florentino—. Porque cuando las cosas suceden, nunca falta alguno que ya las sabía de antemano.

—Sí, señol. Y como las mentiras corren más ligero que las verdades... Como la del indio de su corrío, verbigracia, que eso sí no pasó de comedia. Unos indios yaruros que la habían dao por meterse en el ható y ya se habían comía varias terneras. Hace cosa de diez años. Un día logramos echarle mano al que parecía ser el capitán, y el doctor, pa meterle miedo y quitarle la maña lo llevó a la pata del paraguatán jaramillero y mostrándole el cabo de sogá le dijo, a la manera de ellos: "—Ahí colgando yo a un hombre por ladrón y ahí colgándote a ti si tú volviendo a robarme terneras."

—¡Ah! —hace Florentino. Y luego : —¿Por ladrón? ...
Pero Juan Parao, como si no lo hubiese oído :

—Y como su corrío de usté es bueno y pinta la cosa con tantos detalles, la mentira ha supiritao a la verdá... Que si se la he refería es porque el doctor no se la ha ocultan del todo, y para explicarle por qué me encuentra convertía en pión del blanco. Aquella mañana, como le dije, arrié detrás de él y aquí me tiene sirviéndole desde entonces.

Hace otra pausa y concluye nostálgico:

—Jué asma como dejé de ser cuatrero,

*El del caballo jerrao
con el casquillo al revés. . .*

VIII

EL DIABLO DEL CUNAVICHE

Si en alguna parte es cierto que el hombre es la medida de sí mismo, es en la sabana ilímite, en cuya brava soledad cada cual puede construirse su mundo a sus anchas. Pero la sabana entra en los pueblos y se mete en las casas: en cada llanero, aunque viva en sociedad,

hay siempre un hombre aislado en medio del desierto, que piensa como dice la copla:

*Sobre la tierra la palma,
sobre la palma los cielos;
sobre mi caballo yo
y sobre yo mi sombrero.*

Sólo que en Juan Crisóstomo Payara este hombre fiero estaba contenido y reprimido por una alta idea de justicia.

Un tiempo, ya lejano, estuvo unido el patronímico a las bárbaras gestas del individualismo sabanero, cuando la familia detentaba el cacicazgo político de la región, y de las montoneras de las guerras federales surgieron los Jaramillos a arrebatárselo, como ya lo habían logrado plenamente hacía varios años; pero desde los del padre de Juan Crisóstomo los Payaras se habían convertido, a la fuerza, en gentes sometida y pacífica, pequeños propietarios de unos palmos de sabanas con unas cuantas reses paciando por ellas y de modestos comercios al por menor, en cuyas trastiendas y reboticas —el padre de Juan Crisóstomo era farmacéutico— languidecían en rezongos de humillados y enconados los últimos humos de orgullo de la vieja familia oligarca.

Pero de lejos llegaban sin menoscabo, antes por el contrario reforzadas y depuradas, la proverbial rectitud de conducta y la recia intransigencia con lo ilícito. Gente de bien con tradición de señorío social, que en lo doméstico como en lo público daban un raro ejemplo intachable, terratenientes y comerciantes que practicaban la probidad como atributo de mantuanismo, por contraposición a la plebeya y absoluta carencia de honestidad que, en lo político como en lo privado, era la característica de los Jaramillos enemigos, de los Payaras nunca pudo decirse, como sí de otros "godos" que alardeaban de correctos, que plantasen los linderos de sus fincas una línea más allá de lo escriturado, ni cobrasen por réditos de su dinero un fisco más de lo estimado por legítimo —ni menos tampoco, es verdad—, y esto aun en los tiempos de manos libres por fueros de caciques.

Más si este apego al formalismo legal y aquella intransigencia con la desmoralización de las costumbres, consiguiente al encumbramiento de los hombres de presa que armó y aventó la revuelta armada, fueron simple actitud social y política de mantuanos contra plebeyos y conservadores contra liberales, en Juan Crisóstomo, primero de la familia en quien asomaba una cultura propiamente espiritual, se elevaron a la categoría de actitud ética, intelectualizándose en un concepto absoluto del deber y de la responsabilidad .

Pero como estas nociones no correspondían a la realidad ambiente sino por modo de

reacción, tenían que resultar exaltadas y aun colindantes con la extravagancia. Para él no existían culpas leves ni sanción penal que pudiese parecerle excesiva, precisamente porque hasta las más graves de aquéllas quedábanse impunes en la realidad venezolana, y mientras que en ésta el infractor del deber, violador de la ley o atropellador de la honra o del derecho ajenos, se colaba en la estimación de sus compatriotas bajo la denominación vernácula de "chivato", que es un modo venezolanísimo de hombre superior; para él denominábase el Culpable, en absoluto y abstracto, y debía desaparecer de la haz de la tierra que deshonra con su presencia. Pero al mismo tiempo quería que para dilucidar la culpabilidad se pusiese el celo más escrupuloso de la mínima inocencia o vestigio de razón del acusado, porque también al inocente considerábalo como entidad mística inspiradora de religioso respeto.

En una palabra, quería que se administrase justicia, dentro de la más estricta aplicación de la ley, tal como ésta fuese, pero al mismo tiempo subordinándola a aquélla, a la gran justicia, para que le allanase el camino del tremendo escarmiento que debía hacerse en Venezuela.

Y como en tales anhelos no era probable que hiciese carrera por el camino de la jurisprudencia, por donde realmente lo tiraba la vocación científica, el paradójico influjo del medio lo desvió a estudiar medicina.

No tardó mucho en convencerse de que también esta ciencia clamaba por la justicia. En los comienzos de su ejercicio profesional en su pueblo llanero y en un mismo día, se le presentaron dos casos fatales de fiebre amarilla, bien diagnosticada y así extendidos los certificados de defunción. Pero ya el gobierno había declarado que, gracias a los patrióticos esfuerzos suyos sin precedentes en la historia del país, había desaparecido para siempre aquel azote de todo el territorio de la república, y cuando los imprudentes certificados llegaron a manos del Jefe civil de la localidad para los efectos del caso, fue tal la contrariedad que le causaron que, entre ajos y bufidos, mandó devolvérselos a Payara para que "procediese" a modificarlos dentro del cuadro de enfermedades de que podían morir públicamente los venezolanos.

Se negó a faltar a la verdad y a la defensa de la salud pública, desafiando las iras del bárbaro que se lo exigía; pero tampoco faltó médico que, en ejercicio de rivalidad profesional, se ofreciese voluntario a extender otros certificados conforme con lo requerido por la mentira oficial, diciéndole al Jefe civil:

—Déme acá, coronel. Yo por usted me echo encima con gusto esos muertos. Payarita confunde el paludismo con la fiebre amarilla.

Y de paludismo fueron oficialmente los muertos.

Elevó protesta ante la Facultad de Medicina, pero como al ilustre cuerpo no le era hacedero, sin grave amputación, tomar cartas en el asunto, uno de sus miembros le respondió, particularmente, con el buen humor que lo asistía y siempre había demostrado en cátedra :

"¿No comprendes, Payarita, que todavía están mandando los amarillos, aunque no lo parezca, y que por consiguiente nada de ese color puede ser causa de muerte? ¡Y después no quieres que te tilden de godo!".

Era el chiste, calembur o retruécano por donde se descargaba el espíritu de protesta contra la iniquidad reinante, dicho y propagado el cual ya nadie se preocupa más de la calamidad pública que le diese origen; pero como Payara tenía un concepto profundamente despectivo de semejante humorismo venezolano, en habiendo recibido aquella carta decidió renunciar para siempre al ejercicio profesional. Como en efecto lo hizo, limitándose, para ganarse la vida, a la farmacia que heredara del padre.

Detrás de las vitrinas de la recetura, parapetos de su inútil rebeldía, se le fueron siete años, cavilando, mientras manipulaba el mortero, acerca de los infinitos males que afligían la tierra venezolana, sin término ni remedio vislumbrados, pues si ya los Jaramillos habían pasado a la historia de las grandes calamidades nacionales, en cambio imperaban otros hombres de presa tan ladrones, despóticos y crueles como lo habían sido ellos y ningún signo de los tiempos indicaba que la bárbara especie estuviese en decadencia. Porque el caso de Carlitos Jaramillo, blandengue, parecía excepcional y por otra parte, nada podía salir ganando el país con que el último descendiente de los tigres de Santa Inés hubiese venido al mundo sin ferocidad agresiva y por él se pasease con las garras pulidas y perfumadas del trato y manoseo de las innumerables víctimas de la masculinidad ambigua de su donjuanismo.

Consumíase, pues, Juan Crisóstomo Payara, refugiado en un margen penumbroso de su ciencia, pero sin que la dosificación de los potingues inocuos con que el médico de la localidad dejaba correr la fuente de sus provechos, que eran los males de sus pacientes, lo acostumbra a componendas espirituales con el mal. Porque si en el orden físico se había retirado ante lo ineluctable, en el interno y moral manteníase firme en su posición, esperando la hora de la tremenda justicia que era necesario hacer en Venezuela, donde el latrocinio y el crimen se habían enseñoreado.

—La pena de muerte —clamaba, mientras pulverizaba, fieramente, las substancias inocuas con que el recetador lo obligaba a llenar el mortero—. Mientras no volvamos

A ella no habrá verdadera administración de justicia en este país.

—¿Nada menos, Juan Crisóstomo? —insinuaba bondadosamente el viejo Luján, que había sido su maestro de primeras letras y a charlar con él se iba todas las tardes, cuando terminaba su escuela.

—Nada menos, don Jesús María. La enfermedad de Venezuela no es para paños calientes y bálsamos anodinos, sino para hierro de cirujano. El que quiera redimir a este país de sus males tiene que inmunizarse, primero contra la compasión. Y si no, dígame: ¿qué ha hecho usted, siendo la bondad misma y la rectitud misma, sino criar cuervos para que le sacaran los ojos? ¿Cuántos bandidos no han salido de su escuela?

—Algunos —admitía el buen viejo—. No te lo negaré, pero...

—No hay pero que valga, don Jesús María. Leyes severísimas, sanciones ejemplares y una mano limpia, pero al mismo tiempo férrea para aplicarlas, es lo que necesita Venezuela.

Pero una vez, ya sobre los treinta años, como contemplase el yermo de su corazón donde reinaba el viento ardiente y tempestuoso de aquel trágico concepto de la vida, se asustó de la aridez sin brote de ternura, se vio al borde de la crueldad, ya empedernido, tuvo miedo de sí mismo y pensó que le era necesaria la compañía dulcificante de una mujer. Fue una noche lluviosa, en la botica sin tertulia y saturada de los áridos olores que se exhalaban de los tarros... Y como a este menester sentimental se incorporó inmediatamente la noción imperativa de que reproducirse es un deber impuesto por la naturaleza y sancionado por la religión —cuyos católicos preceptos observaba al pie de la letra—, decidió tomar esposa.

Pero esta repentina ocurrencia no fue obra de aquella noche solamente, sino de la influencia progresiva de muchas veladas en la casa de don Jesús María Luján, a cuyo arrimo crecía una nieta huérfana que le alegraba la vejez solitaria.

Llamábase Ángela Rosa, tendría unos dieciocho años y era hermosa, jovial, ingenua y de temperamento amoroso. El abuelo no había logrado inculcarle por completo sus austeros principios, ya porque todo el tiempo se le fuese en mimarla, saboreando la delicia paternal que ella le producía con su amorosidad expansiva, o porque ella tuviese un espíritu esquivo a las influencias extrañas, aunque sin desagradables manifestaciones de obstinación o rebeldía.

Varias veces el anciano maestro y el médico frustrado habían compartido preocupaciones por el porvenir de Ángela Rosa cuando le faltase aquél, y ahora, de pronto, el segundo descubría que estaba enamorado de ella.

Fue un magnífico descubrimiento. La dura peña del corazón ya se cubría de un musgo tierno, la vida toda presentaba otro aspecto bajo el resplandor insólito de las ilusiones amorosas. Al principio, para darle acogida a estos sentimientos un poco extemporáneos, fue necesaria una justificación de orden moral: Ángela Rosa, buena pero frívola, requería, a fin de que no se extraviase, una mano conductora más firme que la del abuelo consentidor. Pero luego admitió que el encanto del caso estaba, por el contrario, en abandonarse a la contemplación de aquella graciosa criatura, tal como la había hecho la naturaleza. Y no sólo el pasajero encanto del amor tardío, sino también la ulterior y más espiritualizada conveniencia, pues precisamente con su ingenuidad de amorosa era como podría resultarle Ángela Rosa compañera dulcificante, alma a toda hora en brote de ternura que compensase la adusta sequedad de la suya.

Cuando ella oyó la inesperada declaración de aquel amor, hecha con la sobriedad de las demostraciones sentimentales de Payara, se quedó toda confusa. Aquél no era el hombre con quien ella soñara. Había unos años de diferencia, pero sobre todo un abismo de disimilitud de caracteres y de conceptos de la vida, dando por sentado que fuese un concepto lo que ella se hubiese formado a propósito del vivir. Había, finalmente, el respeto, el miedo casi, que le inspiraba aquel hombre implacable, que no ponía alma en sus palabras sino cuando hablaba de los tremendos escarmientos que era necesario hacer para limpiar el país de hombres malvados y mujeres livianas.

Pero en seguida surgió de aquella confusión un sentimiento fascinante. De varias de sus amigas ya sabía que estaban profundamente enamoradas de Payara, entre cuyos varoniles atractivos, además de las consideraciones de orden práctico que podían señalarlo como un buen partido para las muchachas casaderas de aquel pueblo triste, la aureola de su rebeldía y su misma adustez misógina eran poderosos estímulos de la romántica curiosidad femenil. Pero si todas habían puesto en juego sus artes para conquistarse el amor del ogro, ella, la única indiferente, había sido la elegida.

Y el halago de vanidad, mezclándose con el travieso propósito de hacer rabiar a las desairadas, costumbre y rasgo de su carácter juguetón, la indujeron a la aceptación irreflexiva del grave amor que se le ofrecía.

* * *

Ya obscurecida la noche de la boda, el dependiente de la farmacia, ya cerrada, se había marchado a prepararse para asistir a la ceremonia y Payara terminaba de pasar al recetario las fórmulas del día cuando oyó que alguien trasteaba en la rebotica.

¡Tú! ¿Qué haces?

Era Ángela Rosa, cogida in fraganti, con un frasco de sublimado corrosivo en las manos. La casa de don Jesús María Luján y la de la botica, donde a la sazón sólo Payara se encontraba, se comunicaban por trechos caídos de la empalizada que dividía sus corrales y así le había sido posible llegar hasta allí.

Estaba desemblantada, medroso el fulgor de los grandes ojos negros y no por el susto de verse descubierta, sino por la palidez y mirar desvariado que ya traía desde que se decidió a dar aquel paso.

Ocultó el frasco tras sí, mirando a Payara con razón ausente; pero lo entregó sin resistencia cuando él se le acercó para quitárselo.

—¿Qué significa esto? —inquirió él, aunque ya poco necesitaba para explicárselo todo.

La cabeza de Ángela Rosa, que hasta allí pareciera sostenida por una contracción tetánica, se humilló de pronto, hundiéndosele en el pecho, a tiempo que de éste se le escapaba un sollozo desgarrador.

Obligándola a levantarla, sosteniéndola por la barbilla para mirarla a los ojos, Payara reiteró la inútil pregunta.

—¿Quieres decir que tú? ...

Y como ella respondiese con movimientos afirmativos, se la abandonó otra vez a su propio peso.

Súbitamente se había desvanecido el sortilegio. Un buen amor y una experiencia generosa, cordial aprendizaje para una nueva actitud ante la vida, fracasaban en la sima abierta por aquel ademán. La cólera de la confianza traicionada, de la honra ultrajada y la implacable noción de la culpa se precipitaron a recuperar el espíritu que aquéllos sentimientos abandonaban para siempre, y en obra de un instante nada quedó del aprendiz de ternura.

Nada tampoco podía ver ya en Ángela Rosa, toda transformada en criatura indigna de piedad, de aquélla, graciosa, que pudo ser elegida para compañera dulcificante. Ya no era sino la culpable que deshonoraba el mundo con su presencia. Pero conteniendo todavía el impulso a echarla de allí, insistió en preguntarle:

—¿Por qué has esperado este momento para esa confesión? ¿Te has imaginado, acaso, que por el temor del ridículo, ya faltando apenas unos momentos para nuestro matrimonio, iba yo a consumarlo a pesar de todo? Porque eso de que hayas venido en busca de un veneno para suicidarte, precisamente a la hora en que sabías que yo estaba solo y metiendo ruido para que te descubriese, no pasa sino de ser una burda comedia, una farsa tan repugnante como la vergüenza que con ella pretendes hacerte perdonar.

Ángela Rosa levantó la cabeza y repuso, con una voz que nunca había sido suya y sibilante:
—¿Quieres convencerte de que no he venido a pedirte perdón? Devuélveme el frasco que me has quitado.

A tiempo que él, para no oírla:

—Responde a lo que te pregunto: ¿Por qué has esperado este momento? ¿Por qué no me confesaste tu indignidad para el matrimonio cuando te lo propuse?

Y ella, mirándolo a los ojos:

—Porque entonces no tenía de qué avergonzarme. Fue después, cuando la desgracia que siempre me ha perseguido.

—¿La desgracia?

Y en el hombre ofendido, en quien por momentos tendía a desatarse el vengador que barrería de la tierra aquella escoria humana, apareció ya inflexible pero sereno, lúcido, el justiciero que pedía escrupuloso cuidado en dilucidar la responsabilidad.

—¡A ver! Cuenta. Cuenta tu infamia o tu desgracia, para que yo pueda saber cómo deba calificarte. Porque habré de ser yo y no tú quien decidirá si eres realmente desgraciada o simplemente culpable.

Pero ella, encogiéndose de hombros y haciendo el ademán de marcharse:

—¿Para qué? ... Ya sabes que no soy digna de ti... Con abandonarme a mi suerte tienes... Nada te lo impide... Nada nos ata todavía.

—Te equivocas. Socialmente nuestro matrimonio es ya un hecho que no puede destruirse sin escándalo y deshonra. Nos ata una promesa espiritual de felicidad y lealtad, y de haber faltado a la tuya después de haber aceptado la mía tienes que darme cuenta, en seguida. No basta llamarte desgraciada, es necesario probar que no has sido culpable.

Y sujetándola por los hombros, sacudiéndola:

—¿Quién es tu cómplice o el autor de tu desgracia? Necesito saberlo ahora mismo, tengo derecho a saberlo.

Ella se obstinaba en callar y ya se volvía colérico el ademán imperioso con que Payara acompañaba sus palabras, cuando de pronto acudieron a su memoria otras, oídas días antes, que ahora adquirirían el sentido que entonces no les penetró : Carlos Jaramillo, que al pasar frente a la botica, como uno de sus amigos le preguntase:

—¿Llegaste anoche y ya te vas?

—Pero algo me llevo en los caches —le respondió llanamente.

Ya Payara sabía que Ángela Rosa, como casi todas las muchachas bonitas del pueblo, le habían pagado el tributo de sus primeros amores a aquel galanteador blandengue; pero ni sospechó nunca que aquellos amores no hubiesen sido castos por parte de ella, que fue la

primera en romperlos, ni temió que hubiesen dejado huellas en su alma, ni podía atribuirles a aquellas palabras el odioso sentido que ahora le revelaban.

Cedió la presión de las manos que sujetaban y sacudían, como si toda la cólera que tendía a descargarse por ellas se hubiese desplazado hacia la figura aborrecible que acababa de surgir en la imaginación de Payara, y éste, afincando el interrogatorio en la sospecha concreta:

—¿Carlos Jaramillo, verdad?

Ella respondió con ademán afirmativo y rompió a llorar. Ya toda la cólera de Payara tenía objeto suficiente que la retuviese y la reconcentrase: el Jaramillo que siempre había humillado al Payara y por añadidura el Jaramillo marica.

Pero reprimiendo el impulso de pasión que pudiese obscurecer el juicio, apuró- el interrogatorio, atento a los mínimos movimientos del alma de Ángela Rosa, mientras le arrancaba, con jirones del pudor, la cruda confesión.

—En casa. Hace tres semanas ... El mismo día en que salía la primera amonestación de nuestro matrimonio..., a la misma hora quizás. Abuelito había salido para misa y yo estaba sola en la casa, todavía en la cama...Yo nada sabía de Carlos desde que rompí con él, hace tres años. Ni siquiera sabía que hubiese regresado al pueblo, cuando de pronto me lo veo entrar en mi cuarto ... Me juró que todavía estaba enamorado de mí, que quería casarse conmigo ... Que te mataría si yo me negaba a ser suya por casarme contigo ... Yo resistí cuanto pude, pero

—¿Por qué? —interrogó Payara, necesitado de esclarecer minuciosamente hasta dónde llegase la responsabilidad de aquella rendición ante la violencia. Y como ella no respondiese, por no haber comprendido el sentido de la pregunta—. Porque aún lo amabas, ¿no es cierto? Porque al sentirlo cerca de ti volviste a desearlo, como probablemente lo deseaste más de una vez, cuando fuiste su novia, aun a sabiendas de que era un corrompido, y quizá precisamente por eso, ¿no es así?

Ángela Rosa levantó la frente, lo miró a los ojos a través de sus lágrimas y con una sonrisa de despecho triste, única protesta que podía levantar su dignidad deprimida, le respondió lentamente :

—Quizás sí. Tengo dieciocho años, soy de temperamento sensual, como una vez te oí decir, y estuve enamorada, muy enamorada de Carlos Jaramillo.

—¿Estuviste? —recalcó Payara, pero con réplica retardada, pues antes de formularla ya su pensamiento había sido interferido por una perplejidad repentina.

Ya Angela Rosa no era la muchacha irreflexiva cuyas palabras nunca fueron sino parloteo de sonido agradable, superficial expresión de un espíritu frívolo. Ahora había puesto en aquéllas toda la sinceridad de que podía ser

capaz un alma en plenitud de sí misma; pero quien de ella no había visto hasta entonces sino la apariencia graciosa y el adorno exterior de la ternura risueña, tenía que quedarse desconcertado ante la inesperada visión total y profunda, como se quedó Juan Crisóstomo Payara, mirándola, cual si la desconociese, cuando oyó tales palabras desafiando al juicio con una respuesta que excedía a su interrogación.

Pero el dramatismo de aquella escena tenía ya un ritmo determinado por la burda realidad de que se trataba y aun por el plano moral, pero no espiritual, en que Payara se había colocado, ritmo en el cual no cabía aquel sutilísimo movimiento del alma, y así aquella perplejidad sólo pudo durar un instante.

—¿Estuviste? —repitió, ya discurriendo de nuevo el pensamiento interferido—. Ten cuidado de no aferrarte demasiado a las mínimas posibilidades de inocencia, pues aún no has explicado lo verdaderamente grave, lo más inmoral y exclusivamente tuyo: la ocultación de una verdad que has debido revelármela en seguida, el engaño en que me has tenido hasta este momento extremo.

—Porque el único remedio era quitarme la vida —repuso, sosteniéndole la mirada—. Pronto me convencí de que Carlos no había querido sino saciar en mí el odio que te tiene, el odio de los Jaramillos contra los Payara, igual al de ustedes contra ellos.

—¿Luego eres víctima de culpa mía? ¡Esto más!

—No he querido decirte eso, sino explicarte por qué te oculté la verdad en el primer momento. Tuve la esperanza de que Carlos no fuera tan malvado, que me cumpliera su palabra de matrimonio, para decirte entonces que no me casaría contigo porque no te amaba. Pero él se regresó a su hato de El Amparo aquel mismo día y hasta tuvo la insolencia de escribirme una carta donde me decía estas palabras: "Ya puedes casarte con Payara. No te preocupes. El no se dará cuenta. Los médicos tienen otras ideas respecto a ..."

Ya era suficiente para que la cólera de Payara se cebase en el alevoso enemigo; pero como él no sólo vigilaba los movimientos del alma de Ángela Rosa, sino también y muy atentamente los de la suya, donde al menor descuido pudiera deslizarse, para inducirlo a perdonar, alguna sutil partícula del amor bruscamente arruinado, conteniendo todavía el impulso absolutorio preguntó:

—¿Conservas esa carta?

—No. En el estado de espíritu en que me dejó su lectura no se me ocurrió sino destruirla, para que no hubiese constancia de lo sucedido y mi única esperanza fue que aquello no hubiera tenido consecuencias, y con decirte que había resuelto no casarme contigo, porque no te quería, se remediaría todo.

Ya la abandonaban las fuerzas, pero Payara, sin atender a que vacilaba buscando apoyo, apuró el interrogatorio:

—¿Desde cuándo perdiste esa esperanza? Un rubor, que no había aparecido ni en lo más escabroso de la confesión, arreboló de súbito la palidez de Ángela Rosa, mientras respondía, apenas con un soplo de voz:

—Hace diez días.

—¿Estás segura de no haberte equivocado en las fechas? Ella movió afirmativamente la cabeza inclinada, ahora encendida la faz.

Pero en aquella pregunta se había deslizado el médico dentro del juez y fue entonces cuando Payara —ya desplazado, aunque momentáneamente, del plano moral donde reinaba la implacable noción de la culpa, hacia el de la realidad fisiológica donde las vergüenzas y los pecados son cosas de la carne irresponsable— advirtió que ya ella no podía tenerse en pie. —

Siéntate —díjole, ofreciéndole uno de los taburetes que había en la rebotica.

Luego volvió a su sitio el frasco que ella había tomado y se quedó ante el estante buscando otros para prepararle los que habían menester sus nervios deprimidos.

—Desde entonces —prosiguió ella, abandonándose a la incontenible necesidad de hablar— sólo me quedó quitar-me la vida sin despertar sospechas, desaparecer del mundo sin que abuelito supiera nunca la verdad. Pero yo no quería morir y aplazaba el momento, haciéndome la ilusión de que no se me presentaba la oportunidad para procurarme un veneno... Ahora dije en casa que me dolía la cabeza y venía a pedirte un remedio... Para decir después que por no molestarte lo había cogido yo misma en la rebotica y me lo había tomado sin decirte nada. Así podía parecer que equivocadamente había tomado un veneno y abuelito no sospecharía nada... Ahora tendrá que saberlo todo... Será horrible para él, será peor que la muerte... sólo tú podrías evitarle ese golpe... Dame algo que me haga...

No se atrevió a pronunciar la monstruosa palabra. No se lo permitió tampoco la tremenda mirada que Payara le clavó, volviéndose de pronto. Se levantó del asiento murmurando, desgarradoramente:

—Tendrá que saberlo.. No hay más remedio... Se lo contaré todo ahora mismo.

—Aguarda —le ordenó Payara. Imperiosamente. Y luego, acercándose— : Don Jesús María no debe sospechar lo ocurrido, cuéstenos lo que nos cueste. Su honra no puede ser tirada a la calle. Su vida sin mancha debe terminar dichosa.

Y dándole la bebida que ya le había preparado:

—Toma, para que se tranquilicen tus nervios y vuelvas a tu casa, como si no hubiera pasado nada. Carlos Jaramillo ha tenido razón: los médicos, cuando se llaman Juan Crisóstomo Payara, tienen otras ideas respecto a la honra y al deber. Nuestro matrimonio se efectuará a la hora fijada.

Y Ángela Rosa obedeció, porque no quería morir. De la palidez de su rostro y de su aire alulado durante la boda, murmuraron las amigas, las mismas que estuvieron enamoradas de Payara:

—No es para menos. Casarse con un hombre tan tremendo como Payara, es como ir al patíbulo con pasos contados. Este matrimonio lo ha hecho don Jesús María, por no dejarla en la calle, como quien dice, el día menos pensado; pero ella bien sabe lo que la espera.

Y al día siguiente, unas a otras, en todo el pueblo: —¿Sabes la noticia? Anoche mismo se la llevó para Hato Viejo. Imagínate la luna de miel que tendrá la pobre Ángela Rosa. La tumba, como quien dice. Ahora la entierra en vida en esa soledad de Hato Viejo. ¡Payara, al fin! Celosos y déspotas con sus mujeres todos ellos. ¡El pobre don Jesús María! Dicen que está inconsolable, por-que lo vino a saber hace poco, cuando vio la botica cerrada... ¡Quitarle la nieta! Se necesita no tener corazón.

—¿Cuándo lo han tenido los Payaras? Y, por último, meses después, cuando llegó al pueblo la noticia de la muerte de Carlos Jaramillo, atribuida a suicidio:

—Nada de extraño tiene que Carlitos se haya suicidado, porque hace tiempo venía anunciándolo; pero a mí nadie me quita de la cabeza que allí ha habido algo más. Muy enamorada de Carlitos estuvo Ángela Rosa y como "en conuco viejo nunca faltan batatas", estando él por allí cerca y ella con un marido tan feroz...

Si estas murmuraciones llegaron a oídos de don Jesús María Luján o sí a él también se le ocurrió la sospecha, lo cierto fue que a poco enfermó y murió de tristeza, llamando a la nieta, pero olvidados sus labios del nombre del discípulo predilecto.

Un destino dramático aridecía las obras de Juan Crisóstomo Payara...

* * *

—No fue el doctor —afirmaba todavía la vieja comadrona a quien Payara le confió que cuidase del sueño de la parturienta, una vez terminado el alumbramiento—. Fue el Blanco de Hato Viejo quien puso aquel frasco sobre la mesa de noche. Yo lo vide, con estos ojos que se han de comer los gusanos; pero como la lámparita apenas permitía distinguir el

bulto, lo tomé por el doctor que hubiera vuelto a entrar. Además, me había cogido un gran sueño de pronto y se me cerraban los ojos. Cosas del mismo Blanco, para que lo dejara hacer. El Blanco, que nunca ha consentido mujeres en esa casa.

Era una antigua conseja cuyo origen se remontaba a los tiempos de la fundación de Hato Viejo. A Aquilino Payara, fundador de la finca, algo muy grave debió de sucederle por causa de una mujer, pues nunca las con-sintió en el hato; pero además de grave debió de ser in-compatible con la ya proverbial rectitud de la familia, pues ésta guardó siempre el secreto y sólo se dijo que Aquilino, como muchos guariqueños, llaneros del llano bravo de estero y calseta, pasó el Apure y el Arauca en busca de sabanas más propicias para el laboreo del ganado y corriéndose hasta las riberas del Cunaviche, allí fundó Hato Payareño y de allí no regresó ni volvió a tener trato ni comunicación con el resto del mundo, porque el bárbaro influjo de aquella remota soledad se apoderó de su espíritu.

Muerto Aquilino, heredó la finca su sobrino Demetrio, pero bajo la condición de que nunca llevase ni consintiese mujeres en ella, ni tampoco se lo permitiese a sus herederos y por esta causa siempre fue Hato Viejo tierra de hombres solos.

Internada en el fondo del desierto arauqueño y expuesta a las incursiones de revolucionarios y cuatrerros que pululaban por la cercana región fronteriza, tierra de jarizales y medanales que sólo podía alimentar hacienda escasa, aquella finca nunca fue considerada por los Payaras como un peculio y apenas se radicaron temporal-mente en ella cuando las persecuciones políticas los obligaron a buscar refugio en lugar apartado y de difícil acceso, o cuando comprometidos en las revoluciones que se fraguasen, necesitaban reclutar sus tropas en aquel resto del feudo que antes les dieron sus extensas propiedades y de las cuales los habían despojado los Jaramillos.

Que si aún no les arrebataron también Hato Viejo era sólo para que, teniendo de dónde sacar los contingentes de bestias y de peonadas convertidas en tropas con que se lanzaban a las guerras, estas acabasen de arruinarlos.

Pero según la conseja, Aquilino Payara no se contentó con la cláusula testamentaria —que por lo demás siempre observaron, los herederos en cuanto a sí mismos—, sino que aún después de muerto vigilaba sobre la finca para que en ella no se estableciesen ni se detuviesen mujeres, pues cuando, sin embargo, esto sucedía, no tardaba en aparecerse su fantasma a no permitirles reposo: el trote de un caballo que se acercaba, empezando a oírse al punto de medianoche, su brusca parada ante la casa, como fuera costumbre de Aquilino detener sus bestias, el jinete que echaba pie a tierra calzado de espuelas, sonán-

dolas, a paso imperioso, penetraba, traspasando las puertas cerradas y se llegaba hasta las camas de las intrusas para echarlas de allí sacudiéndoselas.

Y agregaba la conseja que si la permanencia de aquéllas iba a ser definitiva o de larga duración, antes de que llegasen comenzaba el duende a procurarse bestia para los viajes nocturnos de sus apariciones, lo cual se descubría por la de un caballo que, sin que nadie lo hubiese jineteado —excepto el duende, por supuesto—, abandonaba su hatajo y su existencia salvaje y veníase a merodear, señero y a paso aprendido, por las cercanías de las fundaciones.

Fue Juan Crisóstomo el primero de los Payaras que faltó a la obediencia de aquella cláusula, llevándose mujer suya al hato que, por lo demás, no conocía ni tenía en cuenta como de su propiedad, abandonándolo a la re-conquista del baldío. Juan Parao, que era el único que de ello podía dar testimonio, no recordaba si tal caballo se había dejado ver por allí antes de la llegada de Ángela Rosa; pero a ella, conocedora de la conseja, no le dió sosiego nocturno el terror de aquella aparición espantable, y aunque nunca habló de haberla sentido, la superchería tuvo comprobación reiterada y suficiente en el decir de la comadrona:

—Fue el Blanco quien puso el frasco del veneno al alcance de la mano de la señora...

Pocas veces se habrá hecho una exploración tan minuciosa de una conciencia como la, que hizo Juan Crisóstomo Payara de la suya para descubrir las huellas de la intención a que hubiese obedecido aquel acto; pero éste siempre se le apareció aislado, sin el mínimo vestigio de relación con propósito voluntario. Aquel frasco había sido puesto sobre el velador como hubiese podido serlo en otro sitio cualquiera, y luego dejado allí por olvido perfectamente atribuible a la prisa que en aquel momento se daba para asistir a la parturienta, cuya vida corría peligro.

Ángela Rosa apuró su contenido, así que él hubo al andonado la habitación, porque en el rótulo eran ostensibles los macábricos signos de la muerte que ella esperaba de manos del justiciero, una vez separada de su cuerpo la criatura inocente contra cuya existencia él no podía atentar. Atormentado su espíritu por esta idea a medida que se acercaba el término de la preñez que la emplazase —según dió a interpretar la conducta de Payara, que después de convenir en casarse con ella nunca le había dirigido la palabra y evitaba su presencia con visible re-pulsa del espectáculo de su embarazo—, arruinados sus nervios por las zozobras en que vivió durante aquellos meses, ya sabedora del tremendo fin de Carlos Jaramillo, que Payará no evitó que lo conociese y, finalmente, per turbada su razón

por el agotamiento consiguiente al parto creyó que él habría dejado al alcance de su mano aquel frasco para que ella misma se aplicase el castigo, merecido por su culpa de traición a la confianza depositada en su doncellez y en su lealtad.

Pero si no lo había hecho adrede, sin embargo era ya muy significativo, o por lo menos curioso, que hubiese sido precisamente sobre el velador,, en el único sitio de donde en aquel momento ella pudiese tomarlo, donde él dejara aquel frasco, después de haber usado parte de su contenido para la antisepsia de sus manos ... Y el empeño de reconstruir aquel, instante fugaz de su vida interior no le dio sosiego aquella noche, ni lo abandonó durante mucho tiempo.

Mas no así el pensamiento de que, de todos modos, el autor de tal muerte había sido el Juan Crisóstomo Payara, existente en el concepto que Ángela Rosa se había formado de él y al cual correspondía su realidad más íntima —el de la exagerada noción de la culpa, que ya ni pedía adecuadas sanciones legales porque la vida lo había lanzado a hacerse justicia por sí mismo—, pues contra este Payara tremendo no había reacción espiritual que pudiese atormentarlo, tan lleno como estaba de sí mismo que no admitía ni la imaginación de otro modo de ser y de entender la vida que fuese más justo que el suyo.

Hizo lo posible y lo imposible por salvarla, y cuando ya la muerte le había ganado la partida, cerró los ojos que ya más no verían, la luz que alumbraba la injusticia, con el corazón traspasado de dolor, pero sin que le cruzara por la mente la idea de que aquel drama habría podido tener una solución piadosa...

* * *

Aquí se pierde el hilo de la historia de Juan Crisóstomo Payara. Fue al regreso de la capital, donde vivían unas hermanas tuyas solteras, resto de su numerosa familia desaparecida, a las cuales fue a confiarles la niña que Ángela Rosa había dejado huérfana. Al partir del ható les entregó su administración a Hinojoza y a Juan. Parao, conjuntamente, dándoles amplia libertad de acción, pero limitándose a decirles:

—No sé cuándo volveré. Y estuvieron esperándolo, día por día, durante más de tres años.

De esta porción de su vida nada se sabe de cierto, y de ello provenía el aura de misterio que de allí adelante lo rodeó. Se dice que probablemente se internó hasta las riberas del Meta y allí convivió todo aquel tiempo con los indios yaruros, pues viajeros de entonces hablaban de un "racional" misterioso que gobernaba una de las comunidades indígenas esparcidas por las orillas de aquel río y que parecía un hombre culto y de grandes

conocimientos en el arte de curar, a juzgar por lo que de él contaban los indios, pues su misterio consistía en no dejarse ver por hombre civilizado. Pero aunque después esta versión fue comentada varias veces en presencia suya, con ánimo de sondear su secreto, nunca pronunció palabra ni hizo gesto que suministrase indicio de certidumbre. De donde, sin embargo, provino que muchos se armaran en aquella creencia, atribuyendo tal hermetismo a cosa aprendida de los indios, de alma ignota; sospecha que, por cierto, coincidía con la observación que hicieron Hinojoza y Juan Parao, de que Payara, cuando regresó al ható y durante algún tiempo después, evitaba el encuentro de su mirada con la de su interlocutor, costumbre característica y de origen supersticioso de los indígenas.

Regresado al ható cuando ya menos se le esperaba, por el rumbo del sur desierto y salvaje, contaba Juan Parao que en seguida se encaminó junto con él a la Mata del Ahorcado, que allí estuvo largo rato contemplando en silencio la rama fatídica del paraguatán donde aprendió a hacerse justicia por sí mismo y que luego le dijo:

—No basta hacerse la propia justicia; es necesario tratar de ejecutarla en todo el país. Vengo decidido a dedicarme a la guerra contra los bandidos que se han adueñado de Venezuela. ¿Estás dispuesto a acompañarme?

—¡Guá, doctor! —repuso el antiguo cuatrero—. ¿No le tengo dicho ya que con esté, aonde quiera?

Y allí comenzó la vida militar de Juan Crisóstomo Payara.

Fue una carrera brillante en cuanto a lo rápido y di-fundido del buen éxito, pero a lo largo de la cual debía rodearse de una aureola sombría. Su bravura, desatada como fuerza mucho tiempo contenida, y su pericia, para la cual bastaron unas cuantas escaramuzas, le allanaron el camino; pero desde un principio advirtió que por él avanzaba señero, cada vez más solo : el trágico concepto de su misión, por una parte, los tremendos escarmientos que se proponía, debían enajenarle la voluntad de los tibios, que eran los más, y por la otra, su intransigencia con el mal, la de los bribones, que eran los fuertes. De donde a la postre sólo vendría a quedarle prestigio entre la minoría de los bien intencionados y todavía íntegros, pero inermes y desconectados de la realidad venezolana.

Un pesimismo desolador comenzó bien pronto a minar su fe inicial. El pueblo que lo seguía, o mejor dicho, que él arrastraba en pos de sí convertido en tropa por la violencia del reclutamiento, era una masa amorfa de forzados sin rebeldía y de incondicionales inconscientes. Iban a la guerra porque los llevaban a ella, pero nada esperaban de ella ni de sí mismos para convertirla en instrumento de sus reivindicaciones.

Eran pura y simplemente carne de cañón.

¡Y los caudillos! Una vez el general Fulano mandó a llamar a su amigo el general Zutano, liberales amarillos ambos y caudillos ya históricos, además de compadres.

—Te mandé a buscar —dijo el primero— porque hemos resuelto voltear la tortilla y contamos contigo.

“Voltear la tortilla”, derrocar y sustituir a los hombres de presa que se habían apoderado del gobierno, por otros iguales que luego harían lo mismo que aquéllos, era toda la ideología de los revolucionarios venezolanos.

—Caramba! —exclamó el llamado—. Si me hubieran encontrado una hora antes te contestaría que podías contar conmigo; pero acabo de comprometerme con el gobierno, aceptando la presidencia del Estado Bolívar.

Y el general Fulano pudo alzarse sin que el gobierno recibiese aviso del general Zutano de que iba a estallar aquella revuelta.

—Pero estos hombres —se preguntaba Payara—, ¿qué ideas tienen del país y de sus responsabilidades políticas?

¡Pandilla de bandoleros!

Payara militaba en otro bando, donde los viejos y desprestigiados principios conservadores se habían disfrazado de liberalismo para allanarse el camino, sin recelos de la democracia, y allí se hablaba mucho y en todos los tonos de la honradez política y de patriotismo desinteresado, con una sinceridad subjetiva indiscutible, pero todavía no pasada, por los crisoles de la experiencia. Payara, sin embargo, creía en ella, porque necesitaba creer en algo con fe de carbonero; por eso militaba en aquellas filas, además de la consecuencia histórica para con sus antepasados conservadores. Pero la misma fuerza de lo subjetivo incontaminado que alentaba en aquellos hombres, o por lo menos en la mayor parte y en los más destacados de ellos, como producto de reacción individual contra un medio hostil, propendía a desarrollar en tales hombres, y muy especialmente en el caudillo que los agrupaba, las fuerzas y las virtudes de lo personal exclusivo y absorbente, que ya era una raíz de despotismo.

Un día, como tuviesen que retirarse ante la amenaza de una gran concentración de fuerzas enemigas y en la retaguardia del ejército marchase gente de la región que abandonaban y tenía fama de no pelear sino en su terreno, se permitió Payara criticar aquella disposición del caudillo, diciendo, a tiempo que éste pasaba junto a él:

—Esa gente, en la retaguardia, va a desertar en cuanto abandonemos esta región. Se la debería colocar en el centro del ejército.

Y el caudillo, como nunca admitiese crítica de sus disposiciones, detúvose a mirarlo altaneramente y replicó:

—Todavía no ha nacido el hombre que se atreva a desertar de mi ejército.

Pero no fue un hombre, sino todo el batallón el que abandonó las filas, tal como lo había previsto Payara.

Y entonces fue lo personal del arresto temerario, en apoyo, más que en remedio, de lo personal de la intransigencia. El caudillo, solo, fue a reducir al batallón y lo redujo, por obra del gran ascendiente que ejercía sobre sus subalternos, y al reincorporarlo al ejército, como volviese a pasar frente a Payara, volvió a dirigirle aquella mirada altanera, que desafiaba:

—¿Quién más que yo?

Sin embargo, aquel día comprendió Payara que con aquel hombre no se iría a ninguna parte, como no fuese al fracaso. Pero se dijo:

—Puesto que no hay otros, con estos bueyes hay que arar.

Y un día surgieron en el horizonte político tres hombres, que se llamaban nuevos y que se apoderaron de la esperanza de todo el país. Payara se decidió a la experiencia y se les incorporó.

Pero a poco de andar reunidos ya unos y otros habían descubierto que aquella alianza no sería perdurable. En el nuevo ejército victorioso privaba un impulso de horda y los tremendos escarmientos de que hablaba Payara sonaban mal en aquellos oídos. Sin embargo, llegaron juntos y en triunfo hasta la capital.

Se acuartelaron las tropas. Payara comandaba una división de las más reacias a la disciplina que él quería imponerles y entre cuyos oficiales había tres que tenían la consigna de suscitarle dificultades definitivas.

Cerró la noche sin que el día hubiese sido de saqueo, como quisieran aquellos oficiales y a poco de sonar el toque de silencio comenzó a oírse un run run subversivo entre la tropa. Juan Parao, el comandante Juan Parao para entonces, se llegó a donde estaba Payara, ya dentro de su chinchorro, observándole:

—¿Está oyendo, doctor? —(A Payara no le agradaba que le diesen tratamiento de general).

—Sí —respondió sin moverse del chinchorro—. Transmítale al capitán García que ordene repetir el toque de silencio.

Así se hizo, pero el murmullo continuó y ya se rompía en risotadas cuando reapareció Juan Parao:

—La cosa como que no dé toques, doctor Payara.

—Así parece —repuso con su imperturbable serenidad, pero ya levantándose y ciñéndose el revólver—. Transmítale al capitán García que forme la guardia.

—¿Al capitán García? —objetó Juan Parao—. Pa mí que ése está en la combinación.

—Haga lo que se le ordena, sin chistar. Y prepárese para lo que fuere menester.
 —A su orden, mi general —repuso esta vez el negro, llevándose la diestra al arranque de la greña.

Cuando Payara salió al patio del cuartel, sólo con una fusta en la diestra, ya la guardia estaba formada y el resto de la tropa en silencio, todavía acostada en el suelo de los corredores del contorno, pero incorporadas aquí y allá algunas cabezas atentas. Payara avanzó hasta el centro del patio, bajo las estrellas inocentes. Se sentía el empuje contenido de la rebelión.

—¿Quiénes fueron los de las risitas? —interrogó lentamente.
 En silencio, despacio y a distancia unos de otros, se incorporaron los tres oficiales agitadores, respondiendo sucesivamente:
 —Yo.
 —Y yo.
 —Y yo.
 Y avanzaron hacia el patio, lentos los pasos, torvas las caras. Juan Parao, detrás de Payara, no los perdía de vista, la diestra en el cinto, cerca del revólver.
 —Capitán García —ordenó Payara, con una voz tremenda, pero sin alzarla—. Fusile a esos hombres.

Toda la tropa se incorporó y se alineó en posición de firmes, sin que se lo hubiesen ordenado, automáticamente, porque había sentido la imposición del jefe.

Pero el oficial de guardia todavía vacilaba:
 —¡Capitán García! —tronó Payara—. Fusile a esos hombres inmediatamente.

Sonrieron los agitadores creyendo que el oficial de guardia, ya confabulado con ellos, desatendería la orden; pero ya también el alma esclava del capitán había sentido la imposición del jefe y la orden se cumplió, en medio del patio, bajo las estrellas impávidas.

No era la primera vez que Payara ordenaba ejecuciones sumarias como aquélla; pero comprendiendo que el jefe revolucionario no se la perdonaría— pues ya se le había alcanzado que los insubordinados obedecían a un pian superior, con el objeto de desprestigiarlo entre las tropas—, aquella misma noche abandonó el cuartel y las filas de la revolución triunfante, y renunciando para siempre al propósito de militar en las de ninguna otra, todas iguales, regresó a Hato Viejo acompañado de Juan Parao. Volvía al desierto y a su aislamiento con todas las esperanzas frustradas y una aureola sombría, por donde se le llamaba: El Diablo de Cunaviche. Un destino dramático había regado con sangre las obras de Juan Crisóstomo Payara.

IX

AQUELLA MIRADA

Otra, en cuyo nombre de Rosángela había querido Payara revocar la triste suerte de la madre al punto donde a ésta le sonreía propicia cuando él se la malogró, hubo de encontrar aquel frasco sobre el mismo mueble donde fue restituido, ya vacío de su contenido mortífero.

Payara no había querido permitirle que entrase en aquella habitación, cerrada y sustraída a la vista de la casa hacía más de veinte años; pero ella se dio sus artes y cuando él regresó de la sabana encontró la dramática alcoba devuelta al uso cotidiano, dentro de ella la luz sencilla y el aire corriente.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó, deteniéndose, al choque de la novedad que transformaba el aspecto total de su casa y que en el primer momento le había producido la impresión desconcertante de una resurrección, por la violencia del recuerdo que de nuevo se adueñaba de su alma.

—Porque era tonto, papá. Perfectamente tonto lo que hacías.

Todos los músculos de Payara dispararon el ademán y la expresión de protesta. Otra voluntad comenzaba a manifestarse y a imponerse donde la suya había reinado sin estorbos ni limitaciones durante casi la mitad de su vida y un eco de grandes cambios operados en el mundo durante su aislamiento llegábale en aquel reiterado epíteto despectivo que en su tiempo los hijos no se atrevían a aplicarle a sus padres.

—Bien está que conserves la memoria y los recuerdos de mamá —prosiguió Rosángela, sonriéndole_; pero para eso no era necesario que vivieras como junto a su tumba.

Y como entonces fue el parecerle que hubiese sarcasmo en tales palabras, esperó a que ella continuase de expresar todo su pensamiento.

Pero Rosángela había dicho cuanto pensaba y sin ironías ni reticencias.

Esto sucedió poco después de la llegada de Rosángela, y fue el momento clave del arco de su vida, el punto donde se unieron su pasado y su porvenir. Juan Crisóstomo Payara tuvo el pensamiento que habría decidido allí mismo aquel destino suspenso, pero no se atrevió a expresarlo y después de callar durante unos instantes sólo se le ocurrió decir:

—De todos modos me has desobedecido y eso no está bien.

A lo que respondió ella, apoyándose contra su pecho y sonriéndole todavía:

—Hasta ahora sólo he aprendido a admirarte. Ya me iré acostumbrando a obedecerte.

Era cierto. Una profunda admiración había sido la forma de amor filial de Rosángela. Una admiración donde puso toda la vehemencia de un alma generosa, caldeada por una fantasía inflamable.

Desde pequeñita oyó hablar de aquel a quien tenía por padre como de un hombre extraordinario.

—¡Ese! Como ése no ha nacido otro y tardará mucho sin que nazca —solían decir Carmela y Eulogia Payara, en cuya casa y al arrimo de cuyo extremoso amor de solteronas creció Rosángela.

Y para que ella aprendiese a admirarlo, una y otra vez le referían episodios de jaquella firmeza de carácter, aquella rectitud de conciencia, aquella gran nobleza de alma!... Tal vez las Payaras habían vislumbrado la tremenda verdad del drama conyugal del hermano y con aquella admiración querían suplirle amor de hija verdadera.

—¡Ese! —exclamaban ciertos asiduos visitantes de las solteronas, que luego supo Rosángela que eran correligionarios de Payara, que allí acudían a celebrar sus conciliábulo de conspiradores perpetuos—. Si en este país existieran cuatro hombres siquiera del temple de alma, del valor a toda prueba, de la absoluta honradez de principios y del gran sentido de la justicia que adornan al doctor Payara, otra sería la historia de este país.

Y entonces eran las anécdotas de la vida militar de aquel que, aunque ya apartado de la política hacía tiempo algún día se reintegraría a ella para ser el caudillo de la gente honrada.

Y como esto era por las noches, Rosángela se metía en la cama con el corazón en vivas ascuas de amor filial y la imaginación encendida en el resplandor que irradiaba de la figura de su padre, tal como se lo representaba un retrato que adornaba el testero de la sala, donde aparecía con arreos militares, a caballo y contra el gran fondo sugestivo de la llanura natal, todo hecho por el pintor por encargo de y al gusto de las Payaras que adoraban en aquel hermano. ,

Sólo una vez, aún muy niña, había visto a aquel hombre extraordinario, primero bajo su aspecto marcial cuando las Payaras la llevaron a presenciar la entrada triunfal de aquellas tropas revolucionarias, al frente de una división de las cuales venía él, y luego, al día siguiente de aquel fusilamiento, que fue realmente la primera vez que lo vió. Y una dulce emoción se derramaba

de este recuerdo sobre su alma: una mañana, en el corredor de la casa, él acabado de llegar, ella sobre sus piernas y el contemplándola en silencio.

Nada más. Ni otra cosa que hiciera su padre mientras estuviera en la casa —que fueron varios días, según le contaban las Payaras—, ni otras veces que se la sentara sobre sus rodillas, que sí también fueron varias, a ella se le habían fundido todas en la memoria en una sola, de emocionado silencio y larga contemplación de unos ojos puestos en otros.

Así continuó viéndolo a medida que crecía y su alma se transformaba, todo lo del mundo exterior sintiéndolo y pensándolo ya de otra manera, pero sin que cambiase aquella emoción de la infancia, ella sola perenne, como la eterna dulzura.

Afligíala que no fuese a verla, internado en el hato desde entonces; pero al mismo tiempo y sobre todo cuando entro en la romántica edad que separa la niña de la mujer, hallaba una fuente de gozo más íntimo en aquella ausencia inexplicable que le permitía imaginárselo nimbado de misterio, tal como conviene a figura de hombre extraordinario.

—El temor de las persecuciones políticas —trataban de explicarle las tías—. Como él es tan rebelde y tan libérrimo, no hay nada que evite tanto como una prisión.

Esto y las anécdotas de su vida militar que referían sus correligionarios políticos y los marciales arreos del retrato, todo contribuía a pintárselo bajo los recios aspectos de la bravura o con los sombríos rasgos de una silueta de justiciero inexorable, pues varias de tales anécdotas eran de castigos ejemplares impuestos por él a los ladrones y asesinos que arrebañaba la revuelta armada; pero ella conocía un aspecto de aquel hombre que sólo a ella le había sido revelado, puesto que nadie refería ni comentaba rasgos de aquel carácter que se compadeciesen con la magnífica ternura de aquella mirada inolvidable y, por la composición de este contraste romántico, luego, más adelante, a representárselo con la majestuosidad dramática de los grandes infortunados cuya existencia iban develándole ciertas lecturas.

Ya antes se había imaginado grandioso el escenario donde se movía aquella figura. El mucho hablar de las Payaras acerca del Llano, en el cual vivían espiritual mente, más nostálgicas de su paisaje nativo a medida que envejecían; los ecos de aquellas lejanas tierras que le llegaban con las tonadas que silbaban los pastores llaneros, cuando por la calle de su casa pasaban las puntas de ganado conducidas al matadero próximo y los cuentos de aparecidos del extenso repertorio de las viejas sirvientas guariqueñas, que con las de otra región no se amañaban las tías, fueron los elementos subjetivos y objetivos con

que ella se construyó el panorama de llanura, sobre cuyo misterioso horizonte se destacaba, envuelta en los fulgores de un crepúsculo dramático, la imponente silueta de su padre, dulce la mirada entre sus- obras tremendas.

Desde entonces suspiró por ir a reunírsele y repetidas veces le escribió que fuese a buscarla; pero él le contestaba que se quitase de la cabeza aquella idea, pues la vida del Llano y menos aún la de Hato Viejo, no eran compatibles con las comodidades y delicadezas a que la habían acostumbrado la ciudad y las tías, y, por último, le manifestó que deseaba vivir solo, porque a ello estaba habituado y porque así necesitaba estarlo para cuando, de un momento a otro, resonase dentro de su corazón cierta voz misteriosa cuyo mandato esperaba.

Esto último, leído por las Payaras, las hizo mirarse una a otra con un mismo pensamiento: el de que fuese a repetirse, tal vez para siempre, aquella misteriosa fuga de Juan Crisóstomo a raíz de la muerte de la esposa. Y hasta se atrevió a decirle Carmela:

—Vete acostumbrando, hijita. Tu padre desaparecerá en el misterio el día menos pensado.

Y aunque esto la llenó de sombrías preocupaciones, o tal vez por eso mismo, Rosángela no insistió más en su deseo de ir a reunirse con el padre.

Para entonces tenía dieciocho años y como a su hermosura, sin ser extraordinaria, no le faltaban adoradores, las Payaras le aconsejaron que se apresurase a elegir marido porque ya ellas iban para viejas, con muchos achaques encima y querían dejarla bajo amoroso y más estable amparo.

Pero ella no tenía prisa. Tal vez porque ninguno de sus enamorados fuese en realidad interesante, o porque no los encontrase ajustados a aquella iluminada figura de hombre que, de imaginarse al padre, le quedó para elegir marido. Y así pasaron dos años y ya mediaba otro, cuando a causa de una epidemia que azotaba la capital y en obra de ocho días sucumbieron Eulogia y Carmela Payara dejándola en consternado desamparo.

Acudió Payara en su auxilio. Una interesante figura de hombre, cincuentenario bien conservado, nada de aquella dulzura en la mirada, sino por el contrario dureza y frialdad; pero la imagen real sustituyó a la interna e ilusoria sin choque ni desconcierto... Acaso porque en el mundo exterior —la casa en duelo y la ciudad consternada— acababan de suceder y todavía acontecían cosas graves que embargaban toda la atención. Pasaron unos días y llegó el momento de decidir lo que fuese menester.

—Bien, hija —díjole Payara—. Ya hemos hablado bastante de Eulogia y Carmela; ocupémonos ahora de nos otros. De ti, mejor dicho. ¿Tienes novio?

—¿Por qué me lo preguntas? —replicó ella con una sonrisa iluminada de rubor.

—Porque debo buscarle una solución rápida y eficaz a tu problema. Extinguida tu familia materna y ahora también la mía, te has quedado, como se dice, sola en el mundo. Pero si tienes novio y es persona estimable, como tendría que serlo tratándose de una elección tuya, podríamos apresurar la boda y ya estaría resuelto el problema.

Desapareció la emocionada expresión de aquella sonrisa y sobre el gesto inmovilizado vino a posarse el destello de otra alma en hora de desaliento.

—¡Mi problema! —murmuró amargamente así que él hubo concluido. O mejor dicho: el que soy ahora para ti.

—No lo tomes a mal. Quise decir tu caso del momento, la nueva situación en que te coloca la vida. Cada vez que se produce un cambio de las circunstancias que nos rodean, se nos plantea un problema que es necesario resolver de una manera razonable.

Y ella, aceptando la excusa, pero quedándose con el regusto de aquella primera gota de desencanto que alteraba la romántica dulzura de su sentimiento filial, pues si las cartas de Payara siempre le cerraron el camino a su esperanza de reunirse con él, como de ella dependía al leerlas darle la entonación de un amor profundo, nunca le pudieron producir la impresión de aquellas palabras que reducían “su caso” a lo externo y material de su situación en el mundo:

—No tengo novio, aunque podría tenerlo hoy mismo si quisiera, porque enamorado no me falta. Y persona muy estimable y dispuesta a casarse en seguida, porque tampoco carece de recursos económicos. Pero también te tengo a ti y si te quedas conmigo, que ya es tiempo de que abandones la vida que hasta ahora has llevado, o si me llevas a tu lado, si aún no puedes o no quieres salirte del hato, ya estará resuelto el problema.

—No —repuso Payara, al cabo de una corta reflexión, a ojos cerrados y atusándose los bigotes—. Lo primero sería casi imposible para mí. Estoy demasiado acostumbrado a la vida del hato y no podría vivir en la ciudad, cuyo ambiente, tanto físico como moral, es incompatible con mi temperamento y con mis principios.

Tendría que convertirme en otro hombre y a mis años no se logran esos milagros. Soy un bárbaro, porque -en eso me ha convertido la sabana; pero de la barbarie franca, no de ésta, mal embadurnada de civilización.

Y en cuanto a lo segundo, tampoco puedo prometértelo. Sería un disparate.

—¿Por qué? —insistió Rosángela, mirándolo a los ojos, ya no con la esperanza de persuadirlo, sino para apurar el desengaño total de la negativa rotunda y definitiva.

—Porque...

Iba a repetirle lo que ya le había escrito en otras ocasiones: que la vida del ható, ruda, brutal y llena de peligros, no era posible para ella; pero aquella mirada expresaba amor tan profundo como absurdo y juzgó necesario destruírselo, de una vez por todas, minándole la admiración de que se alimentaba, ya que no desvaneciendo la mentira de que había nacido:

—Porque debo regresar solo. Entre otras cosas, porque hay por allá un hombre o, mejor dicho, un ladrón que me ha jurado guerra y ya me ha robado varias reses, y tengo que matarlo.

Pero esto —cierto en cuanto al hecho y perfectamente verosímil en cuanto al propósito que se atribuía— no confesado por monstruoso alarde, sino para que Rosángela lo conociese tal cual era y se quitase de idealizarlo, de una vez por todas, fue dicho con tal naturalidad, con tan sincera afirmación de sí mismo, que a lo inmoral del propósito se sobrepuso en el ánimo de aquélla la impresión subyugadora de la recia personalidad que así se le manifestaba.

Quedóse mirándolo en silencio un rato y luego:

—Si no fueras mi padre, me enamoraría de ti.

Y en seguida, antes de que él pudiese manifestar la impresión que aquello le había causado, añadió, con todo lo femenino de su naturaleza, pero ya sin deformaciones románticas, con todo lo maternal que aparece en toda mujer verdadera cuando ve criatura abandonada a las vicisitudes de un destino sombrío:

—Tú me necesitas a tu lado y me iré contigo.

Dos ondas de emociones impetuosas, una dimanante de la realidad indeformable, otra proveniente de la mentira creada por el secreto en que Payara quiso que se mantuviese su drama conyugal, se interfirieron y se anularon momentáneamente en el alma de éste al oír aquellas dos frases, dejándose como detenida, oscura y vacía de sí misma; pero luego de aquella momentánea niebla de interferencia comenzó a brotar un fulgor tranquilo, una nueva emoción en la cual aquella verdad y aquella mentira se fundían en un plano de armonías esenciales, más allá del bien y del mal, y al resplandor de aquella nueva luz cándida vió Payara que allí estaban confundidos en uno solo dos momentos de su alma, que fuera de ella separaban veintidós años del tiempo: el ansia de compañera dulcificante para la aridez de su corazón, la misma que experimenté en la crisis de los treinta al pie de la cuesta de la madurez. Y como ya ésta fuese pina y desde allí sería declinante, hallé bueno el calor

de aquel rescoldo para sus años fríos y se abandonó a la ayuda espiritual que se le prometía:

—Tal vez tengas razón- y sea posible todavía —dijo, cerrando otra vez los ojos para la interna visión y pinzándose el entrecejo, actitud habitual de sus meditaciones.

Y luego, ya ante un nuevo panorama de sí mismo:

—Te llevaré conmigo. Por este tiempo no es malsano Hato Viejo. Después, ya veremos.

* * *

Durante el viaje, en varias jornadas para que fuese descansado, la novedad del grandioso panorama que se desplegaba ante sus ojos y el íntimo gozo del sueño realizado por fin en la compañía de su padre no le permitieron a Rosángela darse cuenta cabal de lo que significaba internarse en aquellas soledades inhóspitas. Apenas y muy a flor de alma deslizábase a ratos una sombra de angustia, pero mezclada de placer apasionante, cuando traspuesto el bosque que rodeara una calseta, tediase de pronto ante su vista, ancha, callada y luminosa, la inmensidad solitaria de la sabana.

—¿Verdad que se siente como si se esperara que de pronto fuera a aparecerse algo extraordinario en el horizonte?

—Es la costumbre de vivir en sociedad —le respondió Payara, que hacía rato cabalgaba silencioso—. El miedo de hallarse solos que experimentan los que nunca han sabido estarlo. Cuando te hayas habituado, cuando formes parte de esta soledad, no la sentirás en torno tuyo.

—¿Quieres decir que ya tú no la sientes?

—No. Para los que formamos parte de ella, la soledad no es sino un concepto, una palabra que podemos emplear. Una palabra muerta, por decirlo así. Algo semejante sucede con todas las palabras cuando nos habituamos a las cosas que denotan, de donde podría decirse que al nombrar una cosa le vamos dando muerte. Para el niño que aún no sabe hablar, el mundo debe ser algo total mente vivo, y por consiguiente espantoso, que hay que matar nombrándolo. Como en cierto modo lo es todavía para el salvaje que aún no posee sino un lenguaje rudimentario.

—Siendo así —dijo Rosángela, ingenuamente—, no deberíamos nombrar a las personas a quienes queremos: cuando, por el contrario, tendemos a nombrarlas a cada momento.

—Tal vez para matar en ellas lo que tienen de suyo propio, distinto u opuesto a lo nuestro, lo único que deseamos que viva plenamente.

—No. Para que vivan al lado nuestro. Como me pasaba a mí, que siempre tenía en la boca tu nombre: ¡Juan Crisóstomo, Juan Crisóstomo!...

Payara se volvió bruscamente a mirarla y ella concluyó riendo:

—Con decirte que una vez me regañé tía Eulogia:

“Nina! Mira que si te oyen nombrando a tu padre por su nombre de pila pueden imaginarse otra cosa”

—Eres tonta —dijo Payara ásperamente—. Tomas el rábano por las hojas.

Ella cortó en seco su risa y en silencio continuaron hasta el fin de aquella jornada, que fue la última.

* * *

Cuando llegó al ható sorprendióse de encontrar allí a un joven caraqueño que le había sido presentado un año antes, perdiéndolo de vista desde entonces.

Minada por el paludismo su salud que antes pareciera inquebrantable, barbudo el rostro rechupado y cetrino; endurecido el aspecto por la intemperie llanera, y descuidado en el vestir, salía de la casa cuando ella entraba en el corredor y le costó trabajo reconocerlo en el primer momento.

El se turbó al verse sorprendido en tal facha y exclamó:

—¡Usted por aquí, Rosángela!

—Martín Salcedo! ¿Quién iba a decírmelo?

Y en seguida, explicando:

—Hacía tiempo que deseaba reunirme con papá. O mejor dicho: unirme, por primera vez.

—¡Ah! —hizo Salcedo, con una sonrisa que la dejó desconcertada— No hay duda de que es usted una mujer valiente. Tal vez la primera que de buen grado se aventura por estas tierras de hombres solos.

Creyó que con esto se refiriese a la conseja del duende misógino, ya conocida de habérsela oído a las viejas sirvientas llaneras de las Payaras, y repuso:

—Como usted comprenderá, no creo en supercherías.

Y, por otra parte, tengo entendido que ya papá acabó con esa estúpida tradición, habiendo dejado de ser Hato Viejo, hace tiempo, esa tierra de hombres solos.

Pero el caraqueño, que no aludía a la conseja, haciendo caso omiso de la réplica, insistió enigmáticamente:

—Solos. Espantosamente solos se hallan en esta tierra.

Rosángela relacionó estas palabras con las que le oyese a Payara poco antes y una sorda inquietud aumentó la desazón que ya le causaba el deplorable aspecto de aquel joven, víctima de la insalubridad y de la inclemencia de la región adonde ella había venido a internarse.

—¿Y usted, Salcedo? —inquirió, cambiando el tema—.

¿Desde cuándo anda por aquí?

- Hace seis meses solamente y sin embargo.
- Aquí en el ható? No sabía que usted fuera amigo de papá.
- Hace seis meses que vivo en su compañía —repuso, evasivamente.
- Entonces ya lo conocerá bien.
- Cada vez menos.

Esto fue en el corredor, mientras Payara, en el patio, hablaba con Hinojoza y Juan Parao.

—Cada vez menos? —repitió Rosángela, interrogativamente. Y en seguida—: Bien, Salcedo. Celebro encontrarme de nuevo con usted. ¿Se acuerda de aquella conversación que entablamos la noche de nuestro conocimiento? Nos la interrumpieron cuando más interesada estaba yo; pero aquí podremos continuarla, largamente.

—Y tan largamente! Como que aquí lo que sobra es tiempo. Tiempo y espacio, los enemigos del alma.

Se les acercó Payara, a quien ya Salcedo le había hablado de su conocimiento con Rosángela, y después de haber respondido al saludo de su huésped y de haberse informado por la marcha de su convalecencia durante los días que faltó del ható, que mejor sería decir enfermedad definitiva, todo con muestras de cordial amistad y afable interés, le dijo paladinamente:

—Bien, Salcedo. Rosángela debe de sentirse cansada y con deseos de reposar y usted está reteniéndola más de lo conveniente.

Y sin hacer caso de la situación violenta en que ponía a Rosángela:

—Y como una vez más se ha cumplido el proverbio:
“de afuera vendrá...”

Pero el caraqueño le quitó la palabra:

—No continúe, doctor Payara. Ni ésta es mi casa ni habrá necesidad de que me echen de ella. Ya tenía decidido marcharme. Definitivamente, en cuanto pueda tenerme a caballo; pero en seguida, para Hato Nuevo. Aún no he olvidado la elemental discreción de no estorbar.

—Pues entonces, no he hecho sino adivinarle el propósito al ordenar que le ensillen su bestia para que se vaya con Juan Parao para Hato Nuevo, donde tendrá más libertad.

Y dicho esto pasó al interior de la casa, a tiempo que Rosángela, después de haberlos mirado alternativamente, se preguntaba, estupefacta y abochornada:

—¿Qué es esto?

—No se mortifique, Rosángela —díjole Salcedo—.

Acabo de manifestarle que a su padre cada vez se le conoce menos, pero a este rasgo de su carácter ya estoy habituado.

—Tal vez haya usted tomado a mal lo que no sería sino una chanza de papá.

—No. No lo conoce todavía. Además, ya había decidido marcharme para no darle el desagradable espectáculo de la triste condición en que me encuentra... Excúseme... He debido contenerme, en atención a usted. Me he conducido como un bárbaro... Pero me será provechoso como advertencia de que debo salirme cuanto antes de esta maldita tierra.

Y bajo la penosa impresión de esta escena, que sentíala proyectada sobre un trasfondo indiscernible, pero inquietante. Rosángela penetró en la casa que nunca a mujeres brindó buena acogida.

* * *

Tres meses allí parecíanle ya más largos que todos sus años apacibles, bajo el romántico influjo de aquella mirada.

No había vuelto a encontrarla en los ojos de Payara, sino por el contrario cierta inquietud, fugitivos del tropiezo con los suyos.

La asaltaban fugaces y vagos temores, interna zozobra sin causa manifiesta... Quizás el paisaje...

El vasto horizonte solitario, la sabana inmensa y muda, el río sin corriente visible y su vuelta temerosa, como para una súbita aparición espantable y su lejanía desesperanzada... Le infundía miedo aquel panorama obsesionante que se apoderaba de la mirada, miedo supersticioso de algo tremendo que de un momento a otro fuese a suceder... Un soplo de viento repentino doblegaba los pastos ardidos; gritaban las chenchenas... Luego el silencio, que era más que ausencia de todo rumor, replegándose hasta el horizonte, como una resaca de algo menos que silencio, para el maretazo final del cataclismo.

Le inspiraban recelo los hombres que se movían sobre aquella tierra, “solos, espantosamente solos”, cual si fuesen los últimos languideciendo bajo el postrer crepúsculo del mundo, seres de uno tan ajeno al suyo, que no se explicaba cómo podía vivir entre ellos. Aquel Guariqueño, de torvo mirar sesgado y, sin embargo, persona de toda confianza de Payara; aquel Juan Parao absurdo, con su risa tan plácida en el rostro tan fiero; aquel Hinojoza...

Era su guardián taciturno. Sentábase a la vista de la casa, en el suelo, a “picar sogas”, o en el sardinel del corredor delantero, cuando nada tenía que hacer, y allí quedábase horas y horas con la mirada en el horizonte de la sabana o en las lejanías del río, pero no como si contemplase aquellas soledades, sino cual formando parte de ellas, de su hondo silencio y de su quietud inalterable.

A veces ella se le acercaba a darle conversación, y entonces él contaba su historia sucinta y sencilla, como las necesidades a que con ella dio satisfacción.

Y contándosela le dijo una vez que tenía una hija casada y con hijos, que vivía a una hora de allí.

—¿Y por qué no aquí, cerca de usted? —inquirió, por ver si le respondía que a causa de aquella conseja del duende misógino.

Pero Hinojoza se limitó a contestarle:

—Porque vivimos lejos. Quiero decir: ella, donde sumarlo tiene su trabajo; yo, donde está mi incumbencia, que es ahora velar por el cuidado de usted.

—Tráigamela por aquí. Quiero conocerla.

—Ahorita, ahorita no puede ser, niña, porque está preñada de siete meses.

Rosángela se sonrojó, pero aún le faltaba que oír:

—Asina la tiene siempre el marío. Tres muchachos ha parío ya.

Y desde aquel día Rosángela perdió la costumbre de darle conversación a su guardián silencioso.

Dábasela mucho a ella su padre- para distraerla y la rodeaba de atenciones y delicadezas, pero tan carentes sus palabras del calor de intimidad, tan semejantes a cumplidos de salón, que no lograba sino hacerla sentirse incómoda.

—¡Claro! —decíase, sin embargo, para disiparse aquella molestia—. Acabo de nacerle, como quien dice, y como le he nacido ya mujer no sabe cómo tratarme...

Pero es necesario acabar con esto también y cuanto antes Abrir esta vivienda cerrada, como ya lo hice con la otra, para que entren el aire y la luz del día.

Y una noche, de sobremesa, interrumpiéndolo a lo más postizo de su charla, le preguntó, como disparo a boca de jarro:

—¿Mataste ya a aquel ladrón de que me hablaste en Caracas? El se quedó en vilo, mirándola. Habiendo desistido de aquel propósito, en el primer momento le chocó que se lo atribuyese todavía y luego rebotó contra la entonación burlona de la pregunta intempestiva.

Pero ella, sin dejarlo recobrarle, concluyó sonriente:

—Ya sabía que no harías tal cosa.

—¿Por qué?

—Porque no. Porque tú no eres lo que te crees.

Por el rostro de Payara atravesó el relámpago de una decisión extrema:

—Hija. Tenemos que hablar seriamente.

—Hablemos —repuso ella, ya arrepentida de haber provocado aquella explicación, cualquiera que fuese, y haciendo esfuerzos por mantenerse serena y risueña—.

¿De qué se trata?

—De mí y de ti...

—¡Así me gusta! —interrumpió—. Tú adelante, sin cumplidos que no tienen razón de ser entre nosotros.

Porque...

Pero Payara le quitó el apoyo que había encontrado en aquello para desviar o por lo menos retardar, aunque sin saber por qué, el grave propósito que él había enunciado.

—Sí. Así será, por necesidad de orden cronológico. De mí y de ti y de cuáles deben ser nuestras mutuas relaciones.

Rosángela sintió que la abandonaba su habitual serenidad de espíritu, y poniéndose de pie atajó la revelación que se quería hacerle —no podía saber cuál, pero la presentía sumamente grave— apoyando sus dedos sobre los labios de Payara y diciéndole:

—Eso déjalo de mi cuenta. Ya lograré que esas relaciones sean como deben ser. Las mujeres tenemos una habilidad especial para transformar las cosas sin que se note que lo procuramos.

Payara advirtió que a pesar de su expresión risueña se había puesto pálida, y tomando entre sus manos la que le imponía silencio, la miró a los ojos, como aquella vez lejana, y luego murmuró:

—Tal vez tengas razón.

—Y sea posible todavía —susurró ella, repitiendo palabras de él—. Ya verás que sí.

Nada más aquella noche. Luego la conversación volvió a los temas de afuera donde las palabras ya habían destruido la misteriosa vida que alentaba en las cosas anta de que apareciese el lenguaje.

Rosángela había encontrado por fin aquella mirada perdida; pero bajo la inefable dulzura que anegaba su alma sentía el regusto de aquella zozobra, que fue como ante el paisaje, cuando un soplo de viento repentino doblegaba los pastos- inmóviles y en el silencio de las riberas del Cunaviche alzaban de pronto las chenchenas sus gritos destemplados...

SEGUNDA PARTE

I

CORRIDOS Y CONTRAPUNTEOS

Al traslado de las fundaciones del ható, de su primitivo asiento al lugar donde ahora se hallaban, concurren varios motivos: por una parte, el deseo de aislamiento completo de Juan Crisóstomo Payara cuando allí fue a ocultar su drama conyugal; por otra parte, la superchería que las hacía inhospitalarias para mujeres, de donde no hubo peones que las tuviesen y convinieran en trabajar allí y, finalmente, motivos de orden práctico, pues además del estado ya ruinoso de los corrales, casas y caneyes que casi tanto costaría restaurarlos como construir los de nuevo, el paraje era malsano, así para la peonada como para el ganado, al cual castigaba en el verano el tábano, abundante por allí, y en invierno el sabañón que infectaba el fango de los corrales.

No era Hato Viejo una finca muy productiva, cosa de poco interés para su dueño, quitado de apetencias de fortuna; pero sí bien tenida y bastante modernizada en punto a cría y sistemas de laboreo, atenciones con las cuales distraía Payara su soledad y en el Hato Nuevo la peonada vivía contenta, bien retribuido el trabajo y disfrutando de condiciones, que en ninguna otra parte hallaría, cada familia en su casa, suprimido el convivir de los hombres a la intemperie de los caneyes, que era una raíz de nomadismo que Payara había extirpado de sus dominios, no aceptando, además, solteros a su servicio ni consintiendo amancebamientos, con los cuales no transigía su severa moral formalista, curiosa mezcla de acatamiento a las instituciones sociales y de fiera suficiencia de sí mismo.

En una de aquellas casas, la más confortable, vivía Juan Parao, caporal de la peonada y excepción de la regla de intransigencia con el estado de soltería y, por su parte y por obra de admiración, copia de la vida continente y señera del blanco, como a Payara llamaba.

Ya era una muestra de tal adhesión el retrato de cuerpo entero de Payara que adornaba el testero de la sala de Juan Parao, en sitio de más honor que el que ocupaba el de aquel popular caudillo en cuyas filas ambos militaron.

Y completaba el adorno de las paredes: una litografía de todo el generalato de la revolución legalista, una caramera de venado, una piel de caimán, otra de jaguar y una

y sogá arrollada colgada de un clavo, que fue la que usó cuando era cuatrero, negra y por nombre “La Muerte”, por decir que todo lo que caía bajo ella dejaba de vivir para su dueño.

Pero había también algo que sorprendió al estudiante revolucionario Martín Salcedo, cuando por allí estuvo: un estante con libros.

—¡Libros! —había exclamado entonces Salcedo—. ¿Y usted lee, Juan Parao?

—Sí, señor —le respondió el negro, sonriendo—. Gracias al blanco que se empeñó en sacarme de negro alfabeto.

¡Libros! Pero no sólo pringosos novelones de capa y espada, sino también un volumen, bien cuidado, de la Venezuela Heroica y otro de la Ilíada, con dedicatoria de puño y letra de Payara. Martín Salcedo quiso convencerse del uso que hubiese hecho Juan Parao de estos libros y vio que se los había leído varias veces, pues pudo recitarle páginas aprendidas de memoria, aunque trabucando un poco los nombres de los personajes homéricos, haciendo hincapié en los versos, de la traducción de Hermosilla, donde se describiesen cosas transportables al llano, tales como aquéllos de:

*Por las majadas cuando ya la leche
los hondos tarros abundosa riega.
Y así como en los hatos numerosos,*

y aquéllos de la descripción de Agamenón —Aganemón era como él podía decir— descollando entre su hueste:

*cual entre todas
las reses sobresale en la vacada
el toro corpulento.*

Que así también sobresalió él siempre entre su tropa cuando militaba al mando de Payara. Y entusiasmándose por

el famoso lancero Idomeneo,

que era ya corno recitar los trozos de la Venezuela Heroica que se refiriesen a Páez. Pero si en lo épico de lo griego y de lo venezolano le vibraba en la voz un atizado ardor belicoso, para lo segundo tenía una emoción más honda y más suya, orgullo y color de su raza, cuando era la batalla de Carabobo, y el Negro Primero, herido de muerte, venía a rendir su vida frustrada a los pies de su jefe, el catire Páez.

En la cerrazón de la existencia de Juan Parao aquellos libros con, que Payara le había premiado y estimulado su buena inclinación a desbastarse, eran miradores

de maravilla desde los cuales su alma simple y soñadora se asomaba al mundo, todo iluminado por el resplandor diuturno de dos grandes acontecimientos, los únicos que componían la historia: la guerra de Troya y la de la independencia venezolana. Fuera de esto nada quería saber, porque para su capacidad contemplativa eran ya todo un mundo prodigioso aquellos estupendos sucesos y sumergido en ellos vivía, encontrando siempre ocasión para proyectarnos sobre la realidad actual y circundante.

Pero no eran solamente remembranzas incidentales, a causa de que, por ejemplo, viese un toro, engreído entre su vacada y esto lo hiciese recorrer en sentido inverso la trayectoria de la fantasía homérica, al exclamar:

— ¡Aganemón!

Pero que de aquella sumersión salía casi todas las noches chorreando guerra de Troya o Venezuela heroica, en la tertulia con los peones que para oírse las contar, una y otra vez, se reunían en su casa.

Florentino, a quien ahora había hospedado allí, como meses antes a Salcedo cuando Payara lo obligó a abandonar la Casa Grande, no había demostrado ningún interés por aquellos libros: ni extrañeza de verlos allí, ni curiosidad de averiguar si él se los había leído; pero aun así hubo ocasión para que echase mano a lo homérico, cuando el cantador aventurero, intrigado por el misterio de Hato Viejo y con el fin de hacerlo hablar, insistió sobre el extraño caso que le había ocurrido en la puerta del medanal.

—Cosas de los duendes, Florentino, que vaya usted a sabé por qué hacen lo que hacen. Eso es lo mismo que esos dioses y diosas de antes, que como se la pasaban ociosos en sus olimpos siempre estaban buscando meterse de entrépitos en las casas de los mortales. A veces pa jeringarles la paciencia y echarles a perder sus planes de batalla; pero a veces también pá ayudarles a salí de los atolladores ande se hubieran metío, o pa que fueran a ayudar a otros que estuvieran en algún apuro. Y asina mismo ocurre con los espantos de la sabana, que tan pronto le salen a uno na más que pa darle un susto, como tan pronto corren un tranquero pa que pase quien sea menester en un momento dao.

Y como esto último ya era hablar conforme a la malicia del llanero que siempre dice lo que piensa, pero de modo que no parezca sino ocurrencia incidental, Florentino sonrió y preguntó taimadamente:

—¿No hay en esos libros suyos algún cuento de esos de princesas encantadas y de caballeros que llegan a librarlas de las garras del dragón que las tenga prisioneras? Écheme alguno de esos cuentos que deben estar en sus libros.

Pero Juan Parao no necesitaba que le explicasen que la princesa encantada a quien se refería Florentino era Rosángela y respondió:

—Pa que vea, catire. Yo en eso de encantos y dragones no creo y en cuanto a lo de caballeros que se haigan llevao alguna princesa cabalgando su remonta no conozco: sino la historia de la espantosa guerra de Troya, que tuvo por causa el que Paris se hubiera llevao consigo a Helena, la mujé de Menelao.

—¿La mujer o la hija, negro?

—Mire, catire... Ahí está el libro. Entreténgase leyéndolo, que puede que de algo le sirva a usted que es del oficio. A menos que prefiera que yo se lo cuente.

—Como usted quiera, negro. Por los atajos se cae a los caminos.

—¡Hm! ¿Porque una vez maté a una vieja me llama mataviejas?

—Me refería a los atajos de la sabana...

—Mire, catire, no nos zumbemos en lo obscuro. Y déjeme echarle el cuento de la guerra de Troya.

Pero Florentino se interesaba más por los cuentos llaneros, extravagantes aventuras de río y sabanas. Y así como casi todos los ríos de ésta corren hacia el Orinoco, la mayor parte de aquellos relatos son episodios imaginarios sucedidos en las riberas o sobre las aguas orinoqueñas. Tal como el que refirió el viejo Hinojoza una de aquellas noches.

Unidos por una amistad íntima y antigua, Hinojoza y Juan Parao —distanciados por el espacio que mediaba entre la Casa Grande, donde el primero estaba al servicio personal de Payara, y el hato donde el segundo desempeñaba sus funciones de caporal de la peonada —solían visitarse muy a menudo, siendo por las noches, cuando hacía buen tiempo, las visitas de aquél.

Allí estaban charlando, junto con Florentino y los peones, no en la casa del caporal sino al aire libre del campo, bajo la noche ardorosa, y como la conversación se deslizó hacia el Orinoco, que parece ejercer fascinación sobre la fantasía del llanero, y entre las particularidades del gran río alguien mencionó el temblador que abunda en sus aguas, Hinojoza, por lo general taciturno y veraz, a lo que se debía el respeto que inspiraba a los payareños, la dió por contar:

—Yo he presenciado muchas anécdotas famosas de la gran particularidá de ese animal, que su verdadero nombre es gimnoto, valga la palabra del blanco; pero ninguna como esta que voy a referir, de habérsela escuchao a un amigo que merece fe. Dice que andaba él una vez pescando caporos en el Orinoco y ya había cogió varios de esos peces y algunos bagres y cachamas, cuando y que distinguió junto a la canoa un aguaje de gimnoto y se le

ocurrió arponearlo, como en efecto lo hizo. Pero al ir a meterlo en la canoa y que se le salió el arpón y el gimnoto cayó sobre los pescados, que ya él los tenía por bien muertos en el fondo de la canoa. Pero no bien y que les había caído encima, cuando allí mismo: ¡chus, chus!, todos los pescados se tiraron al agua vivitos y coliendo, quedándose el que esto me contó con la canoa vacua, todo su tiempo perdió y haciéndose cruces de la gran particularidad de tan raro animal.

—¡Mire, pues! —murmuraron los peones, maliciosa mente, pero sin atreverse a demostrar su incredulidad, ni mucho menos a hacer chacota de quien nunca daba pie para que se le irrespetase.

Pero Florentino comprendió que todo había sido invención de Hinojoza, que aquella noche se hallaba de humor chancero, y repuso:

—Ah caramba, viejo! Ese amigo suyo está delectando en materia de tembladores. Oigame este pasaje, que se lo cuenta quien ya aprendió a decorar a fuerza de haber visto cosas raras... pero como ésta ninguna. En una ocasión iba yo para la Urbana, acompañando a un amigo del costo del Orinoco a quien se le había muerto la mujercita, ya para darle a luz su primer hijo, y la iba a enterrar sin más acompañamiento que el de mi persona.

Ibamos en una curiara y como el viudo no hacía sino contemplar en silencio el cadáver acostado en el fondo de la embarcación, yo, por distraerme, me puse a contemplar el agua y en esto caté de ver, como el amigo de su cuento, un aguaje de tembladores; pero no de uno solo, sino de un camboto de ellos. Cogí el arpón, que usted no me va a preguntar dónde lo llevaba, lo lancé a salga lo que saliera, y salió un tembladorcito pequeño, de esos barriga blanca que llaman joveritos. Pero el arpón estaba enmachado y al suspenderlo por la guaica se le rompió al gimnoto —como usted dice que se llama, que no me consta, pero su palabra vaya adelante— el pellejito por donde estaba prendido y le cayó al cadáver ya mencionado sobre el vientre.

No hizo sino tocarla cuando la muerta se enderezó en la curiara, se pasó la mano por el pecho, exclamó: “¡Ay mi madre!”, soltó lo que tenía en la barriga, que era un varoncito, y se volvió a acostar, quedándose otra vez muerta del todo.

Prorrumpieron en carcajadas los oyentes, ninguna más regocijada que la de Juan Parao y entre ellas la del propio Hinojoza, quien luego dijo:

—¡Vaya pues! Me mató usted el gallo en la mano, catire. Ya me habían dicho que usted era un gran contador de embustes y pa convencerme por mis propios oídos inventé el de mi pasaje.

Y fueron varios los cuentos de este género, a través de cuyas extravagancias pasaba todo el panorama llanero de ríos y sabanas, que aquella noche contó Florentino.

—¡Ah catire y sus cosas! —exclamaba Juan Parao desternillándose de risa, porque tenía el espíritu simple y porque la gratitud había hecho que le cayese en gracia el cantador de sus antiguas hazañas—. ¡Llanero cuatriboliao!

Cuatriborlado quería decir, docto en múltiples llanerías. E Hinojoza, ya al retirarse:

—Vamos a ver si mañana demuestra que es tan buen cantador como fabricante de embustes. Y antes de que se me olvide; el blanco, que ya dio su consentimiento pa la parranda de mañana, como acabo de transmitírselo a mi compadre Juan, le manda a decir a usted que bien pueden cantar lo que le pida el cuerpo, pero que se astenga de bailar porque todavía no le conviene agitarse mucho. De mo y manera que vaya preparando las coplas que ha de echarnos mañana.

* * *

Llegaban los invitados. Del vecino hato de El Amparo, que ya no era tierra enemiga, cabalgatas de vaqueros jacarandosos; de las vegas payareñas, los vegueros cazurros. Y como todos llegaban preguntando:

—¿Cuál es el hombre?

Juan Parao reía y decía:

—Aquí está sucediendo como en el hatajo, que cuando nace un potro toda la yeguada va a conocerlo. ¡Pasen palante! Están en su casa y ahí tienen al hombre de las circunstancias. Ese catire bien plantao que ya está con las maracas en las manos, a punto de rompé el canto. Nos va a cantá un almanaque llanero, cosa de su invención, que es todo un año de llano en un corrió. Arrímense paque escuchen al turupial del Arauca.

Era en la sala de las veneraciones y de los trofeos de Juan Parao. En un rincón estaba sentado el arpista, ante su instrumento, afinándolo y Florentino de pie junto a -él, esperando el son para tender el canto entre el retozo de los capachos. El taciturno Hinojoza, para quien había sitio de preferencia en la casa del caporal, presidía la reunión bajo el retrato de Payara y en bancos al hilo de las paredes las mujeres y las hijas de los peones y vegueros del hato lucían sus trajes nuevos, de zarzas de colores chillones, confeccionados para las parrandas de las próximas vaquerías y sonreían plácidamente, embobadas en la contemplación del famoso cantador - mujeriego a quien por fin iban a escuchar. Los hombres estaban agolpados en la puerta, algunos callados y serios, y entre ellos

El Guariqueño ceñudo, a quien Hinojoza no perdía de vista. Esparcidas por el piso de ladrillos virutas de esperma para el mejor deslizamiento de los pies, prometían baile después del canto. Una lámpara de kerosene, colgada del techo pajizo, bronceaba la expectación de los rostros risueños o graves.

El arpista hizo un ademán de cabeza. Gimieron los bordones, suspiraron las primas, chispearon las alegres maracas y Florentino rompió el canto por la presentación acostumbrada:

*Desde el llano abajo vengo
tramoliando este cantar.
Cantaclaro me kan llamado,
¿Quién se atreve a replicar?*

—El es —murmuró uno de los vaqueros, que por taimado fue a la parranda receloso de que fuese broma de Juan Parao la autenticidad de Cantaclaro, pero que ya sabía que con aquella copla se presentaba el cantador alardoso.

Pero otro, más desconfiado, le replicó:

—Aguárdese, compañero. Que él lo diga no es suficiente.

Y Florentino alzando su voz sobre el murmullo que levantó su presentación:

*¡Ah caramba, compañeros!
El apuro en que me tienen
para cantar desde enero
hasta el último e diciembre,
este almanaque llanero
que a mi cabeza no viene
de cantos de otro coplero
ni de libro que lo enseñe.*

—Gracia fuera! —murmuró El Guariqueño y el viejo Hinojoza le amarró la cara.

*Los días del mes primero
de sabana toda verde,
la hacienda en el comedero
retozando de lo alegre.
Las noches con sus Luceros
y luna resplandeciente,
cuando el jazmín del estero
florece sin que lo siembren.*

—El es! —exclama, ya convencido, el veguero desconfiado.

Mientras el cantador prosigue, sin respiro:

*Cuando el caballo cerrero
su claro relincho tiende,*

*que es un requiebro llanero
que la yegua bien comprende.
Cuando suspira el vaquero
por la amada que no viene
¡Ah caramba, compañeros
y el apuro en que los tienen!*

—Escuchen esa revuelta! —exclama Juan Parao que descuella entre los hombres agrupados en la puerta. Murmullos y risas y de los hombres a las mujeres mi radas maliciosas que las hacen rebullir.

*Cuando brilla el lunacero
en la flor del querevere,
cuando canta el guandalero;
gurrulún, ñénguere, ñere.*

—¡Bueno, pico de oro! —grita Juan Parao.

*Y en la orilla del sendero
alcaraván que no duerme,
porque esas lunas de enero
no hay bicho que no desvelen.
¡Ah caramba, compañeros,
y el trasnocho en que los tienen!*

Crece el murmullo de aprobación que recorre el auditorio y vuelve a oírse la voz de Juan Parao:

—¡Ah mes bonito que nos está pintando el catire!

*Y ya estamos en febrero
con flor de carnestolenda.
Cuando sopla el viento fiero
arrastrando tolváneras
y del hatajo el polvero
que levanta la rochela.
Cuando pita el altanero
cimarrón de la pradera.
Cuando tranquilo el bonguero
sobre su bongo se acuesta,
porque tiene en el garcero
su gallo que lo despierta.
Cuando su canto cerrero
rompe la garza morena,
que es el gallo del bonguero.
Cuando gritan las chenchenas.*

—Eso sucede to el año —replica El Guariqueño—. Y además ha cambiado el consonante.

—Cállate la boca, Guariqueño —interviene Hinojoza.

Y Florentino, haciendo un alarde de agilidad mental, cambia el tema, sin respiro:

Señores; con mis respetos

*interrumpo el almanaque,
pa decirle al compañero
que mis palabras rebate:
Guariqueño, no te espantes
ni me tires por mampuesto,
que si cambié el consonante
fue porque tuve derecho.
Si quieres salirme alante
acercaste con tu verso.*

—¡Ajá! —prorrumpe la concurrencia—. ¡Ahí lo tienes, Guariqueño! Ni siquiera dejó de sacudí los capachos pa recogé tus palabras. Ahí lo tienes, como el cimarrón en medio de la sabana, pitando. ¡A ver si te atreves a meterle el caballo!

—¡Guá, chico! ¡Será la primera vez! —repuso El Guariqueño, y sin hacer caso de las advertencias que le hicieron Hinojoza y Juan Parao, a fin de que no se metiese con Florentino, se abrió paso y fue a colocarse frente a éste, diciéndole al arpista:

—Déme la entrada, compañero.

—Ahl la tiene —respondió el músico—. Oiga el son, que es de contrapunteo...

Y con voz trémula, del coraje que lo empalidecía, El Guariqueño comenzó así el torneo temerario:

*Maraquero no me asusta
tu orgullo ni tu ambición;
no to lo que barajusta
tiene brava condición.*

A lo cual replicó Florentino, con la rapidez característica de sus retruques, de dónde provenía lo más celebrado de su fama:

*En eso estamos, compadre,
los dos pensando lo mismo:
no hay perro bravo que ladre
ni quien se asuste de oírlo.
Que baladrón de baladre
viene, si no me olvido.*

Una pausa durante la cual sólo se oyó el puntear del arpa, la atención expectante conteniendo la respiración del auditorio, que ya sabía de la enemistad de los cantadores y Florentino esperando con las maracas inmóviles, para sacudirlas al tiempo de la contrarréplica que fue ésta:

*—Yo no sé de dónde vienen
sus palabras ni sus versos...*

Y el araucano, sin dejarlo concluir la estrofa, terminándosela él:

*—Mis versos, de donde quieren;
mis palabras, de mis hechos.*

—¡Ah caramba! murmuró Juan Parao, tratando de abrirse paso por entre el grupo que obstruía la puerta—.

Déjame pasá, chico.

A tiempo que El Guariqueño, enconado por la interrupción:

*—Amigo, no me atosigue
que yo a usté no lo sofoco...
—Pero se para y no sigue
y el tiempo que tengo es poco.
Para decirle en cuartetos
y alzando la voz en alto,
que no me falte el respeto
porque yo no se lo falto.*

Y como el otro no acudió a tiempo, prosiguió:

*Acerque el oído al arpa
que con mis caprichos sigo,
póngase a tono y no cante
lo que no es para entre amigos.*

Era la excitación del contrapunteo que enardece y encona a los cantadores; pero allí había además querella pendiente, y para evitar su estallido Juan Parao avanzó hasta colocarse cerca de ellos, diciendo, por la última copla de Florentino:

—¡Muy bien dicho! Esto no es el sitio de Troya.

Mientras Hinojoza, que también abandonó su puesto, se le acercaba, agregando:

—Que mejor sería, compadre, que de una vez le dijera al Guariqueño que se quite de ahí.

Entre tanto las mujeres rebullían inquietas y los hombres comentaban la rapidez y el empuje de las réplicas de Florentino:

—Ah hombre fiero pa atropellá!

—Como que su fuerza está en no dejarle respiro al contrario.

—De algo tenía que venirle su gran fama.

Oído lo cual y como aún El Guariqueño tardaba en formular su retrueque, inhibida la inventiva por el reconcomio de la ira y del despecho, Florentino siguió cantando:

*Zamuro por lo ligero
aunque muerto no se mueva.
Que nunca es buen mara quero
aquel que su tiempo pierda.*

Pero ya el contrincante había encontrado su réplica, que tanto servía para responder a esta estrofa como a la anterior de Florentino:

*No es menester que me advierta
cómo debo procedel,
pues yo no paso las puertas
que me deban detenel.*

Y Florentino, atropellando y socarronamente:

*Son muchos debes, compadre,
en pocos versas centros,
pero aunque todos le cuadren
yo me atengo a Juan Parao.
Que es el armo de esta fiesta
tan cordial y tan rumbosa,
que su bondad nos obsequia
pa que yo cante mis coplas.
Y pregunto a su prudencia
si le puedo contestar,
a quien me busca pendencia
valiéndose del cantar.*

—Sí! Sí! Que le conteste —pidieron los vaqueros de El Amparo, que tenían ojeriza a El Guariqueño.

Pero Juan Parao, después de cambiar una mirada con Hinojoza, creyó prudente ponerle fin al contrapunteo e intervino:

—Quítate de ahí, Guariqueño. Suelte las maracas, catire. Más luego continuará su almanaque.

Y en seguida al arpista:

—Cambie el golpe, amigo. Echenos un joropo de esos suyos que hacen bailar a los muertos. Aquí hemos venío a divertirnos y las muchachas quieren echá una escobillaíta. Pero después del joropo, ya El Guariqueño retirado a su casa, la concurrencia pidió que se reanudase el almanaque y todo año llanero pasó por los versos de Florentino, hasta el filo de medianoche, embobado el auditorio, murmurando Juan Parao:

—Ah malhaya aquí una guerra como la de Troya, pa oírsela a este catire pico de oro!

II

COMO ANTE EL PAISAJE

Pero además de estos motivos de diversión, Florentino llevó a la soledad de Hato Viejo otro, de mal entretenimiento, por haberle dado a la antigua conseja del duende un sentido nuevo y de mayor incentivo para los comentarios maliciosos, a los cuales se entregaron sobre todo las mujeres, tanto las del hato como las del servicio de la Casa Grande.

Sólo Hinojoza y Juan Parao podían sospechar que Rosángela no fuese hija de Payara, pues el resto de la servidumbre era de tiempos muy posteriores al drama conyugal de éste, y la fidelidad de aquéllos nunca claudicó en murmuraciones acerca de lo que entonces hubiesen presenciado u observado. Ni aun entre sí solos, primero por el mutuo recelo que se tuvieron y luego, ya íntimos amigos a través de la adhesión a Payara, por obra de una singular rivalidad de a quien más leal fuese para con “el blanco” y más reservado respeto a cuanto pudiera ser mengua de su honra. De donde vino a resultar que, habiendo comenzado por aquella sospecha, ya ni el uno ni el otro la abrigaban, convertida la reservada en convicción de que las cosas eran como Payara había querido que pareciesen. Que si el negro le había referido a Florentino el episodio de Mata del Ahorcado, no fue propiamente con ánimo de murmurar, sino porque entendió que aquél deseaba que lo conociese y con la buena intención de que el autor del corrido alusivo al hecho no continuase juzgando al “blanco” capaz de ahorcar a un hombre por un becerro.

Pero la llegada de Florentino y su cuento de cómo el duende se había empeñado en franquearle el paso —cosa inusitada, pues según la conseja sólo acostumbraba aparecerse para atemorizar a las mujeres y hacerlas abandonar la casa donde les estaba vedado permanecer— dieron pábulo a las murmuraciones, corroborando maliciosos pensamientos que ya se hubieran ocurrido.

—Es ahora que lo vengo a decí, pero ya lo había pensao hace días —aseguraba una de las murmuradoras—.

Esa manera de miré el doctor a la señorita ya se me había metío en la cabeza que no era muy bendita.

—¡Mujé! ¿Qué quieres decí con eso? —replicaba otra, haciéndose la inocente.

—Que asina no miran los padres a sus hijas.

—¿Crees entonces que no sea hija dél?

—Ya lo creo que sí; pero...

—¡Ave María purísima! Cuidao como te oyen decí eso.

—¡Pero si está claro, mujé e Dios! ¿Pa qué se iba a empeñá el espanto en que Florentino pasara el tranquero? Fíjate pa que veas: llega Florentino, lo conoce la señorita y se enamora dél, como toas las mujeres a cuya vera él pase; él también se enamora de ella y como los dos son blancos y puén entenderse, se casa con ella y se la lleva de aquí. ¡Y santas paces!

—¡Mujé! ¿Sabes que como si tienes razón? Pa eso debe de ser que el blanco le haiga abierto la puerta a Florentino.

—Pero lo malo es que Florentino como si no se ocupa de ella, pues a la hora de éstas toavía no ha tratao de acercársele.

—¡Hm! ¡Qué te lo figuras tú! Nadie sabe cuándo el peje bebe agua. ¿Pa qué son entonces las medias noches oscuras?

—¿Crees tú?...

—No es que creo; es que he escuchao caballos trotando a medianoche, rumbo a la Casa Grande.

—¿Luego de ná le ha vallo al doctor mandarlo pacá?

—Ni haberle encargado al Guariqueño que no lo pierda vista.

—Pero con hacerlo seguí su camino tendría.

—¡Cosas del blanco, que tiene más vueltas que un cacho! Yo lo que te aseguro es que esta mañana le escuché decí a Juan Parao que aquí iba a ardé pronto esa Troya de los pasajes que él cuenta. Que si mal no he escuchao por una mujé jue que ardió.

—¡Hum! ¿De mo y manera que Florentino, haciéndose el mogollón, se da sus saliítas de noche?

—Más te digo: es el mismo duende el que lo viene a busca pa acompañarlo hasta allá, porque son dos los caballos que he escuchado troté a medianoche.

—¡Ave María Purísima!

—Con decirte que yo me acuesto rezando la Magnífica...

Y así como en los mentideros del hato, también en la cocina de la Casa Grande.

Mientras en ésta vivió solo Payara, la única mujer que tuvo a su servicio fue Evencia, hermana de Hinojoza y ya tan vieja como él, para los cuales hizo construir una casa de baharaque y palmas, a una distancia de la Casa Grande que le permitiese a aquélla sentirse tranquila respecto a las visitas nocturnas del espanto, aunque, además, tuvo que allanarse a persuadirla de que la famosa prohibición de Aquilino Payara no debía en tenderse sino al pie de la letra de su testamento y que

por lo tanto, no se refería sino a las casas construídas por él, la grande y las del hatu antiguo. Nunca habló Evencia —ni tampoco la mujer y la hija de Hinojoza, que allí también vivieron— de haber oído el trote de aquel caballo que anunciaba la aparición del fantasma, ni aun cuando ya Rosángela habitaba la Casa Grande; pero no ches después de la llegada de Florentino despertó preguntándole a Hinojoza, de cuarto a cuarto:

—¡José! ¿Estás escuchando?

—¿Qué?

—¿No oyes como si viniera un caballo?

—Déjate de zoquetadas, mujé, que ya estás muy vieja pa esos melindres. Si alguno viniera ya habrían latío los perros.

Sin embargo, Hinojoza se levantó y salió a explorar los alrededores de la Casa Grande, murmurando:

—¡Ah caramba con el Florentino y su empeño de buscarle tres pies al gato! Pa después decir que si será sonámbulo.

Pero si no se acercaba ningún jinete, en cambio sí distinguió alejarse uno y se regresó a su casa preguntándose:

—¿Paonde irá el doctor a estas horas? Y no es la primera vez, porque ése fue el caballo que escuché anteanoche y no en sueños, como creí.

Y ya al entrar en su casa:

—Y lo peor es que deja a la niña sola en ese caserón.

Vamos a quedarnos por aquí montando guardia mientras él regrese, no vaya a ser cosa que la niña se dé cuenta de estar sola y se asuste y pida auxilio... ¿Qué significarán esas salidas del doctor a estas horas?... El nunca había tenío esa costumbre.

Pero como en la casa de Hinojoza dormían también dos muchachas del servicio de Rosángela y oyeron la pregunta de Evencia al hermano y sintieron salir a éste, al día siguiente las sorprendió Rosángela, cuchicheando, con una de las mujeres del hatu que había ido por allí de exploración, so pretexto de llevar unos quesos.

—Tú lo oíste? —preguntaba la del hatu.

—¡Guá, mujé! ¿No- te digo?

—A qué hora fue eso?

—Pues, como a medianoche. Ahí mismito empezaron a menudeá los gallos.

—Pues jue él. Alrededor de esa hora lo sentí yo salir de allá.

—Pero no eran dos caballos, como tú dices que y que salieron del hatu, sino uno solo el que nosotras sentimos.

Evencia no estaba en la cocina en ese momento y así pudieron entretenerse murmurando, la del hatu y las muchachas del servicio de Rosángela, hasta que ésta, como se acercase

por allí, oyó que la primera de aquéllas decía:

—Ustedes no habrán notao na raro, ya que lo dicen; pero, convéznanse, por eso fue que el blanco le corrió el tranquero; pa que viniera a evitá lo que no debe de sucedé.

Inmutáronse y cambiaron la conversación al ver a Rosángela y aunque por el momento ésta no dió importancia a lo oído, bastante vago por lo demás, tales palabras habían de deslizársele por los entresijos de aquella rara quietud que experimentaba ante el paisaje, obstinada y más poderosa que su voluntad de reprimirla, acaso porque ya fuese modo de represión de otra y más profunda intranquilidad de su espíritu.

Pero a poco de regresar de la cocina oyó voces alteradas y- volvió allá. Era la vieja Evencia riñendo a las muchachas, a quienes había sorprendido comentando las insidiosas palabras de la mujer del ható que ya se había marchado.

—¡Y se largan ya de por todo esto! —decíales—. ¡Canallas! Grandísimas perras, que asina agradecen el cariño que se les tenga. Se largan ya de aquí porque lo dispongo yo, que tengo derecho a hacerlo. Y ya le voy a manda a decí a Juan Parao que les ponga preparo a esas zánganas de allá, que na tienen que vení a hacé aquí.

¡Vamos! A recogé sus trapos ligero, porque ya van a está cogiendo camino.

—.Qué pasó, Evencia? —intervino Rosángela.

—Na, niña —respondió la vieja—. Estas percusias que están de más en- esta casa y las estoy poniendo de patas en la sabana. Yo siempre pude con el - trabajo de aquí y entuavía puedo, manqué esté vieja y carranclona.

Y desentendiéndose de Rosángela continuó con las muchachas:

—¡Alza! ¡A recogé sus trapos! Y que no las vea yo más por to esto porque voy a echá los perros.

Evencia, por sus años y por la probada lealtad, tenía atribuciones suficientes para proceder a aquel despido; pero además de que no intentaría discutirse las, tampoco se atrevió Rosángela a insistir en pedirle que le explicase los motivos de aquella determinación y se volvió a su cuarto a continuar su labor.

Pero ya no fue ante el panorama obsesionante de la inmensidad desierta y muda la sorda inquietud, la es pera angustiosa, sino en la presencia amiga de las cosas que ya tenían impreso el sello de su espíritu, en su habitación apacible y sencilla, torre de marfil de sus gustos caseros, lo mismo ésta que aquélla de la casa de las Payaras, detrás de cuyos muros siempre se habían detenido y apagado los rumores del mundo, así los placenteros como los inquietantes.

Ahora los traspasaba el cuchicheo de las sirvientas, palabras duendes que la hacían quitar la vista de la labor que hacía para adorno de su cuarto y volverla una y otra vez en torno suyo, como si buscara dónde se produjesen, inquieta, cual de invisible presencia acechante, asqueada como de inmunda vecindad. No tenía en qué fundarse, ni aun después de la indignada determinación de la vieja Evencia, para sospechar que las murmuraciones de las sirvientas se refiriesen a ella, pero se repetía lo que oyó en la cocina, sin darle importancia entonces:

—... a evitar lo que no debe suceder.

No quería admitir la posibilidad de que se refiriesen a ella, pero la alevosa comidilla de la cocina cuchicheaba en el pulcro silencio de su habitación como una advertencia, Y de pronto se le escapó exclamar:

—¡Yo en boca de sirvientas!

Pero en seguida se apresuró a reprimir aquel pensamiento, detrás del cual hacía presión una fuerza que no debía desatarse:

—Yo, por qué?

Y luego, procurándose, de prisa, una explicación aceptable de lo sucedido:

—Hablaban del aparecido, que según ya les había oído otras veces, dice ese Florentino que le abrió la puerta y como Evencia sabe que papá tiene prohibido que se hable de esa superchería...

Pero al decirse así recuerda que en la noche anterior estuvo a punto de incurrir, ella también, en aquella superstición, porque sintió llegar un caballo y apearse al jinete y penetrar en la casa, sonando las espuelas, aunque andaba en puntillas.

—¿Quién es? —preguntó, ya con el corazón saliéndosele por la boca. .

—Yo, hija —le respondió Payara.

—Ah! ¿Tú?... No te había sentido salir.

Payara dio un explicación que por el momento le pareció suficiente: padecía insomnios, acostumbraba a combatirlos cabalgando un rato por la sabana...

Pero ahora dudaba y varias interrogaciones se le formularon simultáneamente:

¿Qué relación existiría entre aquellas furtivas salidas nocturnas y las apariciones del duende de Hato Viejo?

¿Por qué los peones de éste designaban con el mismo nombre de “el blanco” a su padre y al: aparecido?...

Y una interrogación que, sin haberse formulado, obtuvo respuesta:

—Tal vez habría sido mejor que papá se hubiera vuelto a casar...

¿Acaso pensó que aquellas salidas nocturnas fuesen furtivas visitas a alguna mujer?... La casta disciplina: de su espíritu y su romántica admiración filial no debieron darle acogida a

tal pensamiento; pero en todo caso la respuesta correspondía a una interrogación formulada en lo más sondable del alma... Y ya esto era como ante el paisaje, inmensidad misteriosa.

Volvió a su labor, que era de tejido, en la cuenta de cuyos puntos nunca se equivocaba... Pero la erró varias veces...

Ya los muros de su torre de marfil dejaban pasar los rumores de afuera.

III

LAS HUMAREDAS

Pero no era solamente Rosángela quien vivía como en espera de algo tremendo que de un momento a otro debiese de suceder. Una onda de inquietud se iba extendiendo por el llano y en todas partes miradas recelosas exploraban el horizonte. Aquellas humaredas que hacía días se deslizaban sobre la llanura, ya se volvían tan densas que era casi imposible orientarse por entre ellas, y como no podían ser explicadas por incendios de la sabana, no mayores aquel año que los acostumbrados por tal época, el ánimo supersticioso del llanero tendía a atribuírselas a causas sobrenaturales.

En realidad, no dejaba de haber trastorno de la naturaleza. Ya era tiempo sobrado de que hubiesen comenzado las lluvias y aún reinaba una sequía tan rigurosa como nadie la recordaba semejante. Los pastos mustios, retostados, los bebederos consumidos, enjutos la mayor parte de los caños, entre anchas playas arenosas secándose los ríos. Un sol rojo desde el nacimiento hasta la puesta, una inmensa luna roja bajo cuyo fulgor medroso se acentuaba la desolación de la sabana. El ganado sucumbiendo de sed, ya muchas osamentas blanqueando en los peladeros; manadas de zorros rabiosos por las noches como ascuas errantes los ojos en la oscuridad; agorero el aullido de los perros desvelados; enervante el grito de las chenchenas, todo el día, y el de los alcaravanes, toda la noche...

En Hato Payareño aún la sequía no había hecho sentir todo el rigor de sus efectos, porque el ganado se había recostado a los montes de las riberas del Cunaviche, entre los cuales todavía se conservaban pastos frescos; pero

las noticias de los estragos que estaba causando en otros lugares, exageradas por los viajeros, iban esparciendo la alarma:

—Ya son muchos miles las reses muertas. El hambre a la vista. Este año no come sino el zamuro.

Uno de tales viajeros, que venía de arriba, trajo mayores motivos de alarma.

—¿Qué pasa por esas tierras que viene usted dejando atrás? —le preguntó Florentino, abandonando el cuento de sus aventuras que les echaba a los peones.

—Lo que pasa es nada, joven, comparado con lo que se espera. Todo eso está muy revuelto, por ahí p'arriba.

No se habla sino del fin del mundo que ya y que se acerca. Y no es para menos, con tanta maluqueza que se comete en la Tierra. Pero ya el Viejito de allá arriba como que ha resuelto acabá con los malucos, porque de eso son señales que se están viendo por todas partes. Los pejes se están saliendo de los ríos; todas esas playas están esteraditas de bichos muertos. El tigre y el león andan en manadas, buscando los poblados y si es el ganado no hace sino cabildear, con los cachos contra el suelo.

—Mala señal esa. —comentó uno de los peones.

—Dicen que en la cordillera todos los páramos están bramando día y noche sin descanso —prosiguió el viajero—. Que en Maracaibo y en todo el Zulia la gente y que se está saliendo de las casas, porque el relámpago del Catatumbo está cambiando de color, y que en Guayana, hasta Ciudad Bolívar llegan los resplandores de una gran candela azul que se elevan sobre el cerro del Duida.

—Miren, pues! —murmuraron los peones de Hato Viejo.

Y Florentino, sonriendo:

—¿A cómo nos pone las leguas, compañero? Mire que, según he escuchado, se cuentan por cientos las que tienen que recorrer esos resplandores para llegar hasta Ciudad Bolívar.

—A como me las pusieron a mí, que no hago sino repetir lo que he oído —repuso el noticiero, amoscándose—.

Por Guayana y que todas las selvas están ardiendo desde el Orinoco hasta el Cuyuni. Según unos, porque el indio, cansado de las otomías y maluquezas de los explotadores del caucho y del purgo, se ha decidido a pegarle fuego a sus montes para acabar con esos palos de goma que son la causa de la esclavitud a que lo somete el blanco; pero según otros, porque con la gran calor que está saliendo del centro de la Tierra, todo el oro que hay bajo esos bosques se están derritiendo y ya son ríos de fuego los que corren por todas partes. Usted dirá si lo cree, joven; pero asina me lo han contado.

—Quiere decir que la cosa es general— apoyó El Guariqueño, distante del grupo que rodeaba a Florentino y tanto más crédulo cuanto menos lo pareciera éste,

cuya presencia sólo hablaba para manifestarse en cuerdo con él y así provocar el choque que resolviese la querrela pendiente entre ambos, recrudescida por el contrapunteo de la víspera.

—¡Que si es! —repuso el viajero—. Y no sólo de cosas de este mundo, sino que también las del otro parecen estar alborotadas. Dicen que por las sabanas de Barquisimeto todas las noches se aguaita pasar el alma del tirano Aguirre, que ya no es simplemente una luz, son una gran llamarada. Y si es la Llorona de Laguna de Término, respondo yo de que a veinte leguas se escuchan sus quejidos.

Y volviéndose a Florentino:

—Y leguas llaneras, de tamaño bien sabido, por si acaso la preguntica.

—No tenga cuidado, viejo, que esta vez no se la haré —dijo Cantaclaro—. Porque eso que usted acaba de decir es la pura verdad: de un tiempo a esta parte andan muy alborotados los espantos de la sabana.

—Sí. Ya he escuchado contar que “el blanco” de por aquí está apareciéndose otra vuelta. A lo que se apresuró a replicar El Guariqueño:

—Esas son conversaderas de los desocupados.

Miráronse entre sí los peones, que ya esperaban, por momentos, el estallido decisivo de aquella tirantez; pero Florentino se limitó a sonreír y volviendo la conversación al punto de partida:

—Conque, ¿todo eso está muy revuelto esperando el fin del mundo?

—Ya le digo —respondió el forastero—. Esa es la voz que se oye por todas partes y la que anuncia un profeta que viene bajando por el Uribante.

—¿Anjá? —exclamaron los peones.

—¡Guá! Si eso es lo que tiene más alborotada a la gente. Yo había escuchado el run run cuando íbamos pala cordillera conduciendo una poca de ganado. Que por cierto se nos barajustó a la entrada de la montaña de San Camilo y no hubo forma ni manera de poder reunirlo otra vuelta. Por lo que venimos rumbiando p’abajo, cauño por su lado, como quien dice: derrotados. Por eso y porque me dije: si es verdá que esto es fin de mundo, mejor es que me vaya para casa, a reunirme con la mujé y los hijos para que lo que sea nos coja juntos a todos.

Cuando íbamos p’arriba, como les venía diciendo, estaba empezando el run run de la aparición del profeta, pero de allá para acá, ya era un clamor lo que encontramos en todas partes. Todo ese llano se está poniendo en marcha atrás de él. Peonadas enteras que abandonan los hatos por donde él pasa, anunciando la apocalisi. Una gran candela que ya está prendida en las cuatro puntas del mundo, de donde viene esta gran humacera que

cubre todo el llano. Una gran culebra de fuego que viene rodeando la Tierra, pero que no se empata por el lugar donde estuvo la puerta del Paraíso, que sólo el Profeta sabe dónde es, porque el Señor y que se lo reveló en un sueño muy especial que tuvo, atravesando un páramo.

—Vea, pues —murmuró uno de los peones.

—La verda es que estas humaseras, de una gran candela tenían que ser —agrego otro.

Y ya se hacía el silencio de las preocupaciones colectivas, cuando Florentino salió con una de las suyas:

—Y pensar que fueron mis manos las que prendieron esa candela en una de esas cuatro puntas del mundo de que habla el profeta.

—Sus manos? —interroga uno.

Y otro-:

—Cómo fue eso, Cantaclaro?

—Tal como se los voy a contar. Yo había salido de Cordoncito, junto a El Limón, como a las cuatro de la madrugada, del dieciocho del mes pasado, que, como ustedes recordarán, cayó en Jueves Santo. Iba a pescar tortugas en el charco de Caujarito, me amaneció junto a Los Mautes y recuerdo que estaban esos dragales amarillitos de flores.

—Usté sí que se fija en las cosas, Florentino —díjole uno de los peones, como de bellaquería adivinada— Hasta de las flores se acuerda.

—Como si las estuviera viendo. Pero déjeme seguir el cuento, que es historia. Cuando llegué a Caujarito tiré mis fondas y la llevaba dos horas y treinta y siete minutos sin que hubiera aparecido una tortuga por todo aquello, cuando de pronto se forma un aguaje que por poco me trambuca la concha y asoma a flor del charco una tortuga careta,, como no la había visto más grande en toda mi vida. “Mae Santa!”, exclamé yo al ver aquella profundidad del animal. Pero nada -era el tamaño, sino que ‘, en la cabeza tenía una gran cresta en forma de peineta y tan resplandeciente que parecía de oro.

—¡Ya está! —prorrumpió aquél, que ya le había penetrado la intención chusca del cuerpo—. ¡Tortuga con peineta! ¿lba pa un baile, Cantaclaro? ¡Mire que usté sí que inventa!

—Para un baile no sería, compañero, pues ya he dicho que era Jueves Santo; pero sí a visitar los monumentos.

—Y no se asustó al ver tan grande rareza?

—Ya lo dije, pero a usted se le -ha olvidado. Cogí el arco, me lo llevé al sobaco, lo volví a bajar y lo volví a subir, sin atreverme a largar el flechazo, porque aquella enormidad y rareza de animal me tenían fascinado.

—¡Mae Santa!”, seguía yo diciéndome. “Si estaré soñando?” Pero estaba despierto y por

fin me decidí a largar el flechazo. Lo Puse donde había puesto el ojo, que era en la peineta que me tenía deslumbrado, pero el clavo chafarno y produjo un chispero que fue a caer para ambos costos del rio Urtaleña.

—Y se prendió la sabana —intervino el peón malicioso.

—Tú los has dicho, zambo! Las chispas que cayeron hacia el naciente fueron las que abrieron el fuego en las sabanas de Arauquita. Las Mocitas, Araguaquén, Borjas y Buscarruido Y fíjense en que estoy nombrando sitios que no me dejarán mentir.

Soltaron la risa los peones y haciendo de su amoscamiento socarronería, el viajero interrogó:

—¿Y las que cayeron hacia el poniente, qué estrago hicieron?

—Esas abrieron el potrero de Santa Rita de Urtaleña, Santa Rita Torrealbera, Las Topias, Burrón, Santa Rufina, El Milagro, Palambra, San Rafael de Cunavichjto...

—¡Párese ahí, Cantaclaro! —prorrumpieron los peones entre sus carcajadas—. Abrale un contrafuego a esa candela, que vamos a achicharramos toítos.

Y largo rato estuvieron celebrando el pasaje de la tortuga careta, no más extraordinario que los ya referidos por Florentino de sus fantásticas aventuras, para amenizar las veladas del ható. Que si no volvió a amenizarlas también con coplas y corridos fue porque Juan Parao le exigió que se abstuviese de ellos a fin de evitar el -choque con El- Guariqueño, ahora más enconado que antes.

Y entretanto el viajero murmuraba, amoscado:

—Esta juventú está perdida...

* * *

En eso llegó Juan Parao, ausente desde el mediodía.

Detuvo su bestia sin el brusco tirón habitual de la rienda, se apeó y comenzó a desensillarla en silencio.

—De lo que se ha perdido usted, Comandante —díjole uno de los peones, refiriéndose al cuento de Florentino, que nadie lo habría celebrado tanto como él.

—De lo que nos hemos perdido todos, sólo yo lo sé —repuso el negro sombrío.

—Qué pasa? —inquirió Florentino.

—Que ya Hinojoza es difunto.

—¡Cómo va a ser! —exclamaron todos a un- tiempo

—Pero si esta mañana no más me tropecé con él, camino de Los Cañitos.

—Que, fue su último viaje. Parece que esta mañana le dió de pronto una corazonada de ir a ver a su hija, que hace días no sabía de ella y del ando la guardia que montaba en la casa Grande, al píritu se fue hasta Los Cañitos. Ya y que iba llegando, cuando reparó en que la

casa estaba cerrá. “¡Qué raro!” y que se dijo: “¿Estará enferma Panchita? Ni a los muchachitos los aguaito por todo eso”.

Pero luego se fijó en que frente a la casa estaba echado un lión, de cara a la puerta y moviendo la cola, como acostumbran ellos entretenerse mientras están haciendo un tiro.

El lión que ventea a leguas a la mujé embarazá, que es un bocaio preferío. Volando más que corriendo dice Hinojoza que salvó la distancia que lo separaba de la casa.

El animal y que se paró a darle pelea en cuanto lo venteó acercarse, y él y que se le fue encima, lanza empuñé en la diestra y garrote en la zurda para los zarpazos. Era una fiera grande y rabiosa. Pero Dios dijo: “Dios y hombre!”, y asina resultó. Los tarascazos no pasaban del garrote, pero el jierro sí llegaba hasta donde quería. Reculó la fiera ante el hombre resuelto al sentirse herida y asina llegó hasta el río y se zumbó al agua. Y el viejo detrás de ella, lanza en mano. Le dió alcance en la mitá del río y la alanció por el codillo hasta que la viti voltiarse patas arriba. A todas éstas, Panchita gritando en la orilla, rodeada de sus muchachitos, como la gallina de sus pollos cuando siente el gavilán. “Ya está, hija, no te desgañites por gusto”, y que le decía Hinojoza desde allá. “Ya éste no volverá a asustarte”. Y en habiendo vuelto la lanza a su vaina comenzó a nadar pa la orilla, mientras el río se llevaba al lión... Pero aquí viene la mala, la que tarde o temprano llega en esta tierra cuando hay mujeres en ella.

No fue en la vaina, sino entre cuero y calzón donde se guardó la lanza y talmente que al primer movimiento, nadando, se la clavó en la ingle, trozándose una vena, que llaman, según el doctor, la femural. Allí comenzó a desangrarse el compadre, Panchita, cuando lo vió que no avanzaba, sino braceaba no más y que el agua que lo rodeaba se iba poniendo colorá, se tiró al río en ayuda suya y lo sacó hasta la orilla. El y que trató de llegar hasta la casa por sus pies, pero se encontró sin fuerzas y se dejó caer en la playa, donde siguió desangrándose. Fue entonces cuando de veras se desgañito Panchita. Jeronimito, su marío, el doctor y yo, estábamos lejos, en El Tronconal, curándole la gusanera a un toro que habíamos enlazado y sin embargo, escuchamos los lecos. Llegamos a la casa como a las tres de la tarde y desde entonces se pegó el doctor a traté de salvé a Hinojoza. Pero ya era mucha la sangre que había perdidó y además le falló el corazón, que ya no lo tenía bueno...

Se apagó la voz del negro. Los que oían continuaron callando.

Así concluyó la vida de peón fiel que envejeció trabajando para Juan Crisóstomo Payara y de. quien no llegó a descubrir Rosángela que ponía un gran amor en la taciturna custodia que de ella hacía. Sus últimas palabras, inspiradas de este amor y de aquella lealtad, fueron para Payara.

—Despídame de la niña...

Y luego, oprimiéndole la diestra gastó los restos de sus fuerzas y, mirándolo a los ojos, ahincadamente, susurró, ya al expirar:

—¡Cuidado, doctor!...

Y he aquí que al desaparecer Hinojoza, Juan Parao siente como si se hubiese roto y desprendido un eslabón de la cadena que lo unía a Payara. El había compartido con aquél la confianza de éste, correspondiéndosela con fidelidad análoga, suficientemente probada. A su servicio trabajó con ahínco, sin que le pasase por la mente la idea de que fuese discutible el derecho de propiedad de Payara sobre los ganados que para él enlazaba a sueldo, como antes para sí mismo en aquellas mismas tierras; junto con él corrió los azares de la guerra, adelantándose a los peligros que a él lo amenazarán, siempre oscuro y postergado, pero sin envidia ni impulsos de protestas, mientras la fama del jefe brillaba y crecía, y junto con él abandonó aquel camino, ancho y trillado para los hombres de presa, donde se sentía a su gusto, cuando él decidió abandonarlo y llevárselo consigo, otra vez al trabajo del hato, sin haberle consultado si todavía quería desempeñarlo. Nunca se le ocurrió pensar que las cosas hubiesen podido suceder de Otra manera. Aquella ciega adhesión que por modo misterioso se apoderó de su alma cuando bajo el paraguatán de Mata del Ahorcado se le reveló, tremendamente, el jefe que había en Payara —el jefe, ésa era la palabra, la única que podía expresar todo lo que entonces sintió hacia aquel hombre, que no fue sólo obra de particular y precaria inclinación de su voluntad, sirio también de ancestral y definitiva elaboración—, un sometimiento incondicional, supersticioso en el oscuro fondo de su alma, habíalo mantenido unido a Payara, como la negra sombra al cuerpo copiando su forma.

Pero ahora la muerte de Hinojoza lo hacía reflexionar:

—Bueyes del blanco juimos el difunto y yo, y veinte y pico de años le aramos su campo bajo un mismo yugo.

Ahora se descompletó la pareja. Dice el dicho que adónde va el buey que no are; pero hay también otro que dice que buey solo bien se lame... Buey que quizás no ha dejado de ser toro, porque tal vez no lo caparon bien y puede que no le falte sino echarse otra vuelta a la sabana, pitando...

Era imposible que Juan Parao acertase a descubrir que este comienzo de desligamiento no arrancaba de las reflexiones que, con motivo de la desaparición del compañero de tantos años, pudiera hacerse respecto a la inutilidad de la vida de Hinojosa y por consiguiente de la suya; sino que había comenzado antes cuando, a la llegada de Florentino, cantador de,

sus antiguas hazañas, experimentó las primeras nostalgias de sus tiempos de cuatrero indómito; pero había sido necesario que desapareciese el compañero de coyunda para que al sentirse solo echase de menos su existencia señera, con ese reforzado y afanoso impulso con que el instinto de conservación despierta del abatimiento y desconcierto que produce la muerte al desquiciar el equilibrio de una vida.

Y mientras en el velatorio de Hinojoza, los peones viéndolo apartado y taciturno, lo compadecían diciéndose unos a otros:

—El pobre caporal! Buena falta le va a hacer el compañero de tantos años.

—Y como ya va para viejo no se hallará sin él.

El, por el contrario comenzaba a hallarse a sí mismo, perdido hacía veinte y tantos años.

* * *

Pero también la vieja Evencia había oído las últimas palabras de Hinojoza, la despedida para Rosángela y la advertencia para el doctor, después de las cuales el hermano moribundo le hizo a ella muda recomendación, mirándola ahincadamente.

Otra persona que con Hinojoza no hubiese compartido las preocupaciones de aquellos últimos días, como las compartió Evencia, aunque sin comunicárselas entre sí, no habría podido entender qué quiso decirle a Payara el peón fiel ni qué significaba aquella mirada para la hermana; pero ésta, maliciosa, además de fiel, y como mujer dotada de esa rápida intuición de cuanto se refiera a otra mujer, penetró el pensamiento del moribundo y aceptó el suyo propio, tal como era respecto a la actitud atormentada de Payara en presencia de Rosángela, quitándose las trabas que su adhesión al “blanco” le opusiera a sus secretos temores y al día siguiente, cuando ya enterrado Hinojoza regresaba con Payara y Rosángela a su casa, y él le dijo:

—Bueno, Evencia. Búscate por ahí una mujer de tu confianza que quiera acompañarte, para que no te quedes tan sola en tu casa.

Ella le respondió:

—No es menester, doctor. No estaré sola, sino por el contrario, muy bien acompañada y acompañando, además, porque ya he decidido pasarme pa la Casa Grande de un todo. Al lado del cuarto de la señorita hay uno que puedo cogé pa mí.

Rosángela acogió la idea con agrado y Payara dijo:

—Muy bien pensado. Yo no me atreví a proponértelo porque...

—Sí, ya sé; doctor, pero eso era antes.

Y luego, y a fin de que Payara supiera a qué atenerse respecto a cómo entendía ella la fidelidad y los derechos que ésta le daba —si acaso a él su conciencia recelosa le permitiese comprender los motivos a que obedecía esta determinación de mudanza, después de haber comprendido lo que quiso decirle Hinojosa con aquel “¡cuidado, doctor!”

—Ahora el espanto no se aparece para echar a las mujeres de la casa.

—Bah! ¿Hasta cuándo- esa superchería?

Pero si Juan Crisóstomo Payara se limitó a responder así sin calor la reticencia, en cambio Rosángela sintió que las palabras de la vieja debían de tener un trasfondo donde se correspondiesen con aquellas otras palabras duendes que ya deslizaban sus cuchicheos en el silencio pulcro y diáfano que siempre la había rodeado. Y volviéndose de pronto hacia Payara:

—¿Sabes que ya empiezo a aborrecer estos lugares?

Es absurdo este empeño tuyo de sepultarme en vida en estas soledades. Me inspiran horror, sin que lo pueda evitar. Es necesario que yayas pensando en llevarme para Caracas. O para cualquiera otra parte.

Y como esto lo dijo ásperamente, con una arrebatada vehemencia que Payara no le conocía, éste —por atender a la intempestiva demostración- de aquel aspecto de carácter y al impetuoso movimiento con que su propia y señera personalidad reaccionaba, tendiendo a sofocar toda otra que fuese osada a manifestársele desatendió a lo razonable que hubiera en aquellas palabras y sólo respondió a la rebelde con una mirada altiva, mientras la vieja Evencia murmuraba:

—¡Umjú! Ahí lo tiene, pues: se le arriscó la muchacha.

Pero ya Rosángela había logrado dominar su arrebato:

—Estoy nerviosa, No sé lo que digo. Perdóname. ¡Este paisaje! Todavía no puedo contemplarlo sin experimentar aquella impresión de algo espantoso que de pronto fuera a suceder, de que te hablé cuando veníamos de Caracas.

Payara le quitó de encima la mirada altiva; pero repuso autoritariamente:

—Nunca hay razón suficiente para perder la ecuanimidad y pronunciar palabras destempladas. En cuanto a lo último que has dicho, ya hablaremos, a ver de dónde provenga ese temor supersticioso.

Y entretanto la vieja Evencia, para sus adentros y dirigiéndose a la sombra de su hermano:

—Como que te equivocaste, José... Descansa tranquilo en tu fosa. Tú que tanto creías conocer al blanco, como que te equivocaste esta vez.

IV

EL PROFETA

Bajó por el Uribante, de su vida anterior nada se sabía, lo siguieron las gentes, dícese que llegó a arrastrar en pos de sí más de ochocientas personas. Era un hombre vulgar, ya viejo, sin fulgor visionario en la mirada ni acento mesiánico en la voz. Quienes lo conocieron no se explican cómo pudo fanatizar a tanta muchedumbre. Decía, sencillamente:

—Ha llegado la hora de la apocalisi. ¡Llanero, no comas carne, abandona el trabajo que te esclaviza al hombre, ensilla tu caballo y sígueme Ya está prendida en las cuatro puntas del mundo la candela que lo arrasará todo, pero el que me siga será salvado, porque sólo yo conozco el lugar donde no se empatarán los dos cabos de esa gran culebra de fuego que viene rodeando la sabana.

Y la alarma cundía, preparándole el camino.

* * *

Era pasado el mediodía y, como en Hato Viejo había poco trabajo, ya los peones habían regresado de la sabana, cuando Juan Parao, que hacía rato exploraba el horizonte, velado por las humaredas, díjole a Florentino:

—¡Aguaita, catire! Aquella mancha dorada, ¿no le parece una nube de polvo?

—Sí que lo es —afirmó Florentino—. Y no es viento lo que la levanta, porque no sopla una garra, sino las patas de muchos caballos, seguramente. Nada tendría de extraño que fuera ese profeta detrás del cual todo el llano se está poniendo en marcha, según el forastero de la otra noche.

—Eso mismo estoy pensando hace rato.

Asomáronse los peones y momentos después uno dijo:

—El es. Y son más de doscientos hombres de a caballo los que lo siguen.

—Ya vienen del lado de acá de la cerca.

—Ahora van orillando la Laguna del Grito...

—Como que van a pasar de largo, porque no vienen rumbiando p'acá.

A menos que vayan a acampar en Mata del Ahorcado, que es el rumbo que llevan.

Y mientras así seguían los peones la marcha de aquella muchedumbre a través de la nebulosidad de la sabana, que a lo insólito del acontecimiento contribuía dándole

aspecto irreal de procesión de fantasmas, Juan Parao murmuraba para sí mismo, una y otra vez:

—¡Doscientos hombres detrás de un hombre!...

Con menos dió brega durante varios años.

el del caballo jerrao

con el casquillo al revés...

Y la gente del profeta hacía alto en Mata del Ahorcado cuando El Guariqueño, como advirtiera que se acercaba Payara, anunció:

—Aquí viene el blanco. Y como no venga con la camisa de peliar, porque esa gente se ha metido en lo suyo como río en conuco. Continás si ya sabe que el profeta sonsaca la gente de los hatos por donde pasa.

—Malo sería si viniera en ese son, porque pasan de doscientos hombres y nosotros no somos sino diez.

Y otro:

—Que falta saber si todos estamos dispuestos a tirar la pará.

Pero Payara llegó diciéndoles

—Ahí tienen ya al profeta, que predica el abandono del trabajo. Si hay aquí alguno que quiera seguirlo, que lo siga, para arreglarle su cuenta en seguida.

Miráronse unos a otros los peones, y luego uno repuso.

—¿Nosotros por qué, doctor? A menos que usted...

—A menos nada —atajó Payara, autoritariamente. Yo siempre digo todo lo que quiero decir y ya lo he dicho.

Oído lo cual murmuró Florentino para Juan Parao:

—Ya a éste no se le va ni uno.

Y el caporal:

—¡Qué van a dirse, si ya les andó alante! Ni aunque lo hubieran pensao.

A tiempo que Payara, dirigiéndose a Florentino —cuyas palabras se le habían alcanzado, sutilísimo su oído y alerta su atención, a lo cual debía buena parte del rápido dominio de las situaciones cuando se enfrentaba con hombres que pudiesen chistarle:

—Será porque no les convenga. Y usted, como veo que ya se encuentra bien y sólo le falta bestia, proceda a escoger el mostrenco que más le agrade para su silla.

Otra vez tuvo y contuvo Florentino el impulso a responder con una violencia a aquella aspereza.

—Ya le he puesto el ojo a uno —repuso socarronamente—. No crea que yo me duermo en las pajas.

—¡Qué he de creer yo que usted sea tonto! Seguramente habrá sido el mejor; pero disponga de él a todo su gusto

—Gracias, doctor.

Y Payara, sin concederle importancia a la socarronería con que se las daba y ya volviéndole la espalda para dirigirse hacia donde se almacenaban las provisiones del ható.

—No necesita darlas porque ya le incluiré el precio del mostrenco que escoja en el del ganado que piensa comprarme, según dijo:

Y en seguida, llamando:

—Juan Parao.

—Voy, doctor.

Desde qué estaba Florentino en Hato Nuevo, cinco días ya, era la primera vez que Payara caía por- allí y las palabras que acababan de cruzarse demostraban que, tanto el uno como el otro, se mantenían en la misma indefinible disposición de ánimo de cuando el episodio del corrido del ahorca-do. Respecto a la de Florentino, donde se contraponían y se compensaban una inclinación a plegarse al ascendiente que Payara ejercía sobre los demás y otra a rechazarla violentamente, él mismo tal vez se equivocó al decirse, para sus adentros y mientras seguía a Payara con la mirada:

—Con este blanco altanero y, malcriado me la rifo yo hasta el rabo. Muy amigo habrá sido de los Coronados de antes; pero conmigo empiezan otros. No me iré de Hato Viejo sin llevarme algo en los cachos. Y algo que le duela para toda su vida.

Respecto a la disposición de ánimo de Payara, Juan Parao se iba diciendo, mientras lo seguía:

—¡Ah, doctor Payara! No quiere confesarse que le ha caído en gracia el catire. ¡Si lo conocerá yo, a pesar de los pesares!

Payara entró en la casa donde se almacenaban las provisiones de boca del hato, y después de haber echado sus cálculos en silencio, díjole a Juan Parao:

—Creo que podemos ofrecerle a esa gente —referíase a la del profeta— algo de lo que seguramente les falta y no tardaran en venir a pedirnoslo. Ándate allá y averigua cómo están de bastimentos. Ofréceles también un par de terneras.

—Esa gente, y que no come carne, doctor.

—Eso dicen, pero falta saber si lo cumplen. De todos modos, mejor es ofrecerles las terneras que necesiten, tú verás cuántas, antes de que vayan a robárselas.

Y Juan Parao, a lo que se le decía y a lo que le escarabajeaba por adentro:

—Son más de doscientos hombres, blanco. Digamos doscientos cincuenta, con los que estamos aquí. Justamente los máuseres que tenemos escondidos por ahí.

—¿Qué quieres decirme con eso? —replicó Payara.

—Nada que usted no quiera entendé, doctor... Cosas mías, Ya sabe usted que tengo la costumbre de contar unas cosas por otras... Y como los máuseres son justamente

doscientos cincuenta, que es lo que yo calculo que sean los hombres.

—¡Dale con los máuseres! —replicó Payara, ya calada la intención del negro—. ¿Y los hombres? ¿Crees que realmente lo sean los que siguen a ese insensato? Hoy son doscientos y más adelante serán más, pero - nunca pasaran de ser-un rebaño de inconscientes, una manada más en la sabana. Ni siquiera saben por qué van detrás de ese hombre, ni qué se proponen siguiéndolo. Han abandonado los hatos donde trabajaban, unos por holgazanería y por novelería, por inclinación a lo fantástico que ven en ese burdo profeta; pero in mayor parte porque seguramente los dueños de esos hatos los explotaban y los tiranizaban como a esclavos o como a bestias, mal pagados y peor tratados. Pero ellos ignoran que ésa es la verdadera causa que los ha puesto en camino.

No se dan cuenta, tampoco, de que al abandonar el trabajo, como se lo aconseja el profeta, que también es un inconsciente de su propia obra, no han hecho sino rebelarse contra el despotismo y la iniquidad de quienes los explotaban.

—Y si se les dijera, doctor? —arguyó el negro.

—Se dispersarían inmediatamente y se regresarían a la esclavitud de que se han escapado.

—¿Como el cazador del cuento, que se asustó del cuero después de haber matado al tigre?

—Justamente. Además, cuando renuncié a la guerra, que ya veo que todavía te tienta, no lo hice por despecho, como algunos -se habrán imaginado, sino por convicción absoluta de que con este pueblo, con ese rebaño que va detrás de 'ese hombre, el mismo que siguió al general Páez llamándose patriota, después de haber seguido a Boves llamándose realista y otra vez hubiera seguido a éste si hubiese resucitado, con esa manada de bárbaros no se puede ir sino a la barbarie, que la llaman democracia. Ya la experiencia está hecha, yo mismo la hice, pero no la repetiré.

—Su palabra vaya alante, doctor Payara —dijo Juan Parao, encogiéndose de hombros—; pero...

—Déjate de ilusiones. ¿Qué sacaste tú de la guerra?

Y como el negro sonreía:

—En fin. Haz lo que te dije. Andate allá y ofrécele a esa gente lo que le haga falta y podamos dárselo. No saben lo que hacen, pero tampoco seré yo quien les niegue auxilios para que no continúen haciéndolo.

Dicho lo cual montó a caballo y se fue por donde había venido.

Juan Parao lo siguió con la mirada y se dijo:

—¡Lástima de hombre que ya no es lo que fue en delante!

Era un paso más hacia el desligamiento.

* * *

Entretanto, el profeta y su gente acampaban a la vista de las fundaciones del ható, al abrigo de la Mata del Ahorcado, por donde atravesaba un caño y mientras unos tomaban posesión de los árboles de cuyas ramas colgarían sus chinchorros, otros bañaban o abrevaban sus bestias en las aguas fangosas del caño, otros llenaban de ella sus casimbas y otros se disponían a comer, sacando de los porsiacasos sus provisiones de boca —todo con naturalidad de ocupación en menester cotidiano, en un momento vulgar del tiempo de todos los días que no tendría término sobre la tierra, sin que nada demostrase que aquélla fuese muchedumbre fanatizada en pos de un enviado de Dios y en vísperas de la destrucción del mundo—; el profeta mismo que tal anunciaba, apartándose de su pueblo iba a sentarse en la hierba, recostado al tronco de un árbol aislado de la mata y allí comía de las provisiones de su alforja y bebía agua de su casimba, despaciosamente, sosegadamente, como un hombre sencillo de regular apetito y ánimo sereno, que descansa y toma su refrigerio al fin de una jornada de un viaje sin trascendencia y entre un bocado y un sorbo deja vagar la mirada por el espacio que recorrerá en la siguiente.

Pero entre lo grotesco supersticioso de su prédica, ya suficiente, sin embargo, para excitar la candorosa imaginación popular y en el momento propicio en que el duro aprecio de las necesidades materiales mal satisfechas —el recio trabajo y la paga escasa y la condición de siervo del peón y el profundo malestar económico que por todo el llano se extendía con el latifundio y a causa de las mil trabas que para llegar a éste obstaculizaban la pequeña industria de ganadero sin capital— ya no hacían apetecible la vida sedentaria, aquel burdo profeta deslizaba unas palabras que llegaban, certeras y eficaces, al corazón de aquella gente:

—Llanero, abandona el trabajo que te esclaviza al hombre, ensilla tu caballo y sígueme.

Era una voz antigua, pero siempre oportuna, a cuyo encuentro salía el alma del llanero: la voz de la sabana, del vasto horizonte abierto al nomadismo... Pero quizá también la gran voz que arrebató el corazón de todo el pueblo mesiánico, cuando alguien se le aparece y le dice, como decía aquel visionario:

—Sólo yo conozco el camino y el que me siga será salvo...

* * *

Y aquella voz tuvo una repercusión inesperada en los laberintos del alma de Juan Crisóstomo Payara.

Allá ya, sintiendo cómo se le adentra y se le dispersa en múltiples resonancias imprevistas, la invitación a la guerra, a la vuelta al antiguo camino, que le ha hecho Juan Parao. El fue una esperanza para una gran porción de sus compatriotas y aún lo era, a pesar de su largo alejamiento de la vida pública. Martín Salcedo, estudiante poseído del demonio de aquella esperanza en un futuro próximo de sustitución de la barbarie imperante por la legalidad y la justicia que nunca habían reinado en Venezuela, había venido a decirle que un grupo de jóvenes universitarios preocupados por la cuestión política, como hubiesen recogido los ecos dispersos de aquel gran prestigio suyo entre la gente de bien, creían en él y deseaban que acaudillase el movimiento que estaban fraguando.

Pero a través de las palabras de Salcedo—él no vislumbró sino la nebulosa de las ilusiones juveniles que pronto se desvanecería, insensiblemente, en la atmósfera unánime del pesimismo y de la indiferencia ante la dramática suerte, ya echada, del país, o sería desgarrada y aventada por las furias de la persecución que se precipitaría sobre ella.

Ahora, sin embargo, inclinábase a admitir que tal vez no fuese tan precaria la vida de aquel nuevo foco de rebeldía y esperanzas. Ciertamente era, por otra parte, que había sido el mismo Martín Salcedo quien pronto desistió de su peregrina ocurrencia —así la calificó al confesarle que se había equivocado, junto con sus compañeros, al pensar que él pudiese acaudillarlos porque él todavía vivía en los años de su juventud, pensando en godos y liberales y su programa político era de una simplicidad casi infantil: probidad en el manejo de la renta pública y la pena de muerte para los bribones, mientras que por el de ellos ya corrían aires nuevos que exigían una ventilación más complicada—; pero ahora, pensando en ello, deslizábasele por los entresijos de su intransigencia y de su inadaptabilidad un ansia vagarosa de asomarse con alma joven a los nuevos horizontes de la vida.

Mas, no sólo porque Juan Parao le hubiese insinuado volver a su antiguo camino, sino también por las últimas palabras de Hinojoza, que aún las llevaba clavadas y vibrantes, como una flecha, aunque sin pensar en ellas, para no tener que desentrañarles el sentido.

Fue suyo este símil y en él tomaba forma otra de aquellas múltiples resonancias de la voz que aconsejaba cambio de vida y marcha a la aventura de un horizonte ignoto. ¡Una flecha! Un rasgón instantáneo del velo del olvido sobre una escena sencilla que adquiere en su imaginación la candorosa plasticidad de un cromó: un indio yaruro que regresa a su churuata de las riberas del Meta, después de un larguísimo viaje en busca de esposa y acompañado de ella, maquiritare de las cabeceras del Orinoco, y con un chigüire al hombro, cuya sangre mana

todavía de la herida de la flecha, entra en la vivienda común sin cambiar saludos, como si faltase de ella una hora apenas, entrega la bestia muerta a las mujeres de la tribu para que aderecen la comida de todos y junto con la que ha tomado por esposa en lejanas tierras se sienta de nuevo entre los suyos y empieza a contarles cuanto ha visto y le ha sucedido en su viaje de tres meses... Una escena de tiempos tiernos, de juventud del mundo inmobilizada, como de colores candorosos donde las cosas sucedían como si el tiempo no hubiese corrido o como si desde la mitad de su curso hubiese vuelto atrás, anulando su propia duración. Como sucedió con la ausencia de aquel mancebo indio, que con la mitad de ella, regresando, destruyó la otra mitad y todos lo vieron llegar como si no lo hubiesen visto marcharse. Ni nadie tampoco le preguntó quién era la guaricha que traía por esposa... Cosas de un mundo donde aún están por formarse prejuicios y escrúpulos...

Reprimió enérgicamente la delectación de tal recuerdo, ladrón furtivo de su conciencia y apresando aquella ansia de rejuvenecimiento y esta imaginación de un mundo nuevo, les exprimió el sentido que pudiesen tener y ellas le dieron este zumo agridulce: "Si se pudiese volver a empezar!... Revocar el curso de la vida, doblar el tiempo sobre sí mismo para anularlo. Retornar al punto de partida de un destino enmendarlo... Hacer lo que él hizo con aquellos dos nombres que ahora estaban invertidos y contractos en el de Rosángela".

Pero Juan Crisóstomo Payara sabe que un pensamiento no se reprime sino reemplazándolo por otro en cuyo contenido se gasten las mismas fuerzas primordiales del alma, y así continúa exprimiendo aquel jugo que era repulsa de la vejez que llegaba y nostalgia de la juventud que no tuvo, hasta que le da una substancia depurada. Lo que origina aquella ansia de renovación de sí mismo y del mundo —dícese— de la sociedad humana en que pudiera moverse ese personaje viejo y nuevo que él sería si volviese a empezar o si hacia otro mundo se desplazase, no es propiamente el deseo de haber sido Otro, uno de la serie infinita de los que no se lograron siendo todos posibles, ni el de recobrar aquella juventud que no disfrutó, ni el de que, cambiando todo en torno suyo, viniese a resultar personaje nuevo, siendo viejo; sino pura y simplemente la irreprimible apetencia de continuar siendo tal como era y así se le admitiese.

La mentira de su paternidad y el falso amor filial de Rosángela que de ella se derivaba suplantaban su personalidad por otra, necesariamente contradictoria, y el, como realidad humana, se sentía poco menos que muerto dentro de la ficción de sí mismo que vivía en el concepto de aquélla; pero a merced de los movimientos del alma que lo llevaba dentro de sí, no más que como podría llevarlo, cada día menos, olvidándolo,

o cada día más, pero siempre recuerdo en una memoria, cuando él hubiese desaparecido realmente. Por el contrario, él necesitaba vivir, en pleno, su realidad íntima, restituirse al mundo de las verdades de donde desapareció al tomar cuerpo dentro de aquella mentira, recuperar su íntima esencia perdida, o más bien suspenda, como la noción de sí propio durante el sueño. Porque de durmientes era en verdad su caso. Tal como ahora aparecía ante los demás no era sino un ensueño que a otros les ocurría y con el cual lo deformaban Rosángela, de una manera, idealizándolo; otros... (Aquí el pensamiento de Payara perdía de pronto su contenido substantivo, como pierde ante el ojo lento su apariencia sensible un cuerpo arrebatado de Vertiginosa velocidad y soslayaba rapidísimo su propio abismo). Pero en todo caso aquellas figuraciones se nutrían de su realidad íntima, le sorbían los tuétanos de su alma y de ella no le-dejaban ya sino desapacible oquedad interior por donde a veces se deslizaban aquellos mismos fantasmas. Porque, como cosa soñada, él mismo, venía a resultar ensueño y como tal se sentía: a ratos imagen idealizada en el dulce dormir de Rosángela; de pronto pesadilla, no le importaba saber de quién, aunque aquí, al saltar por encima de su propio abismo, pareciale haber visto, un instante no más, los ojos de Hinojoza en su última mirada. Sucedíale como a quien soñara dormir entre muchos durmientes, todos soñándolo bajo una forma distinta y él sintiéndose disgregarse y desvanecerse en otras tantas sombras absurdas de sí mismo. Y quería despertar de aquel horrible sueño de otros sueños.

Rosángela había venido a traerle un amor que buena falta le hacía: apasionado, como para que no echase de menos los que no cultivó o no pudo disfrutarlos en su juventud; puro, cual le convenía de allí adelante para sosegada delicia de su vejez. Pero tal como se lo ofrecía no podía tomarlo sino por modo de usurpación, o peor aún, de substitución.

Era para Carlos Jaramillo —no podía librarse de este pensamiento—, y él se lo robaba a su memoria como pudiese haber despojado de una joya a su cadáver. Sin duda no habría sido tan extremoso y delicado el amor de Rosángela para su padre verdadero aun en el mejor de los casos; pero, ¿continuaría siéndolo para él si llevándola al fatídico paraje le hubiese dicha: “De ese árbol colgué a tu padre”? Pero si habría sido monstruoso someterla a semejante prueba, también lo era mantenerla engañada, admirando y amando, como a la personificación de todas las posibles excelencias humanas, al ejecutor de aquella muerte.

De haberlo sido no se arrepentiría jamás y esto era signo evidente de que las fuerzas de su personalidad estaban íntegramente asistidas del instinto de permanencia en su propia forma; mas, para que pudiese hallar complacencia en aquel amor era menester que su

verdad profunda —nunca lo fue más que cuando aquella ejecución— resplandeciese ante los ojos: de Rosángela.

Ante los suyos propios se veía limpio, todo justicia hasta el fondo del corazón; pero aquel amor no le venía por el camino de sus obras, no se lo había conquistado él, sino que se lo tributaba Rosángela en desbordamiento y objetivación de su gran capacidad amorosa.

Había, sin embargo, dentro de su verdad, algo suficiente para que así se le admirase y se le amase. Rosángela era hija de su mentira, pero también del momento más generoso de su vida, de lo más noble que pudo haber en él cuando mintió. Hija de su espíritu, que significaba mucho más que de su carne y quizás, quizás si ella conociese la verdad, ya con buena razón para admirarlo, lo amaría más. Todas sus obras habían tenido el sello inequívoco de un egoísmo desmesurado, eran actos de una personalidad que ejecutándolos, no había hecho sino rendirse tributo y homenaje a sí misma y todas fueron tremendas; sólo una vez le fue permitido ser generoso, aquélla, y entonces llegó hasta el sacrificio... Pero ni aun entonces faltó a su destino la fatalidad que aridecía sus obras, ninguna inspirada de la apetencia del mal. Ni aun todavía faltaba, porque un brutal sarcasmo y no otra cosa era el gran amor filial de Rosángela. Pero ¿qué pasaría si él le confesase la verdad, aun sin llegar a lo monstruoso sucedido en Mata del Ahorcado?... Ya ella lo había dicho:

“—Si no fueras mi padre, me enamoraría de ti”.

¡Y esto no! Esto de ninguna manera. Porque no sería posible dentro de las leyes que habían dado carácter de verdad irreversible a aquella mentira y porque ni aun rompiendo definitivamente con la sociedad donde tales leyes imperaban, ni aun refugiándose en aquellos rincones del mundo que poco antes habían acudido a su memoria con la tierna plasticidad de un cromo —ahora se preguntaba cómo pudo ocurrírsele semejante ingenuidad— llevaría a ellos nada humanamente nuevo, sino un amor vulgar y además grotesco.

Y era, precisamente, una forma de amor insólito lo que él apetecía. Ni el paternal por engaño, ni el otro, que un hombre cualquiera puede sentir por cualquier mujer.

Ambas cosas significarían plegarse a las circunstancias, modificarlas para poder vivir dentro de ellas; mientras que él no se satisfaría con menos de que, siendo tal cual era y habiendo sido su vida tal como había sido, las circunstancias exteriores se allanasen a su voluntad de ser amado como ningún hombre lo fuera, con un amor increado.

Pero en llegando a este punto de su soliloquio, ya sutilísima la atmósfera espiritual donde se movía su pensamiento, cayó de pronto, cual por gravitación de sensatez,

en esta sencilla ocurrencia: ¿Y si un simple cambio de vida?

Todo el problema residía, quizás, en que la venida de Rosángela al lado suyo había creado una nueva situación que exigía nueva conducta y hasta nueva actitud ante la vida. Su confinamiento en aquel desierto ya no tenía razón de ser. Había sido una pausa rota ya por el acontecimiento imprevisto. Ahora su vida volvía a tener una finalidad fuera de sí mismo, siquiera la de procurarle a Rosángela una existencia más apetecible que la de la ruda soledad del hato. No era justo, por ejemplo, que todavía no la hubiese complacido llevando a Florentino a su casa para que la entretuviese un rato con sus cuentos y sus cantares... Florentino era un mozo de buena familia, hijo de un buen amigo suyo, persona muy estimable... Pero ¿a que venía esto? ¿Qué tenían que ver las condiciones personales y familiares de Florentino con el pasajero entretenimiento que hallase Rosángela oyéndolo cantar sus coplas? ¿Ni por qué, al mismo tiempo —dos imágenes interfiriéndose en un solo pensamiento— se le había venido a la memoria Martín Salcedo, él diciéndole: “de afuera vendrá”...? Estaba en que aquella pausa se había roto y ahora su vida debía echar a andar otra vez, de la finalidad inmediata de procurarle una existencia más llevadera a Rosángela, a la de preocuparse en su porvenir y a una más amplia finalidad de su vida en sus relaciones con la sociedad y con el país. Acababa de decirle a Juan Parao que su pesimismo era absoluto, pero ya no lo sentía así.

Tal vez si volviese a asomarse a la realidad venezolana, de que se apartara hacía varios años, sintiera correr por su alma aquellos aires nuevos de que le hablase Martín Salcedo. Cincuenta años no podían haberlo hecho definitivamente viejo. Anchos caminos tenía que reservarle aún la vida...

Y desde el fondo de ellos una voz decía:

—Ensilla tu caballo y sígueme.

Una voz llanera, de gran horizonte abierto...

* * *

Y aquella misma voz traía la Juan Parao en la sordina del corazón.

Regresaban de conocer al profeta, caía la tarde y Florentino comentaba:

—Algo debe de tener ese hombre para poder arrastrar tanta gente detrás suyo; pero yo, francamente, no se lo he visto. Que es un lunático, se cae de maduro. Aquello de no contestar a nuestro saludo y levantando la mirada y clavándola en el horizonte, romper a hablar, como si es tuviera solo: “Ya está prendida la candela en las cuatro puntas del mundo. . .”

—Eso pa los muchachos —continúa uno de los Peones—. ¿Verdá, Florentino? Yo creí que usted léiba a replicar con algún cuento como el de la tortuga careta, sino quería repetile el mismo.

—Tentado estuve de hacerlo, pero el Comandante me peló los ojos —dice, refiriéndose a Juan Parao.

Y éste sonríe desde su mutismo.

—Sin embargo —arguye otro de los peones—, el cuento del sueño en la pasada del páramo. ..

—De éstos tengo yo unos cuantos —ataja Florentino—.

Ese es el mal del páramo. Un sueño pesado que le entra a uno por todos los poros del cuerpo. Un sueño de estar dormido y despierto, al mismo tiempo, de que se va el alma y le entra otra, con la particularidad de que la que se le va es caliente y la que le entra, fría, como alma de muerto que se hubiera quedado vagando sobre la cumbre del páramo.

Frio como un yelo, dice este profeta de pacotilla que era el espíritu del gran profeta Elías que se le metió en el cuerpo durante ese sueño, a la vez que el suyo se le escapaba y como a mí me ha sucedido lo mismo, pero sin recurrir a la Biblia para explicármelo, no puedo creer en cuentos de camino, porque perro no come perro.

—Pero es que éste dice —rearguye el peón crédulo— que antes de sucederle eso él era un hombre entre los hombres, que pensaba con su cabeza suya, mientras que desde el despertar de ese sueño, siente que piensa con cabeza que ha sido enantes de otro hombre y ya no vive como uno entre los demás, sino como un resucitado entre los muertos.

—Con agua fría se cura todo eso.

—¿De mo y manera que usted cree, Florentino, que el hombre es sencillamente un loco?

—Cerca de por ahí lo buscan. -

- —La cuestión es que lo encuentren. Usted mismo acaba de decí que algo tiene ese hombre pa podé arrastrá tanta gente detrás suyo.

Y aquí intervino Juan Parao.

—La cuestión no es que lo tenga, sino que los demás se lo encuentren, o hagan como si se lo encontraran.

A lo que replicó Florentino:

—Voy a decirle como acostumbra responderme mi hermano cuando no me lo explico muy claro: hábleme en positivo, viejo. Porque algo muy serio debe de venir pensando usted para que lo traiga tan callado y de ese algo un buen poco deben de ser esas palabras que ha soltado de refilón.

Pero Juan Parao se limitó a sonreír, otra vez desde su silencio.

Ahora está encaramado sobre el tranquero de la majada y tiene por delante la callada inmensidad de la sabana, bajo la noche fosca. Florentino se le acerca y le pregunta: —Qué le pasa, amigo?

—Aquí, catire. Pensando en usted, casualmente. Arrímese, pa que echemos una conversación, ahora que no nos escuchan los muchachos.

Sospechó Florentino que se tratase de algo que le hubiese- dicho el doctor Payara para que se lo transmitiera —tal vez la orden de que lo hiciese abandonar el hato aquella misma noche, a pesar de lo que le dijera horas antes, cosa muy propia de aquel hombre con quien nunca nadie sabría a qué atenerse—, y repuso, ya poniéndose al tono de lo que esperaba oír:

—Su boca sea la medida, Comandante. Vaya diciendo.

—Dígame una cosa, Florentino Coronado —¡piazó e nombre pa encabezá una proclama!—
¿Cuáles son sus planes?

—¡Ah, caramba, compañero! Más valiera que me preguntara:

*¿Cuántos palos tiene el monte,
cuántas estrellas el cielo?
¡Cuántas veces me he acostado
contigo en el pensamiento!*

—Barajo, catire! Conmigo no sería. Pero hablemos en serio y déjese de coplas por ahora, que ya pa versos está bueno con los que ha compuesto. ¿No le provoca a usted hacer una cosa grande, de aquí p'alante en su vida?

—¿Como por ejemplo?

—Como por ejemplo, redondearse ese piazó – nombre suyo pa que un día lo llamen, a tambor batiente: General Florentino Coronado.

Florentino se rascó la cabeza, por donde nunca le habría pasado una idea semejante de su exclusiva ocurrencia y Juan Parao prosiguió:

—Mire, catire. En aquella mata hay doscientos treinta y cinco hombres bien contados y en pie de guerra. Porque quien dice llanero a caballo y con la sabana por delante, ya dijo la guerra andando. ¿Preguntará usted que dónde están las armas? Resérvese esto, catire: doscientos cincuenta máuseres y catorce cajas de tiros pa empezar, yo sé dónde se encuentran.

—Pero... ¿Es que el doctor Payara va a echarse al monte otra vez, coleándole la parada al profeta y ya usted está reclutando gente?

—El doctor no. Ya él no cree en nada ni en nadie, contímenos en nosotros, los pata en el suelo, mejorando lo presente. Dice que con este pueblo no se va a ninguna parte, porque y que no sernos sino una manada de inconscientes y de otras cosas por el estilo. Pero él está equivocado, Florentino. Se lo dice un hombre de ese pueblo, que se ha quemado muchas veces el pecho por la causa.

¿No le oyó usted en denantes al profeta un decir que no es de lunático? —"Yo vengo a despertar la palabra que duerme en el corazón de todos"— Ese es un decir muy profundo, Florentino. Por eso es que lo siguen esos hombres, que ya no son cuatro gatos y por eso jue que yo y otros muchos como yo, seguimos en denantes al doctor Payara: porque sentíamos que algo dormía en nuestro corazón y teníamos menester de que alguno, más aprendió, nos lo despertara. Dicen que la revolución se alza al grito de: ¡muera el ganao!; pero eso no es tan verdá como parece. Lo asegura el comandante Juan Parao, que un tiempo jue cuatrero, sí es verdá, pero que en su carrera melitar entoavía no se ha robao la primera gallina.

—Pero es que yo no entraría en esa lista, Comandante. Porque, la verdad sea dicha, ¡ah cosa para gustarme una gallina robada!

Déjese de guasas, catire. Se trata de una cosa muy seria: ya esta paz va muy larga y hay que hacé algo pa que se acabe. Y, además, ha llegado pa usted el momento de cambiá el menudo por la morocota, como digo yo. El menudo son sus aventuras de hasta ahora: sus tantos amores como cuantos- viajes y sus muchas coplas, que ya éstas no se van del llano y son bastantes; y la morocota, Florentino Coronado, es la parada grande, la que todo hombre debe tirá por lo menos una vez en su vida. ¿No me dijo usted, cuando llegó por aquí, que siempre anda resteado?

Y es la verdad, negro.

—Pues apúntese en ese dao que le están maraquiando. Usted tiene condiciones de jefe, catire. Se lo dice quien, en esa misma mata a que nos venimos refiriendo, descubrió un día un jefe en un patiquín y no se equivocó ni en el canto de un uña.

—Gracias, negro... Pero...

—Esa gente que anda detrás del profeta no está pensando en fines de menudo. No se crea. Muchos de esos hómbrs —yo hablé con algunos esta tarde, mientras usted se entretenía buscándole la lengua al profeta—, muchos de esos hombres se han puesto en camino solamente por aquello de "arrea y Dios te ayude". Esa gente lo que necesita y lo que en el fondo va buscando, es jefe.

—¿Y usted para cuándo se guarda?

Fue entonces Juan Parao quien se rascó la cabeza un rato, para decir luego, con un gran dolor de raza bajo su sonrisa plácida:

—Negro no llega a los postres, catire. Pa abrir boca yo no estaría mal, pero pa después... a mí se me ha me-tío en la cabeza que usted es el hombre que necesitamos los pata en el suelo pa que nos saque de abajo. De menos hizo Dios al catire Páez y ahí está la historia.

—De menos no sería ...

—Acabé de decirlo, catire: pero de más tampoco, ¿no es eso?

¡Caramba, negro! Si yo no tuviera la cabeza bien puesta, a pesar de mi fama de atarantado, tendría miedo de que usted me mareara.

—¡Eso sí que no, catire! Adulante no he sido nunca. —Ni habría por qué.

—Eso sólo Dios lo sabe. Varias veces le he escuchado decir al doctor Payara que Venezuela está todavía en la madrugada del primer día de la Creación, cuando las cosas empezaron a salir de la nada. Repetido sea, mejorando lo presente. Pero mire, catire, cuando entre los muchos cuentos que ya usted me ha echao de su vida por esos llanos, me refirió el pasaje de aquella lección que le dió en Corozo Pando el nieto del catire Páez, yo, que siempre ando viendo cosas, me dije : ¿No sería ese viejito el mismo general Páez que y que de tiempo en tiempo se aparece por el llano buscando a quien entregarle la lanza de Queseras del Medio?

Mire, Comandante —dijo Florentino, apeándose del tranquero—. No siga. Yo estoy curado en salud. Déjeme seguir cantandito mis canciones y enamorando a mis indias.

—Está bueno —concedió Juan Parao—. Si a usted le parece que eso es bastante, su gusto sea su medida.

Y al cabo de un rato, otra vez solo:

—¡Lástima de mozo, que no quiera sé lo que tantos otros han sío en esta tierra!

* * *

Al día siguiente, cuando amaneció, ya no quedaba por allí del profeta y su gente sino la nube de polvo que iban levantando, llano abajo.

Pero en Hato Viejo tampoco amaneció Juan Parao. Se lo llevó la sabana, que hacía días estaba llamándolo.

V

EL RUCIO MOSQUEADO

Es superchería muy generalizada en el bajo pueblo venezolano que cuando alguien desempeña con acierto y prontitud los quehaceres de su oficio, sin dar muestras de excesiva laboriosidad, se le crea asistido de la colaboración de un duende familiar y

propicio, al cual se denomina su muñeco.

Tal ocurría en Hato Viejo con El Guariqueño, a quien para desbravar un caballo salvaje y sacarle paso fino le bastaba la mitad del tiempo que otro amansador hubiese empleado. Y no sólo la peonada, sino que también el doctor Payara hablaba del "muñeco" de El Guariqueño como la cosa más natural y evidente y por tal misteriosa asistencia parecía sobreestimar sus servicios. Pero como es también muy corriente que aquellos a quienes se les atribuyan semejante ayudas cultiven la superchería rodeándose de misterio cuando desempeñan su trabajo, aquél no consentía apeadores que, acompañándolo en las carreras que les diese a los mostrencos, pudiesen descubrirle los entresijos de su oficio.

Así se habían explicado algunos —y entre ellos Payara— que, extremando sus reservas, hubiese procedido el amansador en el desbravamiento de aquel rucio mosqueado que un día se vino trotando detrás de la yegua que él cabalgaba, a paso aprendido, pero sin que nadie lo hubiera visto jineteándolo, ni supiese cuándo lo había enlazado y quitado de su hatajo, ya tan hecho a la presencia del hombre y tan dócil que por sus propios pasos se metió en el corral, cuya puerta le abrió El Guariqueño diciéndole:

—Entra, pues.

Pero la domadura del rucio era muy relativa, pues sólo se daba con El Guariqueño, quien a solas dentro del corral, entablaba con él una conversación misteriosa, indescifrable para los demás y que parecía mitad de un diálogo en el cual llevase la bestia la otra parte. Y si alguien manifestaba deseos de jinetearla, el amansador cazurro se limitaba a decirle:

—Guá! Eso es cosa tuya. Ahí está el mostrenco escuchándote. Y si es por falta de tereca que todavía no te has resuelto a echar la pierna, yo te presto la mía.

De donde coligieron los peones de Hato Viejo que muy bellaco debía ser aquel rucio, en cuya mirada creían descubrir algo que no era propiamente animal, y que todo esto y su singular aparición debíase a que tal vez amansado por el propio muñeco de El Guariqueño, que ya era algo más extraordinario que si lo hubiera domado éste con ayuda de aquél, y que, siendo así:

—¿Cristiano montando caballo amansado por duende? Yo por mi parte no me expongo a que ese mostrenco me lleve en vida pa el otro mundo. Que fue por donde a él le dieron las primeras carreras y nada tendría de extraño que le haiga quedado esa querencia. Y ya en esta tesitura, otra versión:

—Pa mí que ese rucio no es bestia verdadera, sino algún cristiano encantado. Si no, aguáitenle la mirada, que no es de animal.

Esto fue antes de la llegada de Rosángela, ya olvidada la leyenda del duende familiar de Hato Viejo. Ahora el extraño caso del rucio se explicaba de otro modo.

Estaba Payara contemplando la polvareda que había dejado en el horizonte la cabalgata del profeta, en el cual se alejaba de él, quizá para siempre, Juan Parao, y estaba El Guariqueño dentro de la corraleja platicando con el rucio, cuando Florentino, con súbita ocurrencia :

—Guariqueño. Como ayer me dijo el doctor que escogiera el mostrenco que más me gustara y el que más me gusta es el rucio amigo suyo, vaya despidiéndose de él, ya estoy ensillándolo.

—¡Guá! Eso es cosa suya. Ahí lo tiene, escuchándolo —repuso el amansador, cruzando luego una mirada de inteligencia con Payara, quitado de su contemplación por aquellas palabras.

Florentino se dirigió al caney sillero en busca de su montura y allí se le acercó uno de los peones a decirle: —No monte ese mostrenco, Cantaclaro.

—¿Que no? Ya voy a estar echándole la pierna, a ver si es verdad todo lo que cuentan de él.

—Hágame caso, Florentino. Mire que asina mismo dijo el Caraqueño.

—A ver. Echeme ese cuento. Que es raro que todavía no me lo hubieran echado.

—Como Juan Parao no quería que se hablara de eso; pero ahora que él se ha ido, oiga el pasaje. Fue que el caraqueño se empeñó en montá el rucio, porque en ese momento conversábamos de que esa bestia debía de ser la que habría amansado el blanco de por aquí pa los viajes de sus apariciones, que pronto debían de empezá otra vuelta por causa de la venida de la niña Rosángela. Lo cual se ha visto después comprobao, porque casi todas las mañanas amanece ese mostrenco bañado en sudor, sin que se sepa que naiden lo haiga sacao del corral durante la noche y pa casualidad es mucho que ca vez que eso pasa, alguno diga que se ha tropezao esa misma noche al blanco, sobre un caballo de ese pelo.

—¿Cómo se explica entonces que haya sido negro retinto el que montaba cuando se me apareció a mí?

—Yo no sé cómo podrá explicarse; pero lo que le estoy diciendo es el evangelio. Y volviendo a lo del caraqueño. Le aconsejamos que se dejara de eso, porque caballo amansado por duende no lo debe montá cristiano; pero el quería demostrarnos que se burlaba de esas creencias y siempre se salió con la suya. Le echó la pierna al rucio, le dimos llano y salió el mostrenco pisando volatería, que nadie se la había enseñan. Digo nadie de carne y güeso. Y nosotros desde aquí mirándolo, hasta que vimos que el rucio

cambiaba el paso y seguía de ahí p' alante como al de otra bestia que se le hubiera aparejado. Sin que por todo eso se viera tal bestia, por supuesto. Y así desaparecieron los dos en la Mata del Ahorcado. Porque eran dos, Cantaclaro. Eso se veía clarito. Este que digo: se comprendía. Bueno, pues. Apenas habían entao en la mata cuando ahí mismo vuelve a salí de ella el caraqueño rumbo p'acá y cuando llega se apea del rucio, le quita la montura y se la pone a la bestia de él, que era por cierto un matalón y sin decí palabra por su boca, coge su camino y se larga de por to esto. Y digo que por su boca, porque si no habló pa explicar lo que había sucedido en Mata del Ahorcado, en cambio lo jipato que llegó estaba diciendo a gritos que algo muy espantoso había mirado. De mo y manera que por aquí nos quedamos preguntándonos, to esa tarde y esa noche: "¿Qué sería lo que vió el caraqueño?"

—¿Y nada más, compañero? —pregunta Florentino, al cabo de una pausa.

—Na más, que es bastante.

—Pues ya van a salir ustedes de dudas, porque lo que soy yo monto el rucio, cuéstemelo que me cueste, y desde ahora les doy mi palabra de contarles lo que me suceda.

—¡Qué se va a hacer! —concluyó el peón—. Ya yo he cumplió con aconsejale que no monte ese mostrenco. Pero si usted se empeña... Ch'acá la montura, pa ensillárselo yo mismo.

* * *

Fue un ardid para el cual le sirvió de mucho haber oído aquel pasaje; pero el mismo peón que se lo refirió y todos los demás creyeron que las cosas estaban sucediendo tal como le ocurrieron al caraqueño. Incluso Payara parecía sumamente interesado.

Atravesó la mata y aplicándole las espuelas al rucio lo encaminó hacia las antiguas fundaciones de Hato Viejo, a donde no había vuelto desde que estaba por allí.

—Dije ayer que no me iría de por estas tierras sín llevarme algo en los cachos y la ocasión la pintan calva. Solita debe de estar la muchacha en la Casa Grande.

Al galope y protegido por la mata que lo ocultaba de la vista del Hato Nuevo, llegó a las ruinas de las fundaciones primitivas, y ya salía de la arboleda que las separaba de la casa de habitación de Payara, cuando se encontró de manos a boca con El Guariqueño.

Refrenó la bestia y se lo quedó mirando.

—¡Qué casualidad! —exclamó el amansador socarronamente—. Que ambos háigamos tenío la misma idea: usted en dar la vuelta por detrás de la mata y yo en cortó derecho pa salile alante.

—Pero supongo que no habrá sido para decirme eso, solamente.

—Pa eso y pa lo que venga después.

Se clavaron las miradas. Algo acababa de agregarse a la antigua querrela pendiente... Y de pronto, con simultáneos movimientos, tiraron de los revólveres.

Un grito les contuvo los brazos.

—¡Guariqueño!

Era Rosángela, que hacía rato estaba observándolo desde la casa, recelosa de la presencia de aquel hombre inquietante por aquellos lugares.

Florentino la vio avanzar hacia ellos y guardándose el arma dijo a su rival:

—Bueno, amigo. No tenemos suerte para esto. Será otro día.

Se les acercó Rosángela y encarándose a El Guariqueño le preguntó autoritariamente:

—¿Qué hace usted por aquí? ¿Por qué no está en su trabajo?

—Somos dos para la primera pregunta —refunfuñó el amansador.

—Pero yo se la hago a usted solo y no le acepto que me replique. Retírese de por todo esto inmediatamente. —Usted perdone, señorita; pero... dos vinimos y dos tenemos que dirnos. Continúe que ya falta por aquí Hinojoza.

—Ya le he dicho que no le admito que me replique. Quítese de mi presencia inmediatamente. Y agradezca que no le cuente esto a mi padre.

Volvió grupas El Guariqueño, no sin haberle dirigido una rápida mirada a Florentino, como respondiéndole a sus últimas palabras.

—Otro día será.

Y Rosángela lo siguió con la mirada hasta que se hubo alejado buen trecho. Luego, volviéndose a Florentino, que entretanto había estado contemplándola en silencio:

—¿Y usted, qué ha venido a hacer por aquí?

—Ahora no hago sino esperar que usted me ordene que me vaya y mientras tanto corregir la pintura que me había formado de usted. Veo que es usted una mujer valiente que sabe imponérselos a los hombres sin alzar la voz, al revés de casi todas las mujeres que he conocido, que cuando se ponen bravas gritan más que una chen-, chena. Pero ésa no era la figura que yo me había pintado de usted, de haberle oído la voz no más, la noche de Mal Paso.

—¡Sí es verdad! La noche en que usted nos sacó al camino. Que por cierto dice papá que todavía no se explica cómo pudo perderse en un lugar que conoce como sus manos. Ya me olvidaba de...

—No vaya a darme las gracias —atajó Florentino—porque entonces voy a quedar debiendo.

—No se preocupe. Con el mal rato que acaba de hacerme pasar, pocas ganas tengo de dárselas.

—Es verdad, digo yo ahora. Se me olvidaba pedirle excusas. Es una vieja pendencia que tiene El Guariqueño conmigo, por causa de unas coplas que a mí me salieron mejores que a él.

¿Y por eso se matan dos hombres? O mejor dicho: dos bárbaros.

—¿Sin mejorando lo presente, señorita? —Y cómo Rosángela no entendiese—: Es una costumbre llanera de decir que lo que se ha dicho no se ha dicho por la persona a quien se le dijo... ¡Y he dicho! Por si fueren pocos los decires que he soltado.

Pues sin mejorar lo presente —repuso Rosángela. Y luego, sonriendo—: ¡Qué cara de poca vergüenza tiene usted!

—Poca es mucha, señorita; pero ése es un mal de nacimiento.

Sin embargo, anoche, casualmente, me hablaba papá de su familia de usted y como se expresó muy bien de sus padres y de su tío, que fueron buenos amigos suyos y él es tan escrupuloso en escoger sus amistades...

—Pero es que mi mal no es de herencia, sino de nación, como decimos los llaneros brutos.

—Y como lo repiten los que no lo son, ¿verdad? Por cierto que esa conversación provino de que papá me ofreció que esta noche vendría usted a cantarme algunas de sus coplas más famosas.

Y como esto dejase desconcertado a Florentino, tuvo tiempo para proseguir:

Ya le había dicho yo que deseaba oír a ese Canta-claro, de cuya fama todos los llaneros se hacen lenguas.

Por primera vez se sintió humillado Florentino al oírse tratar como a cantador y sólo se le ocurrió replicar:

Pues ... Pues ahí tiene usted la explicación de mi venida hasta acá. Vine a decirle que esta noche vendrá Cantaclaro a despedirse de usted, cantándole unas coplas.

—¡Ah! Conque, ¿ya está de marcha?

—Ahora mismo la emprendería si no fuera porque ya le he prometido venir esta noche.

—Por mí no desista de su viaje si ya lo tenía resuelto.

Yo nunca he tenido resuelto nada cuando lo he hecho. Todo me ha venido siempre por corazonadas y todavía no me había arrepentido de la primera.

Mas, como advirtiese que Rosángela esquivaba sus miradas para fijar las suyas en el camino por donde se alejaba El Guariqueño, se interrumpió y concluyó:

—Pero como ya le dije lo que tenía menester y ya El Guariqueño va lejos...

—Bien. Ahora sí puede irse —repuso Rosángela—. Y acompañando la amonestación con el índice— Pero cuidado como vaya a darle alcance.

—Despreocúpese, señorita. Cogeré otro camino. Me iré por donde vine, silbandito iguanas, como decimos los llaneros que se van los que han ido por lana y salido trasquilados. Y si El Guariqueño me busca, me dejaré pegar.

—No tiene usted cara de eso, a pesar de lo que le dije antes. Ni yo podría exigirselo tampoco.

Florentino se la quedó mirando y luego :

—A mí puede exigirme usted todo lo que quiera.

—Gracias.. Bueno... Váyase a preparar las coplas que me cantará esta noche. Porque supongo que algunas serán inéditas.

Y le tendió la mano.

¿Coplas?

—¡Apréciate, Cantaclaro! Que me da el corazón que esta noche vas a cantar tu última copla.

*Por los caminos del llano
fui mis cantares dejando,
el viento me iba siguiendo...*

.....

*Por los caminos del llano
voy mis cantares buscando...*

—¿Dónde estoy, que no me encuentro?

* * *

Y aquel día se confirmó la leyenda del rucio mosqueado, que era un caballo sobre el cual se corría el riesgo de transportarse en vida al otro mundo, pues cuando de regreso al hato Florentino le sacó la pierna y los peones acudieron a rodearle, preguntándole:

—¿Qué hubo, Cantaclaro?

El les respondió enigmático :

—Que yo también me voy de Hato Viejo ahora mismo.

VI

EL REPUDIO DE LAS POTRANCAS

Porque era realmente otro el mundo al cual se había asomado. Rústicas muchachas llaneras que con una malicia y una copla ya tenían bastante para sentirse enamoradas del cantador mujeriego, habían sido siempre las que cabalgaron su remonta, sabedoras de que así como las tomaba así las iba dejando. Pero que Rosángela fuese

una más entre ellas, ni que pensarlo. Ni sombra tampoco en su ánimo de semejante propósito. Marcharse enseguida era cuanto deseaba. Porque tampoco esto era propósito, sino deseo, como de cosa que no dependiese toda de su voluntad.

—¡Y yo que decía que para puntas de amores Canta-claro tenía contras! Ya esa copla como que voy a tener que borrarla de mi lista. Pero seguro mató a confiado:

*Agua clara y hombre libre
no se conservan lo mismo.
Agua clara, en el remanso;
hombre libre, en el camino.*

Pero Payara estaba todavía por allí y le dijo: —Aquí estoy esperándolo para que procedamos a coger el ganado que me comprará.

—¿Que le compraré? ...

—No sería muy correcto que retirase ahora su palabra.

—A usted no le he dado ninguna.

—Pero ayer le hablé de eso y usted nada replicó. Y el que calla, otorga.

—Mire, doctor, las verdades, claras, y el chocolate, espeso. Ni yo he venido a comprar ganado, ni tengo dinero para hacerlo.

—Lo primero ya se me había ocurrido, no obstante lo que acabo de decirle; pero lo segundo no es motivo para que deje de hacerlo si le conviene. Y creo que le convendrá. Dada la paralización de trabajo que habrá por todos estos hatos a causa del paso del profeta, es una buena oportunidad para que usted se gane algún dinero revendiendo el ganado que me compre, en el centro o en la cordillera, donde seguramente habrá escasez. Le advierto que, además de fiárselo, se lo venderé a su precio normal.

Todo, menos esto, podía esperar Florentino. Quedóse mirándolo con extrañeza y luego repuso :

—¿Y tiene usted tanta confianza en mí, doctor Payara?

—A buen seguro que un hijo de Ramón Coronado no se quedará con un centavo ajeno.

—Eso es verdad.

—Pues procedamos. En las sabanas de Jarizalito se majadean más de doscientas reses gordas que están a su orden. Vamos a cogerlas ahora mismo.

—Pero, ¿con qué gente saco yo ese ganado, doctor Payara? —arguyó, sin haber salido todavía de su asombro—. Y además, con ese llano tan seco, ¿quién se aventura a arrear?

—Lo primero está previsto y remediado. Yo le cedo los peones que necesite y todos están dispuestos a acompañarlo hasta donde encuentre otros que quieran trabajarle.

En cuanto a lo segundo, si es verdad que es mala época para sacar ganado, también sería usted mal llanero si no supiera sacar provecho de esa circunstancia, pues la habilidad y el mérito de un hombre consisten en hacer lo que otros no se atreven. Por otra parte, no debe tardar mucho la entrada de aguas.

—¿Y si lo dejáramos para entonces? Porque también es verdad que si ese ganado se me muere por el camino quedo yo embarcado con usted en una deuda grande.

—Para entonces lo haría yo. Y, además, para entonces no estaría usted por aquí, ni aunque faltaran pocos días.

Y en seguida a los peones, cuyas bestias ya estaban ensilladas:

—Vamos, muchachos.

Y Florentino volvió a echarle la pierna al rucio mosqueado, diciéndose mentalmente:

—¡Vaya, pues! Este hombre dispone de uno como si fuera también ganado suyo... ¿De dónde le habrá venido ese arranque de amistad para conmigo? Primero le dice a la hija que yo voy a cantarle canciones, sin haberme tomado mi parecer, como si fuera cantador a sueldo suyo, y después de haberle faltado un poco ayer nomás, para echarme de aquí como un perro, ahora me sale metiéndome unos reales en el bolsillo, como quien dice, a la fuerza... Que no dejan de venirme a pelo, por cierto. Porque el que está limpio, ni real tiene, y así ando yo hace tiempo. Que ya está de más que vaya a quitarle plata a José Luis, él sudando para ganarla y yo para gastársela... A menos que éstos sean "planes del viaje", como cuentan que decía aquel llanero a propósito del general Páez ... Que según Juan Parao anda buscando a quién entregarle la lanza de Queseras del Medio... ¡Ah negro y sus cosas! ¿Por dónde irás a estas horas? ... Pero, ¿qué estábamos diciendo, Cantaclaro? ¡Cantaclaro! ¿Hasta cuándo Cantaclaro? Florentino Coronado, hijo de Ramón Coronado... ¡Gracias, viejo! Hace tiempo que no me acordaba de ti, la verdad sea dicha. Digo, que no me pasaba por la cabeza la idea de que tú hubieras existido. Una misa de tres curas, cruz alta y responso completo te mandaré cantar en cuanto venda el ganado, porque al haber sido tú un hombre honrado y de fundamento parece que debo este fiado que me van a hacer para que me gane una plata. ¡Digo, si es que me lo hacen! Porque detrás de esta salida por las buenas bien puede venir otra contraria de este blanco, que es más oscuro que un negro a medianoche y con los ojos cerrados, pues nunca sabe uno por dónde le irá a derrotar.. Pero una cosa sí está clara: que me está tendiendo un puente para que me vaya en seguida. Falso, para que me enzanjone al pisarlo, o de plata, como dice el dicho que se le debe tender al enemigo para que se vaya contento y no vuelva.

Más claro no canta un gallo: que no estaré por aquí para la entrada de aguas, así falten pocos días. ¿Será que El Guariqueño le habrá contado? ... ¡En fin! Ya estoy otra vez en el rucio. Salga sapo o salga rana, vamos a coger el ganado.

* * *

Ya éste marchaba hacia los corrales, en pos de la tonada del puntera, tendida al ancho silencio de la tarde declinante, y aún Florentino esperaba por momentos lo que pudiese brotar del caviloso silencio en que venía sumido Payara, cuando, ya cerca de las fundaciones del hato, como oyesen lejanos relinchos, tanto el uno como el otro, buscando de dónde provenían, fijaron sus miradas en una polvareda distante que doraban los rayos del sol de los araguatos.

Levantábala el arremolinamiento de un hatajo de bestias salvajes y Florentino murmuró:

—Una rochela.

Pero en seguida advirtió que no eran simples retozos a que se entregase el hato, sino que en él se estaba cumpliendo uno de los más admirables misterios de la vida animal: El repudio de las potrancas ya aptas para el amor. A coces y dentelladas las despedía el padrote de aquella yeguada, porque eran sus hijas y el instinto, vedándoselas, se las hacía aborrecibles.

Y esto bastó para que, de pronto tomase cuerpo y contornos precisos un pensamiento, o sombra de pensamiento, difuso a través de todas las reflexiones de Florentino desde que se interesase en el misterio de Hato Viejo y especialmente de las encontradas inclinaciones que experimentaba respecto a Payara.

—Vamos a reventar esta postema —se dijo mentalmente. Y luego, cual si hablase a solas, pero espiando de reojo la actitud de Payara— : El padrote echando a las hijas con las cuales no se debe ayuntar. Hasta los animales respetan esa ley.

Nunca fue suspicaz Juan Crisóstomo Payara cuando en su presencia se hicieron maliciosas alusiones a cosas que se le imputasen, sino más bien obtuso y ello a causa del macizo sentimiento de sí mismo contra el cual rebotaban insidias y calumnias; pero ahora aquella punta había acertado con rotura insospechable de su coraza y por allí lo hirió al instante.

Palideció de ira y tirando bruscamente de la rienda su caballo, lo hizo girar encabritado sobre las patas traseras, de modo que vino a quedar con Florentino a su diestra, a tiempo que éste, sofrenando su bestia, se llevaba la mano a la empuñadura del revólver.

Fue cosa de un instante. Pero ya todo el ímpetu que iba a desatarse en el arrebatado de cólera, blandiendo el chaparro para cruzar el rostro del ofensor insidioso, estaba contenido y dominado por el ofendido, quien decía, con palabras macizas de voluntad en absoluto señorío de sí mismo.

—Sepa usted que Juan Crisóstomo payara no acata sino las leyes que él mismo se haya impuesto.

Y Florentino, sobrecogido por el respeto que infundía aquella contención y arrebatado su pensamiento a la noción de lo presente por el poder evocador de las primeras palabras de aquella frase, se sintió transportado a la escena imaginada a través del relato que le hiciera Juan Parao, de cuando Payara, ante el cuerpo ya péndulo de Carlos Jaramillo, se apoderó de su voluntad mostrándole el fondo de su alma con palabras que así comenzaban:

—Sepa usted...

Pero antes de que volviese a la noción de lo presente ya aquella fuerza incontrastable que efundía de Payara estaba toda dentro de éste, quien, como si nada hubiese sucedido, decía, indicando con un ademán el rebaño que los peones encerraban en el corral:

—Ese ganado no es que se lo fío, como en .un principio le dije, por razones que me reservo, ni mucho menos que se lo regalo; sino que con él pago, ni un céntimo más ni un céntimo menos, intereses incluidos, una deuda que tenía para con su tío Manuel. Es decir, hoy para con usted, su heredero. Hace veinte años, guerreando yo, Manuel Coronado se quitó, como se dice, de la boca, quinientos pesos para que yo racionase mis tropas. Quinientos pesos que al nueve por ciento anual que autorizan la ley y la honestidad a que nunca faltaron los Coronados en sus negocios, hacen hoy mil cuatrocientos. Justamente el precio de ese ganado que ya es suyo. Ahora tócale a usted sacarle mayor provecho. En cuanto a los peones que se lo conducirán, tampoco es favor que le hago. Se los cedo porque ya no los necesitaré y tendría que despedirlos.

Dicho lo cual le volvió la espalda, camino de su casa.

Florentino se quedó plantado en el sitio y allí estuvo un buen rato con su asombro, viéndolo alejarse, como a misterio viviente.

A lo lejos se levantaba todavía la polvareda del repudio de las potrancas.

VII

EL DESVAN DE LOS SUEÑOS

Se contuvo, ya al blandir el chaparro para cruzarle el rostro a Florentino, porque toda la energía de ímpetu vindicativo se convirtió de pronto en claridad interior y en voluntad reconcentrada para la experiencia heroica.

Las postreras palabras de Hinojoza, sobre cuyo sentido no había querido detenerse, luego la determinación de Evencia de instalarse en la Casa Grande, en vivienda paredaña con la de Rosángela, el arrebatado de rebeldía de ésta en aquella ocasión y sus supersticiosos temores ante el paisaje, el íntimo motivo que quizás determinase a Juan Parao a proponerle cambio de vida y vuelta al antiguo camino, y finalmente el insidioso comentario de Florentino, todo revelaba la existencia de una atmósfera de sospechas torpes acerca de los sentimientos que él abrigase respecto a Rosángela; pero lo más grave y abominable del caso era que él mismo, en inusitado desdoblamiento moral, había compartido tales recelos, de donde provenían aquellas furtivas salidas nocturnas, cuando en el profundo silencio de la medianoche, desvelado, sentía el tumultuoso palpitar de su corazón colmado de obscuras inquietudes.

Así, pues, lejos de ofenderlo con calumnia alevosa, Florentino lo había despertado de aquel sueño de sí mismo, dándole ocasión para que se reintegrase, y si no le demostró agradecimiento del bien espiritual que le hacía fue porque no llegó hasta la sinceridad plena, como él lo habría hecho en caso inverso con persona a quien estimase; pero tampoco estaba Florentino obligado a tanto y ya bastaba con que le hubiese dejado comprender lo que otros pensaban y se lo callaban.

Todo el mal provenía de que aquella mentira de su paternidad no era obra del momento más noble de su vida, como hasta allí se dijese, sino del temor a la deshonra, del necio respeto al qué dirán, pues todo: su matrimonio, su aislamiento en seguida, la misma justicia que se tomó en Mata del Ahorcado, para consentir luego en que prevaleciese la versión del suicidio de Carlos Jaramillo, todo había sido cobarde en el fondo, pura condescendencia con la opinión de los demás y, por lo tanto, engaño y mistificación de sí mismo. De donde era natural que torpes apetitos, colmándole de pronto el corazón, le adulterasen el puro amor paternal, de paternidad del espíritu, el sentimiento increado a que aspiraba respecto a Rosángela.

Ahora le confesaría toda la verdad, y de aquella revelación saldría o el hermoso sentimiento filial, depurado de mistificaciones, si Rosángela era capaz de comprenderlo, o su abominación, si el amor que le profesaba era sólo fruto de la mentira; pero en todo caso concluirían las tormentas espirituales, la suya propia y la que presentía que se estuviese preparando, si ya no estaba desencadenada, en el alma de Rosángela bajo aquella inquietud que ella atribuía a satánica influencia del paisaje. Conquistársela por sus obras verdaderas o perderla definitivamente, éste era el dilema de solución perentoria.

* * *

No era la primera vez que tal sucedía, según el decir de Evencia. Tres veces —aseguraba ésta— había visto, siempre a la misma hora del anochecer, aquella sombra que atravesaba el patio para ir a sentarse en el sardinel del corredor de la Casa Grande. Pero ahora el decir de la vieja había sido en respuesta a una angustiada pregunta de Rosángela hacia tal corredor:

—¿Quién es? ¿Quién anda por ahí?

—El difunto José, niña Rosángela. Su centinela que no la desampara. Récele un Padrenuestro y no le tenga miedo.

—¿Usted también, Evencia? —preguntó Rosángela—. Ya estoy harta de oír hablar de aparecidos. Primero que si el blanco y ahora que si Hinojoza. Ya me tienen los nervios de punta.

Muy inquieta estaba, en efecto, desde la mañana cuando vió a El Guariqueño rondando la casa y el miedo a que volviese por allí aquel hombre mal encarado la había hecho sentir pisadas cautelosas en el corredor.

Más que nunca había experimentado aquella tarde la congoja de algo tremendo que fuese a sucederle por momentos, pues lo ocurrido en la mañana no podía significar sino que un grave peligro se cerniese sobre ella, ya que era inadmisibles la explicación que le dio Florentino del motivo de su aparición por allí, poco después de la llegada sospechosa de El Guariqueño. No quería darle acceso en su imaginación a la forma de aquel peligro, pero admitía que había sido salvadora la llegada oportuna de aquél.

Por otra parte, tarde de congoja precursora de tormenta, sin una ráfaga de viento, nunca la había impresionado tanto aquel silencio que gravitaba sobre el paisaje, cual ya para romperse en el estruendo final del cataclismo. Y allí estaba, mirando hacia el camino por donde se marchó El Guariqueño y sintiendo a cada momento el espeluzno de un terror supersticioso que le recorría la espalda, cual si se la volviese a la presencia invisible

del espíritu de Hinojoza, de quien nunca supo qué sentimientos abrigaría respecto a ella. Allí estaba, sin desearlo, pero también sin atreverse a abandonar el corredor, cuando apareció Payara, que no le llevaba sino tranquilidad efímera, de no sentirse sola ya, al verlo acercarse.

Se apeó Payara de la bestia, dejándola al cuidado del muchacho caballericero que allí lo esperaba y entró en la casa dirigiéndole a Rosángela, que le salía al encuentro, un seco:

—¿Qué hay?

—¡Gracias a Dios que has venido antes de que obscureciera del todo! ¡Tenía un miedo!

—¿Sí? —repuso, como si se tratase de cosa que nada le importara, y luego, retirándose de ella, que le presentaba su frente al beso ya acostumbrado—: Espera. Déjame lavarme y cambiarme. Vengo hecho un asco, de polvo y de sudor.

Y pasó a su habitación dejándola plantada en la sala, con un torbellino de imágenes interrogantes, todas girando en torno al acontecimiento de la mañana.

Mucho tardó en cambiarse y venir a sentarse en la sala donde ya ella lo estaba en una de las mecedoras, cosa que hizo sin dirigirle la mirada, atento al arreglo que hacía de sus uñas, acaso para que sus ojos tuviesen ocupación y no traicionasen el tono de serenidad que necesitaba imprimirle a su conversación. Y así comenzó, al cabo de un rato:

—Te anuncié el otro día que hablaríamos a propósito de ese raro temor que te inspira el paisaje de la sabana y que, por lo visto, hoy has vuelto a experimentarlo.

—Más que nunca —repuso Rosángela, haciendo esfuerzos por minar la alteración repentina y en apariencia inmotivada de sus nervios.

—¿No tendrá eso alguna relación con aquel sueño de tu infancia que una vez me referiste?

Segundos apenas duró la pausa que medió entre estas reposadas palabras y las que hubo de agregar para precisarlas; pero Rosángela los vivió tan intensamente que de allí adelante habría de parecerle su existencia prórroga de un plazo vencido.

—Aquella pesadilla de tu niñez, de unas voces que ya iban a revelarte algo que tú no querías oír. ¿Recuerdas? —¡Ah! Sí.

—¿Estás segura de que fue realmente un sueño?

—¡Cómo no! Una pesadilla de muchas noches —respondió con atención vacilante, todavía no bien concentrada por el tema de la pregunta intempestiva.

—Una pesadilla de muchas noches —

repitió Payara, atento a sus uñas, como si sólo esto le interesase y el hablar

fuese entretenimiento superficial y pasajero—. ¿Siempre la misma, verdad?

Y al cabo de otra pausa y alzando los ojos para mirarla mientras le respondiera:

—¿Estás segura de que era, realmente, un sueño involuntario?

—¿Involuntario? ... ¿Por qué no he de estar segura?

—No me respondas con preguntas —y volvió a ocupar su mirada en la atención al arreglo de sus uñas—. Es una curiosidad de médico que me ha asaltado de pronto, hace unos momentos. ¿Estás segura de que no fue, más bien, un sueño voluntario?

Lo reiterado de la pregunta aumentó la sorda inquietud de Rosángela. Su voz tenía una vibración de angustia cuando repuso.

—¡Voluntario!... Recuerdo que le tenía tanto horror a esa pesadilla, que cuando me acostaba me encomendaba a las ánimas del purgatorio para que me librasen de ella, como me aconsejó tía Eulogia.

—¿Luego tú, y probablemente Eulogia también, sabían ya lo que querían decirte esas voces?

Rosángela se quedó mirándolo unos momentos en silencio luego:

—¿Cómo podía saberlo sin haberlo oído nunca?

—¿Y entonces por qué le temías a lo que fueran a decirte?

—¡Qué sé yo! Disparates de los sueños, donde las cosas son y no son al mismo tiempo, y por eso pueden saberse e ignorarse a la vez.

Al replicar así trató de mostrarse despreocupada y risueña, pero en la mirada y en la vibración de la voz advertíase el desasosiego que le causaba aquella conversación, cuya finalidad debía de exceder a la de una simple ocurrencia momentánea, como dijese Payara.

Y éste, al darse cuenta de aquella inquietud, soslayando el propósito que perseguía, a fin de que el espíritu ya prevenido de su interlocutora no se le cerrase rotundamente, exclamó :

—¡Curioso mundo el de los sueños! En ellos, como bien dices, las cosas pueden ser y no ser al mismo tiempo. Y serían mucho más singulares si pudieran contarse tal como se sueñan; pero al referirlos, y antes, al recordarlos, los deformamos quitándoles lo más característico.

Y luego, volviendo a su plan:

—Pero no todos son tan disparatados como parecen; sino que, por el contrario, muchos resultan más lógicos que la misma realidad. Unas veces se sueña con lo que se quisiera realizar, pero otras veces los sueños vienen a resultar como desvanes donde se arrumban las cosas que estorban en la casa. Algo de eso he leído hace poco.

Y volviendo a mirarla, escrutadoramente:

—Como probablemente hiciste tú con esas voces que no querías escuchar.

¿Yo, por qué?

Ya era muy elocuente la ansiedad con que ella formuló esta pregunta que la traicionaba; pero él necesitaba prueba explícita de que las cosas habían sucedido como lo presumía y puntualizó:

Porque era desagradable la revelación que querían hacerte, odiosa tal vez. O mejor dicho y sin tal vez: que ya te habían hecho, en parte y de manera confusa. Probablemente alguna conversación indiscreta de mis hermanas en presencia tuya, quizás siendo tú muy niña y ellas confiándose en que no entenderías. ¿No recuerdas haber oído, allá en tu niñez, algo que querías haber ignorado siempre y totalmente? ¿Algo que, por odioso y absurdo, mereciese ser arrumbado en el desván de los trastos que estorban en la casa?

Y como ella no respondiese, desemblantada y anhelante, volvió a soslayar el propósito que perseguía:

Insisto en explicarte que es una simple curiosidad de médico la que me inspira este interrogatorio. En estos días he leído un artículo científico donde se dice poco más o menos, que muchas de esas preocupaciones sin motivo preciso, de esos miedos y sobresaltos cuyas causas no nos explicamos bien —como esos que te asaltan ante el paisaje, por ejemplo—, generalmente provienen de impresiones de la primera infancia que no queremos recordar, siendo muy frecuente que esas impresiones sean desterradas, como quien dice, al mundo de los sueños. Es decir: que sólo como a recuerdos de pesadillas podemos darles acogida en nuestro espíritu. Y esto me ha hecho pensar que esos temores absurdos que te asaltan, esa expectación de una catástrofe que te sobrecoge ante ciertos aspectos del llano y esas pesadillas de tu infancia provengan de impresiones reales a las cuales no quieres darles acceso en tu alma.

¿Y si nos fuéramos para Caracas? —replicó Rosángela, con una incongruencia sólo aparente, signo de que su pensamiento ya no atendía a las excitaciones de afuera sino a las voces interiores, hasta allí reprimidas, que otra vez querían hacerle la odiosa revelación.

A lo cual respondió Payara, al cabo de una pausa, cerrados los ojos y pinzándose el entrecejo:

—Huir no es remedio cuando la curación sólo puede venir de hacerle frente a la verdad. A veces no somos en absoluto responsables de la mentira que nos rodea y a veces sólo a medias y con atenuantes de buena intención; pero la mentira es siempre como el aire confinado y la obscuridad, donde los pulmones se dañan y el alma se llena de absurdos temores y torpes pensamientos. Una mentira, aun en el mejor de los casos, no debe subsistir una vez, que comienza a producir trastornos espirituales.

Yo pensé como tú en el primer momento, pero luego comprendí que dondequiera que estuviésemos, mientras permanezcamos en la mentira que nos rodea, seguirían manando en nuestros corazones las fuentes temerarias.

La frase alambicada con que concluyó fue tal vez un velo que se echó de pronto encima su pensamiento, a punto de desnudarse; pero cualesquiera que hubiesen sido sus palabras ya estas holgaban por completo. Y cuando abrió los ojos ya Rosángela no estaba frente a él.

La vió abandonar la sala, la siguió un rato con la mirada en su ir y venir por el corredor, enajenada de sí, sosteniéndose la frente entre las manos; comprendió que la había perdido para siempre, se levantó de la mecedora y se fue a su habitación.

VIII

UNA SOMBRA ENTRE LAS SOMBRAS

Era ya anochecido. Cabildeaba inquieto el ganado encerrado en la majada, silbaban los peones tonadas de pastores para apaciguarlo, y Florentino, todavía bajo la impresión de la escena que había tenido con Payara, vacilaba entre si debía llevarse aquellas reses, pago de una deuda de que jamás tuviese noticias, o marcharse solo y escotero, aquella misma noche en todo caso, cuando de pronto cesaron los bramidos del rebaño, más no por efecto de amansamiento, sino de manera tal que a un mismo tiempo exclamaron varios peones:

—¡Se espantó el ganado!

Crujieron las palizadas del corral cediendo al empuje de la espantada, retembló el suelo bajo el tropel del barajuste y el rebaño se dispersó en la obscuridad de la sabana.

—¡El tábano! —dijo uno de los peones, en explicación de la causa de aquella espantada.

Pero otro le replicó:

—¡Qué tábano, compae! El blanco. Aguáitelo donde va.

E indicó hacia una sombra blanca que parecía alejarse entre las que cubrían la sabana.

—El propio espanto de Hato Viejo. El mismo que le abrió la puerta del medanal a Cantaclaro y todavía no quiere darle llano otra vuelta. Le ha espantado el gana-

do para que no pueda dirse mañana... Ande usted a ver por qué será.

Florentino oía y callaba.

Ya había cesado el estruendo de la carrera del rebaño; ahora eran otra vez los bramidos del cabildeo aquí y allá y el alboroto de los alcaravanes que dormían al raso y los gañidos lúgubres de uno de los perros del hato, así que los otros se cansaron de ladrar.

Y los comentarios de los peones acerca de los designios que persiguiese "el blanco" para impedir que Florentino abandonase el hato.

Florentino oía y callaba.

La dispersión del ganado había resuelto su anterior disyuntiva: ya podía irse escotero; pero la explicación de los peones no le satisfacía. En un principio había pensado que el causante de aquella espantada hubiese sido El Guariqueño, quien faltaba del hato cuando él y los peones regresaron de Jarizalito, y aún no estaba por allí, sin que se supiese por donde anduviera ; pero luego lo asaltó la sospecha, más cónsona con su propensión a lo misterioso y con la incertidumbre ante el enigma de Payara, de que bien podría haber sido éste, quién sabe por qué y hasta bajo la forma del aparecido que le había abierto la puerta del medanal.

—Pero si aquí está el rucio mosqueado —decía uno de los peones, en apoyo de su opinión de que no había sido el espanto el causante del barajuste, sino el acoso del tábano que enloquece al ganado—. De haber sido el blanco no estaría aquí el rucio. Además, esa sombra no parecía de jinete. A menos que fuera montado sobre caballo negro como la noche, para que no se viera sino como suspendida en el aire.

—¿Y es que no hay en Hato Viejo un caballo de ese pelo? —le replicó el que sostenía la versión del aparecido—. Sin ir más lejos, por ahí renguea todavía Azabache.

Referíase a un antiguo caballo de silla de Payara, viejo y manco, que su dueño había devuelto a la vida libre de la sabana y del cual ya le habían contado a Florentino que cuando Payara pasaba por donde él pastase, al oír el silbido con que aquél lo saludaba, se lo devolvía con un relincho afectuoso y se quedaba mirándolo hasta que lo perdía de vista.

Y ya no hubo razón que le impidiese a Florentino insistir en que bien podían ser el mismo personaje Juan Crisóstomo Payara y el blanco de Hato Viejo, que cuando a él se le apareció llevaba caballo negro como Azabache, que renco y viejo quizás todavía le servía a Payara para tales cabalgatas. Porque todo esto, lo que pensaba Florentino y lo que los otros decían, estaba sucediendo en aquel plano donde las dos explicaciones de un fenómeno, la racional y la absurda, pueden darse juntas y sin que se estorben en la mente del llanero, como ya había dicho el caraqueño en Mata del Anima Sola.

Que, por cierto, también dijo y ahora venía al caso, algo relativo a la inclinación de Payara por lo supersticioso.

De todo lo cual concluyó Florentino:

—Todavía me queda este rabo por desollar. Vamos a salir de eso ahora mismo.

Y ensillando de prisa el rucio que ya se había adjudicado, montó y se lanzó en seguimiento de aquella misteriosa sombra blanca.

Nada de este color divisábase en medio de la negrura de la noche, como no fuese el trazo vago y tortuoso del sendero que por entre los pastos conducía a la Casa Grande; pero Florentino lo seguía creyendo correr en pos de una sombra fugitiva entre las sombras y así llegó hasta la casa de Payara.

Aún Rosángela iba y venía por el corredor, arrebatada de sí, oprimiéndose las sienes, como para impedir la total expansión de la idea atroz que la atormentaba, cuando al advertir la presencia de Florentino, que se había detenido a observarla, corrió hacia él y le dijo:

—Sáqueme de aquí esta misma noche. Haga de mí lo que quiera después; pero sáqueme de aquí en seguida. ¡Ya, si es posible! Se lo suplico por lo que usted más quiera en el mundo. Líbreme de esta cosa horrible que me va a suceder. No me pregunte cuál es. Más horrible que todo lo que pueda sucederme yéndome con usted. ¡Sáqueme de aquí ahora mismo! ...

* * *

Medianoche era por filo. Un cacho de luna asomaba en el horizonte. Atrás, ya lejano, el canto de un gallo; por el camino adelante el áspero graznido de los alcaravanes. Ya se distinguían la cerca y la puerta del medanal; pero en ésta las trancas corridas franqueaban el paso. Florentino se preguntó :

—¿Como cuando llegué? Pues está visto que tanto para la entrada como para la salida, en Hato Viejo tengo yo portero que me evita el trabajo de apearme.

Pero en seguida distinguió una sombra blanca detenida junto a la cerca, a cierta distancia de la puerta... Acaso uno de los postes de la cerca misma, blanquecinos de intemperie, donde se reflejase, más que en los otros, el menguado fulgor lunar... Pero más bien parecía un jinete.

—Si eres el blanco, toma tú en paz descansa —dijo Florentino entre dientes y echando mano al revólver, agregó—: Y si no, prevenido mató a confiado...

Pero ya habían atravesado la puerta y aún la sombra permanecía inmóvil.

—¡Ah! Ya me lo explico todo —se dijo Florentino, guardándose el revólver. Todo sin que Rosángela se hubiese dado cuenta.

Y luego, siempre mentalmente:

"¡Adiós, doctor Payara! Gracias por la confianza que hace de mí y perdóneme los malos pensamientos".

IX

RECOGIENDO LOS PASOS

Clareaba el alba, ensanchó Florentino ruidosamente su pecho al aire sutil que ya comenzaba a moverse sobre la sabana, lo imitó Rosángela, automáticamente, consultó aquél su exacta noción del tiempo y confesó que acababan de transcurrir las cinco primeras horas de silencio continuo de toda su vida en marcha.

Pero como resultó cual si hubiese hablado a solas, porque más que silenciosa, ausente de cuanto la rodeaba y de sí misma iba Rosángela al lado suyo, en seguida se arrepintió de haber dicho aquella tontería y buena parte de la hora sexta transcurrió como las anteriores.

Hasta allí habían sido las cavilaciones en torno a lo que pudiese haber sucedido, la víspera, en la Casa Grande de Hato Viejo, para que Rosángela se decidiera a tomar la temeraria determinación que venía poniendo por obra; pero fuese como se lo imaginaba : Payara confesándole a la hija su amor de hombre "que no acataba sino las leyes que él mismo se hubiera impuesto" y luego consintiendo en que ella se marchase con él, abriendo con sus propias manos la puerta del medanal, que bien podían ser las mismas que a él se la abrieron ocho días antes y deteniéndose, finalmente, por allí, como una sombra entre las sombras, uno de tantos espantos de la sabana para echarle la última mirada a la fugitiva —fuese así como habían sucedido las cosas, o de otro modo cualquiera, incluso la posibilidad de que Payara, al darse cuenta de la fuga con el día, se lanzase a darles alcance, lo cierto era que, también con el día que ya despuntaba, una vida nueva se estaba abriendo ante él y había que pensar en ello.

Y como sucedió que a poco de haber dicho esto, Rosángela volvió la cabeza para mirar hacia atrás, ya completamente desvanecidas las sombras de la noche, vínosele a la boca una copla de otras veces, en análogos casos de mujeres, cabalgando al lado suyo:

*Nunca mires para atrás
cuando vayas caminando.
Ni el agua corre p'arriba
ni el ahora vuelve al cuando.*

No podía saber Rosángela que este cantar, entonado a media voz, fuese el mismo que habían oído todas las mujeres que se habían escapado con Florentino, de cuya fama de tenorio errante ya Payara le había hablado; pero aquellos versos con sordina componían un epitafio de su existencia ilusionada y al oírlos comenzó a moverse su pensamiento detenido.

¡Aquel ritmo pausado y armonioso de su vida al lado de las Payaras, agasajada y bien protegida, cuán precipitada y disparatadamente se lanzaba ahora hacia un destino incierto! No porque la víspera, en un crítico momento de tormenta espiritual —ya toda su alma en la espantosa claridad de aquella horrible intuición del objeto a que se enderezaba la previa exploración de su ánimo que hiciera Payara con lo dicho e insistido a propósito de su pesadilla de la infancia, no porque entonces le pidiera a Florentino que la sacase de Hato Viejo, al precio que quisiese ponerle a su favor, sino porque tres meses antes, en una hora menguada se empeñó en que Payara se la llevase consigo. Comprendía que la determinación que iba poniendo por obra no había sido la única solución del conflicto, sino la más burda y temeraria de todas, entre varias posibles y sensatas; pero no se arrepentía de haberla tomado, sino que, por el contrario, apuraba su temeridad como acto de rebeldía contra el destino y modo de expiación, al mismo tiempo, esperando por momentos la hora brutal en que Florentino quisiese cobrarse el favor que le hiciera accediendo a su súplica, para luego abandonarla a su suerte, una de tantas que en su continuo vagar habría tomado y dejado, la menos exigente, la más propicia de todas.

Porque una gran vergüenza irreparable debía caer sobre su vida en castigo de aquella pasión monstruosa —así se complacía en calificarla— que abrigó su espíritu bajo la falsa hermosura de su gran amor filial. Nunca había estado convencida, ni siquiera realmente engañada acerca de que Payara fuese su padre, y tan cierto le parecía esto, con tanta fuerza se aferraba su despecho a lo más odioso que tal afirmación pudiese contener, que ahora todo el proceso de su amor se lo explicaba como monstruosidad y deliberado engaño de sí misma, creyendo recordar perfectamente el preciso momento en que debió de desplazar hacia el arbitrario mundo de los sueños aquella certidumbre de haber oído inequívocos comentarios acerca de su verdadera filiación, a fin de que, consideradas como pesadillas de su infancia, aquellas voces internas que querían decirle la verdad —que ya se la habían revelado, decíase, pero ella no quiso prestarles atención— no le impidiesen disfrazar de sentimiento filial lo que en realidad no quería ser sino mala pasión.

No advertía, no quería advertir lo que había de contradictorio en todo esto, tal como pudo suceder y como ahora lo pensaba. Otra cosa habría sido —insistía en atormentarse— sí, aun a sabiendas de que Payara no era su padre, aquel sentimiento hubiese nacido de costumbre y reciprocidad; pero ni contribuyeron a lo primero circunstancias exteriores, ni Payara nunca le cultivó aquel afecto, sino que por el contrario hizo todo lo posible por desterrarlo de su corazón. Sólo una vez fue a verla y no propiamente a ella quizás, sino a las hermanas y por hallarse en Caracas, cuando la entrada de aquella revolución victoriosa, que sin esto tal vez no la habría conocido; sólo dos o tres veces, le había escrito y apenas para contestar sus cartas, disuadiéndola de la idea de unirse a él y, finalmente, no pudo ser más explícita su negativa al deseo formulado por ella una vez más, de que se la llevase consigo cuando la muerte de las Payaras. ¿De dónde, pues —se preguntaba—, sino de su corazón solamente, espontáneamente y aun contrariamente a todo lo que se origina de costumbre y reciprocidad, se había originado aquel amor, ya demasiado apasionado y vehemente para ser afecto filial? De la inconsciencia de la niña lo tomó como pretexto la mujer ilusionada —la mala mujer, decíase— y entre el temperamento amoroso y la imaginación ardiente y la desviación romántica le construyeron, con gran complacencia suya, aquella cosa abominable que un día le permitiría decir "si no fueras mi padre me enamoraría de ti", sabiendo que no lo era aquel a quien se lo decía y sabiendo, al mismo tiempo, que sí lo era, espiritualmente y ante el mundo, aquel a quien como a hombre amaba.

Estas eran las temerarias fuentes, como dijo Payara, y para cegarlas a piedra y lodo una gran vergüenza irreparable debía caer sobre su vida.

No se le escapaba que la determinación tomada no era la única posible, sino la más absurda y temeraria, pudiendo haber sido la más sensata decirle a Payara y quizá todavía a Florentino, que la llevase a Caracas, donde unas buenas amigas ya le habían ofrecido sus casas, cuando muertas Eulogia y Carmela se quedó desamparada y que aún le brindarían arrimo y protección; pero lo absurdo, fugarse con Florentino mujeriego para que hiciese de ella lo que quisiese, era, a la vez, quemarse en vivo la llaga de su culpa y desafiar al destino a que apurase la crueldad con que la trataba.

Esto ya era como si hubiese sucedido, porque en aquella copla estaba escrito el epitafio de su existencia ilusionada. Y se le desató el llanto contenido desde la noche.

"Ahora sí metí la pata hasta el codillo", se dijo Florentino, arrepentido de su cantar.

Y luego:

No se preocupe, señorita. Lo que usted ha hecho, mejor no puede estar; pero de Hato Viejo no vendrá nadie a impedirle que lo lleve a cabo, porque no fue que usted se vino, la verdad sea dicha, sino que la dejaron venirse. Que es también otra cosa que mejor no puede estar. Dicho sea en bien de quien ya habría tenido tiempo de echársenos encima. ¿No se fijó usted en aquella sombra que estaba cerca de la puerta?

Pero toda la atención de Rosángela se había detenido en la primera frase y a ella replicó:

¡Señorita! ¿Y por qué no Rosángela a secas? Como podría ser Francisca o María de la O... Una más en su cuenta.

—Francamente, no esperaba que usted me saliera con eso.

—No he tenido intención de ofenderlo... Pero, ¿no le dije ya que hiciera de mi lo que quisiese?

—Y voy haciéndolo. No se crea.

Y esto fue todo lo que se dijeron durante aquella, jornada.

* * *

Otra vez ante el rancho de Juan el veguero, con la tarde que moría.

Ni el perro sarnoso ni la inmundicia yacija del chinchorro colgado bajo el techo en piernas, junto a las negras topias sin lumbre. El conuco arrasado, en torno a la charca pútrida. Un revuelo de zamuros sobre una carroña. A la casa le faltaba la puerta y adentro estaba la oscuridad sola y muda.

—¿Qué se habrá hecho esta gente? —se preguntó Florentino—. ¿Pasaría por aquí el profeta y se irían detrás de él?

Pero en seguida advirtió que las cruces sembradas entre el monte eran ya cuatro, la nueva formada con dos trozos de la madera de la puerta y en el horizontal, trazado con carbón, un letrero casi ilegible que decía :

Ufemia

Eufemia, que una mañana, conversando con Juan, en una de sus pausas entre sílaba y sílaba se quedó callada para siempre. Eufemia, que ya no tenía sangre en las venas, hacía tiempo, sino un caldo de larvas inmundas que acabaron con ella. La del rostro de alabastro sucio, que aun así habría sido traslúcido a la interna llama del alma, si ésta no se le hubiera apagado, hacía tiempo, también. La madre, nunca realmente viva, de los hijos muertos de

Juan el veguero. La del vientre disforme, que bien pudo ser estéril, pobre mujer del campo venezolano siempre preñada de muerte. ¿Se sabe, acaso, cuánta bondad se perdió con Eufemia? ... Se sabe, solamente, que con ella desapareció de la tierra una inmensa capacidad de resignación.

Ya no hablaba Eufemia, pero con el silencio de la tarde bien podían reconstruirse sus palabras y, Florentino las recordó como si las estuviera oyendo:

—Si me pro ...por ..ciona u...na ra...jita e fós....

Así fue su muerte. Una pausa más larga que las acostumbradas entre sílaba y sílaba. Juan el veguero, como no acabase de oír la palabra completa, volvió despacio su mustia mirada hacia ella y viendo que ya no alentaba, que no era sino un peso inerte que hundía el chinchorro, se dijo, calmoso también:

—¡Guá! ¿Cómo que se murió Ufemia? ... ¡Ufemia, mujé! ¿Cómo que te has muerto de verdad?

Y después de una pausa, más larga que las acostumbradas:

¡Se murió Ufemia! ... ¡Ah, pues...! Se murió como un pajarito.

Con las tablas de la puerta fabricó el atáud. El mismo abrió el hoyo. El solo la enterró...

Luego sacó de las pajas del techo su machete rabón. Llamó al perro sarnoso—:

¡Centinela!

Y lo macheteó hasta descuartizarlo. Allá estaban todavía los zamuros disputándose lo que quedaba de su carroña.

Pasó después al conuco y lo arrasó. Y todo esto lo hizo despacio, callado, impasible... ¿Se sabe, acaso, cuánta mansedumbre se quemó en aquel arrebató de cólera? ... Se presume, solamente, que desde aquella mañana habría menos resignación sobre aquella tierra...Luego descolgó su chinchorro, se lo echó al hombro y se fue... Dentro de la casa estaba sola y muda la oscuridad de siempre...

Se fueron con el profeta —dijo Florentino, para que Rosángela no tuviese escrúpulos en pernoctar en casa por donde acababa de pasar la muerte—. Eran marido y mujer, a quienes conocí cuando iba para Hato Viejo. La casa no es un palacio, propiamente, pero es la única que hay en varias leguas a la redonda. Usted se acomodará en la pieza, que aunque no tiene puerta es más resguardada y yo colgaré aquí afuera, bajo el techo en piernas. Duerma tranquila, que yo no tengo sueño y le montaré guardia desde mi chinchorro.

Y mientras velaba el sueño de Rosángela —que fue más poderoso que su voluntad de no quitar los ojos del hueco de aquella puerta por donde las tinieblas malolientes del cubil se continuaban en la temerosa oscuridad del

desierto que lo rodeaba— a Florentino le desfilaron por la mente muchas ideas que nunca lo habían visitado. Unas claras, otras confusas; unas que tendrían realización inmediata, otras, lejana, otras que nunca llegarían a tenerla. Pero todas ya generosas, siquiera de algún modo.

Era como si la aventura del rapto de Rosángela, primera con la cual no perseguía un propósito torpe o mezquino o simplemente frívolo, le hubiese comunicado a su existencia —hasta allí sin rumbo ni finalidad útil, fuerza perdida como la del viento en la sabana— una mejor razón de ser, abriéndole ya el alma a otra mejor comprensión de la vida y en particular de su tierra llanera y de la gente que sobre ella amaba, sufría y esperaba.

Hato Viejo, donde había podido darse aquella cosa monstruosa de que un hombre hubiese tenido que decir, al pie de un árbol de cuyas ramas pendía otro hombre—: "Sepa usted que Juan Crisóstomo Payara habría querido morir sin mancha de homicidio"—. Y donde luego una mujer que tenía en los ojos la pureza del alma, hubiese tenido que decirle, al primero que se le acercase—: "Haga de mí lo que quiera, pero sáqueme de aquí".

Y esto que ahora lo rodeaba: una casa abandonada, cuatro cruces sembradas entre el monte...

—¡La pobre Ufemia —decíase—, que ya estaba muerta cuando me ofreció sancocharme unas yuquitas sin sal si le proporcionaba un fósforo... ¿Qué se habrá hecho Juan? ¿Adónde va el buey que no are, ni adónde irá ese infeliz que no pase trabajos? ... ¿Cómo es posible que yo ande cantando por la tierra donde suceden estas cosas?... ¡Se acabó Cantaclaro! Y se acabaron los amorcitos y los viajes sin rumbo... Hay que hacer algo más serio, Florentino... Hay que hacer algo para que en esta tierra un Juan el veguero no tenga tres hijos y una mujer y se le mueran todos, de hambre y de fiebres y de brujos... Y de jefes civiles, como el que arruinó a Juan el veguero... Hay que hacer algo, Florentino...

* * *

Otro amanecer sin canto de gallo ni lumbre encendida. Comieron las provisiones que Florentino llevaba en su porsiacaso; Rosángela, a la fuerza, porque él le había dicho:

—Mientras no coma, algo aunque sea, no seguiremos camino.

Y ya en marcha, dijo Florentino:

—Como usted no me ha manifestado deseos de que la lleve a alguna parte determinada, voy llevándola para mi casa a ponerla bajo el amparo de mi madre, que será sombra humilde, pero mejor no la hay para descansar de una mala jornada. Allí podrá estar mientras no resuelva que

La lleve a otra parte donde se crea más segura y mejor representada. Y le digo esto para que sepa de una vez cuáles son mis intenciones respecto a usted y haga el viaje tranquila. No como una Francisca o una María de la O., sino como quien es usted y así se la respeta.

Levantó Rosángela su mirada hacia él y balbuceó emocionada:

—Perdóneme. He debido comprender que es usted un caballero, Florentino.

—Porque vengo a caballo, será —repuso, con su habitual humor festivo—. Soy un hombre, nada más. Un hombre que ha enamorado a muchas mujeres para sacárselas.

Dicho sea con perdón de usted. Un mal hombre si usted quiere; pero que todavía no se ha aprovechado de una desgracia ajena. Yo nada quiero saber de lo que a usted le haya sucedido; pero sepa que conmigo viene más segura que con su padre, que ya es mucho decir.

Ella lo miró un rato en silencio, toda sonrojada y luego.

—¿Por qué me dice eso?

—Porqué ayer me dijo usted lo otro. Y porque el bruto es como el burro, que no sabe dar sino patadas.

Ya reaparecía la Rosángela del ánimo sereno y el espíritu bondadoso y comprensivo y la anunciaba una sonrisa, acompañando esta pregunta:

—¿Vamos a reñir por lo de ayer? Mal viaje haremos entonces. ¿Quiere que le repita que me perdone?

—No haga usted caso. Todo esto lo he dicho por buscarle conversación para que se distraiga un poco. En tal caso perdóneme usted a mí, por haberme atrevido ayer a dirigirle la palabra, antes de que usted me la dirigiera. Como si se tratara de una Francisca o de una María de la O.

Otra sonrisa, ya más efusiva, y:

—¿Si irá a resultar, Florentino, que no es usted un hombre sino un niño? Y rencoroso, además.

Fue él quien, entonces, se quedó mirándola un rato en silencio antes de replicar:

—¿Y es nuevo para usted este camino?

—Completamente nuevo. No el camino de afuera, que ya lo conocía, sino el de adentro, por donde un hombre va recogiendo sus pasos perdidos.

Y volviendo al humor chancero, porque las miradas de Rosángela le penetraban al alma:

—Pero ya se me enredaron las ideas, porque ahora resulta que si el hombre va recogiendo sus pasos, el camino tenía que ser ya trajinado. Que es como decir camino viejo.

Pero Rosángela, sin hacer caso de esto, insistió en aquello:

—¡Todo lo que empieza es niño! Ahí tiene usted un bonito asunto para una copla, si es que ya no la ha compuesto. Y ahora que las menciono. ¿Por qué no me canta algunas? ... Algunas de las que iba a cantarme anteanoche.

—¡Coplas! Ni usted ni yo estamos para eso. Pero, sin embargo, para que no diga que no la complazco, allá va ésta, como quien recoge sus pasos. La última que cantaré y porque al caso viene:

*Ese cielo tan rosado
es que el día está rompiendo.
Esta fiesta se ha acabado:
Cantaclaro se está yendo.*

TERCERA PARTE

I

LA SOMBRA DE DOÑA NICO

Nicomedes Belisario, viuda de Ramón Coronado, era una mujer bonísima; pero a la manera como son dulces y .refrescantes los frutos de las tierras secas y los climas ásperos, que esconden la pulpa jugosa bajo ríspidas cortezas. Cenceña, de rostro apergaminado sin ser demasiado vieja, bozo tupido y algo de barba, entrecejo aborascado y voz bronca, más que grave, a su retrato hombruno —no marimacho— correspondían sus modales.

Empezaba por reforzar lo ambiguo de su nombre, indistintamente aplicable a varón o hembra —que fue un acierto de sus padres, solía decir—, suprimiendo la preposición de, que antepuesta al apellido marital, según costumbre de casadas, pudiese indicar que era o había sido mujer perteneciente a hombre alguno; llamándose Nicomedes Coronado, a secas, desde que murió Ramón, así como en vida de éste y ya su esposa amantísima, se presentó siempre como Nicomedes Belisario, genialidad que siempre le celebró aquel que adoraba en ella y a cuya memoria ahora ella rendía especialísimo tributo de fidelidad al tomar su patronímico, más no como mujer que le perteneció, sino que lo llevaba en sí vivo y perenne y tan hombrón como siempre fue —agregaba—, golpeándose el pecho enjuto como tal vez no lo hiciera, más ufano de sí mismo, el propio Ramón Coronado.

No entendía doña Nico de eufemismos ni de matices, tanto en lo hablado como en lo ejecutado, pues a las cosas las designaba por sus nombres precisos, por rudos que fuesen y a la hora de proceder daba la bondad de sus actos, pero bondad tácita, de pura substancia sin condimentos artificiosos, como manjar que alimenta mas no regala el gusto. Caricias, nunca le salían tiernas, si es que alguna vez intentó prodigarlas; consuelos, no sabía darlos, porque no entendía que hubiese necesidad de ellos, ya que verdaderos pareciale que realmente no existían.

Que, por ejemplo, moría uno de los peones del hato —ella a su cabecera disputándosele a la muerte hasta el último momento— y la atribulada viuda se le arrojaba encima llorando y gimiendo:

—¡Ay, doña Nico! ¿Qué me haré yo sin Fulano?

—Por el momento, ayudarme a amortajarlo —respondíale áridamente—. Luego ocuparte más de tus hijos, para que no sientan la falta del padre, y pedirle mucho a Dios que tenga piedad de su alma, que no estaría muy limpia de pecados, seguramente.

Que alguien acudía a ella solicitando consejos:

—¿Qué le parece, doña Nico? Me encuentro en este caso y se me ocurre hacer esto.

Ella no hallaba mejor manera de ayudar al solicitante con su parecer, siempre juicioso y acertado, sino condimentádoselo con alguna aspereza, generalmente ésta:

—¡Pero, alma de cántaro! ¿No comprendes que eso que se te ha ocurrido, de puro bruto que eres, no es sino un disparate? Lo que debes de hacer es estotro.

Tal vez semejante falta de ternura y de delicadeza femeniles provenía de que Nicomedes siempre fue la única mujer en su casa, entre hombres enrudecidos por la soledad, las recias faenas llaneras y el íntimo contacto con la naturaleza bravía: primero el padre viudo, desde recién nacida ella y los numerosos hermanos, todos ganaderos; luego el marido, después el cuñado que la tomó bajo su protección, y finalmente los hijos. Costumbres y preocupaciones masculinas, entre las cuales se le atrofiaron las cualidades del carácter propias de su sexo, hasta el punto que mientras las mujeres evitaban su intimidad, por desapacible y aun su trato superficial, en cambio gozaba de grandes simpatías entre los hombres. Los hijos adoraban en ella, los amigos de sus hijos la llamaban madre, dábanle el mismo tratamiento los peones del hato al decirle Vieja, con familiaridad muy llanera, por lo demás, y no había viajero que no se detuviese en El Apuesto, donde se les pasaban las horas charlando con "la madre de los hombres", como le decían, obsequiados con el mejor café que se saboreaba por todos aquellos lugares, exponiéndole los asuntos o negocios que tuviesen entre manos y las dificultades que les ocurriesen y pidiéndole consejos, así por lo sensatos que siempre eran como por el gusto de oírse calificar de almas de cántaros o cosa por el estilo, que para ello nada más parecía estar formada, de la más áspera calidad sonora, aquella voz.

Nunca la alzaba doña Nico, como no fuese para regañar, que entonces era auténtica voz tonante; pero si en las charlas era sólo trueno sordo, como el que arrulla el sueño del llanero cuando se aproximan las entradas de aguas; si no se le distinguían las palabras a poca distancia, siempre era de presumirse que fueran amenas o jocosas, pues a cada momento sus interlocutores soltaban carcajadas, como si les hiciesen cosquillas.

En cuanto al mundo de los niños, doña Nico ejercía un poder de fascinación que es atracción y recelo al mismo tiempo.

A media mañana, ya despachados los quehaceres domésticos, solía sentarse en un butaque de cordobán, en el corredor, frente al patio terrizo que separaba su casa de las viviendas del peonaje y servicio, provista de un instrumento de tortura que ya conocían los chicos del ható. Echábase un paño sobre las piernas, lanzaba un silbido inconfundible, que valía por toque de comunidad y allí mismo comenzaban a asomar, aquí y allá, las víctimas de aquella fascinación, que no se hacían repetir el llamamiento, pero obedecían remisas y temerosas, paso entre paso y rezongando, hasta que la rodeaban y en silencio esperaban a que ella eligiese la primera en el diario tormento.

—¡Tú! —decía doña Nico, empuñando ya uno de aquellos instrumentos, que era un peine de dientes apretados y fijándose en la greña más cochambrosa.

La víctima escogida, hembra o varón, que para el caso del duro tratamiento resultaban lo mismo, se echaba sumisamente en el suelo y ofrecía su cabeza al sacrificio, apoyándola sobre las rodillas de doña Nico, que por lo descarnadas ya eran torturantes, y comenzaba el despioje con este acompañamiento:

—¡Sinvergüenza! Te están comiendo los piojos y tú como si tal cosa.

Otras veces era el sacarle las niguas y luego cauterizarles las heridas con kerosene, o curarles los sabañones y las pústulas que les salían de chapotear descalzos en el fango de los corrales del ganado, ellos becerreando y ella bramando:

—¡Grandísimo puerco! ¡Cochina!

Luego les limpiaba los mocos en el ruedo de su bata, se sacudía las otras inmundicias que quedaran en su regazo de la carmenadura de las greñas y daba una palmada anunciadora de la segunda y más encarnizada parte del tormento: la escuela matinal, donde las letras entraban a coscorrónes hasta el canto meridiano de los pata-rucos del gallinero.

Por las tardes, después de la siesta, otro silbido para el reparto de la merienda: leche y miel en panales, de los colmenares de aricas que en los huecos de sus troncos carcomidos criaban los viejos árboles de los alrededores del ható, cavernosos manaderos de silvestre dulzura, de donde doña Nico adusta tomaba la de su tierna hora maternal. Pero a este silbido acudían los chicos tan remolones como al de la mañana, aunque no rezongando, sino sonriendo, entre ariscos y maliciosos, pues si ya sabían de qué se trataba, siempre el acercarse a ella era cosa de fascinación que les daba gusto y miedo a la vez.

Finalmente, a la anochecida, otro silbido para el rezo y los cuentos adormecedores. De Blanca Nieves para las indiecitas de ojos brillantes y labios carnosos, como cundeamores abiertos; de la Cenicienta para que aprendiesen a ser humildes y hacendosas; de la Caperucita Roja, donde la voz estaba en carácter cuando hablaba el lobo, todos adaptados al paisaje y a las costumbres criollas y cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo, para que los varones fuesen aprendiendo que más vale maña que fuerza. Ingenuos relatos que tenían que ser originales de aquellas tierras donde la ferocidad y la astucia, el hombre de presa y el bellaco, rigen y mandan y componen el fondo del alma popular. Doña Nico imitaba muy bien el hablar de Tío Tigre, pero más se deleitaba en las picardías de Tío Conejo, cada noche una nueva y tan divertida que el sencillo auditorio se desmigajaba de risa. Ella entonces se los quedaba mirando y sonreía amorosamente.

Sentados en el suelo, desde los grandulones hasta los pequeñitos, fijaban en ella sus miradas ya maliciosas o todavía' inocentes, pero al cabo de un rato todos tenían en los ojos un mismo candor y una misma voluptuosidad de animalitos acariciados. Y no por la calidad de beleño de la voz monótona, como trueno lejano y continuo, sino porque sus almas intuitivas recogían los suavísimos efluvios de la ternura recóndita que durante aquellos momentos efundía de la doña Nico, así como ciertas flores que sólo dan su perfume al discreto aire nocturno —la Dama de Noche de los domésticos jardines criollos—, uno a uno se iban rindiendo los candorosos oyentes a un sueño dulce y espeso, como la miel de la merienda:

Pero aun sucedía algo más extraño, donde todo era obra de aquella apuntada fascinación. A veces, sobre todo al atardecer de los domingos, cuando una rara tristeza se apoderaba del alma de doña Nico, ésta iba a sentarse, silenciosa, en el butaque de cordobán y reclinando la cabeza en el duro respaldo cerraba los ojos. No había emitido el silbido acostumbrado, pero cual si de modo misterioso sus habituales oyentes lo hubiesen sentido resonar en sus almas, dondequiera que estuviesen, allí mismo comenzaba el receloso desfile de los chicos del hatu, a través del patio, hacia el corredor de las torturas y las delicias, y cuando doña Nico abría los ojos —ya ella intuía cuándo debía abrirlos— todos estaban sentados en el suelo, contemplándola en silencio. Ella sonreía, comenzaba a dirigirles preguntas a la altura de sus almas y ellos le iban contando sus pequeñas alegrías —porque se estaban estrenando un camisón de zaraza bonita o un par de alpargatas de todos los colores o porque habían descubierto un nido de paraulatas ajiceras en un mogotico— y sus grandes amarguras —porque las madres no les habían permitido ponerse sus vestidos domingueros o porque les

habían pegado, a causa de esto o aquello, hecho sin culpa ...— Doña Nico los oía y los comprendía, y ya su voz no era áspera...

Doña Nico echaba de menos sus nietos, que ya era hora de que estuviesen rodeándola.

* * *

Ya estas escenas venían ocurriendo todos los domingos, cuando llegó Florentino con Rosángela.

Este hijo era su debilidad, así como su orgullo José Luis, y si cuando departía con el segundo, generalmente sobre asuntos relativos al negocio del hato, que hacía algún tiempo no marchaba muy bien, cualquiera que la oyese sin mirarla tomaría por un hombre conversando con otro de su amistad no muy íntima, pues ambos dábanse tratamiento de usted; en cambio sus charlas con Florentino eran más cordiales y regocijadas, porque él siempre tenía picardías que contarle y ella se las celebraba y correspondía con otras, llamando las cosas por sus nombres, como entre alegres camaradas, guardándose ambos de que los oyese José Luís y concluyendo ella de este modo:

—¿Hasta cuándo serás loco, muchacho? ¿Es que no piensas asentar nunca la cabeza? Acababa de sentarse en el butaque de cordobán —era domingo por la tarde, precisamente—, cuando una de las sirvientas se asomó a la puerta de la cocina y le dijo:

—¡Doña Nico! Envido.

Quiero —respondió.

—Pues eche la mirada y aguaita lo que viene allá.

Hizo lo que le indicaba la sirvienta y exclamó:

—¡Válgame el guayuco del Nazareno de Achaguas! ¡Florentino acompañado! ¿Se me habrá casado el muchacho o será ésa una de tantas puticas que siempre lleva en su remonta y esta vez se ha atrevido a traérsela para acá?

Florentino se apeó en el patio y después de haber ayudado a Rosángela a que descabalgase, la dejó allí conforme a lo ya convenido con ella y se adelantó solo hacia el corredor donde doña Nico lo esperaba. Le explicó en pocas palabras lo más interesante de la singular aventura, concluyó tomándola del brazo y diciéndole:

—Le ofrecí tu sombra, Vieja; y no me harás quedar mal. Te juro que ella se la merece. Ven para que se la ofrezcas tú misma.

Y luego a Rosángela, que abochornada y cabizbaja había permanecido junto a su bestia esperando el resultado de aquella entrevista:

—Aquí tiene usted la sombra que le ofrecí, como la mejor para reposar de una mala jornada.

No se fíe de las apariencias; esta vieja mía es más buena que el pan y hace tiempo que le está haciendo falta una hija.

—¡Vaya un modo de recomendar! —repuso doña Nico. Y luego, tendiéndole la mano a Rosángela, con la sequedad de un saludo varonil—: Nicomedes Coronado, para servirle. Siempre que usted se lo merezca, por supuesto.

¡Ay, señora! —gimió Rosángela, abrumada de dolor y vergüenza—. Desaparecer bajo tierra es lo que yo desearía.

No diga disparates —repuso doña Nico, ásperamente, y asimismo agregó, aunque ya echándole el brazo sobre los hombros—: Camine.

Y fue así como le ofreció su casa y su amparo, sin palabras, pero ya con hechos.

José Luis no estaba allí y cuando regresó de la cacería a que dedicaba los domingos, doña Nico le comunicó la novedad y concluyó:

Por el momento, ateniéndome a las explicaciones de Florentino, le he brindado hospitalidad, pero ahora le toca a usted, que es el hombre de la casa, decidir si esa hospitalidad puede ser permanente. Yo sé que a usted le molesta el olorcito de las mujeres, y sin su consentimiento no me atrevería a apestarle la casa.

Era, en efecto, José Luis, misógino empedernido que no toleraba convivencia con mujer, excepto la madre, desde luego y tal vez por lo poco o nada femenino que ella era; pero compadecido de la triste situación de Rosángela y satisfecho de la noble conducta de Florentino, hacia el cual sentía debilidades paternas, puso a un lado sus caprichos de solterón y accedió, respondiéndole a doña Nico:

Es usted quien manda en esta casa. De modo y manera que a mí no tiene que consultarme para lo que quiera resolver respecto a esa niña. ¡No faltaba más!

Hechura de su madre, también José Luis dábale forma ruda a sus sentimientos bondadosos, y aquélla, que bien se entendía con él, concluyó:

Pues dejémosla, mientras ella no resuelva otra cosa.

Y en seguida a Florentino, que había asistido a la grave consulta, conteniendo la risa que le causaba la mala cara que la madre y el hermano le ponían a sus propias inclinaciones bonísimas:

Pero, eso sí: nada de amorcitos. Porque yo me llamo Nicomedes y no Celestina Coronado. Aquí las cosas claras y correctas.

Qué ocurrencia, Vieja! —repuso el tarambana—.

Para eso no me la habría traído para acá.

Pero Nicomedes Coronado no admitía persona extraña en su intimidad sin una previa y total demostración del carácter con que éste tendría que entenderse. O como decía Florentino: sin caracolearle por delante el caballo

para que el intruso se enterase de que no era de los que se dejan echar la pierna así como así. Y estas demostraciones empezaron con lo primero que le vino a mano al comenzar el día siguiente:

Uno de los muchachos del hato, que se había caído de un jobo y venía desgañitándose, arrastrado de un brazo por la madre, quien decía:

—Doña Nico, aquí le traigo este vagabundo para que me lo cure y aluego lo pele bien pelao. Aguaita el chichón que se ha hecho en la frente, por un tris no fue en la sien. Por estar encaramao en la misma mata de jobo de donde usted lo apió ayer.

Ajá! Pues ya vas a saber lo que es bueno —dijo doña Nico apoderándose de la criatura, que más chillaba de miedo al remedio ya conocido que por el dolor del golpe—. Tráete acá un poco de salmuera bien fuerte y dos limones y búscame ahí el frasco del árnica. Dicho lo cual a la madre del aporreado, continuó dirigiéndose a éste, pero alzando más la voz, a fin que Rosángela se enterase:

—Ya vas a ver cómo se curan en esta casa los porrazos y las heridas: sobándolos y restregándolos con salmuera, porque lo que pica es lo que cura. Así sean chichones del cuerpo como del alma.

Berreaba el infeliz debatiéndose bajo el implacable masaje y suplicando:

¡Ya está, ya está! ¡Por vía suyita, no me sobe más! Yo no lo vuelvo a hacé. ¡Ay, mi madre, yo no tuve la culpa!

Pero doña Nico no atendía ruegos cuando estaba aplicando uno de aquellos remedios que producían escozor, únicos que le inspiraban fe, y así continuó impasible hasta que desapareció el chichón. Luego, encarándose a la madre del aporreado:

Y tú, ¿dónde tienes los chichones de los garrotazos que te arreó anoche tu marido? ¡Jesús, doña Nico! —balbució la mujer—. No fue tanto asina, sino que Encarnación llegó anoche un poco ajumao y...

-No hay Jesús que valga. Ya me lo contaron todo. Que te pusiste a hacerle carantoñas a otro hombre y el tuyo te dió una paliza y bien merecida, grandísima zorra.

—¡Ay, doña Nico! ¡Ave María Purísima! Mire que la está escuchando el niño.

—También me está oyendo Dios, más no por eso dejo de llamar las cosas por sus nombres. Allá El, que por algo no me puso pepitas en la lengua. ¡Que no vuelva a saber yo que tú insistes en darle motivos de esa clase a tu marido para que te asiente la mano! A la

sombra de Nicomedes Coronado no pueden vivir sino los que marchen muy derechos, como Dios manda.

Y momentos después, al autor de aquella paliza tan oportuna, desde el corredor y a voz en cuello:

—¡Mirá, so borracho! Ya supe que sacaste anoche tu campaña con Eufrasia. ¿No te da vergüenza?

—Es que Eufrasia no me respeta si no le asiento la mano, Vieja.

—¿Y quién eres tú para qué te respete? ¿No te la pasas tú también enamorando mujercitas por ahí? Pues donde las dan las toman. Ya a Eufrasia le di su enjabonado y ahora te lo doy a ti, porque en toda falta hay dos culpables y cada uno merece lo suyo. Que no sepa yo que vuelves a levantarle la mano a tu mujer, porque a quien está bajo mi sombra y se conduce como es debido, nadie le toca un pelo de su cabeza sin enténderselas conmigo. Así sean mis propios hijos.

A lo cual se dijo Florentino, que todo esto había oído desde su cuarto.

—Ya la vieja caracoleó el caballo por delante a la muchacha.

Pero aquella mañana no hubo despioje ni escuela porque toda se la pasó doña Nico de la cocina a la habitación de Rosángela, preparando un buen almuerzo como lo acostumbraba cuando tenía huéspedes y disponiendo convenientemente aquella habitación, en la cual hasta flores puso, en un viejo florero que si alguna vez las conoció, ya las tenía olvidadas.

Y cuando Rosángela, conmovida por esta delicadeza de la cual no la creía capaz, aunque ya Florentino la hubiese prevenido acerca de las genialidades de su madre, quiso darle las gracias y comenzó balbuciendo:

—Señora...

Ella atajó:

—Déjate de arremuecos conmigo. ¡Qué señora ni qué señora! A mí trátame con confianza. Dime vieja, como todos me dicen. Y prepárate para que me cuentes tu historia, que quiero conocerla de tu propia boca, con todos sus pelos y señales, porque en casa de Nicomedes Coronado, ni telarañas ni misterios.

—Cuando usted quiera...

—Ya te diré cuándo. Ahora, arrea para afuera, que aquí no te han traído como presa para que te la pases encerrada en este cuarto gimoteando, sino para que dispongas de todo lo que es nuestro, con el favor de Dios.

II

TRUENO ABAJO

Díjole el positivista al fantaseador:
Tenemos que hablar, hermano.

José Luis, el positivista, en nada se parecía a Florentino, el fantaseador. Ni en lo físico — Belisario purito, como decía doña Nico del primogénito, su copia en lo cenceño, bronco de la voz, aborascado del entrecejo y moreno de la piel, que el sol llanero le había curtido ya, apergaminándosela; mientras que Florentino era de ese blanco bronceado de resol y viento sabaneros que por allí llaman catire, color de todos los Coronados—, ni en lo congénito del carácter, ya que de lo adquirido no habría que hacer mención, pues dos géneros de vida totalmente diferentes no podían producir semejanzas.

Le gustaban los cantares llaneros, más se desdeñaba de ocuparse en componerlos, que, por lo demás, para eso estaba ya Florentino; le agradaba viajar, pero detrás de su ganado y con rumbo fijo, cuando iba a venderlos a tal parte; no le interesaban las mujeres, mientras que Florentino no entendía vida sin viaje, ni éste sin alguna en la remonta; no soportaba injurias ni agravios, pero no barajustaba tan de pronto y por quítame allá esas pajas, como el hermano, y, finalmente, era sedentario, en cuanto puede serlo un llanero, le tenía apego al trabajo continuo y sabía administrar el hato de El Aposento que heredaran del tío Manuel.

Sin embargo, en El Aposento las cosas marchaban mal, con vistas a peor y ele esto era que tenía que hablarle a Florentino.

Por la cara que pones presumo que no será muy agradable lo que tengas que decirme.

Se trata, en primer lugar, de saber qué planes trae usted— repuso José Luis, quien por tímido y zamarro disimulaba todos sus afectos bajo tratamiento distanciador.

—Pues, en primer lugar, arrimarte el hombro de veras y con fundamento. O mejor dicho: coger para mí toda la carga del hato a fin de que tú descanses un tiempo y eches un paseo a la capital, o a donde te lo pida el cuerpo, que buena falta te hace complacerlo, pues todo no puede ser rigor.

—¿Paseos? ... Pero sigamos con mis preguntas. ¿Y respecto a esa muchacha, qué trae usted entre cacho y quijada?

—Acuérdate, hermano, de que ya te he dicho muchas veces.

que para puntas de amores

Florentino tiene contras.

—¡Jm! —hizo el positivista.

Y el fantaseador prosiguió :

—Las ganas de trabajar de veras y con fundamento no me vienen por ese lado, José Luis, sino del haberme convencido de que ya es tiempo de que amarre el bongo en una playa donde haya buen sesteadero, para rato largo. ¿Me explico?

—Como si hablara soñando.

Florentino se volvió a mirarlo y así permaneció un rato en silencio, antes de interrogar:

—¿Y si el sueño fuera de algo grande, José Luis?

—Yo no le haría ruido para que no se despertara.

—Ya hablaremos de eso, hermano. Por ahora mi propósito es, como te digo, arrimarte el hombro para que descanses un tiempo y te des un gusto siquiera, de los muchos que le has negado al cuerpo. Por ejemplo, ese paseo a la capital, que ha sido siempre tu ambición.

—¿Paseos? —volvió a murmurar José Luis—. No están las cosas para eso.

—Estando yo aquí...

—Mire, hermano. Yo no había querido confesarle la verdad para que usted siguiera tranquilo, llevando la vida que le gusta llevar. Porque, ahora que viene el caso, voy a referirme a una cosa que no sé si usted recordará. Cuando murió el viejo nuestro, a quien Dios tenga en su gloria, me acuerdo mucho que estaba usted en un rincón del cuarto acurrucadito, llorando y que yo me le acerqué y le dije : "No llore, hermanito, que a usted no le faltará apoyo en el mundo. Desde hoy en adelante yo voy a ser su padre".

—¿Que si lo recuerdo, hermano? —repuso Florentino emocionado.

—Pues bien —continuó el positivista—, como esa ha sido mi ley desde entonces, nunca he querido que usted se preocupe por lo positivo de la vida y con gusto he trabajado siempre para que ni a nuestra vieja ni a usted les falte nada. Pero una cosa piensa el rucio y otra el que le está ensillando, dice el dicho, y conmigo ha resultado. El negocio de ganado, que ya venía malo hace tiempo, ya pasó de peor. Los peajes —que y que ya no los hay— y los pasos de puentes, que por debajo los pasa siempre el ganado, pagando como si fuera por encima, acabando con ellos, y los derechos de empotramiento y las mil vagamunderías que todos los días inventa el gobierno para exprimir al trabajador, se llevan todo el dinero que produce el ganado, sin contar la necesidad de venderlo a como quieran pagarlo los que tienen el monopolio de la matada.

Sin embargo, yo me había ilusionado por creer en aquello de que "no hay mal que dure cien años", que lo que está resultando cierto es que no hay cuerpo que lo resista, como termina el dicho. Me había ilusionado, digo y gasté todos los ahorros, que habíamos hecho, por vivir como vivimos sacando del cuero las correas, en comprar las sabanas de los alrededores de El Aposento que me fueron ofreciendo en venta sus dueños desesperados, y luego, ilusionándome más, fui y cogí prestados unos reales que toditos se los tragó la cerca, a estas horas no terminada todavía. Estos reales, que me los habían dado hasta sin recibo, como ya sabe usted, tuve que pagarlos buscándolos en otra parte y para eso, como ya usted también sabe, tuvimos que hipotecar el ható.

—No se aflija, hermano —interrumpió Florentino—. Ya saldremos de abajo otra vez.

Ahora seremos dos para meterle el pecho al trabajo. ¡Y con las ganas que yo tengo de pegarme a la brega! En cuanto rompa la entrada de agua vamos a coger un buen lote de ganado, que yo mismo iré a vender a la cordillera ... O mejor dicho, dos buenos lotes; uno que me llevaré yo para la cordillera y el otro que lo arrearás tú para el centro. Y así matarás dos pájaros con una misma piedra: conocer la capital y vender el ganado a buen precio, porque el que madruga coge agua clara y este ario, antes de que otros hayan terminado de recoger, ya nosotros iremos arreando. ¡Eche galante, hermano! Aquí hay hacienda bastante y toda gorda. Cuando las cosas se ponen difíciles es cuando más me gustan y me provocan. Mañana mismo rompemos los trabajos, porque ya no debe de dilatar la entrada de aguas...

—Pero es que hay algo más, hermano —replicó José Luis, pesaroso de tener que destruir aquel entusiasmo explosivo—. Hace dos días que he sabido que la hipoteca que pesa sobre El Aposento la va a tomar en traspaso el coronel Buitrago.

Florentino contrajo el ceño al oír mencionar al Jefe civil del distrito, en cuyos términos estaba ubicado el ható, mala persona y peor autoridad con quien ya había tenido rozamiento por causa de algunas coplas, en las cuales satirizaba, aunque sin nombrarlo, su codicia y su brutalidad.

—La operación todavía no se ha efectuado —prosiguió José Luis—, pero me consta que ya es un hecho detrás del cual estaba hace tiempo Buitrago, quien, como ya usted sabe, tiene visteado El Aposento y varias veces me ha propuesto que se lo vendamos, por lo que él cree que vale, desde luego y no por lo que queremos pedir.

—Pues que se siente a esperar.

—¡Ah, caramba, hermano! Con ejecutarlos la hipoteca a su hora y punto ya tiene causa para obligarnos a vender.

—Es que a esa hora y punto no se llegará, porque antes tendremos los reales para rescatar la hipoteca.

—¿Y si no los tenemos?

Ya verás que sí. En último caso hacemos otra operación para pagarle a Buitrago. Todo menos venderle El Aposento.

—¡Ah caramba, hermano! Vuelvo yo a decir. ¿No sabe usted en qué tierra vive? Ese hombre es el mismo que arruinó a los Bejaranos, haciéndoles meter en la cárcel a cuenta de revolucionarios, porque no quisieron venderle Las Juajitas a él como quería pagarla, que es como él compra.

¡Ah malhaya se atreva con los Coronados!

Se atreverá, hermano. No se haga ilusiones. Ese hombre está bien cogido con el gobierno y así fuéramos las Tres Divinas Personas, dicho sea con el perdón de ellas y contando a nuestra vieja, que para el caso sería un hombre, nos hace meter en la cárcel con tres pares de grillos, como los que les pusieron a los Bejaranos. Ya nos está poniendo dificultades. En días pasados .me embargó un lote. de ganado porque en él iban dos vacas que le había ofrecido la Vieja de regalo al doctor Carrillo y valiéndose de la ley que prohíbe beneficiar vacas, Buitrago se quedó con ellas y encima me hizo pagar una multa de cincuenta pesos. Como quien dice, para abrir boca.

Y como Florentino callara, ceñudo, José Luis prosiguió

Yo no debiera contarle esto, hermano, porque usted es volado y puede darla por querer arreglar este asunto de hombre a hombre. Pero nada se ganaría con eso, por lo cual le aconsejo que se quede tranquilo, como si nada supiera, como me he quedado yo tragándome la saliva; sino que por el contrario se perdería todo, pues ya Buitrago podría decir, si usted va a pedirle cuenta a las bravas, que somos enemigos del gobierno. Que es la vuelta que nos anda buscando para quedarse con lo nuestro. Y a usted, principalmente, para cobrarle las burlas que ha hecho de él en sus coplas.

A lo que repuso Florentino, refiriéndose a palabras de Juan Crisóstomo Payara:

Ya me han dicho que mientras mis coplas anden rodando por el llano yo no haré nada de provecho; pero si de buena gana las recogería todas, como hacienda cimarroneada que nada produce, a esas que le molestan al coronel Buitrago las dejaría solas, pitando en medio de la sabana.

No vaya a imaginarse, hermano, que con eso de haber mentado sus coplas piense yo que de ahí provengan las ganas que nos tiene Buitrago, pues como el mal viene de su codicia armada de autoridad, con coplas y sin ellas siempre le habría puesto la vista a El Aposento, como se la puso a Las Juajitas.

Y al cabo de una pausa y sin darse cuenta de que atizaba un rescoldo:

—Convéznase, hermano: en esta tierra hay que ser jefe para que lo respeten a uno y lo dejen vivir tranquilo en lo suyo. Ese ha sido el error de los Coronado de antes que estamos purgando nosotros: preferir que fuéramos hombres honrados y de trabajo. Si el viejo o nuestro tío Manuel en vez de ponernos una sogá en la mano para que sabaneáramos, como ellos lo habían hecho, nos hubieran puesto una lanza o un machete para que nos incorporáramos a la primera revolución que nos pasara al alcance, a estas horas usted y yo estaríamos jefeando y nadie se metería con nosotros.

Hasta aquí llegó José Luis, porque ya estaban en el sitio a donde se dirigían, a pisar para otras sabanas un ganado que se majadeaba por aquellos parrapatales, a los que era menester pegarles candela antes de que comenzasen las lluvias.

Pero durante la faena y mientras arreaban la hacienda castigada por la sequía hacia la querencia de otros comederos y bebederos, las palabras del positivista siguieron trabajando en el ánimo fantaseador, picándolo también hacia el recuerdo de aquellas de Juan Parao que prometían ancha majada y caudaloso abrevadero:

—"Usté tiene condiciones de jefe, catire"...

El peón puntero guiaba el rebaño silbando una tonada tendida en el silencio. La calma de la atmósfera irrespirable y ardorosa daba congoja. Al ras de los pastos ardidados vibraba un resplandor amarillento. Sentíase la inminencia de la tormenta con que se desata el invierno... Se oyó un mugido lejano.

—Truenos abajo —murmuró José Luís—. No tarda en llover.

Florentino miró en aquella dirección y como hacia allá caía el pueblo donde era autoridad el coronel Buitrage, se quedó pensando en él y en lo que con él habría de ocurrirle si insistía en hostigarlos para que le vendiesen El Aposento.

—Trueno abajo —repitió uno de los peones.

Se estremecieron los pastos...

III

LA ENTRADA DE AGUAS

Ya Rosángela había contado su historia como quería oírse la doña Nico, con todos sus pelos y señales y ésta le había dicho, para que pusiese paz en su alma:

—¡Pero, alma de cántaro! ¿De dónde sacas que seas tan culpable como te lo imaginas?

Me has dejado turulata con todo eso de que sabías y al mismo tiempo ignorabas que el doctor Payara no era tu padre; pero lo que está claro como el sol que nos alumbra, a pesar de la humasera, es que realmente no estabas enamorada de él como mujer, puesto que en cuanto presentiste que te iba a confesar que no era tu padre, allí mismo resolviste quitarte de su lado. Que hasta ahora no he sabido yo que ninguna mujer se quite, sino que por el contrario se arrima al hombre que le gusta, hasta frotarse con él. Lo que te ha sucedido, infeliz, es que se te cayó de pronto el ídolo. O mejor dicho, no tan de pronto como parece, sino desde que empezaste a tratarlo y a verlo de cerca, con todo lo que una persona tiene de desagradable para otra, desde sus malos olores, por más que se limpie.

Te habías imaginado a tu padre como a un ser de otro mundo, y cuando te convenciste de que era un hombre como otro cualquiera, que necesita sonarse las narices y hacer sus necesarias...

¡Las cosas tuyas, doña Nico! —exclamó Rosángela, sonriendo ruborizada.

No. Las cosas mías, no; las cosas tuyas. Yo las dejo donde Dios las puso y no me parecen tan malas, para que veas; pero tú quisiste enmendarle la plana al Señor y te fabricaste una figura de hombre maravilloso, según tus propias palabras. Que es una magnífica persona, en realidad, y sigue siéndolo para mí el doctor Payara, a pesar de todo lo que se cuenta de él, si es que ahora no lo admiro más, puesto que quiso revelarte la verdad para que supieras a qué atenerte, que es como deben marchar las cosas en este mundo, a las claras, bajo la mirada de Dios y porque, además, cuando comprendió que no debía revelártela toda —que a mí no me consta cuál sea, dicho sea de paso, pues si la conociera ya te la revelaría yo también—, cuando comprendió que tú no sabrías aceptarla prefirió que te marcharas de su lado, aun a riesgo de que, en ese barullo de ideas que tienes en la cabeza, para gozar atormentándote, te imaginaras otra cosa peor. Como realmente te has imaginado, aunque no hayas querido confesármelo, que el propósito que perseguía con aquella revelación era declarársete enamorado y proponerte, ya que no podía ser matrimonio, pues ante la ley es tu padre, amancebamiento.

—¡Por Dios!

Que afortunadamente metió su mano a tiempo. Bien dices. Que si hubiera sido por el diablo habría resultado lo que te imaginaste, aunque te empeñes en no confesarlo. Pero si ya comprendes que no hubo tal intención en el doctor Payara fíjate en que digo intención y no sentimiento, porque eso, allá su corazón y Dios que se lo está viendo, mejor que él mismo—, ¿por qué te atormentas de -esa manera?

El mérito no está en no haber sufrido tentaciones, sino en rechazarlas cuando se descubre que pueden ser obras del Demonio; pero eso de quedarse diciéndose después: "Qué mala soy, Dios mío!", es, si bien se mira, una ingratitud para con Dios, que te hizo capaz de rechazar la tentación en que hubieras podido caer. ¿Que estabas enamorada de Juan Crisóstomo Payara? Pero ¿de qué otra manera podías quererlo, criatura, si como a padre nunca lo trataste? Y más te diría: ¿quién no está enamorado de la persona a quien quiere? Pero ahora soy yo quien se enreda en la manea, porque empecé diciéndote que no estabas enamorada y ahora salgo con que sí.

Y como Rosángela sonriese, contumaz:

Pero el que lo hayas estado no importa, ya que ahora no lo estás. A menos que...

¿A menos qué? Si no es mi padre, sino un hombre que quiso hacerme el favor de darme su nombre...

—¡Ese es el chichón que te duele! Y hay que sobártelo duro con salmuera y árnica, hasta que se te quite, porque lo que pica es lo que cura. ¿Que no eres hija del doctor Juan Crisóstomo Payara? ¿Que era otro el hierro que debías llevar, como decimos por aquí, pero te lo cachapiaron con el payareño? ¡Qué se le hace, hija! Peor habría sido que te hubieran dejado cimarrona. Si bien se mira, las únicas culpables de todo lo que te ha sucedido fueron las lengua-largas de las Payaras —Dios las haya perdonado— por haberse puesto a murmurar en presencia tuya lo que debieron guardar siempre como un secreto sagrado. ¡Mujeres al fin! Que por darle gusto a la sin hueso no reparan en los daños que puedan causar. Yo no las paso, hija. No las puedo pasar, aunque me esté mal el decirlo y mejorando lo presente, por supuesto. Que tampoco se puede asegurar si las Payaras conocían la historia de tu origen, y de las conversaciones que les oyeras vinieran esas pesadillas de tu niñez. Porque te confieso que yo no veo claro en nada de eso, ni me explico qué relación pueda tener un sueño disparatado, como ése que me has referido, con la verdad de tu historia, sabida por ti y al mismo tiempo ignorada, y todo lo que a propósito de eso me has dicho que te dijo el doctor Payara, que no es sino un zaperoco de cosas que son y no son y ni Cristo las entiende...

¡En fin! Se acabó todo eso. Haz con tu pensamiento como hiciste con el cuarto en donde murió tu pobre madre, a quien Dios tenga en su gloria, pues muy buena mujer ha debido de ser para que el doctor Payara conservara sus reliquias con tanto amor. Abre tu alma de par en par a la luz de Dios y verás cómo se te tranquiliza. Aquí vivirás hasta que quieras, que ojalá no dejes de quererlo nunca, ya que eres mayor de edad, dueña de disponer de tu vida. No tendrás tantas comodidades como en tu casa de

Caracas, pero si el Señor te la quitó, hazte el cargo que no la tuviste nunca y para pedirle amparo a unas amigas no necesitas ir más lejos: aquí está Nicomedes Coronado, que es lo que se le ve por fuera. Aunque no sea muy agradable que digamos... Afortunadamente, aun cuando quieras irte para Caracas, por ahora no podrás, porque ya la entrada de aguas se nos viene encima.

* * *

La anunció el canto del carrao antes del alba y sobrevino al anochecer, con el formidable aparato de las tormentas llaneras.

Pero aquel año la electricidad acumulada en la atmósfera era enorme y su brusca descarga pronto alcanzó la grandiosidad de un cataclismo. Sobrecogía el ánimo la visión de la llanura iluminada por aquel fulgor magnífico, un solo relámpago de cien rayos continuos, bajo el fragor tremendo del trueno sin fin que la estremecía de horizonte a horizonte.

Gemían los árboles sacudidos por el viento, desgajábase el aguacero tropical en mangas sucesivas, cada vez más recias y copiosas, con estruendos de innumerables rebaños al galope, zigzagueaba el rayo por toda la inmensidad del cielo, cual descomunal caballería flamígera que desmelenase el huracán, y muchos se hundían en la tierra, ya tan cerca de la casa de El Aposento, que a ella llegaban juntos trueno y relámpago, ensordecedor y deslumbrante.

—¡Buena paliza nos le están poniendo al ható! —exclamaba Florentino, quien junto con José Luis contemplaba la tormenta desde el corredor.

Mientras en su habitación, ante la estampa de las Tres Divinas Personas, doña Nico recitaba con voz tonante:

*El trisagio que Isaías
escribió con grande celo
lo oyó cantar en el Cielo
a angélicas jerarquías,
para que en sus melodías
repita nuestra voz cuando*

y Rosángela coreaba, temblorosa, castañeteando los dientes:

*Angeles y Serafines
dicen: Santo, Santo, Santo.*

Luego, ésta, despavorida, por semejante espectáculo nunca visto, y no queriendo dar el de su temor, contra el cual nada pudieron los gozos del trisagio, fue a refugiarse en el chinchorro que para las siestas le había colgado doña Nico en su habitación, en tanto que ésta continuaba sus plegarias cotidianas ante los numerosos santos de su oratorio.

Pero no había pasado de Santa Bárbara, que aquella noche merecía preferencias, cuando toda la casa se estremeció y resplandeció en el fragoroso estallido de un centellazo. Corrió doña Nico hacia la sala adonde salía su oratorio, a tiempo que entraban en ella Florentino y José Luis, éste diciendo:

—Fue aquí. ¿No siente el olor?

Y en seguida, los tres a un tiempo, gritando: —¡Rosángela!

Y se precipitaron hacia la habitación de ésta, por cuya puerta salía un resplandor rojizo. Entraron a tiempo que se extinguía el fuego. Había sido el mosquitero que cubría el chinchorro donde se recogiera Rosángela, sutil envoltura protectora por donde se descargó el fluido hacia la tierra donde aquél arrastraba y del cual ya no quedaban sino unas pavesas en el aire saturado del olor del ozono.

Pero Rosángela estaba de pie junto al chinchorro, inmóvil, rígida y desemblantada, toda ojos llenos de espanto.

Rodeáronla, sacudiéronla por los brazos, diéronle palmadas en las mejillas, llamándola para que volviese en sí y preguntándole:

—¿Qué fue? ¿Qué sucedió?

Pero tuvieron que repetírselo muchas veces antes de que pudiese responder, sin haber salido todavía de su estupor:

—Nada... Nada... El mosquitero...

Luego, de pronto, la acometió-un acceso de risa nerviosa.

* * *

A medianoche cesó la tormenta. Cabeceó el viento, reposó por completo; bramó un rato el trueno en el horizonte, sordo y cansado; persistió apenas un relámpago trémulo y silencioso, como desahogo de pecho oprimido, y el aguacero degeneró en un llover sereno y continuo.

Ya Rosángela se había rendido al sueño reparador de la profunda conmoción de sus nervios y doña Nico volvió a la sala donde aún ardía la lámpara y ante la mesa redonda que la sostenía estaban sentados José Luis y Florentino, cabizbajos y silenciosos, tamborileando y tan absortos que no la sintieron sino cuando tomó asiento entre ellos.

—¡Qué nohecita, Dios mío! —murmuró.

Y fue José Luis el primero en interrumpir el tamborileo de los dedos sobre la mesa para preguntarle:

—¿Se durmió?

—Sí. No quería dormirse, pero el sueño pudo más que el miedo.

—¿No le hará mal, después de una impresión tan fuerte? —intervino Florentino, sin levantar la mirada—. Siempre he oído decir que no es bueno ese sueño que da después de un gran susto.

José Luis miró interrogativamente a la madre y ésta les respondió tranquilizadora: Si la hubiera dejado dormirse inmediatamente; pero ya han pasado cuatro horas. Y luego, apoyando los codos sobre la mesa y hundiendo las sienes entre las manos: No gana uno para sustos.

Permanecieron un rato en silencio. Sólo se oía el tamborileo automático de los dedos de los Coronados cavilosos y afuera el murmullo de la lluvia, ya mansa, ya convertida en el aguacero blanco del invierno llanero.

Parpadeó la lámpara. Respiró ruidosamente José Luis y expresó el pensamiento que los embargaba a los tres:

—Ahora será difícil quitarle de la cabeza la idea de irse para la capital.

—Me parece —murmuró Florentino—. Horror le habrá cogido al llano después de ese susto y lo que ya le cuesta.

Me parece —repitió doña. Nico—. No es para menos. Otra pausa, sin tamborileo. Los Coronados, madre e hijos, ya se habían hecho a la idea de que Rosángela se quedaría con ellos. Tres días apenas llevaba en El Aposento y ya les era tan imprescindible como si toda la vida los hubiera acompañado. La hija y la hermana que no habían tenido; algo delicado en la casa ruda.

Y fue doña Nico quien esta vez expresó el pensamiento de todos; pero a su manera :

—No estará de Dios que en esta casa se oigan sino voces hombrunas.

Sonrió Florentino, mirándola afectuosamente; sonrió José Luis, que era algo más tardío para la comprensión de todo lo que había expresado su madre, y ésta concluyó, levantándose:

¡En fin! Vamos a dormir, Dios me los bendiga y me los ampare.

¡Amén! —respondieron los hijos, imitándola.

Afuera, todavía el relámpago silencioso desvelaba el paisaje cansado y caía suavemente la lluvia menuda y continua.

Cuando escampara ya habrían empezado a formarse los esteros y poco faltaría para que toda la sabana reverdeciera a un tiempo. Porque en el llano la naturaleza todo lo hace a saltos.

IV

ALEGRIA EN "EL APOSENTO"

Del sueño largo y profundo en que se consumieron los desvelos de las noches anteriores, salió Rosángela nueva y gozosa.

—¡Vieja! —dijo, llamando a doña Nico, como a ella le agradaba que le dijiesen—. La recién nacida tiene hambre.

Y poco faltó para que a doña Nico le diera un patatús de emocionada alegría. Quedóse mirándola cual si no hubiera entendido y Rosángela agregó:

—¿No me dijo usted que yo había nacido anoche? Nicomedes Coronado se había puesto más ronca que de costumbre cuando insinué:

—Y como naciste en casa, entre nosotros...

—Pues ésta es mi casa y yo pertenezco a ustedes —completó Rosángela—. Como ternera de madre coronadeña, para decirlo en llanero.

Doña Nico le echó los brazos, exclamando:

—¡Muchacha! ¡Qué gusto me das! No te imaginas el placer que nos proporcionas a todos en esta casa. José Luis, cuando lo sepa, va a bailar de alegría.

—¿José Luis? —repuso interrogativamente Rosángela, que no sospechaba que tanto se interesase por ella el Coronado misógino, ni acertaba a imaginárselo tan expansivo como se lo pintaba doña Nico.

—Y el otro también y todos en esta casa, que ya te dábamos por ida. Déjame ir a prepararte el desayuno, porque cuando los recién nacidos piden la teta hay que dársela en seguida, no vayan a descriarse.

Desayuno llanero, rústico festín copioso para agasajar al huésped, al mediar la mañana, ya olvidado el estómago de la taza de café del amanecer. Las doradas arepas redondas, todavía con el calor del negro budare en el corazón blanquísimo y tierno que les amasó el pilón; las negras caraotas rezumando la manteca de la fritura; la carne asada, gorda y sangrante, sin aliños que alteren su sabor substantífico; el lomo de cerdo o de lapa adobado con orégano oloroso; los huevos recién puestos y ya fritos; la escudilla de suero picante, chiréles en leche para la miga de pan; el queso de mano que a las de doña Nico ya había hecho famosas y el orgullo de la mesa del llanero, café tinto y aromoso, que retiñe la taza y difunde por todo el cuerpo en efluvio cordial y alegre el espíritu, vino del trópico sin nieblas de embriaguez.

Humeaba la mesa en el corredor, al aire entumecido por el aguacero blanco, parloteaba el loro en su estaca,

excitado por la algarabía de las chenchenas en el monte vecino e imitando la voz y los decires de doña Nico. —¡Alma de cántaro! ¡Sinvergüenza!

—¿Qué es esto, vieja? —interroga Florentino, agradablemente sorprendido por el condumio opíparo, que ya se lo condimenta su buen apetito.

—Que hoy es día de fiesta en esta casa, porque Rosángela se queda con nosotros para siempre.

Palmorea Florentino, lo imita José Luis, los secundan en sus demostraciones de contento las sirvientas de la casa, a quienes ya doña Nico les había participado el buen suceso y estaban todas asomadas a la puerta de la cocina, el loro se suma al alboroto unánime, no hallando mejor manera de hacerlo sino reconstruyendo una escena muchas veces presenciada desde su estaca: doña Nico en persecución de alguno de los chicos del ható que hubiese hecho alguna barrabasada :

—¡Bendito! ¡Párate ahí hijo e... !

Pero como doña Nico no le permite concluir la frase castiza, inclina de lado la cabeza y le pregunta, sumamente extrañado de tal interrupción:

¿Ah?

Florentino suelta una carcajada. José Luis sonríe apenas. Rosángela se sonroja y luego rompe a reír y doña Nico se aplica el proverbio:

—Quien siembra vientos ...

Porque ya había en la casa y no de tránsito, quien no debía oír ciertas cosas que el loro decía.

Se sientan. Doña Nico les sirve y Florentino inicia la charla, dirigiéndose a Rosángela :

¿De modo que ya no hay viaje a Caracas?

—No.

—¿Ni más pensamientos sombríos? —añade José Luis, que con éstas quizá no pasarían de la docena las palabras que habría pronunciado en presencia de ella, siendo las primeras que le dirigía cara a cara.

Tampoco. Todo eso se quemó con el mosquitero.

No habría podido explicarle de otro modo, como tampoco acertó a darse cuenta cabal de lo que ocurrió en torno suyo cuando el mosquitero le salvo de la subitánea y espantosa muerte de centella. Sólo podía decir que así como aquel velo sutil ardió de pronto en una gran llama, no como de materia combustible, sino cual de substancia inconsistente y en seguida se convirtió en humo y pavesa, sin que el fuego la hubiese tocado ni siquiera comunicado su calor, así también y en el mismo instante en que su vida corrió peligro y salió ilesa, redoblando el instinto de conservación que gravita hacia la realidad material e inmediata, se había desvanecido el encantamiento de sí misma, obra de su ilusionado y desengañado amor filial, que realmente nunca lo tuvo en el corazón; sino en la

fantasía, como un velo tupido, de sutil substancia romántica, gozo y congoja a la vez, que de la cruda verdad de su origen, ya presentida, no le cerniese dentro del espíritu sino una niebla de ensueño.

Pero ahora, desvanecida aquella malla ilusoria, descubría que mientras una parte de su ser se había aferrado al engaño, otra se estuvo preparando para aceptar la realidad más desprovista de encantos en que le aconteciese vivir, y dábase cuenta, por intuiciones profundas, de que de esta polarización de su alma provinieron aquellas alternativas de querer que Payara se la llevase consigo al hato, donde sólo podía esperarla ruda y aburrida existencia y de arrepentirse después, bajo la forma de aquel temor supersticioso de algo tremendo que fuese a sucederle; de provocar las explicaciones que tuviese que darle Payara —como cuando se empeñó en abrir el cuarto donde había muerto su madre y cuando le hizo todas aquellas preguntas que invitaban a la confidencia— y de impedirle, en seguida, sellando con sus dedos yertos de miedo los labios que iban a romper el encanto.

Esta porción de su ser, este polo de su alma vuelto hacia la más cruda realidad, por estar el otro enderezado hacia el ensueño y saturado de toda la voluntad de ilusión que podía haber en ella, fue lo que la indujo a la temeraria propuesta que le hizo a Florentino; pero ya una y otra tendencias contrarias se habían neutralizado y ahora era toda su alma, sueño y sentimiento de la realidad a la vez, la que aceptaba serenamente la nueva forma de existencia que le deparaba el destino.

Una gente sencilla le brindaba su hogar, y puesto que en verdad nunca lo tuvo propio, ni sería menos extraño el que habrían de ofrecerle aquellas amigas de Caracas, podía aceptarlo, tanto más cuanto que en éste de los Coronados sabría llenar una falta que no existía en el de aquéllas. Ya Florentino le había dicho que en su casa había para ella un sitio de hija y de hermana y ya doña Nico le había manifestado que su felicidad sería perfecta si junto con el recio amor de sus hijos hubiese tenido el tierno afecto de una hija, al contacto de cuya alma se le suavizasen las asperezas de la suya, todas originadas del pensar y sentir como hombre, pues entre ellos le había tocado vivir desde niña, ella la sola mujer de su casa.

Y allí estaban los Coronados, con su ingenuidad campesina y ante una mesa colmada de viandas sencillas y substanciosas, disponiéndose a celebrar su determinación de quedarse entre ellos y allá las mujeres del servicio, en la cocina, chachareando de puro contentas y aquí el loro en su estaca diciendo sabrosas malicias y el agua del cielo refrescando la tierra abrasada y el aire liviano que ya no daba congoja, sin tormenta inminente. Y todos alegres.

—Ya puedo decir que me ha caído una hija del cielo —dijo doña Nico.

—Pues hay que bautizarla —agregó José Luis. —Pónganme Cimarrona, que a lo que entiendo viene al caso.

—No, hija —protestó doña Nico—. Tú te mereces un nombre bonito, además del que ya tienes y te lo va a poner Florentino, que se pinta para esas cosas y en una copla.

—¡Coplas en El Aposento! —replicó el mencionado—.

¿No sabes, Vieja, que en casa de herrero, asador de palo?

Además, ya yo me dejé de eso. ¿Verdad, Rosángela?

Y José Luis, a quien nunca nadie vio tan animado : —¡pues se lo voy a poner yo, ¡y con una copla!

*Aquella tormenta fiera
que anoche se desató,
una preciosa Centella
en La casa nos dejó.*

Aplaudió Rosángela, con sonrojada complacencia; se le derramó a José Luis, sin estar colmada, la taza de café que se apresuró a llevarse a los labios, habiendo sido siempre muy firme su pulso; prorrumpió Florentino, con afectuoso entusiasmo:

—¡Guá, hermano! Nunca te había conocido esa habilidad. ¿Dónde la tenías escondida?

—Donde se guardan, para el momento oportuno, las cosas que no se deben despilfarrar

—respondió el positivista.

A tiempo que doña Nico se decía mentalmente: —"¿Si irá a resultar que cachicamo ha trabajado para lapa?"

Y a tiempo que el loro, aprovechándose del bullicioso regocijo que reinaba en la mesa, soltaba completa aquella frase que doña Nico no le dejase concluir.

V

MOMENTO SENTIMENTAL

En el reino animal, donde se conservan los esquemas que sirvieron para la construcción de la complicada cosa humana y a donde siempre acude el alma popular, sentenciosa y simplista, para fundamentar su experiencia de la vida sobre bases que no sufran intermisión ni cambio; en el mundo animal inmediato al campesino venezolano el cachicamo hace la cueva y la lapa se apodera de ella, de donde viene el proverbio aplicable a todo caso en que

alguien emprenda o ejecute algo de cuyos beneficios otro se aproveche... Pero, sin embargo, doña Nico sabía que José Luis era incapaz de disputarle a Florentino cosa a que tuviese algún derecho, o a ella aspirase aún sin tenerlo, y así empleó aquella sentencia sin darle mayor importancia a la intuición que se la inspirase.

Suponía que entre Rosángela y Florentino mediase ya por lo menos un comienzo de inteligencia amorosa y deseaba que así fuese, a fin de que el hijo tarambana asentara la cabeza y se dejase de aquel continuo vagar aventurero, ya demasiado impropio de sus treinta años cumplidos, sin oficio ni beneficio.

Rosángela era toda una mujer. Hacendosa y empeñada en serle útil, cuando podría darse vida regalona, pues ella se miraba y se deseaba para complacerla y mimarla y tenerla como a las propias santas y vírgenes de su oratorio, quieta y en lo alto recibiendo el culto que se le tributase; fina y delicada, cual para que a su lado no medrasen asperezas y toda la casa estuviese llena de su dulce femineidad; valiente y segura de sí misma como pocas lo habrían sido en condiciones semejantes a las que la obligaron a exigirle a Florentino que dispusiese de ella y, finalmente, una mujer en quien la conformidad cristiana —doña Nico no concebía que hubiese otra forma de conformidad ni de virtud alguna— estaba asistida de una entereza y temple de carácter poco comunes, pues con ambas virtudes había aceptado, risueñamente, la vida bien poco apetecible que podía brindarle aquel hogar rústico y pobre, aun cuando aquel probable amor se lo hiciese placentero. Y una mujer así era, precisamente, lo que ella deseaba para su hijo Florentino.

Y no decía que también para José Luis, porque éste nunca había demostrado ni inclinación al matrimonio ni veleidades amorosas, punto en que era tan apático como ya lo habían sido varios de los Coronado, uno de ellos su tío Manuel, célibe empedernido y arquetipo de hombre, en todo y por todo, para el que fue su sobrino predilecto y de él aprendió que el buey solo bien se lame.

—No se preocupe, Vieja —le había dicho varias veces a la madre en quien adoraba y con quien compartía su ruda intimidad espiritual—. Lo que es por mí no habrá nuera que le dé quebraderos -de cabeza ni venga a echarla para un rincón de su casa, donde usted siempre será la reina en su trono, mientras yo viva.

De todo lo cual y de lo que, además ya habían hablado madre e hijo tocante a la última aventura de Florentino, concluyó doña Nico que si José Luis había compuesto una copla para bautizar a Rosángela con un nombre poético —de donde menos se espera salta la liebre— era porque se trataba de un amor de Florentino, de un buen amor del hermano con quien siempre se había conducido como padre consentidor y en paternal amor le floreció el corazón

en unos versos que ya, ya quisiera Florentino haberlos compuesto, no porque le pareciesen malos los del hijo coplero, sino porque el positivismo prosaico del otro acreditaba la buena calidad de la ternura de donde se originaron aquéllos.

Y en apoyo de esta reflexión que refutaba lo intuitivo de donde se le ocurrió aquel proverbio tomado del mundo animal, vino una conversación que pronto oyó entre José Luis y Rosángela.

Estaba ésta en el corredor delantero de la casa, sola y pensativa ante la obscuridad de la sabana y él se le acercó, preguntándole:

¿Qué le pasa Centella? ¿Por qué está tan callada? ¿Es que todavía el hombre no le ha dicho nada?

—¿Qué hombre y qué tiene que decirme?

—¡Ah caramba! Ahora caigo en que yo soy bien tonto. Dicho y redicho debe de estar eso ya, ¿verdad, Centella? Que están comiendo chivo es lo que debe de estar sucediendo, para que usted venga a sentarse aquí tan sola y callada.

—Pues... Sigo en la luna, José Luis.

Déjese de entaparados conmigo, Centella.

Aquí doña Nico, que hacía labor junto a la lámpara de la sala, sonrió de la rusticidad metafórica del hijo mientras éste continuaba:

—Cuénteme lo que le suceda. Ábrame su corazón, como dicen, porque si es que realmente el hombre todavía no se ha atrevido a decirle nada —que no sería raro tampoco, pues el que gasta su pólvora en salvas siempre la echa de menos a la hora de los tiros de verdad—, yo le arreglo eso en seguida, para que usted no siga penando.

¡Por Dios, José Luis! ¡Cuidado como se le ocurre!

¡Ah! ¿Conque ya sabe a qué hombre y a qué dicho me refiero?

¡Claro que sí! Pero lo que no entiendo es en qué pueda fundarse usted para atribuirle a Florentino esas intenciones.

Voy a explicárselo. Me fundo en una copla, que hoy no más le escuché. Ibamos a mudar un ganado, él muy pensativo y yo callado observándolo, cuando de pronto, como si se hubiera olvidado de que no iba solo, se quedó contemplando la sabana y murmuró:

¡Ah malhaya quién pudiera con esta sogá enlazar al viento, que se ha llevado lo mejor de mi cantar!

—¿Qué dice usted a eso, Centella? ¿No está claro que con esa copla el hombre se lamentaba de que no se le hubiese ocurrido una buena para bautizarla a usted?

—Lo que está claro, pero usted no lo quiere ver, es que Florentino está echando de menos su vida de cantador errante. Que ya quiere irse otra vez.

—No se lo niego; pero esas ganas de darse llano las interpreto de otro modo. Es que está como el mostrenco, sacudiéndose la tereca que le quieren poner.

¿Y la tereca soy yo? —replicó Rosángela, soltando la risa.

A tiempo que doña Nico, allá desde donde los oía y para sí misma:

"¡Válgame Dios! ¡Qué maneras tiene este hijo mío!" E interviniendo en el diálogo:

Llámela montura lujosa, hijo, ya que lo quiere decir en llanero, y agregue que es paso fino el que le van a enseñar al mostrenco.

Con lo cual y el azoramiento de José Luis, pudo Rosángela disimular el suyo riendo largo rato.

* * *

Pero que Florentino ya padeciera nostalgias andariegas, aun acabado de llegar de un viaje largo y en buena compañía, no tenía nada de extraño; lo singular fue que se hubiesen deslizado también en el alma sedentaria y nada imaginativa de José Luis, hasta el punto que se le escapasen estas palabras :

—¿Qué te harás tú, Centella, cuando yo no esté aquí?

Centella, esta vez, era una vaca mohina que tenía una mancha blanca en la frente, algo semejante a las lenguas de fuego que en una de las estampas piadosas veneradas en el oratorio de doña Nico representaban la divina centella del Paráclito bajando sobre las cabezas de los Apóstoles afligidos. Una vaca vieja y achacosa que ya no daba leche, horra y desmerecedora del nombre de Terciopelo que le había puesto José Luis, cuando ternera bonita y retozona, a causa de su pelambre suave y luciente, ahora raído, áspero y sin brillo. Un manso animal amigo que al atardecer venía de la sabana, mugiendo dulcemente, a comer sal en la mano de José Luis, quien entretanto le hablaba como a ser comprensivo.

Caía la tarde, había cesado de llover, era dulce el aire en la luz tierna y el horizonte de la sabana se recortaba limpio y nítido sobre celajes de un colorido ingenuo. En las charcas ya las ranas ensayaban su concierto nocturno y por el cielo de plata una bandada de garzas tendía su vuelo sereno.

Terciopelo lamía la sal en la mano de José Luis sentado, allá, solo, en una de las varas transversales de la puerta de la corraleja. Y todo sucedió como la caída del fruto maduro que se desprende de la rama quieta: la mirada a la mancha del testuz, el recuerdo de la estampa, el claro nombre recién encendido...

¡Centella! ¿Qué te harás cuando yo no esté aquí?

Pero, ¿era que alguna vez hubiera pensado en que un día pudiese no estar allí mientras viviera? ... Cuarenta años como un camino árido, traían a este momento sentimental, nunca previsto.

Una vida dedicada a un trabajo tesonero y absorbente cuya inutilidad ahora se le revelaba de pronto, de la mañana a la noche sobre el caballo, compartiendo con los peones la ruda faena, privándose de todo género de placeres, ahorrando el dinero para luego invertirlo en el ensanchamiento de la propiedad y todo para que el coronel Buitrago se la codiciase, y a fin de ponerse en ella le declarase guerra que quién sabe cómo terminaría. ¿De qué valdría haber trabajado tanto, sin más horizonte? ¿Quién iría a disfrutar del producto de sus afanes y privaciones, una vez muertos la madre y él, que ya no era joven? ...

¿Florentino? ... Sí, y bien empleado estaba. No se arrepentía de haberse echado encima toda la carga mientras el hermano vagaba y holgaba; pero mejor estaría, ya que a Florentino con su propia parte le bastaba y le sobraba, si también algo más suyo que de él solo pudiese esperarlo todo, fuese mañana a disfrutar de lo que él adquirió, pegado siempre a la faena, no holgando nunca.

—¡Un hijo! ... Un viaje...

Pero ¿qué relación —se preguntaba— podían tener estas dos ideas para que su pensamiento no hiciese sino pasar y repasar de la una a la otra? ...

¿De qué te ha valido, Terciopelo, haber tenido tantos hijos? Tú los pariste, yo los vendí como bienes míos, con su producto compré más tierras para que El Aposento fuera la finca más grande y bonita de por todo esto; pero esas tierras aquí se quedarán y en quién sabe qué manos... Tú estás vieja y no tienes ya más gusto que el que te proporciona esta sal en mi mano, que otra no te la dará... ¡Terciopelo!... ¡Centella! ... ¿Acaso no estarías tan vieja y tan fea como estás si cuando eras ternera bonita se me hubiera ocurrido ponerte Centella en vez de Terciopelo? ¿Verdad que sí? ... ¡La vida es cruel, Terciopelo! Nos volvemos viejos... Se nos pasa el tiempo... Lame tu sal, mi pobre vieja, que me diste tus hijos para que mañana de nada me hayan servido...

La vaca mugía y lamía y ya la tarde se iba convirtiendo en noche sobre la sabana inmensa, donde estaban quietos los caminos de loá viajes largos sin rumbo ni objeto...

—¿Cómo es que dice aquella copla de Florentino? ...

¡Ah malhaya un trotecito que no terminara nunca...

Cuarenta años como un camino árido caían, de pronto, a esta encrucijada tardía.

VI

JUEGOS DE PALABRAS

Regresaban los vaqueros, José Luis y Florentino a la-cabeza de cabalgata y todos venían alegres. Era sábado, de llanero atardecer suntuoso, habían salido a practicar los ojeos previos para romper los trabajos de vaquerías con el alba del lunes y venían contentos, blancos y peones, porque en todos los paños de sabanas, buenas criadoras las de El Aposento y ya reverdecientes, se majadeaba mucha hacienda gorda todavía, a pesar de los rigores del verano ya traspuesto.

Quedáronse los peones en el caney sillero, charlando mientras desensillaban sus bestias y las de los dueños, animándose unos a otros para la fiesta con que aquella noche se celebraría el comienzo de los trabajos de vaquería; procedieron las cocineras a servirles la comida en la mesa común que bajo otro de los caneyes ya estaba puesta y los Coronados entraron en su casa, llenándola Florentino con la noticia optimista, a voz en cuello:

—¡Desaflijase, Vieja! Todavía El Aposento no está en pico de zamuro, como creían ustedes. Es mucho el ganado que vamos a vender este año y a buen precio. Porque hasta el profeta ese que ya y que se acerca por ahí nos ha ayudado, desvistiendo de gente los hatos para que sólo nosotros podamos recoger y vender.

—¡Dios te oiga, Quitapesares! —dijo doña Nico por allá dentro.

Quitapesares! —murmura para sí misma Rosángela, que se paseaba por el corredor. Dentro de lo normal cotidiano de una vida, el lunes y el martes y todos los demás días de la semana pueden ser siete días idénticos que con un mismo nombre podrían designarse; pero cuando la vida cambia, aunque no sea sino de decoración exterior, de lugar en el espacio, los siete primeros días son inconfundibles y creadores y de duración indeterminada como los del Génesis, pues aun cuando estuviesen vacíos de acontecimientos o uno mismo se repitiese a través de todos ellos, siempre serían siete amaneceres y siete atardeceres con siete nombres distintos, como otras tantas interrogaciones abiertas y cerradas. Después, cuando ya se repitan semana tras semana, ya se necesitará del calendario para saber en cuál de ellos se vive y todos tendrán veinticuatro horas.

Ya Rosángela estaba ante el séptimo de sus atardeceres inconfundibles y desde allí se decía melancólicamente:

—Tal día como mañana llegué a esta casa.

Porque no hay nada que repugne tanto el espíritu como la repetición del tiempo, la vuelta insistente de la

misma rueda, que ya no dará, tampoco, el mismo giro, sin traer nada nuevo. Porque al terminar su semana creadora vio con tristeza que siendo tanto el cambio habido en su existencia, sólo no cambiaba su no ser quien parecía.

En realidad aquella semana había sido de voluntaria inhibición del pensamiento de sí misma, de abandono deliberado a las impresiones de afuera: las nuevas cosas que la rodeaban y las nuevas personas que habían entrado en su vida, o mejor dicho, de cuya vida participaba por modo casi absurdo, de aceptación irreflexiva de la nueva mentira, creada por las palabras de Florentino cuando le dijo que allí había para ella un sitio vacío, de hija y de hermana. Se aturdió para plegarse a la reiterada ficción, se comportó como si siempre hubiese estado allí y los Coronado, madre e hijos, no fuesen personas extrañas, con una vida interior todavía impenetrable y un pasado desconocido, mundo del espíritu y porción del tiempo, de donde se originan las mil menudencias de lo íntimo cotidiano que impersonaliza y le comunica un sentido familiar al convivir de varios seres distintos e irreductibles bajo un mismo techo; la frase dicha a medias y ya comprendida por los demás, la palabra que envuelve una intención compartida por todos, lo que significa una sonrisa, lo que apunta en un ademán, la profundidad de tiempo donde bucea un gesto al reproducir otro idéntico, del padre muerto ha muchos años y que de pronto se prolonga en el hijo que tal vez no lo conocía, iluminando de una manera especial la mirada de la madre ... Se condujo como si ella entendiese todo esto, sucedido .en torno suyo durante aquella semana, años repitiéndose a cada hora de todos los días, siendo lo cierto que, por el contrario, todo se proyectaba para ella sobre un fondo de misterio o carecía de sentido, mientras más lo tuviese familiar y sencillo.

Como aquellas palabras que acababan de cruzarse madre e hijos, noticia regocijante y afectuoso comentario con que los tres se abrieron sus almas en un trivial momento cotidiano, mientras que para ella, forastera del inefable misterio doméstico, sólo fueron palabras, sonidos casi, una de ellas, la que había repetido, nunca oída hasta entonces.

Siempre se había dicho de ella que era muy mujer de su casa. Lo decían las Payaras, allá en la de Caracas —¿para qué la recordaba ahora?—, lo repitió a su vez Juan Crisóstomo en la de Hato Viejo, no hacía mucho que se lo había oído a doña Nico, todos tributándole el elogio más justo y, sin embargo, todos mintiendo, pues muy mujer de las cosas ajenas era como debieron decir.

Esta virtud hogareña, amor de las cosas domésticas, materiales e inmateriales y gozo del atareado señorío que le daban, amarras del globo cautivo de su vehemencia soñadora que sin ella quién sabe qué vientos lo habrían arrastrado, ya había dejado sentir su influjo en la de los Coronado; pero aunque doña Nico le hubiese dicho hacía poco que ya no habría para ellos alegría ni tristeza que con ella no tuviesen que compartirla, ahora, como a forastera importuna, la habían dejado en el umbral de aquella intimidad.

Y esta reflexión vino a aumentar la melancolía que ya se había aposentado en su alma, porque con el atardecer de aquel sábado terminaba su semana creadora y aún el amor no había sido hecho.

Se paseaba por el corredor, de oriente a occidente, hacia los resplandores suntuosos del crepúsculo, ruedo fulgurante entre la sabana y un largo nubarrón fuliginoso, y hacia el horizonte morado de las lejanías anochecidas; hacia allá, por donde caía Hato Viejo, añorante sin saber de qué, hacia acá melancólica y tan absorta a la ida como a la vuelta que de pronto se sorprendió de que al lado suyo ya anduviese Florentino de puntillas.

Y el diálogo procedió por esguinces y juegos de palabras:

—¿En que piensa?

—No pienso; camino.

—Pues camino yo también.

—Nada nuevo para usted, caminador impenitente. —¡Si supiera! Tengo miedo de perderme, porque no soy baquiano de este corredor.

—¡Claro! Sus viajes siempre han sido más largos y más interesantes.

Para que vea: los de ida y vuelta cortica eran los que más me gustaban.

—¡Quién lo oyera! Como si ya hubiera regresado del primero que hizo.

—Sólo regresa el que muere.

—Pues siga su viaje, entonces. Si es que ya usted no está muerto y remuerto.

Me refería al de la vida, que con un viaje la comparan.

—Y yo a los de sus idas y vueltas corticas, como dice.

—Lo malo que en éstas de ahora no sabemos cuándo vamos ni cuándo volvemos, porque las dos puntas del corredor son iguales y todas caen hacia la sabana abierta, que es una misma cosa por todas partes.

—Pues por cualquiera de las dos puntas puede echarse a andar quien como usted no necesita rumbo.

—No será que no lo necesito, sino que no lo he encontrado. O que me han dado señas equivocadas cuando he preguntado: Compañero, ¿adónde lleva este camino?

A ninguna parte, amigo, le respondo yo ahora. Este se acaba, ahí mismito, como dicen los llaneros.

¡Ajá! Conque, ¿ya sabe usted imitarnos? Pero ahora yo le replico que el "ahí mismito" del llanero es trecho que no se acaba nunca.

Mas ya esto no era jugar con las palabras solamente y Rosángela prefirió continuar empleándolas en serio:

—Es verdad. Ya había oído hablar de esa particularidad de los llaneros, para quienes nunca nada está lejos. ¿Será que carecen de noción de la distancia, o que responden así por maliciosos, para no soltar prenda?

Pero concluyó ruborizándose y riendo como ya lo hacía Florentino mientras no le quitaba la vista y éste le preguntó socarronamente:

—¿Qué le pasa, compañera?

—Que acabo de hacer una experiencia: no hay nada más ridículo que hablar en serio. A lo menos en ciertos momentos y con ciertas personas.

—¡Cómo es eso! ¿Es que no estábamos hablando en serio desde el principio?

—Yo no, por lo menos.

—Pues he perdido mi tiempo.

—¡Oh! ¡Qué bien finge usted lamentarlo, no habiendo hecho otra cosa en toda su vida!

Pero al cabo de una pausa que le pareció demasiado larga, habiendo sido brevísima, porque Florentino la empleó en contemplarla, agregó con otra entonación de voz:

¡Qué buen humor tiene usted, Florentino!

Y esto rompió el encanto del juego de palabras, pues Florentino explicó que su buen humor de aquella tarde provenía de las halagüeñas perspectivas que brindaban las próximas vaquerías y, especialmente, de la satisfacción de ayudar a José Luis, cuando más necesitaba de que le arrimase el hombro a la carga y lo animase a hacerle frente a las dificultades que les suscitara el coronel Buitrago, codicioso de la propiedad de El Aposento.

Entretanto, José Luis dirigióse hacia la corraleja con la sal en la mano para Terciopelo, que ya lo esperaba, mugiendo, en el sitio acostumbrado, y Florentino, abandonando lo útil por lo afectuoso fraternal, llamó hacia aquél la atención de Rosángela:

—¡Mírelo! Primero falta la sal en la mesa de nosotros que en la mano de José Luis para Terciopelo. Oigalo.

Y era que José Luis decía, respondiendo a los mugidos de la vaca mohina:

—Ya va, vieja. Ya vengo. Hoy se me hizo tarde porque había mucho que hacer. ¿Te he hecho esperar mucho por tu merienda?

Detuviéronse a contemplar la bucólica escena. Rosángela, con la sentimental complacencia que para toda cosa de ternura despierta y aviva el amor, y Florentino, sin

Darse cuenta de que sembraba su generosidad en el campo de José Luis, rompió a hablar de éste emocionadamente:

—Ahí tiene usted, Rosángela, al hombre mejor del mundo. El propio hombre del corazón de oro, de quien todo lo bueno que se diga es poco. Buen hijo, buen hermano, buen amigo. Y lástima que no haya querido que se le complete agregando: buen esposo y buen padre. Ya quisiera yo llegarle a la suela de sus zapatos. Y no digo .yo, que soy una bala perdida, sino otros que mucho más valgan... Pero ahora caigo en que me he puesto demasiado serio, que según su experiencia de hace poco es lo mismo que en ridículo.

—No —repuso Rosángela—. Por el contrario, me ha interesado mucho todo lo que usted ha dicho. Me ha parecido muy justo.

—¿Hasta lo de la bala perdida?

—¡Por supuesto! Eso más que todo.

—Y crea que me quedé corto, por el cariño que no puedo dejar de tenerme, a pesar de todo.

—Se lo creo, se lo creo. No es necesario que se empeñe en convencerme.

Ya la conversación volvía a ser charla juguetona y así, pero al mismo tiempo obedeciendo a una íntima e indiscernible necesidad de su espíritu, la prolongó Florentino:

—Y lo peor es que no tengo remedio porque mi mal es de nación, como decimos los llaneros ignorantes. Presumo que sea a causa de que José Luis, como se me adelantó en el reparto llegando primero al lugar donde se majadeaban las buenas y las malas cualidades, todo lo que valía la pena lo arreó para su madrina, dejándome a mí solamente el bichaje malamañoso.

Pero a lo pintoresco de la llanería se sobrepuso lo chabacano de la entonación, que nunca empleara ante Rosángela y tan chocante que ésta hubo de calarle lo deliberado que había en ello y deteniéndose le advirtió, siempre en juego, pero ya sólo aparentemente:

—Si continúa hablándome de ese modo tan... llanero, lo voy a dejar con la palabra en la boca.

Las causas de aquel decir que motivaron esta protesta habían operado en lo profundo del ser de Florentino, hasta donde no sabía llegar su conciencia de sí mismo y fueron, a la vez, un deseo de que se tomase como quien era y un impulso contrapuesto a destruirse como objeto del amor y de la estimación de Rosángela. Y así continuó:

—Pero, ¿cómo quiere que le hable quien entre reses nació y sólo entre ellas sabe estar?

—¡Entre reses! No venga ahora a pintárseme como un llanero muy trabajador, que digamos, cuando hasta ahora su oficio no ha sido sino...

Su natural delicadeza no le permitió concluir la frase; pero él, que ya se imaginaba, se empeñó en oírla clara y completa:

—¿Por qué se detiene? Deme contra el suelo sin reparos.

Pues, ¿por qué no? Enamorar percusias, como dice doña Nico. Ese ha sido su oficio.

—Así me gusta oírla. Aunque como dice mi vieja es de otro modo.

Y ella, enrojando hasta la raíz del cabello, porque ya sabía cómo decía doña Nico:

—Pues ya está complacido.

—Pero vuelvo a preguntarle, ¿cómo quiere que la cabra no tire al monte ni al amor de ...?

—¿Va a continuar por ese camino?

No se vaya todavía, Centella. Yo no lo vuelvo a hacer. Digo como los muchachos cuando los van a pelar.

Dos apetencias contrarias disputábanse la voluntad de Florentino cuando le exigió que se quedara: que ella lo dejase con la palabra en la boca, conforme a su amenaza, antes de que a él fuesen a escapársele las definitivamente comprometedoras de su libertad, y que continuase prestándose a aquella conversación para volverla al punto de partida, cuando hablando como de sus viajes y sus amoríos, ya estaba diciéndole que unos y otros, turbios caños de aventuras fáciles y tontas, ya querían decantarse en el remanso de reposo y de amor verdadero a que lo condujera su primera aventura generosa. Pero no se le dió aquello.

Reanudaron el ir y venir, hacia el crepúsculo que ya se extinguía, hacia el oriente ya anochecido de estrellas y al cabo de un rato advirtió Florentino que iban y venían en silencio y le pareció convniente reanudar también la charla.

¿De qué estábamos hablando?

—Yo, de nada.

No deja de tener razón, pues hablábamos de mí, ahora que recuerdo. A lo menos yo.

—Dicen que hablar de sí mismo es muestra de pésima educación.

—Pues hable/dos un poco de usted.

--¡Alto ahí! A mí déjeme tranquila.

—Entonces sigamos hablando de José Luis.

Mas como esto no tenía o no parecía tener sentido alguno, aun dentro de aquella charla por matar el tiempo, Rosángela protestó:

—Pero, ¿qué necesidad hay de hablar de nadie?

También es verdad. Con una tarde como ésta... —Más triste no puede ser.

—Sin embargo, siempre me acordaré de ella y cuando una tarde bonita, por más, linda que sea, me coja en medio de la sabana, echaré de menos ésta y lo diré con esta copla:

¡Ah malhaya quien pudiera...

—¿Con esta sogá enlazar? —atajó Rosángela. Y él, sorprendido:

—¿Cómo lo sabe?

—Me la contó un pajarito, para que no fuera a creer en palabras de cantadores errantes que digan que ya se dejaron de eso.

—¡Ah, pajarito chismoso!

Callaron, soltaron de pronto la risa, continuaron otro rato en silencio y ya a Florentino se le iba a escapar la palabra definitivamente comprometedor, cuando de la sabana vino, de boca del becerrero que llegaba con los mautes a las corralejas y en melancólico cantar tendido en el silencio de la anochecida, aquella copla suya :

*Hoy te quiero y hoy te olvido
pa recordarte mañana,
Que sí me quedo contigo
yo pierdo y tú nada ganas.*

Rosángela lo miró de soslayo y él, como lo advirtiese y por el coplero importuno:

—¡Condenao muchacho!

Rosángela soltó la risa y como al mismo tiempo doña Nico voceaba desde adentro que la comida estaba puesta, abandonó el corredor. Florentino se quedó pensativo y luego:

—Lo mejor es lo que sucede. ¡Y después dicen que las coplas no sirven para nada!

VII

CUENTOS DE VAQUERIAS

Las- fiestas con que los Coronado, espléndidos, acostumbraban obsequiar a sus peones en vísperas de dar comienzo a los trabajos de vaquerías tenían fama de rumbosas. Torneos de cuentos extravagantes, afición predilecta del llanero fantaseador, con buenos premios para los que refiriesen las más extraordinarias aventuras de su vida real y fantástica del río y sabana, gran comilona a medianoche, buenas bebidas, coplas y corridos de Florentino y baile hasta el amanecer, para lo cual siempre se escogía un sábado. Que ya pasarían todo el domingo siguiente y varios días más saboreando el gusto que se dieron, porque el marrano horneado y las otras viandas estaban de chuparse los dedos, como todo lo que

condimentaba doña Nico; porque hubo cola y cerveza y hasta pepermín para las mujeres y ron, vino y su copita de brandi para los hombres, y buen carato y ricos dulces de limón y de lechoza, hechos en miel de abejas; porque la música fue de arpa, cuatro y maracas para el joropo, guitarra grande y bandurrias para las polcas y las mazurcas que se hacían tocar los viejos, dándose de finos, por habérselas visto bailar a los blancos de antes y para los pasodobles y los foxtrots con que los jóvenes, criollos parejeros, presumiendo de modernos, ya gustaban entreverar el golpe y el joropo nativos.

Pero la fiesta de vaquería de aquel año tenía para los Coronado una importancia especial, sería la iniciación de Rosángela en el contacto con el alma popular llanera, pues mientras estuvo en Hato Viejo no se lo procuró Payara. Los días pasados en El Aposento la habían hecho comprender que sin tal compenetración con la ruda y candorosa existencia del peonaje, nunca compartiría la verdadera intimidad de los Coronado, cuya vida familiar hasta allá se extendía patriarcalmente y así manifestó deseo de presenciar aquella fiesta típica desde que oyó hablar de ella.

Ya estaba iluminado y adornado con las flores sabaneras de la estación el caney donde sería, primero, el contrapunteo de cuentos entre los ancianos que concurriesen a la reunión, a disputarse el premio de la novilla ofrecido por José Luis y luego el de cantadores, en el cual uno de los peones se mediría con Florentino, acompañando con las maracas, el joropo de arpa y cuatro. Ya las mujeres del servicio y las de los peones, engalanadas y chachareando, ocupaban los bancos colocados a lo largo del caney, en uno de cuyos extremos estaban las sillas de cordobán que ocuparían los "blancos", mientras los hombres remolineaban en torno a los viejos que tomarían parte en el torneo de anécdotas extraordinarias, animándolos y enardecidos.

Y eran: Tereso Coromoto, el de Paso Armeaño, y Juan Belén, el de El Gaumacho, y Efigenio el de Laguna Guandalaria y Dimas Mangoemé, el de Buscarruidos, llaneros viejos de mucho pasaje sabroso y mucho embuste estupendo.

Llegaron vestidos de gala y a la manera de sus tiempos, con la larga camisa de crea blanca que les llegaba a las corvas, de mil alforjas menuditas en las pecheras, espaldas y mangas y con botonaduras negras. Llegaron lozaneando, porque eran viejos de buen humor y el más jacarandoso era el más anciano, Tereso Coromoto, que en sus mocedades fue caporal de sabana de Manuel Coronado, vaquero de treinta toros por día tumbados y capados.

—¡Guá, ño Tereso! —exclamaron los peones del ható al verlo llegar y por buscarle la lengua—. ¿Usté también compite este año?

—¡Y los que faltan! ¿Qué se están imaginando ustedes; mautesculoscagaos? Aquí está el toro de las pampas, que todavía pita. Vengo por la novilla del premio ofrecido por los blancos, que nos la vamos a comer mañana mismo en Paso Armeaño, donde ahora me tienen arrumao, que y que de veguero, por envidia. Ya van a ver los otros muchachos que se van a pegar conmigo esta noche, si es verdad que entavía mancha el cambur verde del Paso.

—Escuche, ño Juan Belén —prorrumpieron los peones—¿Qué dice usted a eso, ño Efigenio? ¿Y usted, don Dimas?

—¿Yo? que manque soy de Buscarruidos, no lo formo antes de tiempo, como ese viejo bochinero, sino que a la prueba me remito, porque ansina mismo llegó lozando el año pasado y sin embargo, no pudo supiritarme.

—El año pasado ya va lejos, compae Dimas —repuso Tereso—. Don Florentino, que es gran perito, dirá esta noche quién es quién.

Y luego a los peones :

—¿Qué hubo, pues? ¿No hay en esta casa quien le haga honores a la concurrencia? Echenme el trago, que se me sangra el gallo.

—Arrímese al botiquín. Por ahí hay una botella de brandi especial pa los cuentaembustes.

—¡Una botella pa cuatro! A menos que los otros no beban. Denme mi parte completa desde ahora.

Y todos los hombres y mujeres celebraban con grandes risas las cosas de ño Tereso, que siempre estaba de buen humor, con sus ochenta y pico cumplidos.

Ya estaban "los blancos" en el sitio de honor. Tomaron asiento los contendores del rústico certamen, se hizo el silencio y Florentino preguntó:

—¿Quién rompe?

—¡Guá, chico! —exclamó Coromoto—. ¿Quién va a sé? El que se llevó la ternera el año pasado, porque la de éste es pa mí y voy de último.

—¡Ah, viejo faramallero! —intervino doña Nico. —Oigan a la blanca echándoselas de muchachita. ¿No le digo? No hay peor cuña que la del mismo palo.

—Bueno —dijo Florentino—. Salga adelante don Dimas con lo que traiga en el buche.

Garraspeó el viejo y apoyando sus curtidas manos de veguero sobre el garrote, comenzó así:

--Esto fue en el mes de febrero. Cuando florece el masamoso de la flor rosada en forma de campana y a lo lejos se distinguen los méanos de la sabana, que con el reverberar del sol parecen grandes montones de oro.

Prodújose un murmullo de aprobación y Florentino exclamó:

—¡Acomódense, muchachos! El de Buscarruidos viene arreando bonito.

Juan Belén y Efigenio sonrieron con desdén. Tereso murmuró algo malicioso que sólo oyeron los que estaban junto a él, y con grandes risas se lo celebraron y el narrador prosiguió:

El mes en que al veguero del Orinoco...

—¡Ya salió el Orinoco! —murmuró José Luis.

—...lo obliga el frío a abandonar el chinchorro y acostarse en la arena de las playas. El al levantarse se para, dándole el frente al río, bosteza, se rasca la barriga por encima de la franela, ve la Cruz del Sur, suspira y piensa en-el mes de marzo.

¡Oído al golpe! —exclama uno de los oyentes entre el murmullo aprobatorio que corre por el caney.

Y Dima continúa, alzando la voz, engreídamente:

No por el mes, propiamente, sino por los terecayes, que ya saldrán a poner sus sabrosos huevos en la caliente arena de las playas. En una ocasión se fue un veguero orinoqueño a velar unos terecayes en una confluencia del río.

—¿Y ya estamos en marzo, compañero? —interrumpe Tereso Coromoto—. ¡Qué ligero se acabó febrero!

El auditorio suelta la risa, Dimas se amosca, hace:

¡Jm!

Y prosigue, sin hacer caso de la chirigota:

Dije mal. No fue en una confluencia del río, sino en una boca seca que por allí daba al Orinoco. El veguero no encontró ná, por más que agujereó toa la playa con su puya, y viendo que estaba perdiendo su tiempo, aunque ná de mayor provecho tenía que hacía, se acostó en la playa.

—¿Y se quedó dormió? —insiste el viejo Coromoto. —Yo como si conozco ese pasaje.

Otra vez las risas, Rosángela, como si le hiciesen cosquillas. Dimas miró de soslayo y por encima de los hombros, desdeñosamente, al compañero bromista y continuó:

—Tan profundamente dormió, que cuando despertó creyó que tenía una pesadilla, porque sentía un gran peso sobre la boca del estómago; pero al pelá los ojos cató de vé que era un caimán que le estaba pasando por encima.

—¡Ah caramba! —prorrumpe el auditorio—. En buen apuro está poniendo usted a ese veguero.

—El no se asustó, pague vean, sino que se quedó quietecito hasta que el caimán le acabó de pasá. Pero lo grande es que serían como las doce y minutos del día cuando el veguero abrió los ojos y se vió con tan terrible fiera encima ... y cuando dejó de sentir el peso sobre la boca del estómago, ya las cabrillas estaban serenitas donde endenantes estuvo el astro encandilador.

—¡Doce horas pasándole por encima! —prorrumpió el auditorio—. ¡Ave María purísima! Asina sería de largo ese caimán.

—Tres leguas por lo menos tendría —comenta Epifanio.

—Tú que lo dices —repuso Dimas—. Tu boca sea la medida.

Y luego, dirigiéndose hacia los Coronado:

—Ahí queda eso, señores peritos, pa el que lo quiera recogé.

—¡Bueno es! —aprobó unánimemente el auditorio. Pero Tereso Coromoto objetó:

—¿Y la flor del masamoso y los montones de oro, qué tenían que vé con el tamaño del caimancito ese, compae Dimas?

Ya Rosángela volvía a soltar la risa, por la gracia que le hacía el viejo armeanero, pero hubo de contenerla, pues el de Buscarruidos replicaba, refiriéndose a ella:

—Eso lo van a ilucidá los peritos, compae Teresa, Ca uno se adorna a su manera, contimás que esta noche es menester vestirse de gala porque hay oídos finos escuchando este contrapunteo. Y vamos a callarnos porque ya Juan Belén se está aclarando el pecho.

—Esto jue también en el mes de febrero, pero no en el costo del Orinoco, sino aquí mismito —dijo el de la vega de El Guamacho—. Y alvierto desde ahora, por si acaso los preguntones, que mi cuento viene adorna como para que lo escuchen los oídos finos que acaba de mentá, con mucha sindérise, mi compae Dimas.

—¡Muy bien dicho, compae Juan Belén! —murmuró el aludido y, luego, volviéndose hacia el guasón de Tereso —: Chúpate ésa.

—En el mes en que tiene que está alerta el quesero con los muchachos becerreros, porque esos pajalitos de zaeta de bajío debajo de esos hermosos guayabales, como demonales y chigales, invitan al pobre becerrero a tumbarse bocarriba, a escuchá el canto del serafín de los cielos, y entonces lo asalta Morfeo y lo cobija con sus alas.

—¡Muy bien! —aprueba el auditorio—. Muy bien dicho Juan Belén. ¡Así se mete el caballo, arrempujando contra el toro!

—Lo cobija con sus alas, pero no lo defiende del quesero, que cuando ve llegar becerro al chiquero antes de la hora, malicia y se va paso a paso, buscando por entre el monte, hasta que encuentra al pobre muchacho en los brazos del sueño y le sacude el mandador, diciendo...

—¡Pereza por tu picacho, suéltame este muchacho! —interrumpe a coro la concurrencia. Y Rosángela siente que una oleada de emoción le llena el pecho.

—En este mes también florea el árbol de carnestolenda y contemplando sus hermosas flores amarillas pintás en el azul del cielo, me quedé yo dormío esta vez de mi historia, que no es cuento, sino que a mí me sucedió.

Me quedé dormía y cuando me despertó el, verso del quesero que me había formao un verdugón en las canillas, jue tanta mi indinación que olvidándome de que era persona mayor que yo, me levanté furioso y lo primero que vi a mi lado jue una matica de cimbrapotro. Le di un tirón y se la sacudí al quesero con toa mi fuerza, que no era mucha, por cierto. Se enfureció él y me sacó el mandador por el cabo, acomodándomelo en la pata de la oreja, que entuavía me dura el zumbido.

—¡No venga, viejo! ¿Con el tiempo que hará de eso?

—objeta Florentino.

—Sí, niño. Entuavía me dura. Pero entonces lo que sentí jue que el alma se me separaba del cuerpo. Y aquí viene la gran rareza de mi pasaje. Yo sentía al mismo tiempo mi alma volando hacia el cielo y mi cuerpo tumbao en la tierra patas arriba y al lao dél el quesero sacudiéndome por los brazos, soplándome los oídos y dándome a olé un terrón mojado con sus orines.

Un murmullo de risa recorrió el auditorio, a tiempo que doña Nico, guiñándole el ojo a Rosángela:

—Ya apareció aquello. No podían durar mucho los adornos.

—Pero dejemos al quesero con su terrón —prosiguió el narrador.

A lo que murmuró José Luis:

—Me parece muy bien pensado.

—Lo grande jue que de pronto me jallé en una casa, como si junto al Cunaviche, que tenía en el patio un arbolito de astromelia debajo del cual estaba sentada la más linda mujé que he visto en mi vida. Digo mal. Que había visto hasta esta hora y punto en que la niña Rosángela nos adorna esta fiesta con su presencia.

—¡Ajá! —exclama uno de los peones—. Así se remienda un trapo con una tela de seda fina.

Mientras Florentino:

—¡Guá, viejo! ¿Todavía se acuerda de echar flores?

—¡Je, je! —hace Juan Belén y prosigue—: Aquella linda mujé, que su color compitía con el del mármol, tenía en sus blondados cabellos negros una diadema de brillantes y en su pecho una estrella de cinco picos. Su calzado eran sandalias con correa de raso fino y su vestido una túnica de gasa, que dejando ver todo su esbelto cuerpo, nada se traslucía que no se pudiera mentá en esta reunión.

—Pues con no haberlo mentado, tenías, Juan Belén —dijo doña Nico y todos soltaron la risa, incluso Rosángela.

—Es verdá. Y sigo mi cuento, que es historia como ya tengo alvertío. Me llama aquella lindura y me dice: "—Aquí estoy esperándote, Juan Belén.

“—Y tú quién eres? —le pregunto, dándole el tú, como muchacho parejero al fin.

“—Yo soy la Muerte —me responde.

“—La muerte y tan bonita! ¿Y por qué te pintan entonces como un esqueleto?

“—Cosas de los curas —me contesta—. ¿Crees que si yo fuera tan fea naiden se vendría conmigo cuando lo llamo?”

—Y en diciendo asina, me cogió la mano y me remontó por los aires. En esos momentos recorrí todo mi pasado hasta que llegué donde estaba mi cuerpo, al cual le estaban poniendo unas ventosas y aplicándole unas sajas. Pero de pronto cato de vé que al lao mío estaba parao un anciano, con un manajo de llaves en su mano derecha y preguntándome:

“—Guá, Juan Belén! ¿Qué haces tú por aquí, muchacho? ¿Cuándo llegaste?

“—Endenatico —le contesté—. No hace ná que me han traído pacá”.

—Y yo que digo esto y el viejo que chasquea la lengua y dice: “Miren cómo está mi cabeza! Jue una equivocación, Juan Belén”. Y llamando a un jovencito que estaba sentado por allí cerca le dijo: “Mirá, muchacho, espanta ese alborotón de perros”.

—¿Cómo es la cosa, ño Juan Belén? —interrumpen en el auditorio—. ¿Qué perros eran esos que no nos los había presentao?

—Sí es verdad, chico! Se me olvidaba decir que cuando llegué a las puertas celestiales me salió ladrando Cancerbero por sus tres cabezas. Que es como si fueran tres perros distintos en un solo can verdadero.

Se propagó un murmullo por el auditorio, hizo Rosángela un gesto de extrañeza y Tereso Coromoto, como lo advirtiese, sopló al oído del narrador:

—Tenga cuidao, compae. Mire que la niña de la capital ha dado un respingo al oírle mentá ese perro. -

Pero Juan Belén estaba muy seguro de sus letras, no leídas, porque era analfabeto, pero caídas en El Guamacho quién sabe cuándo ni cómo y sonriendo de los temores del armañero zumbón, prosiguió:

—Luego el hombre de las llaves le ordenó al susodicho joven: “Andate en un saltico a casa de Arapo y dile que no corte el hilo de la vida de este muchacho y si ya lo ha cortao dile a Cloto que lo vuelva a empatá y a Laquesis que lo devane”.

—¡Oiga el golpe! —murmuró Florentino, mientras el auditorio exploraba en el rostro de Rosángela sí aquella sonrisa era de burla o de admiración.

Pero a pesar de Atropos —alguna alteración debían de sufrir las letras de Juan Belén— éste continuó engallándose:

—En ese momento apareció un hombre bastante blanco, cara redonda, ojos azules y cabellos amarillos, vestido con traje militar a la antigua, túnica roja con botonadura de oro y encima una gorila resplandeciente.

Aquí sí solté la risa Rosángela y todos la imitaron, por si acaso; pero el narrador no se inmutó:

—Bueno, pues. Vestido como una sota de baraja. Pero tenía en una mano una balanza de esas de botica, pero mucho más grande y en la otra una espada, sin lomo y sin filo y le preguntó al de las llaves: “¿Hay que pasar a Juan Belén, Pedro?”

Ya eran carcajadas las que no podía contener Rosángela, pero de buena gracia que le hacía aquella llanera entonación en boca de personajes celestiales.

—No, Miguel —prosiguió el narrador—. Todavía no.

Hay que devolverlo pa su casa. Pero aprovecha y dale una carta pa don Manuel Felipe de Tovar y otra pa el mariscal Falcón, que son ahora los chivatos de las circunstancias en Venezuela, recomendándoles que dejen esa guerra y no jeringuen tanto a sus súbditos. Porque esto que vengo refiriendo jue en plena federación, que se me olvidaba alvertirlo.

—¡Ay, Juan Belén! —suspiró doña Nico, entre el coro de exclamaciones aprobatorias—. ¡Qué bueno que hubiera sido más reciente ese viaje tuyo al cielo, a ver si de allá mandaban ahora otras cartas como los de tu cuento, pues si ya no hay guerras hay coroneles Buitragos, que bien se merecen un regaño de arriba!

Y con esto y los comentarios del caso, concluyó el turno de Juan Belén, el de El Guamacho, que si no le quitan la palabra habría referido el paseo que San Pedro le permitió dar por los campos celestiales, antes de regresarse a los de su tierra y en donde se encontró con los libertadores y con ellos departió sabrosamente sobre la Política venezolana de los días del cuento, que era la parte de éste que mejor preparada tenía.

Pero Florentino le pasó la palabra a Efigenio, el de Laguna Guandalera, quien después de haberse rascado la cabeza, dijo :

—Mira, Florentino. Yo tráiba también mi cuento pa obsequiá a la niña Rosángela y demás concurrencia.

¡Cómo no! Pero... francamente, se me ha trambuca el bongo al escuchá el cuento del compañero Juan Belén, que está de más de bueno. Que se gane él la novilla.

Otro día será pa mí.

En realidad lo que le sucedía al taimado Efigenio era que había visto las barbas del vecino ardiendo, cuando la extrañeza y la risa de Rosángela, pues en el cuento que traía preparado figuraban nada menos que los Doce Pares de Francia y algunos personajes del Mártir del Gólgota, conocidos de oídos en boca de otros narradores y no estaba muy

seguro de quiénes eran quiénes y cómo se llamaban realmente, ni quería exponerse a las risas de la “niña de la capital”, que con todo y ser muy simpática, burla siempre es burla y sus años no estaban para eso.

—¡Uno que se derrota! —dijo ño Tereso—. Ya esa ternera es mía. Voy por ella, que como ya lo he prometió, nos la comeremos mañana en esta casa todos los aquí presentes.

—Vamos a verlo. No cante victoria antes de tiempo —murmuraron los que ya habían echado sus cuentos.

Rebulló el auditorio, que ya conocía la especialidad de los de Tereso Coromoto, cambió éste una guiñada maliciosa con Florentino, apoyó sus gruesas manos sobre el garrote de puño de cuero trenzado, una encima de la otra y sobre aquélla la barba temblequeante, quedóse así un rato en silencio, sonrió de su picardía ya elaborada, se aclaró el pecho y comenzó en tono zumbón:

—¡Señoras y doncellas y caballeros todos! ¡Ejem! He de alvertil, antes de rompé con el cuento, que en el mes de este sin igual sucedió que voy a tené el gusto de referil no florean sino los caramacatales y los guaterales, que como todos sabemos, la flor de los primeros jie de más que güele, a cuero seco y a lo de los segundos... a no se diga.

Y empezaron las risas que ya no abandonarían sus palabras.

—Ah caramba! —murmuró José Luis—. Este año Tereso tiene su embolado y nos va hacer pasar un mal rato.

—Que por cierto entuavía no he podido averigual en qué consiste esa gran particularidá de que las flores del guatero, que como digo...

—No lo repitas —atajó doña Nico, aunque a ella también le hacían cosquillas las malicias que se le adivinaban al viejo—. Deja quietas las flores y sigue adelante.

—Es que sin hablá de ellas no se van a explicá bien ciertos olores que se van a Sentí más alante. Pero, bueno.

Vamos a complacé a la blanca. ¡Ejem! Esto que voy a referil fue —según la cuenta que tengo llevá en una tarja, allá en casa, donde mañana todos los aquí presentes lo puén comprobá— hace veintidós años, tres meses, catorce días y diez horas, a la de ésta, poco más o menos.

—¡Así se precisan las verdades! —comentaron los oyentes.

—Yo salí como si a matá un venao, en junto con mi compae Agapito, el de Méano Carmonero, que en esos días paraba con nosotros en el Paso. Cogimos un bongo, río arriba y empezamos a canaleteá; ¡Ruas, ruas! ¡Ruas, rués! ¡Ruás, ruás!

—Basta, viejo —interrumpe uno de los peones—.

Suelte el canalete, y acabe de atracá, que se le va a di el Venao.

—Je, je! Yo con mi escopeta maquiritana y el compae con un machetico tocón y asina nos internamos por el monto del costo, pa di a reventé a una culata e sabana donde se majadeaban muchos venaos. ¡Ah! Se me olvidaba decir que el venao que yo quería maté era uno blanco que y que estaba apareciéndose por aquellos comederos, no siendo un venao propiamente, sino un cristiano encantao. Por la trocha del monte que cogimos llevabamos como si a la derecha el caramacatal y como si a la zurda el guateral susodicho, ambos floriaos y yo ya mariaio con la jedentinita de los dos. ¡Je, je! Ibamos distraídos conversandito, sin que nos pasara por las totumas de los embustes la idea de que por allí pudiera habé un tigre, como en efecto lo había y cebao, por más señas, y cuando acordamos se estremece el monte que llevábamos a la derecha y se nos barajusta encima esa profundidá de animal, como dice mi compae Florentino. Yo, que iba alantico, cuanto cato de yerme cara a cara con él no pude sino decirle: “Tigre el c... !” ¡Je, je! Ya se méiba a escapá la palabra. Bueno, no puedo repetil ahora cómo le dije, porque hay damas escuchándome, pero le solté una palabra fea. De eso puén está seguros todos los que me oyen.

—Y sin necesidad de que lo jures —intervino doña Nico—. Como también lo estamos de que no terminarás tu cuento sin que la hayas soltado. Pero no te preocupes: por mi parte estoy acostumbrada a esas palabritas...

—¿De ollas o de decilas, blanca?

—De las dos cosas. Y si es por Rosángela, ya le advertí que se taponara los oídos.

—Ah, blanca y sus cosas! Y sigo mi cuento, antes de que se me vaya el tigre. Yo que digo como queda sobrentendio y mi compae Agapito que empieza a escobillé, como si asustao, sarandeando su tocón y preguntándome:

“¿Ande está el tigre, compae, que no lo veo? Yo lo que siento es que el guateral como si a ha floriao toitico de un golpe”.

—¡Dale con el guateral! —refunfuña José Luis, mientras los oyentes se desternillan de risa, sobre todo Florentino, cuyas carcajadas arrastran el sonreír azorado de Rosángela.

—Bueno, pues. Empezamos a bregá con el bicho y gastamos catorce horas Fíjese, señor perito. Dos más, sin contá los minutos, que las del caimán de mi compae Dimas. Pero esa maquiritaria se portó. ¡Sí, niño! No fallo ni un tiro. Pero lo grande no fue eso, sino que cuando regresamos a casa, a la mujé le pegó el jedor del tigre y me preguntó: “Tú qué tienes, Tereso, que estás tan jediondo a camaza?” Yo no quería referile el lance que habíamos tenío, porque como estaba de cinco meses —no de nació, por supuesto, sino de otra desgracia que le había

pasado y muy ñerbosa— me pareció que era una imprudencia. Pero ¿quién pué con la curiosidá de una mujé, contimás si se halla coma se hallaba la mía en ese entonces?

—Deja los comentarios, Tereso —intervino una vez más doña Nico—, y sigue con el cuento.

—Si no es mejor que lo dejes ya de ese tamaño —agregó José Luis.

—¿Qué lo deje? ¿Cuando ya no me falta ganame sino el rabo de la novilla? Yo lo que voy a hacé es precipitá la cosa, que ya está encima. Digo que yo no quería explicá la causa de aquel olor de camaza, pero tanto se empeñó la mujé mía que tuve que decile lo que había ocurrido, pa quitarme de encima tanta jeringa a causa de la jedentinita. Y eso que ya mi compae Agapito se había bañao pa quitarse el perfume de las flores del guatero.

—Basta, Tereso —dijo José Luis.

—Aguárdate áhi, chico. ¿No te digo que ya estoy terminando? No me destocones el pasaje. Referí lo del tigre que habíamos matao, pero más vale que no, porque a la mujé me le dió un ataque ñerboso, de imaginase que la fiera me hubiera espiazao y le entró una vomitadera y una chinchurriadera que a la hora de éstas entuavia no se le ha cortao. Que es lo más singular de la gran particularidá de este pasaje, que ya se ha acabao. Porque hasta aquí me trajo el río y ahora le toca al perito decí si merezco la novilla, pues todo no pué sé poesía, como lo del compae Dimas con sus flores de masamoso y sus méanos de oro. La vida tiene también sus cosas feas y es menester contalas.

Pero antes de que Florentino dictara su fallo, doña Nico opinó:

—La novilla se la ha ganado Juan Belén; pero a Tereso hay que darle también su merecido y nada más apropiado que un marrano.

—Bueno, blanca —repuso el viejo jovial y redicho—

Como también es carne que nos podremos comé mañana, venga el marrano. Que en siendo gordo, manque sea grande.

Luego, poniéndose de pie y dirigiéndose a Rosángela, después de haber exigido silencio a la concurrencia que con gran bullicio celebraba su pasaje:

—Usté me perdone, niña, si mis palabras han molestao sus oídos hechos pa escuchá finezas; pero Florentino me picó el ojo pa que soltara la lengua y como ahora vuelve a hacerlo, voy a vé si entiendo lo que me quiere decí:

Pero malicias de viejo.

ni ofenden ni mortifican.

Su novio el ojo me pica

pa que le diga en un verso

*lo que siente ño Tereso
ante el ángel y la rosa:
gran cariño y gran respeto.
¡Siga la fiesta rumbosa!*

VIII

UN ZARPAZO DE BUITRAGO

Pero mientras así reinaban en El Aposento la alegría y la confianza, allá, en su Jefatura Civil del Distrito en cuyos términos estaba ubicado el hato, Buitrago se desperezaba y distendía la garra.

Era Dionisio Buitrago el mismo Jefe Civil que, antes de arruinar a los Bejaranos, ya había arruinado, entre otros, a Juan el Veguero.

—Mire, don José Luis —le había dicho hacia algún tiempo—. Véndame El Aposento, pero véndamelo barato.

—Pero, coronel —hubo de replicarle aquél—, si ni barato ni caro quiero, yo venderlo. Además, no soy su único dueño y necesitaría el consentimiento de mi madre y de mi hermano, quienes tampoco están dispuestos a desprenderse del hato a ningún precio.

—¡Ah caramba, don José Luis! ¿No ha oído decir que cuando a uno le proponen comprarle algo debe venderlo incontinenti, pues si no después tendrá de qué arrepentirse? Escúcheme si no este pasaje, no más, como dicen ustedes los llaneros, que le ocurrió a un compadre mío, allá por los lados de El Chaparro donde yo era Jefe Civil en ese entonces, recién empezandito mi carrera política.

Tenía el hombre una mula caureña muy buena moza y caminadora, que a mí me gustaba, y le propuse comprarsela; pero el compadre se empeñó en no vendérmela y al día siguiente no más le amaneció enferma y allí mismito se le murió.

Dionisio Buitrago no era propiamente un cínico, o a lo menos pura y simplemente un cínico, sino que se las daba de muy ducho en el arte de bellaquerías, imaginándose que nadie sería bastante astuto para penetrarle sus entresijos y así hablaba de ellas con la fruición del disfrazado que se presenta como quien es para desorientar a quien pueda reconocerlo.

Pero ya José Luis estaba en el secreto de aquel ardid y así repuso, intencionadamente:

—¿De qué moriría, coronel?

—¡Yo qué sé, don José Luis! Cosas raras que pasan en la vida. ¿Sabe? Digo que Será por aquello de que las cosas y que no son de su amo sino de quien las necesite.

Y rió, sabrosamente, para agregar en seguida:

—Pero no vaya a imaginarse que fuera porque yo le echaría mal de ojos. Pues por ahí dicen mis enemigos que y que tengo esa propiedad. ¿Sabe? Lo que puedo asegurar es que partía el alma ver muerto aquel animal tan hermoso.

—Me lo figuro. Muy buena mula sería para que usted se enamorara de ella y barata querría comprársela a su compadre.

—Voy a decirle, don José Luis. Eso de barato y caro es según el cristal con que se mire, como dice el verso. Si no, vea lo que les -pasó a los Bejaranos. ¿Sabe? Les pareció poca la plata que les ofrecí por Las Juajuitas, que no son sino unos pañitos de sabana y, sin embargo, van y se meten a gastar un platal en una revolución. ¿No le parece mucha temeridad de hombres, don José Luis? Ellos que siempre habían sido gente de trabajo y de orden, como ustedes, los Coronado, verbigracia, O mejor dicho, como usted, pues Florentino no se ocupa sino de sus coplas. Que son muy ocurrentes y muy sabrosas, por cierto.

No se imagina usted lo que me gustan. Con decirle que no hay parranda ni joropo donde yo llegue y no me las haga cantar. ¿Sabe? Hasta esas donde me zumba unas punticas tapadas, como dicen por aquí, muy ocurrentes también y con mucho consonante bueno.

¿Sabe? Pero, volviendo a lo de los Bejaranos. ¿Qué les sucedió, don José Luis? Que después mandaron a proponerme la finquita por menos de lo que yo les había ofrecido endenantes. Yo sé que por ahí dicen mis enemigos que fueron calumnias mías que les levanté, para hacerlos meter en la cárcel y arruinarlos. Pero yo tengo mi conciencia tranquila. ¿Sabe? No sólo no es verdad eso, sino que no quise aprovecharme de que ya estaban presos y les pagué por Las Juajuitas lo mismo que endenantes les había ofrecido, cuando estaban, como dicen ustedes los llaneros, vivitos y coleando. Que también lo decimos nosotros. ¿Sabe? La última frase fue cabalística, pues quizás aludía a dos campos ya separados hacía tiempo: los que querían conservar algo de lo cual, viviesen o con lo cual estuviesen encariñados y los que se proponían despojarlos de ello, a bajo precio y por la fuerza que los asistía. Pero lo original y exclusivo de Buitrago eran aquellos ¿sabe? que intercalaba en sus discursos y que tenían una singular virtud intranquilizadora, pues aunque parecieran completamente superfluos daban la impresión de un relámpago que por momentos iluminase una caverna habitada por seres torvos y acechantes.

Pero si José Luis Coronado no era pusilánime, tampoco carecía de prudencia y ésta le aconsejó que interpusiese alguna valla entre tal -caverna y sus amenazados intereses. Como lo hizo acudiendo al Presidente del Estado en demanda de que le hiciera comprender a su subalterno

que El Aposento no estaba en venta y, por lo tanto, debía quitarse de la cabeza la idea de comprarlo.

Nada más inútil, sin embargo, pues lo personal de las apetencias del Jefe Civil ajustaba perfectamente con el engranaje del plan político que a la sazón se venía desarrollando y que consistía en arrancar las raíces de la revuelta armada mediante la adquisición— por los que componían el gobierno y sus adictos insospechables— de las propiedades agrícolas y pecuarias que habían sido y pudiesen continuar siendo las bases de operaciones del feudalismo caudillista, gracias a las facilidades que brindaban a sus dueños, por lo general caciques políticos, para la tenencia de armas y para el mando que les permitía sobre peonadas que en el momento dado pudiesen convertir en tropas. Ya la revuelta armada parecía definitivamente desterrada del país, pues habían desaparecido todos aquellos caudillos y, por otra parte, los propietarios de El Aposento nunca la dieron por ella, excepto aquella pequeña cooperación monetaria que Manuel Coronado prestase al doctor Payara; pero siempre podría alegar Buitrago que estando la finca en manos suyas, todo posible peligro de alzamiento con peonadas coronadeñas que daría desvanecido. Y ahora sí se explicaba aquel “nosotros” que empleó hablando con José Luis. Y así cuando el Presidente del Estado le dijo:

—Mirá, Dionisio. Por aquí estuvo José Luis Coronado.

Dejá tranquila a esa gente, que es pacífica y de trabajo—, pudo replicarle:

—No digo que no lo sea, General; pero seguro mató a confiado, dice el dicho, y en El Aposento se pueden movilizar algunos hombres en un momento dado. Además, yo lo que quiero es comprarles y a buen precio. Que si les parece poco lo que les he ofrecido no veo que haya motivo de queja, porque en materia de negocio todo se puede proponer y con no aceptarlo basta.

—También es verdad —dijo el Presidente.

Y así quedaron las cosas peor que antes, pues Buitrago se propuso adquirir El Aposento como había adquirido Las Juajuitas.

Ya con este plan supo que lo Coronado habían hipotecado el hato, y desplegando todo lo tortuoso de sus habilidades logró que el acreedor hipotecario se allanase a venderle su acción; pero diciéndole:

—Eso sí, aunque ya es negocio cerrado entre nosotros, del cual usted no se echará para atrás, avísele a los Coronados que va a traspasarse la hipoteca y así cumple con la amistad que tiene con ellos. Que también podría suceder que ellos encontraran manera de rescatarla antes con antes, si no les conviene o no les agrada tenerme por acreedor. Que no sería imposible, pues ya sé que este año se disponen a coger mucho ganado.

José Luis recibió el aviso, pero condicionado por un plazo de rescate tan perentorio que muy pocas esperanzas de parar el golpe podría abrigar y, por su parte, ya Buitrago había encontrado la manera de defraudárselas. Había recibido órdenes del Presidente del Estado para que, de concierto con los demás Jefes Civiles de la región, procediese a la captura de aquel agitador de la tranquilidad pública, que llamándose profeta, hacia allá se encaminaba, y dispersase la gente que lo seguía, obligándola a regresarse a sus hatos respectivos, propiedad de amigos del Gobierno la mayor parte. Y esto le deparó la ocasión para impedirles a los Coronado los trabajos de vaquerías a que se preparaban, con la esperanza de que el producto del ganado recogido en ellas les permitiese rescatar la hipoteca.

Llamó al comisario Cardona y le ordenó:

—Necesitamos reclutar unos veinte y pico de hombres y en El Aposento los hay. Llévase diez bien armados, mañana antes de que amanezca, con cabestros suficientes como para amarrar a los que se resistan, y arréeme para acá a los coronadeños con todo y sus bestias respectivas, porque mañana mismo tenemos que ponernos en campaña contra el profeta ése y que viene acercándose por ahí.

Las noticias llegadas al pueblo aquel mismo día eran de que, desvanecidos junto con las humaredas de la sabana los temores de fines de mundo, a causa de la entrada de aguas que ya no consentirían candelas, todos los secuaces del profeta se habían dispersado y regresado a sus hatos respectivos y que él mismo había embarcado en un bongo, Arauca abajo, hacia el Orinoco y así repuso Cardona.

—Guá! ¿No y que se había despedigao toa esa gente?

—Haga lo que le ordeno y no replique. Mañana al amanecer debe estar usted cayendo sobre El Aposento.

Allá están emparrandados esta noche y cuando usted llegue probablemente estarán durmiendo y así los cogerá mansitos. Lléguese con tiento, de todos modos, no vaya a enmatársele si lo descubren.

Así lo hizo el comisario Cardona, que era un zambo peón de los Bejaranos, a quien por sus buenos servicios en la intriga mediante la cual se apoderó de Las Juajuitas, Buitrago había investido de autoridad, poniéndole un sable en la mano, con lo cual ya podía desatársele todo lo que de déspota tuviese por dentro esperando su hora.

Afortunadamente no estaban por allí los Coronado, quienes, como de costumbre los domingos, habían salido desde el amanecer a cazar tigres a lazo, su deporte favorito; ni tampoco todos los peones los más de los cuales se habían ido con Tereso Coromoto a empatar el baile con la parranda en Paso Armeaño— sino unos seis sobre quienes cayó el comisario por sorpresa.

Ya los tenía sobre sus propias bestias, maniatados, cuando a las voces que daban sus mujeres apareció doña Nico y encarándose con el comisario lo increpó:

—¿Y eres tú, hijo del pueblo y llanero de por aquí mismo, quien viene a cumplir esa orden arbitraria contra tus iguales? ¿Por qué no amarraste más bien con esos mismos cabestros al que te mandó a cometer esa otomía?

—Ansina es la cosa, Vieja —dijo uno de los coronadeños, ya indefenso—. ¿No ha oído decí que no hay peor cuña que la del mismo palo?

Mientras Cardona replicaba:

—Subalterno es subalterno, señora y no le toca sino obedecer. Vaya si quiere a quejarse ante el superior, que manda y no ruega.

—¡Subalterno! —rebatió doña Nico arriscándose—. ¡Esclavo es como debieras llamarte, zambo traicionero!

—No ofenda, señora. Mire que zambo y todo soy la autoridad en este momento —repuso el comisario y luego, dándole la espalda, mientras doña Nico todavía desahogaba su cólera, le ordenó a su gente—: ¡Arreen palante!

Nada de extraordinario en la vida del campesino venezolano, de llanura y monte. La recluta forzada que se lleva al peón, dejando el campo sin trabajo y a la familia sin el sustento. Eran muchas las “comisiones” como aquella capitaneada por Cardona, que doña Nico había visto llegar al hato, reclamando a plan de machete y amarrando a los peones que no tuviesen tiempo de coger el monte, codo con codo sobre sus propias bestias, como a facinerosos, ya porque hubiera malos gobiernos —que nunca fueron buenos— y era menester derrocarlos, ya porque la revuelta armada hubiese estallado y fuese necesario sofocarla. Unos y otras se llevaban al peón, lo arrebataban de su trabajo y de su familia y por allá lo dejaban tendido en el monte, pasto de los zamuros, o lo devolvían enfermo, herido y llagado y con la tempestad de la barbarie desatada dentro del alma, porque lo habían obligado a matar sin saber porque ni para qué, y así mató, perdiendo la repugnancia que tuviese para el delito de sangre y robó y violó y se acostumbró al atropello y ya no le encontraría gusto a otra cosa.

Pero entonces no había guerra —pensaba doña Nico —sino un hombre codicioso y arbitrario que disponía de todos los medios para ejercitar sus represalias y sus desmanes contra quienes fuesen osados a satirizarlo, como lo hiciera Florentino en sus coplas, a no querer venderles sus propiedades por lo que él quisiera pagar, y doña Nico comprendió que después de aquel zarpazo de Buitrago vendría otro y otro y quién sabe cuántos atropellos peores mientras no se decidiesen a venderle El Aposento.

Allí había transcurrido casi toda su vida y allí quería morir, pues cuando se trataba de la posibilidad de trasladarse a otra parte, así fuese a lugar más halagüeño, siempre había dicho:

—Qué mano! Yo, de El Aposento al Cielo y allá un agujerito para mirar para acá toda la eternidad.

Ahora contemplaba su tierra querida, de donde Buitrago acabaría por desterrarla y comenzaba a despedirse de ella, abatida, melancólicamente. Era en el corredor, sentada en el butaque de cordobán, ante la sabana por cuya anchura reverdecida pacían los rebaños contentos bajo la luz matinal, y era polvareda de oro la que allá lejos levantaba el retozo de una yeguada cerril. Rosángela estaba en su habitación, pensativa también, temerosa de las consecuencias que pudiese traer el reclutamiento de los peones cuando José Luis y Florentino regresasen y se enterasen del atropello. Era como antes, día de nostalgia de doña Nico, y los chicos del ható, cual si hubiesen oído aquel silbido con que ella solía congregarlos, atravesaron el patio, uno a uno y fueron a sentarse en el suelo del corredor en torno a ella, silenciosos, contemplándola.

—Ah! ¿Ya están ustedes aquí?

Pero fueron ellos quienes esta vez le dirigieron preguntas:

—Pa onde se llevaron a mi taita? ¿Ah? ¿Es verdá que se lo llevaron pa matalo?

—¿Quién te ha dicho eso?

—¡Guá! Mi mamá lo dice. Allá está llorando y diciéndolo.

—No hagas caso. Fue un juego del comisario Cardona.

Tu papá volverá pronto.

—¿Y el mío?

—Y el tuyo también y el tuyo y el tuyo...

Esta vez no va contra ellos el zarpazo del coronel Buitrago.

IX

UNA CACERIA DE TIGRES

En un palmar apretado de maporas jóvenes que a poca altura del suelo entrelazaban sus coplas, sobre las más cogolludas de éstas, solían agazaparse los jaguares que merodeaban por El Aposento y a los cuales los llaneros llaman tigres, y consistía la cacería de la predilección de los Coronado en levantarlos, entrándoles a caballo, a gritos, perseguirlos por la sabana abierta y en teniéndolos al alcance de las sogas lanzarlas de modo tal que, a un tiempo y uno por encima del otro se abriesen los lazos y cayesen

sobre la cabeza de la fiera, lo que requería una especial destreza y gran precisión y concierto de movimientos a fin de que aquéllos no chocasen en el aire y simultáneamente “vistiesen” la presa, logrado el cual los jinetes abrían rápidamente sus caballos a uno y otro flanco, de modo que en el tirón de las sogas quedase el jaguar estrangulado.

Muchos eran ya los que Florentino y José Luis, enlazadores diestrísimos, habían cazado así y allá iban aquella tarde en pos del tigre de la pinta menudita, que a sus gritos saltó fuera del palmar donde estaba cebado, pues cerca de allí había un bebedero al cual solían acudir los venados y que por las señas de la pinta y del gran tamaño debía de ser el mismo que ya se había comido varios becerros del ganado que se majadeaba por aquellas sabanas.

—¡Ahora! —gritó Florentino, cuando creyó oportuno lanzar los lazos y tendió el suyo sobre el cual debía abrirse el de José Luis, sacando ya su caballo por su flanco, con la rapidez y precisión con que había de hacerse todo aquello...

Pero no acudió a tiempo el del hermano y la fiera, ya con la soga de aquél ciñéndole el pescuezo, más no tanto como para estrangularla, se revolvió y se lanzó sobre la bestia que ya tiraba de ella.

Dos saltos agilísimos había dado ya y con el tercero caería sobre la grupa del caballo de Florentino, pues no se defendía sino atacaba enfurecida, y fue entonces cuando José Luis vino a lanzar el lazo, a tiempo que el hermano le gritaba:

—Qué te pasa?

Templáronse las sogas, se estranguló el bramido de la fiera, detuviéronse las bestias y el tigre de la pinta menudita se debatió unos momentos y luego se quedó inmóvil, afuera la lengua enorme, saltados los ojos.

Y como era la primera vez que José Luis se quedaba tremolando su soga después que, él había lanzado la suya, Florentino lo atribuyó a deliberado alarde de destreza y se lo celebró diciéndole:

—Ahora sí me quito el sombrero ante usted, hermano, pues se necesita que esté uno muy seguro de su pulso para reservarse hasta el último momento. Pero, ¿por qué no me dijo que iba a ensayar esa innovación en el lance?

Así hubiera gozado yo con la emoción, mientras que, francamente, estuve a punto de papelonearme viendo esa profundidad de animal que se me venía encima.

Pero José Luis callaba, sombrío, mientras recogía su soga y como hecho esto procedió a amarrarla a los tientos, Florentino le preguntó:

—Qué haces, hermano? ¿Cómo que te das por satisfecho? Por aquí deben haber otros tigres que se merecen

igual suerte que éste. Vamos a buscarlos, a ver si yo puedo repetir la lección que me has dado.

José Luis lo miró a los ojos, como para calarle la intención de aquellas palabras y comprendiendo que en la mente de Florentino no hubo sino lo que había expresado, repuso, ya con el pie en el estribo:

—No. Se me han quitado las ganas de seguir cazando.

Vámonos para casa.

Emprendieron el regreso más temprano que de costumbre. Florentino, locuaz, comentando todavía el incidente; José Luis, silencioso y ceñudo, hasta que, habiendo callado aquél, salió éste de su mutismo preguntándole:

—¿Recuerda el cuento de los Caurimares, hermano?

—¿El de las dos mitades de un solo hombre?

—Sí.

—Sí lo recuerdo. Pero, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque se me acaba de venir a la memoria.

Los Caurimares eran dos hermanos gemelos, llamados José Francisco y Francisco José, que decíanles Pepe Pancho y Pancho Pepe, como para que fuese mayor la extraordinaria semejanza que existía entre ellos. Uña y carne en todo y para todo, aunque el primero, más inteligente supeditaba al segundo, tuvieron una juventud borrascosa, siempre coincidiendo al concebir sus fechorías y llevándolas a cabo conjuntamente, por lo cual se les llamaba “las dos mitades separadas de un solo hombre malo”.

: Dice el cuento que, perseguidos por la justicia, tuvieron que abandonar la población de donde eran oriundos y fueron a internarse en las soledades de más allá del Cunaviche, donde fundaron un ható y vivieron varios años dedicados al trabajo y en la perfecta armonía en que siempre habían estado, hasta un día en que, como Pancho . Pepe hubiese tomado una querida, estando a la mesa los tres, ya anochecido, vino a caer en que el hermano se la miraba codiciosamente y en seguida le propuso:

—¡Qué te parece, hermano, si fuéramos a ponerle una celada al tigre que se nos está comiendo los mantes de La Rinconada?

Quedóse mirándolo un rato Pepe Pancho, hasta sondearle el pensamiento y como lo hallase a la medida de recónditos deseos suyos, le respondió:

—Pues no me parece mal. Vamos ya si quieres.

—Queriéndolo estoy hace rato.

—Pues haciéndolo, hermano. Haciéndolo ahora mismo.

Salieron. Transcurrió una hora durante la cual la barragana estuvo paseándose intranquila por el corredor delantero de la casa, ante la noche negra, y al cabo regresó Pancho Pepe solo.

—¿Qué has hecho de tu hermano? —dice el cuento que le preguntó la mujer horrorizada, al verle la sombra del crimen en la faz.

Y el Caurimare respondió:

—Dos Caurimares iguales eran una repetición contra por gusto. Con uno basta y sobra.

Pero lejos de bastar y sobrar, quedó tan incompleta aquella mitad de singular hechura, tan necesitada de la que no regresó de La Rinconada, que nada pudo de allí en adelante llevar- a cabo Pancho Pepe, por sí solo, para todo se buscaba y no se encontraba, acometido de una extraña perplejidad ante las cosas más triviales, hasta que paró en loco, temeroso de que le arrebatasen la otra mitad de sí mismo, y para defenderla se aculó contra un rincón de su cuarto y se abrazó y así enflaqueció tanto, que cuando murió ya sus manos se tocaban sobre sus espaldas consumidas.

Así terminaba el cuento, tradición verbal de un suceso lejano que ya se estaba perdiendo en el olvido, y a Florentino, que hacía tiempo no oía mencionar a los Caurimares, el intempestivo recuerdo, le causó, primero, extrañeza y luego repugnancia de haber comprendido.

* * *

¿Acaso toda una vida de rectitud moral, de generoso afecto y de paternal abnegación había fracasado en aquel momento en que su diestra, debiendo lanzar el lazo, lo retuvo, inhibido el movimiento? Fue, más que una distracción ya inexplicable, una repentina imposibilidad, le salió al encuentro la imagen de Rosángela y olvidado de cómo se hacía, un agolpamiento de toda la voluntad sobre el músculo que debía distenderse y sin embargo se mantuvo contraído, por el exceso mismo de la volición que trabajaba sobre él; pero José Luis, al tratar de explicarse cómo pudo haber sucedido aquello que nunca le ocurriera, partió de lo exterior y objetivo: Florentino en peligro por causa de su dilación y al adentrarse en su alma, ya con el resquemor de su culpabilidad, le salió al encuentro la imagen de Rosángela y se le formuló de pronto en la mente, sin vestigios conscientes de la asociación de ideas que la hubiese evocado, la pregunta acusadora de la mujer del Caurimare fratricida.

Y se horrorizó de sí mismo hasta el fondo del alma al descubrir que todo esto había pasado porque estaba enamorado de Rosángela, simultáneos el encanto y la abominación, confundidos en un solo hallazgo de sí mismo.

Ya había purgado su culpa al confesarla, aunque de manera indirecta, haciéndole recordar a Florentino el caso atroz de los Caurimares, a fin de que atase los cabos y no continuase atribuyendo a alardes de destreza el no haber acudido a tiempo con el lazo y le retirase todo su afecto y abominase de él, y ya tenía tomada su determinación definitiva.

Cabalgaba en silencio, ceñudo y sombrío, pero luego se sobrepuso y con voz sin repercusiones de tormenta interior, dijo:

—Sabes, Florentino, que como que voy a seguir tu consejo?

—¿De qué?

—De echarme un paseíto a Caracas. Verdaderamente me hace falta descansar un poco de esta vida, que ya se me va haciendo pesada. Ya ni a esto de la cacería le cojo gusto y es que estoy cansado de la sabana y sus cosas por todo espectáculo. Además, aprovecharía el viaje para ver si acercándome a las alturas del Gobierno nos quitamos de encima esta amenaza del coronel Buitrago, que ya pasa de la cuenta, En este país hay que meterse bajo el ala al jefe para que el subalterno no dé con las espuelas. El día menos pensado Buitrago nos chisnea de enemigos del Gobierno y a la cárcel vamos a parar, sin recurso de pataleo. Aquí vengo pensando hace rato que ésa es la única solución. ¿No te parece?

—Sí —respondió vagamente Florentino, a quien por primera vez dábale el tu José Luis—.

Eso es verdad. El día menos pensado...

—Además, de paso por San Fernando haré una diligencia que se me acaba de ocurrir, a ver si conseguimos el dinero necesario para rescatar la hipoteca con tiempo.

—¿Y cuándo sería ese viaje?

—Mañana mismo, de madrugada, porque si lo pienso mucho no lo hago. Ya que estás por aquí, con plan de quedarte largo tiempo, no hago tanta falta. ¿No te parece?

—Tú siempre haces falta, hermano, dondequiera que no estés; pero no seré yo quien se atreviese en cosa que te convenga —repuso Florentino, ambiguamente, por lo que decía José Luis y por lo que ya él tenía resuelto también.

Y como el hermano guardase silencio, tal vez a causa de su actitud nada efusiva, se entregó a su soliloquio, interrumpido por aquellas frases:

“Tenía que suceder. Una chispa basta para incendiar toda la sabana cuando está seca y tostada y el viento sopla con fuerza. ¡Y con qué fuerza, hermano, se te desató ese barinés! Pero no te imaginas la alegría que me ha causado ese descubrimiento. Serán dos pájaros que mataré de una sola pedrada. Yo tenía para contigo una deuda de toda la vida: me has dado tu cariño y tu trabajo y ahora se me proporciona la oportunidad de pagártela con creces. Y si es la deuda que pueda tener para con Rosángela por el amor que me haya puesto, que ya lo pondrá en ti, donde estará mejor colocado, ahora me obligan a repetir aquello de:

hoy te quiero y hoy te olvido....

que muy a tiempo me lo cantaron ayer. Mientras que haciéndolo como lo haré, será ella la que ganará, que ya es una buena manera de quererla, pues entre José Luis y Florentino la que dude en quedarse con el primero muy bruta mujer tendrá que ser... Y luego, por si fuere poco, quedarme otra vez libre y escotero. Porque, la verdad sea dicha, ya estaba enamorándome de Rosángela... ¿Estabas? Las verdades claras. Cantaclaro: enamorado hasta los tuétanos estás sin querer reconocerlo, desde que te la trajiste de Hato Viejo... Pero José Luis necesita de ella para que le alegre su vida y le adorne su casa... Tú tienes la sabana, que es ancha. ¡Mírala cómo te ofrece sus caminos!”

X

AL AZAR DE LOS CAMINOS

Se los ofrecía cual sus rayas una mano extendida para el vaticinio y los caminos le decían, al serpentear por entre los pastos reverdecidos:

—Rumbo a los llanos de Barinas, que abandonaste por el de Hato Viejo. Camino de Mal Paso, de donde te llevaste a Ramonita; sendero del caserío donde te espera Ermelinda.

Porque en la sabana por dondequiera se va a todas partes. Pero era la historia de su vagar sin rumbo ni objeto, al azar de una aventura fácil, dejando por el trayecto sus cantares y sus fantasmas, cada vez que a solas se nombraba, desintegrándose a fuerza de andar señero bastándose a sí mismo, y ahora las voces de los caminos parecíanle que le contarán, no su historia vivida, sino su leyenda soñada.

De los peladeros donde cabildeaba el ganado y ya nunca la hierba crecería, partían en todas las direcciones trochas angostas, así como de su voluntad aventurera partió siempre la dispersión de sus propósitos, aunque ahora también la determinación generosa y en las encrucijadas de los caminos anchos —todos se cortan en la sabana— ésta continuaba insinuándole:

—Camino de tal parte; camino de cual otra... Camino que no lleva a ninguna. Trajín recién nacido que allí mismo moriría entre los pastos reverdecientes ¿Propósitos de un momento que no tardarían en desvanecerse?

No le agradó haberse formulado esta reflexión y se apresuró a buscar en derredor otros motivos sabaneros que se las sugiriesen optimistas. Y uno de los senderos le dijo:

—Trocha de la casa de Tereso Coromoto, donde están esperándote para que animes la parranda con tus cantares.

—¿Vamos casa de Tereso? —le preguntó a José Luis.

—No me provoca. Ve tú si quieres... Aunque sería mejor que no fueras, no vayas a emparrandarte y olvidarte de que mi viaje es para mañana de madrugada y aquello no puede quedarse solo.

—No te preocupes que no se quedará solo. Ya estoy de regreso. Voy a echar una cantadita casa de Tereso Coromoto.

Y ya volviendo la rienda a su caballo:

—Hasta la vista, hermano. Que si no vuelvo... Ya tú sabes lo demás.

Referíase a la frase con que acostumbraba despedirse de él cuando le entraban aquellas ventoleras de vida errante, y José Luis, volviendo también la rienda a su caballo, se le atravesó en el camino que ya tomaba y le preguntó:

—Qué vas a hacer?

—¡Guá, chico! ¿No te lo dije ya? A echar una cantadita casa ño Tereso, como le ofrecí anoche.

Y como José Luis continuaba mirándolo de hito en hito:

—¿Qué te pasa, chico? ¡Qué raro estás hoy!

—Nada —respondió aquél, tratando de recobrar su serenidad y su reserva—. Que te conozco demasiado y sé que cuando te despides así...

—Pues ahora viene al caso aquello de: las caras nos vemos, pero no los corazones.

Y aplicándole las espuelas a su bestia:

—Fue un decir. Ya vuelvo. Vete tranquilo.

José Luis permaneció en el sitio viéndolo alejarse y al cabo de un rato prosiguió su marcha, pero diciéndose:

—Seguro mató a confiado. No será mañana cuando cogeré camino, sirio hoy mismo, en lo que tarde para cambiar bestia y meter en los bolsones unas mudas de ropa, de modo que cuando él regrese de casa de Tereso Coromoto ya no me encuentre y tenga que quedarse para hacer mis veces... Que después de todo, quién sabe si realmente no piensa sino en pasar un rato en casa de ño Tereso...

Abrigaba la esperanza de que Florentino no hubiese entendido lo que quiso decirle al hacerle recordar el episodio de los Caurimares; deseaba creer que, no habiéndole calado el sentimiento que le retuvo el brazo, no le perdería el afecto y todo resultaría como lo esperaba de su determinación de alejarse de El Aposento por tiempo indefinido o

por lo menos hasta que aquél se hubiese casado con Rosángela.
Pero ya Florentino cabalgaba otra vez al azar de los caminos, por donde su historia se perdería en la leyenda.

* * *

A la casa de Tereso Coromoto llegó, como éste a la suya la noche anterior, pidiendo:

—¡Echeme el trago, viejo, que se me sangra el gallo!

—Pues te voy a correspondé con lo mismo que me obsequiaron anoche en tu casa, porque ahí tengo una botella de buen brandís, destiná pa ti y José Luis. ¿Acaso yo soy más menos, pues? Arrimate pa que lo pruebes, a ver si es del legítimo.

Y luego, viendo cómo lo tomaba:

—Como que no crees que sea brandis de verdá? Te has echao el tarrayazo al fondo del güergüero como si fuera aguardiente lavagallo.

—Echeme uno, entonces, para paladearlo... Bueno es, de veras. Repítame la cucharada. Lléneme el vaso, Viejo.

No sea tan pichirre. .

—¿Qué te pasa, Florentino? —inquirió el viejo, extrañado—. ¿Cuándo has sío tú borracho? ,

— ¡ Ch'acá la botella y no averigüe! Algún día tenía que ser.

—No digas eso, muchacho. Que la juerza del hombre está en contimenos vicios, y si algo bueno has tenido tú es que ni fumas.

—¡Quién lo dice!

—Sí, es verdá, chico, pero por eso mismo es que puedo aconsejarte. Que si no hubiera sío por ese mardito lavagallo y ese fulano café y ese confiscao tabaco, juerza ya más rico que el Gobierno. Pero ya no es tiempo, Florentino, porque loro viejo como si no aprende a hablá. Pero ¿tú que estás muchacho?

—Da lo mismo, viejo. De todos modos vamos para el hoyo. Echeme otro trago.

—No, Florentino. Manque te pongas bravo conmigo no te sirvo más. Anda pa que te comas unos chicharrones, que ya los están sacando del caldero, pa que tengas juerza pa pegate a cantá. Que me se olvidaba decirte que ahí te están esperando pa medirse contigo.

—¿Quién?

—Pues no. puedo darte el apelativo porque a mí no me lo dió. Uno que se presentó hace rato por ahí, preguntando que si aquí era aonde tú ibas a canté hoy y pidiéndome permiso para pegase contigo. Uno que no parece de por estos laos. Me dijo que venía desde lejos buscándote pa conocerte y medirse contigo. Ahí está en la sala, aguardándote junto al arpa. Pero antes ven pa que te co mas unos chicharrones y se te asienten esos

tarrayazos que que te has echao.

Bajo los árboles, junto al ribazo del Arauca, estaba puesta la mesa que las hijas de Coromoto aderezaban para la comilona, con hojas de plátano que harían las veces de platos y manteles, y junto a cada una el pan del cazabe. Más allá humeaba el caldero, donde se freían los chicharrones, con los cuales ya se regalaba la concurrencia bulliciosa y golosa.

—¿Qué se han hecho don José Luis y los otros muchachos que todavía no han aparecido?
—preguntáronle a Florentino los peones de El Aposento que ahí estaban.

—José Luis no viene, pero de los Otros muchachos no sé nada. Creí que todos estuvieran por aquí.

—Seis se quedaron allá porque y que estaban muy cansados. Pa venirse más tarde. Pero si no apuran no van a encontrá qué come, porque ya el marrano va a está y el hambre está jugando garrote en esta parranda.

Y Tereso Coromoto a una de sus hijas:

—Andá y llámate al forastero ese que está en la sala esperando a Florentino. Dile que ya ha llegao y que se acerque acá pa que lo conozca y se eche un trago pa que se tiemple el cuerpo.

La muchacha fue y vino diciendo:

—Ahí no hay nadie, taita. Ni en la sala ni por todo eso.

—¿Cómo va a sé? ¿Tú registraste bien?

—Toa la casa. Tampoco está el caballo. Se cansaría de esperá y siguió su camino.

—Pero ¿por dónde se ha ido ese hombre, que naiden lo ha visto?

Y Florentino:

—¡Ah caramba! Ya sé quién era ese forastero misterioso. Ese es el Diablo, el cantador que y que se estaba apareciendo por los llanos de Barinas, que como yo no fui a buscarlo ha venido por mí.

—¡Arrenuncio! —exclamó ño Tereso—. ¡Mandinga en mi casa! Ya le voy a está haciendo la cruz a la silla ande lo mandé a sentarse. ¡Por si acaso!

Y Florentino, siempre en broma, pero ya también bajo los primeros efectos de la bebida:

—No fue que se cansó de esperarme, sino que le dieron las doce, hora en que empezó la pasión de Jesucristo, con la cruz a cuesta por la calle de la Amargura, y el canto del gallo que la anuncié lo hizo volverse a sus infiernos. Pero ya volverá, después de las seis de la tarde, cuando haya pasado el tiempo que el Señor estuvo en la cruz, y cargará conmigo...

—¡Hoy sábado! ¡Ave María Purísima! —exclamaron las mujeres, entre las risotadas dé los hombres—. Déjate de hablar disparates, Florentino. Mira que allá arriba a toda hora están diciendo amén.

—No se preocupe que si vuelve no podrá entrá, porque ya le voy a está poniendo la cruz de palma bendita en la puerta —dijo ño Tereso.

Pero aún no habían concluído los comentarios provocados por las palabras de Florentino, cuando ya éste tenía ocupación más interesante: Justina, nieta de ño Tereso, fresca y sabrosa, en cuyos cálidos ojos ya brillaba el sensual efecto de las palabras que aquél acababa de deslizarle al oído:

—Lo que soy yo me llevo de aquí, hoy mismo, este pimpollo.

Así las había enamorado siempre a todas las que cabalgaron su remonta.

—Déjese de eso. Mire que lo acuso con quien usted sabe —díjole la rústica, refiriéndose a Rosángela, pero sin poder disimular el perturbador halago de aquellas palabras que le habían soflamado las mejillas arrosquetadas.

—Déjate de remilgos te digo yo. Bien sabes que anoche no hice sino mirarte y que si he venido hoy aquí es para decirte que esta noche, cuando todos se hayan acostado, estaré en loa chaparros esperándote, para que eches un paseo junto conmigo por esos llanos que todavía no conoces.

—¡Hoy zape! Mire que mi abuelo se está fijando en nosotros.

En efecto, a poco se le acercó ño Tereso, diciéndole:

—No me le calientes la oreja a la muchacha, Florentino. Y anda pa que nos eches la cantadita que me ofreciste anoche.

—Ya voy, viejo. No se preocupe, que más vale que Justina hable conmigo y no con otro.

—También es verdad, Florentino... Pero es que ya el arpista está templando.

—Ande pues, y tráigame otro trago, que aquí lo espero.

Y cuando ño Tereso se le apartó:

—Bueno, pimpollo, quedamos en lo dicho: esta noche en los chaparros. :

—¡Umjú con el hombre tan atacón! ¿Se atrevería usted de verdá a hacerle eso a mi abuelo, que lo quiere tanto?

—¡Guá! ¿Y él no lo hizo a tu bisablelo, que también lo quería mucho? Además, cariños se pagan con cariños y tú vas a recoger los que en mí ha sembrado tu abuelo.

Acaso Justina no se hubiese atrevido, así de buenas a primeras; pero Florentino hablaba en serio y en aquel momento el rapto de la nieta de Tereso Coromoto ocurríasele como la mejor solución de su conflicto espiritual, pues en cuanto Rosángela lo supiese no podría dejar de

aborrecerlo y despreciarlo para siempre, y así José Luis no tardaría en conquistarse su amor.

Pero ya se dirigía a donde lo esperaba el arpista cuando llegaron los peones reclutados por el comisario Cardona.

—¿Por qué se dilataron tanto? —les preguntaron los otros, creyendo que venían del hato donde los habían dejado.

Explicaron cómo habían sido reclutados y luego puestos en libertad, cuando al atravesar una mata, a medio camino del pueblo, una partida revolucionaria había caído por sorpresa sobre Cardona y su gente, desarmándolos y haciéndolos prisioneros.

—Nos salvamos en lo labrao, porque ya lo revolucionarios nos habían incorporado en sus filas y gracias a que dijimos que éramos peones de los Coronados, y el jefe conocía a Florentino, pues inmediatamente nos puso en libertad y nos dio este recado: “Díganle al catire que aquí voy cambiando el menudo por la morocota”.

—¡Juan Parao! —exclamó Florentino.

—El mismo que’ viste y calza, que va a la cabeza de unos cuarenta hombres, marchando sobre el pueblo.

—¿Cuarenta hombres nada más? ¿Eso fue todo lo que le pudo cachapiar al profeta?

—Sí. Los demás y que se revolieron pa sus hatos en cuanto se acabó la humasera. Y gracias que ahora tiene diez máuseres más, los que les quitaron a los gobiernistas, porque no traían sino unos quince o veinte. Pero van decididos a darle un susto al coronel Buitrago, porque todos son hombres de averías.

—Junto con ellos —agregó otro —o mejor dicho a la cabeza de ellos también, va un patiquín a quien tú le prestaste tu remonta, Florentino, que ahí te la devuelve con nosotros y te manda a dar las gracias.

—¿El caraqueño también cambiando el menudo por la morocota?

Y con una resolución fulminante se dirigió al sitio donde estaba su caballo.

—¿Qué vas hacé, Florentino? —preguntáronle los peones.

—Eso es cosa mía —les respondió—. Ustedes váyanse para casa en cuanto hayan almorzado. Váyanse todos y no se muevan de allá. Y si José Luis y la vieja les preguntan por mí, díganles que aquí me dejaron.

Cuando ya ponía el pie en el estribo se le interpuso Tereso Coromoto, diciéndole:

—No seas loco, muchacho. ¿Qué vas a ganó con incorporátele a esa gente que está tirando una pará de desesperaos? No cometas disparates, que tú tienes qué perder.

—Agradézcalo, viejo —le repuso, rechazándolo—. Que si no es por esto, maldiciones me echaría usted mañana.

Y se lo llevó el camino que acababa de abrirse ante él.

XI

EL MENUDO POR LA MOROCOTA

Cuando llegó, ya todo había sucedido y las sombras de la noche cubrían el desolado escenario de la tragedia.

Era un caserío cercano al pueblo capital del distrito. Uno de esos caseríos llaneros por entre cuyos míseros ranchos de palma entra, circula y allí mismo sale la sabana pelada; pero de las que fueron moradas humanas ya no quedaban sino escombros humeantes. Una charca, a la entrada del caserío, era como un ojo abierto de espanto en la obscuridad de la noche.

Cabalgó por entre los ranchos destruidos por el fuego. Vió cadáveres tendidos en la tierra y junto a algunos de ellos, perros echados. Los perros del caserío, tristes y fieles acompañando a sus amos muertos y abandonados. Vió unas sombras que huían de él, perdiéndose entre las de la noche tenebrosa. Reinaba un silencio impresionante.

Echó pie a tierra, aquí y allá, se inclinó sobre los cadáveres, volvió de cara los que yacían de bruces, buscando a Juan Parao o al caraqueño Martín Salcedo, pues ya daba por segura la destrucción de la partida revolucionaria. Gruñían y le mostraban los dientes algunos de los canes celosos y los que se apartaban de él, con el rabo entre las piernas, se detenían más allá, alzaban el hocico al cielo y gruñían lastimeramente.

Volvió a montar. Ni Juan Parao ni el caraqueño habían caído por allí y aunque entre los cadáveres había algunos de desconocidos que debían de pertenecer a la partida revolucionaria, los más eran de vecinos del aserío, amigos suyos varios de ellos.

—¡El menudo por la morocota! —se decía, una y otra vez—. ¿Habrás derecho a esto?

Vagó por el caserío desierto por donde habían pasado la muerte y el fuego. Volvió a distinguir las sombras fugitivas al cruzar una de las callejuelas. Oyó, de pronto, una voz de mujer, gimiente, desgarradora. Luego un murmullo como de rezos, acercándose; otra vez el silencio y finalmente un grupo de negras siluetas calladas, como procesión de fantasmas, marchando hacia él.

Eran unas mujeres que conducían un cadáver. Detúvose a esperarlas y les preguntó:

—¿Qué ha sucedido aquí? Y una de ellas, alta, vieja, cenceña y de voz cavernosa

como doña Nico, se detuvo para responderle, creció en la obscuridad al erguirse y encarársele, y le dijo:

—¡Asesino! ¿Todavía preguntas qué sucedió aquí?

Y prosiguió su marcha espectral en pos de las que conducían el cadáver de su hijo, que era su único apoyo.

Florentino se pasó la mano por la frente atormentada por el martillazo de la intoxicación alcohólica a que no estaba habituado y se restregó los ojos como si soñare y quisiese despertar, porque le parecía haber oído a su madre llamándolo asesino.

Ya el grupo de sombras se había sumido en las tinieblas del caserío, reinaba de nuevo el espantoso silencio y Florentino tuvo la impresión terrible de haberse quedado solo sobre la tierra muerta, oscura y ca1lad para siempre.

De pronto sintió galope de caballerías y ya le volvía la rienda a la suya para abandonar el trágico caserío, temeroso de que fuesen tropas del Gobierno que se aproximaran y lo tomaran por uno de los revolucionarios, a quienes él atribuía aquellos horrores de incendio y matanza, cuando advirtió que era un- caballo aperado, pero sin jinete, tal vez perteneciente a alguno de los muertos que yacían por tierra, bestia enloquecida que corría por las tenebrosas callejuelas y se revolvía de pronto, cual si no encontrase la salida que buscaba en la sabana libre, prisionera del espanto que reinaba en la población arrasada.

Detuvo un momento su carrera y se acercó al caballo de Florentino. Belfo a belfo estuvieron un rato, como si se cruzaran impresiones, hasta que el segundo dió un respingo de miedo y el que ya no cargaba hombre encima lanzó un relincho doloroso y reemprendió su atormentado galope.

Y aquí que de pronto advierte Florentino una sombra detenida junto a él. Una sombra loca que rompe a hablar:

—Llegaron al escurecé. No se divisaba naitica en el camino, sólo se escuchaban los gruñidos de los cochinos y la voz del que arreaba—: ¡Cochi! ¡Cochi!. —Alto!

¿Quién vive? —gritó el centinela apostao en la salía del pueblo—. Un hombre con unos cochinos —le contestaron del camino—. ¡Avance! —dijo entonces el centinela—. Y se volvió a escuchá la voz que venía por el camino, entre la escuridá de la noche—: ¡Cochi! ¡Cochi!... —Y los cochinos hacían...

Imita el gruñido de los cerdos, suelta de pronto una carcajada que luego se convierte en imitación de un toque de corneta y prosigue:

—¿Cochinos? En la boca, sujetándolos con los dientes, tráiban los machetes amolaítos, y cuando estuvieron cerca del retén se alzaron de pronto del suelo y cayeron sobre los

soldados, espiazándolos a machetazos—. ¡Chas! ¡Chas!

—¡Mijito! No se oía sino el espiace del güesero y el ¡ay mi madre! Y esos machetes rozando-: ¡Juip, juip!..

¡Tararí, tari, tatarí!

Era una loca a quien por esta manía imitativa apodaban La Corneta. Loca de locura pacífica, que antes fue furiosa y lo que refería era una escena de años atrás, en otra revuelta armada, cuando por haberla presenciado perdió la razón. Una mujeruca horrible, bizca, desdentada y cochambrosa, con una greña hirsuta, como si siempre la tuviera erizada el terror que le produjo el sangriento episodio cuyo recuerdo no la abandonaba.

Florentino, que ya la conocía, le dijo:

—Ya eso me lo has contado otras veces, Corneta.

Cuéntame ahora lo que sucedió hoy.

—¿Hoy? ¡Ah batalla buena, Florentino! ¡Imaginate, chico! Estaba prendío ese joropén y el Coronel pegao al corte, bailando, después de haberse comío la ternera con que lo obsequió Evaristico Bejuma. Y de pronto-: ¡Pim, pim! ¡Viva la revolución! — Y ese negro alante e su gente vuelto un demonio, echando ajos por la boca y candela de los infiernos por los ojos y plomo por el revólver. ¡Se formó ese barullo, chico! ¡Y esa corneta sonando, sabrosa!

¡Tararí! ¡Fuego y adentro! El Coronel, que se ia echaba el guapo a el plomo, se-papeloneó todo y no hallaba por dónde salí. ¡Por aquí Coronel Buitrago! —le gritaba Evaristico, aconsejándole que saltara la palizá del corral de su casa, pa que cogiera el monte por la calle de atrás. ¿Por aquí? Por ahí venía otra guerrilla revolucionaria y en cuanto el Coronel saltó a la calle le cayeron encima y lo espiazaron a machetazos antes de que pudiera decí —¡ay mi madre!— Si es que la tenía el condena, que bien remaluco era. Lo espiazaron y luego uno llamao Juan lo roció con kerosén de la misma pulpería dé Evaristico y le pegó fuego. Uno llamao Juan, que parecía que no podía con su alma y fue el amo del machete que más rozó. Uno a quien el coronel Buitrago y que le había quitao unas vacas, allá por los, laos del Yagual. ¿Qué te parece, Florentino? Y después dicen que en esta vida y que no se paga lo que se debe. ¡Ah pelea buena, chico! ¡Ja, ja, ja! ¡Tararí! ¡Fuego y adentro, muchachos! ¡Ataja ese que se va por ahí! ¡Pégale el machete por el tronco del pescuezo! ¡Juap! Ya está, mi jefe. Tararí, tari, tatarí!

Y La Corneta se enardece y salta de aquí para allá, como una sombra loca en las tinieblas de la noche y se revuelve y se agazapa y se encrespa, reconstruyendo el torbellino de la refriega.

—¿Y esos piazos del Coronel ardiendo en el medio de la calle! Lo trincó una llamao Juan, que fue el amo del machete que más rozó.

Juan, el veguero, con el mismo machete con que arrasó su conuco y descuartizó su perro

Aquel hombre paciente y pacífico, de hablar calmoso y mansa mirada bestial, que se embraveció de pronto y como una fiera muda y sombría se incorporó a la gente del profeta y luego se vino con la montonera de Juan Parao a saciar su hambre y su sed de venganza, para morir en seguida, harto de ella. Aquella ruina humana a quien primero sostuvo una inmensa resignación y luego una cólera inmensa.

La Corneta describe su furia sombría, su ensañamiento terrible y calmoso, el fuego infernal que le brillaba en los ojos, antes de mansa mirada que se echaba sobre las cosas como una bestia pesante y despeada, sus palabras lentas, sílaba a sílaba, mientras contemplaba los descuartizados miembros del coronel Buitrago consumiéndose entre las llamas:

—A.. si... na se es... té que.., mando tu al. . ma en las pai... las de los quin. . .tos in. . .fuegos.

Y al reconstruir aquella calma tremenda se hace más impresionante la sombra loca de La Corneta. Luego suelta una carcajada y el taran de su manía y prosigue:

—Y cuando ya del Coronel no quedaba sino el olor de carne chamuscá, soltó el hombre fiero su machete rabón, dió unos pasos, calambriao por la furia, se echó en el suelo contra la paré de un rancho y se quedó muerto como si tal cosa. Muerto del todo y sin deci ni ñe, como un pajarito.

Porque en habiendo saciado su venganza ya aquella ruina humana carecía de aliento que la sostuviese. ¡Juan, el veguero, que habría sido un hombre bueno y paciente hasta el fin, si el destino y los hombres lo hubiesen dejado vivir tranquilo, con su mujer y sus hijos y sus cuatro vacas y sus dos potrancas!... Soltó su machete homicida, se echó en el suelo y se quedó muerto, como se había quedado Eufemia, como un pajarito...

Florentino lo reconoce a través de las palabras de la horrible mujer de la greña erizada de espanto y transportándose con el pensamiento al sórdido sitio donde lo conoció, se imagina la sombra irredenta de su ánima en pena, vagando en torno a las cuatro cruces sembradas entre el monte. ¡Juan, el veguero, que era bueno y manso!

Ahora La Corneta describe, entre carcajadas y tararíes y otra vez revolviéndose como una furia entre las sombras de la noche trágica, la pelea que luego tuvieron que sostener los revolucionarios contra las fuerzas del Gobierno, que acudieron al atardecer a recuperar el caserío.

—Ah negro bravo pa peliá, ese comandante Juan Parao! ¡Y ese patiquín que lo acompaña, pa dentro también, sin miedo al plomo! ¡Esos máuseres: pim, pim! ¡Esas balas silbando! Y ellos, palante y palante, metiéndole el pecho al plomo. Pero la gente se les papeloneó cuando vie-

ron que los goberneros eran más y estaban mejor apertrechados y empezó a reculá y casi los dejaron solos.

Y la derrota y la fuga, -al favor de las sombras de la noche y las represalias del jefe de las fuerzas del Gobierno.

—Mandó pegale fuego al caserío, porque la ternera y el joropo y que fueron un lazo que Le tendieron al coronel Buitrago. Evaristico Bejuma y todos los hombres de aquí, que estaban de acuerdo con los revolucionarios. Con el kerosén que quedaba en la pulpería de Evaristico rociaron todos los ranchos y les pegaron candela por las cuatro puntas del pueblo y a los hombres que no habían cáido en la pelea se los llevaron amarraos pa la capital del distrito, y a las mujeres las arriaron pal monte, en junto con sus muchachitos. Por ahí están toas, escondías entre el monte, sin atreverse ni a vení a recogé sus muertos. Ya yo he arrastrao varios por las patas, pa la sabana, pa que no vayan a pudrí en el pueblo.

Y mientras así hablaba la loca, los perros guardianes de sus amos muertos lanzaban impresionantes gañidos y el caballo sin jinete relinchaba y corría por entre los negros escombros, enloquecido por el terror.

—Bueno, *Corneta*. Dime ahora por dónde se retiraron los revolucionarios. ¿Qué rumbo cogieron?

—¿Qué rumbo?

Pero se interrumpió, prestó atención auditiva y dijo:

—¡Escucha!

Ahora oíanse galopes de numerosas caballerías.

—¡El Gobierno! —exclamó La Corneta y desapareció entre las sombras de la noche, saltando por encima de los escombros humeantes.

Era, en efecto, la gente del Gobierno que regresaba de la persecución de los revolucionarios, cuyo rastro habían perdido. Florentino se refugió, a caballo, dentro de uno de los ranchos de techumbres derruidas por el fuego, a tiempo que desembocaban en la callejuela los autores de aquel tremendo escarmiento, y desde allí oyó al jefe de la tropa, vociferante:

—En uno de estos ranchos debe de estar escondido ese vagabundo, porque por aquí fue donde lo vio la vieja Rufina. Ya las salidas están tomadas y no podrá escaparse.

Registren todo el caserío y sáquenlo muerto o vivo de donde se haya metido. En el retén del camino del pueblo los espero.

Partió el que había hablado, echaron pie a tierra los demás y procedieron a cumplir la orden recibida.

Ya uno se acercaba a la puerta del rancho donde se había refugiado Florentino, que era a quien buscaban, sin que él se explicase por qué, cuando se oyó el galope cercano del caballo sin jinete.

—¡Allá -va! —gritaron los de afuera y montando de prisa en sus bestias se lanzaron a la

persecución del supuesto fugitivo.

—Todavía no se ha apagado mi estrella —dli ose Florentino—. Si yo amarro ese caballo, como en un momento pensé cuando se me acercó, a estas horas no habría tenido quien me salvara de las garras de estos bandidos.

Y luego a su bestia:

—Vamos, Quiebracacho. Vamos a romper el cerco que nos han puesto estos guates. ¡En el nombre de las Tres Divinas Personas!

Y pasó como una tromba ante el retén desprevenido, por creer que fuese otra vez al caballo sin jinete que acababa de cruzar por allí. Pero al romper el cerco se le ocurrió gritar:

—¡Viva Florentino Coronado!

Lo persiguieron. Le hicieron varios disparos, él respondió con otros de su revólver y al tercero oyó el gemido mortal del que habla sido alcanzado por su bala.

¡Su primera víctima! Ya habla sangre en su rastro. Ya estaba en plena aventura sangrienta, cambiando el menudo por la morocota.

La noche protegió su fuga. Sus perseguidores lo perdieron de vista y uno de los caminos de la sabana se los llevó por un rumbo cuando él se alejaba por otro...

* * *

Los efectos del alcohol desacostumbrado, el estropeo de la fuga y las violentas emociones de aquel día atormentaban su cabeza. Ya Quiebracacho marchaba al paso, atravesaban una mata y anunciaba tempestad la calma de la noche fosca.

¡Cochi... cochi!

Una sombra le caminaba por delante. ¿Mandinga arreando su piara de cerdos? Por las trochas que atraviesan las matas, en las oscuras noches, una sombra va diciendo:

—Cochi... cochi!

—Toma la cruz, perro sucio!

Tong... Tong... La mula maneadada, paciando el pasto negro de la noche, la bestia espantosa que es otra forma del Diablo.

—¡Toma la cruz, perro sucio!

Grazna y tiende su vuelo sigiloso el guaitacamino guandalero. Se detiene más allá y vuelve a graznar:

—Gurruclún, ñenguere, ñenguere ...

Y la Llorona mete su gemido impresionante en el canto del pájaro nocturno.

¡Cochi, cochi!.. .. Gruesos goterones que preceden el chubasco hieren el follaje de la mata.

Florentino sacude la cabeza, se endereza en la silla y Quiebracacho cambia el paso. Arpa, cuatro y maracas. Un hombre que hacía rato estaba sentado silenciosamente en el rincón de la sala, uno que no era de por aquellos lados y llegó sin decir su nombre, ha cogido de pronto las maracas y ya rompe el canto:

*Desde el alto llano vengo
desafiando a Cantaclaro...
—Espérate, Quiebracacho,
que me está retando el- Diablo.*

Vamos a ver si me aguanta esta copla en que le miento las Tres Divinas Personas, la Virgen y San José con su Santo Niño en brazos.

Se oye un alarido espantoso, de rabia y de quemadura de brasa viva en la carne, ruedan po el suelo las maracas y en el rincón, junto al arpa, donde estaba el cantador, se desvanece en el aire una humareda de azufre. Y la concurrencia exclama:

—Ten cuidado, Cantaclaro! Era el Diablo y se ha ido porque escuchó el canto del gallo que anuncia la hora en que empezó la Pasión del Señor; pero ya volverá a buscarte en cuanto los sayones apeen a Jesucristo de la cruz.

Ríe de la advertencia, porque no le teme al Diablo ni a sus artes y se queda dormido sobre Quiebracacho en el rancho de la techumbre en escombros humeante.

—Por aquí debe de estar ese vagabundo que se me escapó esta mañana. Registren bien todos estos ranchos, pues su misma madre me dijo que por aquí lo había visto, y sáquenlo muerto o vivo de donde se haya metido. En la puerta del Infierno los espero.

Y los diablos de Lucifer, negra piara 8e cerdos salvajes, hozan gruñendo los escombros humeantes y al respirar sobre ellos atizan el rescoldo y se levantan las llamas y el incendio destruye el caserío.

Una sombra que crece en la oscuridad de la noche, una mujer alta, vieja y enflaquecida por el sufrimiento, vaga en silencio por entre las ruinas y otra, sombra loca que salta por encima de los escombros, bizca y con la greña erizada de espanto, se acerca y le pregunta:

—¿A quién busca?

—A mi hijo Florentino.

La loca ríe a carcajadas y vuelve a preguntarle:

—¿No sabe que se lo llevó el Diablo?

* * *

En un paraje desierto de las riberas del Arauca encontró Florentino a Juan Parao y su gente. Tumbado en la playa, herido y bañado en sangre, el negro ardía en fiebre y deliraba, y una lividez cenicienta desteñía su rostro.

Los diez hombres que todavía lo acompañaban, resto de su montonera derrotada y dispersa, de pie y en silencio lo rodeaban contemplándolo y más allá el caraqueño Martín Salcedo atizaba el fuego donde, en una cacerola, hervía agua turbia del Arauca para lavarle la herida. Sobresaltaronse al sentir las pisadas del caballo de Florentino, pero como a éste todos lo conocían, tranquilizáronse y saliéronle al encuentro.

—Qué pasa? —les preguntó, echando pie a tierra.

—Que se nos muere Juan Parao —respondiéronle—.

Ahí está el bachiller viendo a ver cómo le cura la herida.

Un balazo que le ha destrozado el hombro izquierdo.

Se acercó al herido, diciéndole, para infundirle aliento:

—¿Qué hubo, Comandante? Aquí me tienes, dispuesto a cambiar el menudo por la morocota.

Pero Juan Parao no lo reconoció y continué murmurando su delirio indescifrable.

Martín Salcedo, si no tan barbudo, tan aniquilado por el paludismo como la vez de Anima Sola, se acercó a saludar al recién llegado y seguida le preguntó:

—¿Recibió su caballo?

—Sí. Muchas gracias. ¿Qué esperanzas tiene de salvar a ese hombre?

—Soy profano en esta materia —respondió -el estudiante de ingeniería—. Pero no creo que se puedan abrigar esperanzas: ha perdido mucha sangre y temo que se le haya infectado la herida. Un balazo que le ha destrozado el omoplato izquierdo, anoche, durante la retirada.

Bala explosiva, seguramente.

—Si se pudiera traer un médico.

—Sí. ¡Si se pudiera! Pero estamos en pleno desierto salvaje. ¡El desierto! ¡El enemigo contra quien primero debemos luchar! La causa de todos nuestros males.

Y al decir así volvió a brillar en las pupilas de Salcedo aquel fulgor delirante que Florentino observó en Mata del Anima Sola.

—No me ha preguntado usted -por qué estoy aquí mezclado en esta aventura insensata —prosiguió—; pero voy a explicárselo. Ya iba a emprender la última jornada del viaje en que nos encontramos en Anima Sola, para dirigirme a Caracas a continuar mis estudios, fracasado mi intento de persuadir al doctor Juan Crisóstomo Payara, a fin de que acaudillase un movimiento revolucionario que proyectábamos algunos jóvenes de mi generación contra la iniquidad y la ignominia reinantes en el país, cuando oí hablar de un profeta detrás del cual todo el llano se estaba poniendo en marcha. Pensé que bajo tal apariencia de superstición se ocultase quizás un-propósito revolucionario positivo o que, en todo caso, sería posible imprimirle este carácter a aquel movimiento y decidí regresarme a incorporarme a él. Lo del profeta y la muchedumbre que

lo seguía, realmente no era sino pura superstición, si no simple deseo de vagar un poco a la aventura; pero allí me encontré con este hombre, hijo genuino del pueblo, que también había pensado como yo, y decidí secundarlo y seguirlo como a caudillo, precisamente porque era un brote popular, con un poco de romanticismo por mi parte, por no decir de insensatez. Le propuse que enviásemos comisionados al doctor Payara, pidiéndole que nos cediese las armas y municiones que tenía en Hato Viejo, ya que no había querido lanzarse al movimiento y a orillas de este mismo río, esperando ese parque, estuvimos varios días.

Pero comenzaron las lluvias, -empezó a dispersarse la gente que seguía al profeta, desapareció éste cuando se vio abandonado por su muchedumbre —un pobre hombre chiflado y nada más—; supimos que el Gobierno se preparaba a atacarnos y resolvimos dar nosotros el primer golpe. Le añadimos una página más a la pavorosa historia de la revuelta armada, no pudimos resistir luego el ataque de las fuerzas del Gobierno, más numerosas y mejor armadas; nos derrotaron, se dispersó nuestra montonera y aquí estamos, esperando que termine esto —e indicó al herido con un movimiento de cabeza— para coger cada cual por su lado.

Hizo una pausa para atender a lo que parecía decirle Juan Parao, pero como éste continuaba murmurando su delirio indescifrable, concluyó:

—Varias veces me habló de usted, Florentino. Me contó que le había propuesto que se lanzara a la guerra a cambiar el menudo por la morocota, como él decía. Estaba firmemente convencido de que usted sería el hombre que necesitábamos para que todos los llaneros nos siguiesen.

¡Todos habíamos perdido el juicio! ¡Todos corríamos perturbados en pos de la sombra del caudillo muerto! ¡Y en buena hora!

—Escuchen! —murmuró Juan Parao, haciendo un esfuerzo por incorporarse. Y luego, con voz clara y hasta con una- sonrisa entre las cenizas del carbón ya quemado de su rostro—. ¡Ahí viene! ¡Ahí viene el parque, muchachos! ¡Escuchen el bongo!...

¡Se hizo el silencio en torno a él, se distinguió, tras la vuelta cercana del río, un ruido semejante al que producen los pasos de los palanqueros -sobre la paneta de un bongo. Se miraron - unos a otros, con sonrisa triste, los hombres que rodeaban al herido delirante, y uno murmuró, para explicarle a Florentino la causa de aquel ruido:

—El bongo del Diablo.

—Sí. Ya otra vez he estado aquí y lo he escuchado.

Y Salcedo, sonriendo como- en Anima Sola.

—Pero, naturalmente, no trató de averiguar la causa de semejante fenómeno.

—Usted sí, por supuesto —repuso Florentino.

—Claro! Y ya sé que ese ruido lo producen; chocando entre sí al vaivén de la corriente, las raíces descubiertas por el agua, de los árboles cercanos a la barranca del río.

Pero bien están ahora lo ilusorio y lo supersticioso: en el bongo del Diablo viene el parque que estamos esperando para derrotar al Gobierno.

Resonaban en el ancho silencio los pasos que nunca llegarían. Caía a plomo el sol sobre el desierto impasible.

Reinaba la desolación en torno al pesado grupo de ilusos vencidos...

Ahora pasaban por el delirio de Juan Parao los personajes homéricos:

“Agamenón..., el famoso lancero Idomeneo..., el rubio Aquiles...”

Transformándose de pronto en el catire Páez y éste en Florentino:

—Aquí vengo catire. ..., a morirme junto a usted...

Como el Negro Primero en Carabobo.

—Unos versos suyos me lanzaron otra vez a este camino. “El del caballo jerrao con el casquillo al revés”... le dice adiós, catire... ¿No se acuerda de que una vez le dije que negro no llega a los postres? Siga usted, catire. No se desaflija: cambie su menudo por la morocota...

Y la voz tartajosa vuelve a sumirse en el murmullo indescifrable.

—Ya está hirviendo el agua —dice uno de los diez de la montonera.

Pero Salcedo responde:

—Ya no se necesita.

Ya era ceniza todo el carbón del rostro de Juan Parao.

Salcedo le cierra los ojos. Florentino se enjuga los suyos con manotada rabiosa, los diez de la montonera sin jefe lanzan a un tiempo un recio suspiro de hombres y todos se quedan contemplando el rostro exánime con un mismo pensamiento, compasión y dolor acerbos.

* * *

¡Negro bueno, pobre negro de mi pueblo venezolano, que supiste ser sufrido y rebelde al mismo tiempo! La traición de una injusticia te lanzó a cuatrero, fuiste ladrón y valiente y acariciaste tu idea, tu gran idea que no te cabía dentro del espíritu rudo y oscuro. Una voz de tu sangre, religión de tu raza mesiánica, te hizo luego seguir a un hombre en quien viste un jefe. ¡Pobre pueblo mío que siempre andas buscándolo Y guerreaste con él, exponiendo tu vida para que fuese de él la fama del triunfo y para él trabajaste. Quién canta el heroísmo negro de tu sumisión y la clara virtud de tu lealtad y el drama doloroso de tu culto al hombre, que siempre te traicionará o te abandonará?

¿Quién expresará, sin el ideal? —tu gran ideal!— que perseguiste cuando buscabas un jefe? ¡Negro bueno, sufrido y rebelde! ¡Pueblo mío que lo llevas en tu sangre como una vergüenza tu pecho como una tormenta! ¿Hasta cuándo estarás muriendo a los pies de tu jefe? Un canto te lanzó a la muerte Juan Parao, idealista que quisiste ser héroe, soñador fatalista que de antemano sabías que no sería para ti la gloria que tu brazo conquistara... Sobre el carbón de tu vida, todo quemado, ya están las cenizas lívidas, las horribles cenizas...

* * *

*¡Ah mal haya quien pudiera
con esta soga enlazar
el viento, que se ha llevado
lo mejor de mi cantar!*

Otra vez el vagabundo señoero por la muda inmensidad, el cantador ya sin canto. Los diez de la montonera se -dispersaron, cada cual a la esclavitud de su trabajo, frustra da la aventura. Martín Salcedo, el estudiante ilusionado, también desistió de ella, después de decirle:

—Este no es el camino; por aquí no saldremos nunca de la barbarie. ¡Basta ya de correr en pos de la sombra siniestra del caudillo muerto! ¡Y bien muerto! Pero no me arrepiento de haber intentado esta experiencia temeraria, pues he presenciado dos cosas sumamente interesantes: la rabia heroica y tremenda de Juan el veguero, sobreponiéndose a la muerte que ya llevaba en su organismo aniquilado, y el candoroso idealismo de Juan Parao, cuyo espíritu sólo se aumentó de epopeya y quiso ser héroe, él también, para merecer otro canto de usted. Son dos fuerzas muy nuestras que es necesario desviar de este camino para siempre. Otra empresa es la que hay que acometer y quiero intentarla.

Y abandonó el camino de la revuelta armada.

Florentino, que no llevaba ninguno determinado, siguió solo y se perdió en las desiertas lejanías- de la sabana.

Y penetró en la leyenda. Tiempo después llegó a El Aposento la noticia.

—A Florentino se lo llevó el Diablo...

FIN